Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

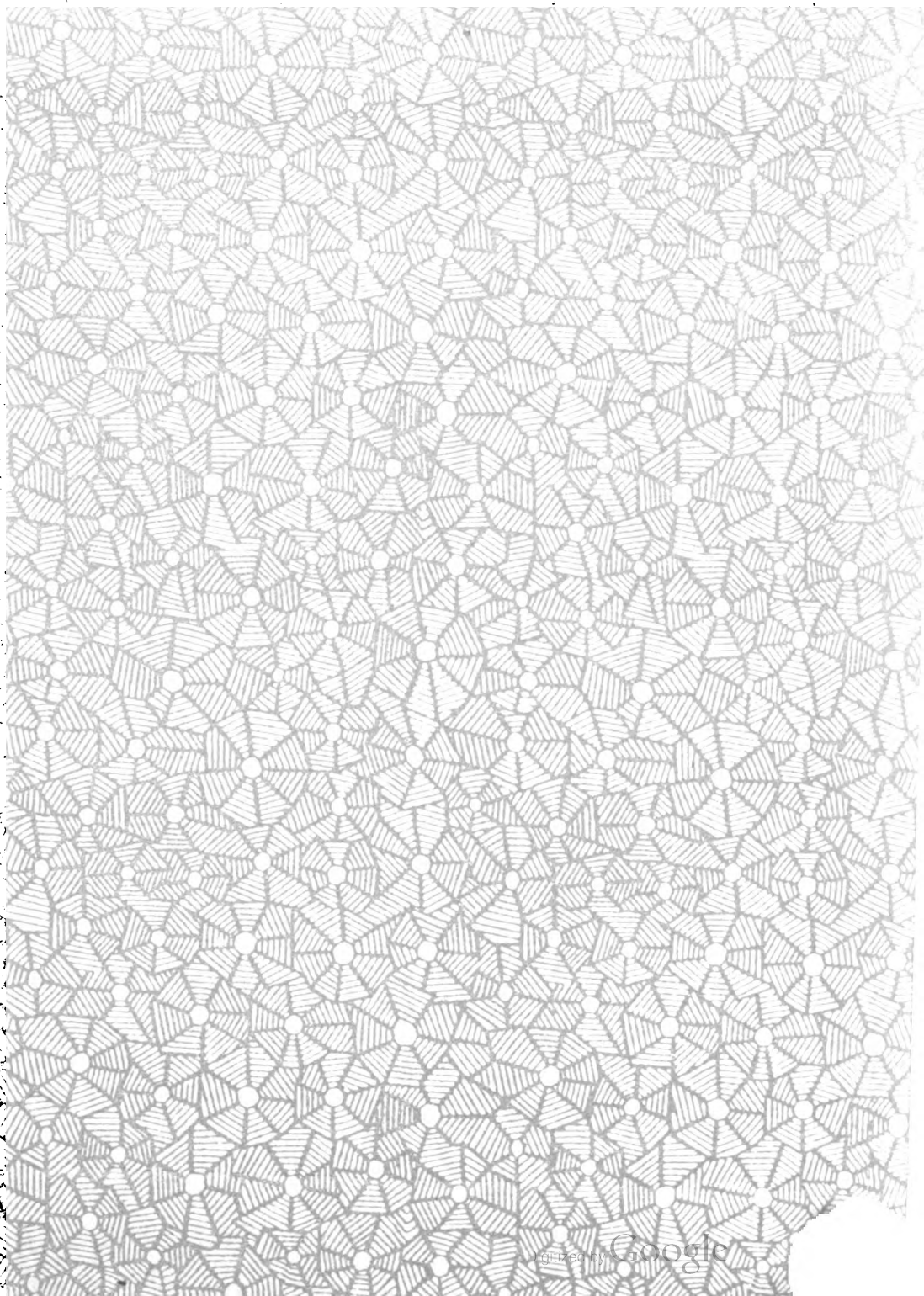
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G056.82
N841
v.1

G056.82 N841 V.1 LAC

Digitized by Google


Digitized by Google

Digitized by Google

Nosotros

Revista Mensual de Literatura - Historia - Arte - Filosofía

Aparece en la primera quincena de cada mes

DIRECTORES:

ALFREDO A. BIANCHI — ROBERTO F. GIUSTI

AÑO I—TOMO I

BUENOS AIRES

Dirección y Administración

357—BUEN ORDEN—357

1907

Digitized by Google

Digitized by Google

NOSOTROS

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

PRESENTACIÓN

La revista ya lleva en su título una rotunda afirmación de sí misma. Acaso ese título, como toda altivez juvenil, aun pueda parecer algo petulante. Porque es en efecto NOSOTROS una revista de jóvenes, y como tal se presenta armada de aquel ardimiento que una esperanza todavía no decepcionada presupone.

No sabemos si ella viene ó no á llenar un vacío. El éxito que obtenga lo dirá. Pero, de todos modos, siempre ha de marcar alguna huella. Lo espera, aún más, lo pretende, pues que, cumpliendo rectamente su programa, que es el de tenerse apartada de todo lo burdo, de todo lo vulgar, de todo lo manoseado, no ha de ser ineficaz la contribución que aporte, por poca que sea, al adelanto de las altas actividades del espíritu entre nosotros. Bueno es arrojar la simiente. Ya fructificará algún día.

Sus aspiraciones no tienen un límite prefijado. Ellas tomarán sin duda una mayor amplitud, á medida que la revista avance en su camino. Más alto se sube, más el horizonte de uno se ensancha.

Esta revista no será excluyente. No desdeñará las firmas desconocidas. Si lo hiciere, renegaría de este su origen, humilde como el lector vé. Todo aquello que bien pensado y galanamen-

JUL 18 1936
TxU
398241
Digitized by Google

te escrito á sus puertas se presentare, recibirá una afable acogida. Ningún otro anhelo anima á sus directores que el de poner en comunión en sus páginas, las viejas firmas consagradas con las nuevas ya conocidas y con aquellas de los que surgen ó han de surgir. Siempre que lograra revelar á algún joven, ya podría esta revista vanagloriarse de su eficacia. Y si estas aspiraciones pudiesen salvar las fronteras de la patria y extenderse á toda la América latina, mejor aún. Nada de más urgente necesidad que la creación de sólidos vínculos entre los aislados centros intelectuales sudamericanos.

Sonrían los descreídos. Salmodien una vez más su repetida pregunta: «¿para qué sirve eso?» El arte, en toda su aparente inutilidad, pasa sencillo, sonriente, en marcha hacia el cumplimiento de los altos fines que persigue, sin cuidarse de aquellos que desde las tinieblas le arrojan piedras.

La Dirección.

Digitized by Google

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

INTRODUCCIÓN Á "NOSOTROS"

POR

ROBERTO J. PAYRÓ (1)

Cuenta un prodigioso narrador en un cuento bíblico, que habiendo matado á su mujer por adúltera, Eliasçam hijo de Ghoni, fué llevado á los jueces para que deliberasen sobre su culpa delante del pueblo. Dos eran los jueces, ambos viejos como dos viejos cedros. Ambos tenían barbas canas y largas, pesadas

---

(1) Conocidos son en cierto círculo intelectual varios fragmentos de una novela que anunciara Roberto Payró hace ya muchos años, con el mismo título de esta revista. Este título alguien nos lo sugirió; pero cuando conocimos su procedencia no dudosa, tuvimos justos escrúpulos de adoptarlo, no habiendo aun sido lanzada á la publicidad esa novela. Consultamos el caso con el mismo Payró. Le propusimos una transacción, que—dicho sea con toda sinceridad—nos convenía. «Dénos usted el primer capítulo de la novela, le dijimos, y nosotros explicaremos la procedencia del título de esta revista.» Era justo. Payró, benévolo como siempre, sonrió con indulgencia y cedió.

La novela de la cual publicamos en este número una parte del primer capítulo, Payró la viene acariciando en su mente desde muchos años atrás. Sin embargo la misma magnitud de la visión que de ella tuvo en principio, le ha impedido hasta ahora darle forma definitiva. Pero, reduciendo su plan primitivo, modificándolo como piensa hacerlo, acaso no tarde esta novela en salir. Así por lo menos lo espera su autor.

No nos corresponde aquí hablar de ella. Como toda la obra de Payró—obra genuinamente nacional como lo atestiguan *La Australia Argentina*, y los cuentos de Pago Chico, y *Sobre las ruinas*, y *El*

Digitized by Google

de respetos, y ojos profundos, de varones que ven la verdad. El uno condenó al matador, el otro le absolvió. El pueblo alzó su enorme clamor. Y una voz fuerte pidió que para decidir la verdadera justicia, se juzgasen á sí mismos mostrando sus vidas, diciendo el secreto de su sangre y de su alma.

Quien había absuelto era Gedeón, profeta, hijo de Johas Abihezerita; hombre de bondad, escogido por los hombres, con ciento treinta años sobre sus lomos; vigoroso aun por la virtud de Dios. El dijo cómo había pasado su juventud en Hophra, y cómo cuando había en él despertado el amor, á los quince años sacrificó gloriosamente su virginidad por la virgen Nazerath, hija de Maslonn. Después usó de la lanza y la espada combatiendo en los combates de los justos: degolló capitanes y reyes: se reprodujo en innumerables vientres: hizo hijos; y así pudo llegar á vestir el lino blanco de los patriarcas, y á reposar, anciano de bien, después de cumplida su misión de varón.

El viejo juez que había condenado se levantó á su vez, y delante de la muchedumbre silenciosa, habló el secreto de su existencia.

Dijo que había nacido bajo una higuera cerca de Gaza. A los quince años le había vestido su madre de lino blanco, y consagrado á la virginidad. Creció en el aborrecimiento del amor, y miraba la fecundación como un hecho de espanto. La mujer inspirábale desdén y horror: y su virginidad habíase conservado hasta la llegada del invierno de la vida. Era así anciano sin descendientes, cuya simiente había sido ahorrada y perdida sobre

---

casamiento de Laucha—es una novela fuerte, sincera, que suple los vanos aristocratismos de forma por un concepto vigoroso y fecundo. Por eso, por lo que ha de representar en nuestras letras esta novela en cuanto aparezca, no hemos titubeado—apartándonos algo de nuestro propósito de no publicar sino páginas inéditas—de hacer preceder el fragmento que de ella insertamos, por un artículo que á su respecto escribiera Darío en 1896 en *La Nación*. Es una página que, desconocida para los más y olvidada seguramente por los que tuvieron ocasión de leerla, bien merece, como todo lo de Darío, retener por un instante la atención del lector. Además, contiene enseñanzas que si bien ya dichas en 1896, nadie negará que es conveniente repetirlas en 1907.

N. de la D.

Digitized by Google

la faz de la tierra. «He ahí porque, obedeciendo á su corazón» había condenado á muerte al acusado.

«¡A muerte!» respondió un inmenso eco. Muerte á tí, juez, pues eres tú quien ha juzgado mal.

Los cinco mil brazos del pueblo tendieron un solo puño. Ese puño terrible amarró al juez contra un árbol; y era la ligadura tan fuerte, que las uñas de su nodriza se hubieran roto al querer libertarlo.

Se puso en libertad á Eliasçam.

«Después, se precipitaron los soldados, el arco tendido con sus flechas, y el sol se infló, sopló su fuego como un torrente rojo. Entonces las mujeres vinieron. Descabelladas, delirantes, los senos agitados por gritos ardientes; hasta la noche estuvieron alrededor del árbol; insultaron con sus burlas al hombre de corazón muerto, al casto que negaba el amor. Y las vírgenes despreciadas le cubrieron de lodo y los niños que él detestaba, le lapidaban; mientras que erizados de lanzas, llegados como el viento llega, espantables hombres á caballo detenían su galope bajo el árbol, destrozaban al juez, golpeaban su sexo inútil!»

Ese cuento de D'Esparbes ha venido á mi memoria, mi querido Roberto Payró, cuando he visto más bien que adivinado el noble impulso que te ha llevado á escribir tu libro NOSOTROS: pues tu libro es ante todo una protesta que quieres hacer contra los infecundos é impotentes, en este tiempo en que en todas partes, y en nuestra América sobre todo, se necesitan los fecundadores de almas, los trabajadores, los vigorosos hacedores de hijos intelectuales.

Si el ambiente no te es propicio como á todos los que tenemos nuestras barcas en la Estigia de tinta de la prensa, no por eso te has acobardado, y has podido, en medio de tus tareas psicomecánicas del diario, trazarte tu plan intelectual y poner á disciplina tu pensamiento para la realización de obras de verdad, de bien y de belleza.

De tus primeros libros de juventud no te diré sino que ellos daban á entender claramente las vías que con el tiempo había de seguir tu producción. Por cierto que en tendencias artísticas y en ideales has cambiado mucho. No te felicitaré por la pérdida de tu frescura primitiva; pero ella debía desaparecer para dar paso

Digitized by Google

á un vigor saludable y viril, y lo que has perdido en amables ensueños lo has ganado en conocimiento de los hombres y de las cosas del mundo.

Tú sabes de las luchas del hombre de letras, en todos lugares atroz y martirizadora, pero en ninguna parte como en estas sociedades de la América Latina, donde el alma anda aún á tientas y la especulación del intelecto casi no tiene cabida. Has tenido un buen campo de experiencia y ese es el diario. ¡El diario! Yo le oigo maldecir y sé que se le pinta como la galera de los intelectuales, como el presidio de los literatos, como la tumba de los poetas. Y es á mi ver injusto de toda injusticia ese cargo. Pues si el trabajo continuado sobre asuntos diversos no nos hace ágiles y flexibles en el pensar y en el decir, ¿qué nos hará entonces?

Los inútiles y los lechuguinos de las frases, los peluqueros de la literatura, los «incomprendidos», los almidonados, teman al diario. Los que aman el hervor continuo de los pensamientos no le temen; los que sienten llamear un deseo de fructificación y de parto, un ansia de elevación sobre las muchedumbres, ó una consagración á un ideal, no le temen.

Antes bien miran en él el campo de batalla.

Y no es por cierto sino saludable su ejercicio y su frecuencia. No mueren las ideas porque tengamos que escribir del hecho común ó que comentar el suceso de ayer; nacen las ideas por eso mismo. Luego vienen las correlaciones extrañas, el secreto de las cosas, las simpatías inexplicables, la amistad con el utensilio —así el amor á la pluma y al papel—y la voz pausada y cadenciosa de la máquina, que anuncia su diaria preñez.

Bendita sea esa voz que nos habla de trabajar y fecundar. A tí, como á tantos otros, te ha arrullado como la voz de una nodriza. Sin esas gimnasias de la prensa, tu idea no habría tenido nunca músculos.

No habrías podido anhelar lo que hoy estás en vías de conseguir. No habrías podido conocer el medio en que vives, ni el mecanismo social de tu patria, ni esta actual gestación, ni soñar con la visión de tan glorioso y luminoso porvenir.

Escribir un libro que contenga la condensación del ser de tu tierra, un libro al par de sociología y de literatura, de estadísti-

Digitized by Google

ca y de poesía, mezcla de todo y reflexión de todo; meter la Argentina en un libro tarea es de dar temor. No hay un libro que contenga la Argentina. Yo te diré de mí, que cuando quiero confundirme con el espíritu de esta gran nación, me relaciono con el *Facundo* de Sarmiento, con *Martín Fierro;* leo los versos de Obligado ó los libros de González, y decoro también las saludables y ásperas verdades de Groussac.

Intentas encerrar en tu libro á Buenos Aires. Tarea es. No conozco tampoco libro que la contenga. No cuento con lo antiguo. No me refiero sino á este Buenos Aires modernísimo, cosmopolita y enorme, en grandeza creciente, lleno de fuerzas, vicios y virtudes, culto y políglota, mitad trabajador, mitad muelle y sibarita, más europeo que americano, por no decir todo europeo. A mi memoria vienen á este respecto algunos nombres: Cambaceres, Juan Argerich, el autor de *¿Inocentes ó culpables?*, Miró con su *Bolsa*, y Sicardi con sus libros extraños. ¿Citaré al celebérrimo López Bago? Todos han pintado lados parciales. Y luego no vas á hacer una novela. La parte que conozco de tu obra, por más que parezca el comienzo de una novela, no tiene de ella sino el diálogo.

NOSOTROS... ¿Y qué vas á hacer, he exclamado, ¡oh escritor atrevido? ¿Vas á hablar con entera franqueza de las cosas buenas y malas que hay en tu propia casa? De las buenas, pase: pero de las malas ¿cómo vas á hablar? ¿Quieres fecundar tu conciencia? ¿Quieres apostolizar ó redimir? Tienes buen seso para saber ya que esas siembras no dan sino cosechas de espinas.

Tú lo arrostras todo. Te caparazonas de audacia y vas adelante. ¿Estilo? Un día me dijiste: «Soy un periodista, he abandonado por completo toda preocupación literaria.»

Pero desmientes en hermosas partes de este libro tu propósito. La psicología de Buenos Aires hecha entre personajes excelentemente encarnados, he ahí lo que he visto yo.

Y la sugestión de Zola en descripciones minuciosas y bien ajustadas y elegantes.

Sí, eres un periodista; ¿pero quita eso ser un escritor? No es obra de un inmenso, de un colosal repórter esa *Roma* de Zola que estás aún traduciendo para *La Nación?* ¿Zola no nos demuestra que Homero hace competencia á Baedeker?

Digitized by Google

Para este libro has hecho, según entiendo, varios planos; al par del plano urbano, has puesto un plano moral, un plano intelectual y un plano político y administrativo. Y en ellos has ido estudiando parte por parte, acumulando observaciones, marcando detalles. Te sabes tu Buenos Aires de memoria. Lo has auscultado: le conoces cerebro, ojos, lengua, corazón, vientre y sexo, vigores y enfermedades.

De todo eso nos hablas con franqueza y dureza; pero esta dureza es de amor á esta querida y bella enemiga. De todo tratas desde la estadística hasta la lírica. No me extraña, pues eres uno de los periodistas más completos que yo haya conocido. Enciclopédicamente atrevido, te he visto cómo entiendes desde los partes de policía hasta los editoriales de *La Prensa* y algunos versos mios, que dicen por ahí que no se entienden.

Y así, con constancia, dando tiempo al tiempo, y preparando tus materiales para lo futuro, has concluído la primera parte de NOSOTROS.

Dios te ayude, y te ha de ayudar, puesto que tú te ayudas bravamente. Y pronto veamos la tarea completa en su fin digno.

Y cuando seas juez, bajo tu árbol, podrás juzgar sin peligro de que el pueblo te lapide; sin que se te señale con oprobio como á inútil é infecundo: «No, podrás decir, no puedo ser lapidado y amarrado al árbol, ni herido por las lanzas de los caballeros fuertes, ni vejado por las mujeres, como el juez del cuento bíblico. Mal ó bien, he crecido, al impulso de mis propias fuerzas. He trabajado en el rudo trabajo; y mi pensamiento no ha guardado la castidad de los impolutos: se ha manchado de tinta, y ha engendrado.»

RUBÉN DARÍO.

Digitized by Google

« NOSOTROS »

(Primer capítulo de un libro en preparación)

Hacía una semana que me hallaba en Buenos Aires, después de catorce años de destierro en la campaña, y la había ocupado en visitar antiguas relaciones anunciándoles mi próximo viaje á Europa, cuando después de un ligero almuerzo, me propuse firmemente buscar á Lové, sin descansar hasta encontrarlo, pues me urgía reanudar nuestra vieja amistad, y escapar á la trivialidad que me rodeaba desde que puse el pie en las calles de mi vieja capital.

Las guías me habían hecho andar de un lado á otro sin éxito alguno, y los informes de criados y porteros, sólo habían servido para aumentar mi confusión y mi impaciencia.

Subí á mi cuarto de l'Universelle, silenciosa en aquel momento, pues casi todos sus habitantes de paso, tan quietos y circunspectos por lo general, habían salido á almorzar; y mientras me cambiaba ropa formaba mi plan de campaña: ir á ver á Gargol, asociarlo á mi pesquisa, ó por lo menos exigirle que me dirigiera, y luego no perder un minuto.

¡Cómo había cambiado Buenos Aires! Catorce años atrás la gente parecía vivir en público, todo el mundo se saludaba, cualquiera nos informaba de lo que queríamos saber. Mientras que ahora las calles eran una baraunda infernal que me mareaba y me ensordecía, no tropezaba con conocido alguno, las viejas casas se habían ido ó estaban por irse, y había menos luz, y menos aire; los altos edificios me sofocaban, los relumbrantes escaparates me sorprendían, y el lujo y la elegancia, y el tráfico, el

398241

Digitized by Google

atropellamiento de gentes á pie, de tranvías, de carros, de carruajes, de caballos, me hacían pensar en que ésta no era mi ciudad, que acababa de llegar equivocadamente á otro punto del universo. Sin embargo, había seguido en los diarios la marcha ascendente de Buenos Aires, sus progresos rápidos, la sorprendente cifra de su población duplicada en tan corto espacio; pero la prensa, aunque me dejara incrédulo ante sus bombásticos datos, no me había dado, en suma, sino un pálido reflejo de la realidad. Incómodo y desmañado en las calles rebosantes de gente, pedí un coche para ir en busca de Gargol, á quien encontré en la redacción. Nos habíamos visto ya, á mi llegada, que anunció con un sueltito muy amable en la sección Vida Social:

«Tenemos el gusto de saber que ha llegado á esta capital, después de catorce años de ausencia y de paso para Europa, adonde va en viaje de placer, el distinguido hacendado don José Inciente, que tan estrechamente ligado está á nuestras viejas familias patricias. Le enviamos nuestro cordial *shake-hand*.»

No cito en vano el suelto, que me divirtió por lo de «distinguido hacendado» y su forma artificial. Pero Gargol no sabía, en mi primer visita, las señas de Lové.

—¿Cómo hacen ustedes los periodistas para encontrar á un hombre?—le pregunté después de saludarlo.

—Santa Fé, número..... tantos,—me contestó.

Y notando mi sorpresa:

—Ha estado aquí,—añadió,—á preguntarme tus señas, que no me habías dejado, y me dió las suyas por si te volvía á ver. Lo informó de tu llegada el suelto de Vida Social. Ya ves: *à quelque chose malheur est bon*.

Gargol tenía debilidad por el francés, con que salpicaba casi todas sus frases, castellanizando palabras también, aunque hablara con su cocinera. Cuando se le observaba esa costumbre, no dejaba de contestar riendo:

—Eso me *posa*. Y los tontos se quedan *abasurdidos*.

Conseguido tan fácilmente el triunfo, dejé á Gargol y me lancé en busca de mi amigo. No había visitado aún aquella parte de la ciudad, y en el trayecto quedé admirado de su transformación. Buenos Aires se había extendido hacia el poniente, como otras muchas grandes ciudades, y desde Callao, á ambos lados de la

Digitized by Google

calle Santa Fé que se ensancha y se alegra, se suceden las hermosas casas, los pequeños palacios con jardines, mientras que las vías que corta perpendicularmente conservan cierto sello de tristeza pobre, y las casuchas contiguas provocan recuerdos que se creerían desvanecidos para siempre. Aquí había un cerco de pita, allá un pantano, más lejos un rancho de paja y barro, éste palacio era un potrero, aquella casa un huerto... De Florida á Palermo se puede llegar sin una solución de continuidad en la edificación intensiva; hasta entre los pocos jardines que restan, hay algunos cuyas tapias están señaladas por las rayas blancas ó negras que los fraccionan para la venta. Entonces me asaltó la idea de que ya los pobres no vivirían tan á sus anchas en Buenos Aires.

Lové me recibió con júbilo, es la palabra. Hacía mucho tiempo que no teníamos noticias uno de otro, con el odio común á las frases de fórmula, comprendiendo que no podíamos hacer de cada carta un libro. Pero la estrechísima amistad que nos unía continuaba como en los hermosos días de la niñez y la primera juventud. Me había buscado en todos los hoteles de importancia, pero no pensó en que pudiera haberme alojado en una casa amueblada.

—Y ahora te vas á venir á casa,—me dijo con su criollismo crónico é incurable. No quiero que te me perdás.

Mi proyecto de ir á Europa le había extrañado. No comprendía el afán de lanzarse al viejo mundo apenas se tenía con que hacerlo, y sin conocer siquiera el propio país; por negocios, perfectísimamente; pero hacerlo por placer, cuando se ignoraba lo que ocurría y lo que había en la tierra natal, le parecía lo mismo que preocuparse de la casa del prójimo sin atender la propia.

—Vos visitarías todo lo interesante, irías con el propósito de observar, de aprender, harías estudios objetivos; ya sé. Pero ¿qué contestarías si allá te pidieran detalles sobre tu país? Y ¿qué aplicación tendrían tus observaciones, si no sabés lo que hay que modificar, corregir, perfeccionar ó crear en nuestra tierra?..... Sos rico, sos joven; empezá por el principio; estudiános y estudiáte antes de irte al extranjero.

Me reí. ¿Acaso aquello podía ser interesante? ¿No sabía cuanto había que saber? Bien me informaban los libros y dia-

Digitized by Google

rios de lo que era la Argentina, y no contestaría disparates á los que me preguntaran por allá, ni en cuanto á política, ni en cuanto á comercio, ni en cuanto á costumbres. Pero él protestó:

—No es lo mismo. Si fuera lo mismo ¿para qué te vas á Europa, entonces? Podés leer libros y diarios, mejores y más. Pero es que hay que ver con los mismos ojos de uno. Yo no he encontrado en ningún libro lo que he visto viajando; por lo menos no lo he comprendido tan bien. Mirá: en aquel mapa están señalados con tiza azul todos los que he hecho. Buena madeja ¿eh? Tucumán y Santiago del Estero por un lado; Bahía Blanca y la Pampa Central por otro; Mendoza por el de más allá; Córdoba en el medio, y luego Entre Ríos y Santa Fé y Corrientes, y el Chaco, y el Bermejo. Fijáte: hasta Corumbá, en el Matto Grosso, y Santiago y Valparaíso en Chile, y Montevideo, y el Salto y Santa Rosa. Mirá por el Uruguay.....

Y siguió relatándome su vida de ardilla, cuándo y cómo había estado en cada punto, su firme intención de visitar el país entero antes de llegar á viejo, su orgullosa satisfacción de haber observado, de haber visto, de saber.

—Podría escribir un libro, un libro nuevo é interesante, lleno de cosas que los demás desdeñan, pero que constituyen nuestra originalidad. Algunas veces me han dado tentaciones. Después lo he dejado. ¿Para qué? Malgastaría el tema, haría un soporífero, no sabría cómo describir las cosas. Pero ¡caramba! Vos no te podés ir sin ver. Tenés que hacer como yo. Si querés, recorreremos juntos las provincias que me faltan: San Luis, San Juan, La Rioja, Catamarca, Salta, Jujuy..... Te aseguro que merece la pena. Saliendo de Buenos Aires, visitando las capitales, se vuelve con una idea nueva, pero nueva de lo que es la República Argentina. Se vé y se toca un límite que parece material.

Le contesté sonriendo que mi viaje estaba decidido, que hasta «la prensa» se había ocupado de él y que no me echaría atrás. Pero él insistió. Era necesario saber la posición moral, intelectual y económica que Buenos Aires ocupaba en el país; éste no formaba un todo homogéneo como parecía generalmente, por el contrario, mediaban diferencias capitales entre provinvia y provincia; la característica de cada una estaba perfectamente diseñada, pero en las vecinas había tal semejanza que

Digitized by Google

era necesario observar muy sagazmente para deslindarla, mientras que en las lejanas, en Mendoza, en Corrientes, en Santiago, saltaban á la vista del menos perspicaz. Y, cosa natural, pero que causaba extrañeza. Buenos Aires, la capital, no se repetía en ninguna otra de las ciudades argentinas, mientras que Buenos Aires, la provincia, sólo tenía puntos de contacto con Santa Fé y Entre Ríos, sobre todo con la primera. Mendoza se parecía más á los del otro lado, á los chilenos, aunque fuera modificándose rápidamente, desde que el ferrocarril la aproximó al Río de la Plata; Tucumán se acercaba á Córdoba, aunque la industria la mueva más; Córdoba continuaba siendo española, conventual, tan conventual como la triste Santa Fé, estrechada y carcomida por las aguas; el Rosario era una calle Rivadavia extendida en todas direcciones.....

Y continuó largo rato esponiéndome la síntesis de sus observaciones, para terminar exclamando:

—¡Qué querés! Cualquiera de las provincias cuando recién la veo, me hace el efecto de un país extranjero, y muchas veces me he dicho que según el concepto que los nacidos aquí tenemos de la república desde chicos, ésta se acabaría en los límites de la provincia de Buenos Aires.

—¡Siempre porteño! exclamé.

—¡Al revés! me contestó. Tengo ideas más amplias. Quisiera que el país fuese completamente homogéneo, por lo menos en el adelanto y la riqueza, tomando, naturalmente, como molde á Buenos Aires. Me gusta haber nacido aquí, como te gustará á vos también, pero no tendría inconveniente en hacerme cordobés en Córdoba ó jujeño en Jujuy, para esforzarme porque adelantaran.

—¿Tenés el carruaje á la puerta? ¿Sí? pues entonces vamos á buscar tu equipaje, y nos venimos. Yo estoy solo, la casa es grande, iremos á comer al centro, donde se nos antoje, como hago todos los días, y estaremos tan á gusto como es posible. Pero desde ya te aseguro que no te suelto.

Salimos juntos, pues no había medio de escapar á su agasajo, y al fin y al cabo mejor estaría en su casa que en la posada, por buena que ésta fuera. Ya en el carruaje, le pregunté con curiosidad si en Buenos Aires todos hablaban como él; yo había tra-

Digitized by Google

tado de mejorar la manera de expresarme, huyendo lo más posible de los argentinismos, buscando la corrección, y me sorprendía que Lové no hubiera hecho lo propio.

—Eso es según. Algunos hablan estudiadamente, pero hasta á esos mismos suelen escapárseles los *vos*, los *ché*, con toda la retahila. Los más siguen como antes, y la conversación resulta más enérgica y pintoresca.

—Sin embargo, hoy se escribe bastante bien, los diarios mismos parecen cuidar la corrección del lenguaje.

—Ahí verás. Es que todos saben y ninguno quiere, por temor de parecer afectado. Ya te mostraré algunos que lo hacen. Otros, cuando leen, pronuncian la c y la z; pero en el trato corriente ¡qué esperanza! los amigos se reirían. Es una preocupación, pero que algo bueno tiene, porque sirve para caracterizarnos. Y después ¡hay cosas tan expresivas! *Desde ya*, por desde ahora, es más perentorio; el *ya*, seco, da á la frase una energía imperativa magnífica. *Recién*, por hace un momento, da la idea de algo tan inmediato, tan cercano, que causa pena no usarlo cuando se escribe. Hay otros argentinismos sonsos, pero muchos son lo más pintorescos.

Seguimos en amena conversación, contándonos nuestra vida pasada, trabajos, esperanzas, desengaños, mi deseo de descansar y distraerme después de tanto tiempo de soledad y de tristeza, su entusiasmo por América que quería recorrer toda, después de visitar su tierra sin olvidar un rincón, y cuyo porvenir veía estupendo, insospechado, soñando en un apogeo fenomenal de los Estados Unidos, y en un progreso vertiginoso para Sud América, sobre todo en la zona templada, que tendría en poco tiempo un comercio incalculable, trocando sus productos con el mundo entero, una industria colosal, porque tenía en su seno todas las materias primas, y hasta un arte y una literatura. Y Buenos Aires triunfaba, Buenos Aires iba á la cabeza de todas las capitales sudamericanas, más que hoy, mucho más, realizando el grito de orgullo de los viejos que la llamaron Atenas.

Nada lo interrumpió: ni la llegada á l'Universelle, ni el trastorno de la mudanza, ni el arreglo de cuentas. Seguía entonando su himno á nuestra tierra americana: la más joven, la más rica, virgen aún, pero de una maternidad portentosa, que sólo espe-

Digitized by Google

raba ser fecundada para asombrar al mundo con su florecimiento. Todo estaba decrépito, menos ella, apenas llegada á la pubertad; Europa, perdida la cabeza, con arrebatos seniles, lanzábase á aventuras deplorables, Italia en Africa, España en Cuba, por usurpar ó conservar lo usurpado; y Alemania y Francia, y todas las viejas naciones echaban sobre sus hombros cargas superiores á sus fuerzas, y el continente entero parecía estar en la tremenda oscilación del principio del fin.

Nosotros alcanzaríamos á ver muchas cosas todavía; quizás asistiéramos al gran triunfo, si, enloquecida del todo, Europa se lanzaba á la guerra. Pero eso no sucedería, salvo un acontecimiento excepcional é imprevisto que estallara como una bomba.

—¡Los centenarios no se suicidan! exclamó.

(Concluirá).

ROBERTO J. PAYRÓ.

Digitized by Google

HISTORIOGRAFIA ROMANA [1]

Durante el Renacimiento los historiadores romanos fueron leídos y estudiados en Italia con el mismo sentimiento de devoción con que un creyente lee los evangelios, y es que la antigua gloria romana se consideraba como nacional. Eran italianos los que habían conquistado el mundo: levantar dudas sobre una relación de Livio, de Salustio ó de Tácito era atentar contra la patria.

Como Bossuet meditaba sobre los Evangelios, Maquiavelo meditó sobre Livio, prestándole toda aquella sabiduría política que hacía maravillar á Napoleón, para quien no había libro comparable con los discursos del secretario florentino sobre las décadas del historiador paduano. Era sobreabundancia de devoción, y no, falta de crítica.

El siglo de la erudición fué para Italia el XVIII. El criterio histórico se hace en él más independiente. Pero es natural que tan sólo en Alemania, que debe á los latinos su civilización, sin participar de su gloria, podía surgir quien leyera en la historia de Roma con ojo desinteresado; en Alemania, á fines del siglo XVIII y á principios del XIX, cuando aun el espíritu nacional no

(1) A propósito de los dos primeros volúmenes de la *Storia dei Romani* por G. de Sanctis, últimamente aparecida.

Digitized by Google

existía, que más tarde ese espíritu hizo considerar como prueba de patriotismo el odio á Roma.

El que llevó á cabo una revolución en la historia romana fué Niebuhr, cuya obra (Römische Geschichte) apareció en 1811. Antes de él, ya habíanse publicado obras que no han perdido todavía su valor. El período tratado con preferencia fué el del imperio : baste con citar la *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano* por Gibbon, publicada en 1776. El material para el estudio de este período ya había sido reunido y ordenado por Muratori. También, ya desde 1738, habían sido puestas de relieve por Luis de Beaufort las incertidumbres y contradicciones que presentan los cinco primeros siglos de la historia romana. Ni se puede tampoco pasar en silencio á Vico, precursor universal.

Con Niebuhr, sin embargo, comienza la moderna historiografía romana, cultivada sobre todo en Inglaterra y Alemania. Descartando las monografías innumerables, las biografías diligentes, y todos los autores que pisaron las huellas de Niebuhr, merece ser citada aparte la historia por biografías de Drumann, en la que si abundan la erudición y la penetración, desearíase sin embargo mayor imparcialidad.

Baste decir que pareció demasiado audaz al mismo Mommsen.

Mientras tanto se volvió á repasar todo el material, á ilustrar todos los puntos oscuros, y á tratar separadamente todas las cuestiones. Entre los italianos merecen ser citados sobre los demás, Rafael Borghesi, que estudió los nuevos fragmentos de los fastos capitolinos, Garzelli, que ilustró las condiciones de Italia bajo el imperio (1833), Micali, que se ocupó de la Italia antigua (1810), y mil más.

No bastando ya los manuales de Goldsmith, de Gilliers, etc., aparecieron otros muchos para las escuelas, cuando en 1855, á satisfacer el deseo de una relación detallada, vino la historia romana de Mommsen, que tuvo una aceptación que acaso el mismo autor no esperaba.

La erudición de Mommsen era inmensa sin duda, habiendo sido puesta de relieve con rara competencia por Coen, en un estudio publicado en la *Nuova Antologia.*

Hablar ahora de ella sería llevar vasos á Samos; pero lo que

Digitized by Google

HISTORIOGRAFÍA ROMANA [1]

Durante el Renacimiento los historiadores romanos fueron leídos y estudiados en Italia con el mismo sentimiento de devoción con que un creyente lee los evangelios, y es que la antigua gloria romana se consideraba como nacional. Eran italianos los que habían conquistado el mundo: levantar dudas sobre una relación de Livio, de Salustio ó de Tácito era atentar contra la patria.

Como Bossuet meditaba sobre los Evangelios, Maquiavelo meditó sobre Livio, prestándole toda aquella sabiduría política que hacía maravillar á Napoleón, para quien no había libro comparable con los discursos del secretario florentino sobre las décadas del historiador paduano. Era sobreabundancia de devoción, y no, falta de crítica.

El siglo de la erudición fué para Italia el XVIII. El criterio histórico se hace en él más independiente. Pero es natural que tan sólo en Alemania, que debe á los latinos su civilización, sin participar de su gloria, podía surgir quien leyera en la historia de Roma con ojo desinteresado; en Alemania, á fines del siglo XVIII y á principios del XIX, cuando aun el espíritu nacional no

(1) A propósito de los dos primeros volúmenes de la *Storia dei Romani* por G. de Sanctis, últimamente aparecida.

Digitized by Google

existía, que más tarde ese espíritu hizo considerar como prueba de patriotismo el odio á Roma.

El que llevó á cabo una revolución en la historia romana fué Niebuhr, cuya obra (Römische Geschichte) apareció en 1811. Antes de él, ya habíanse publicado obras que no han perdido todavía su valor. El período tratado con preferencia fué el del imperio : baste con citar la *Historia de la decadencia y ruina del imperio romano* por Gibbon, publicada en 1776. El material para el estudio de este período ya había sido reunido y ordenado por Muratori. También, ya desde 1738, habían sido puestas de relieve por Luis de Beaufort las incertidumbres y contradicciones que presentan los cinco primeros siglos de la historia romana. Ni se puede tampoco pasar en silencio á Vico, precursor universal.

Con Niebuhr, sin embargo, comienza la moderna historiografía romana, cultivada sobre todo en Inglaterra y Alemania. Descartando las monografías innumerables, las biografías diligentes, y todos los autores que pisaron las huellas de Niebuhr, merece ser citada aparte la historia por biografías de Drumann, en la que si abundan la erudición y la penetración, desearíase sin embargo mayor imparcialidad.

Baste decir que pareció demasiado audaz al mismo Mommsen.

Mientras tanto se volvió á repasar todo el material, á ilustrar todos los puntos oscuros, y á tratar separadamente todas las cuestiones. Entre los italianos merecen ser citados sobre los demás, Rafael Borghesi, que estudió los nuevos fragmentos de los fastos capitolinos, Garzelli, que ilustró las condiciones de Italia bajo el imperio (1833), Micali, que se ocupó de la Italia antigua (1810), y mil más.

No bastando ya los manuales de Goldsmith, de Gilliers, etc., aparecieron otros muchos para las escuelas, cuando en 1855, á satisfacer el deseo de una relación detallada, vino la historia romana de Mommsen, que tuvo una aceptación que acaso el mismo autor no esperaba.

La erudición de Mommsen era inmensa sin duda, habiendo sido puesta de relieve con rara competencia por Coen, en un estudio publicado en la *Nuova Antologia*.

Hablar ahora de ella sería llevar vasos á Samos; pero lo que

Digitized by Google

no afirmaría es que su imparcialidad sea igual á su erudición. Así por lo menos no le pareció á Ellero. Por lo demás, su marcado imperialismo; su poca simpatía para el romanismo en general, á pesar de haberle consagrado toda su vida de estudio; el modo superficial con que habla de Catón, de Pompeyo, de Cicerón, le han hecho más daño á él que á sus víctimas.

Niebuhr admitía una epopeya romana primitiva, con la que dábase cuenta de muchas leyendas; Mommsen niega á Roma toda aptitud poética, y sin razón. El haberse la literatura desarrollado tarde en Roma y bajo la influencia helénica, nada dice respecto de las aptitudes naturales del pueblo latino para el arte. Volvieron á las ideas de Niebuhr, Lange, Peter, Ihne, Nitzche, etc., con obras monumentales, mereciendo asimismo ser citados entre los mil manuales que aparecieron, los de Leo, Patz, Siddell, etcétera.

En Italia debe mencionarse la historia romana de Atto Vannucci en cuatro volúmenes, que no merece ser pasada en silencio, como algunos lo hacen. Si Vannucci no acepta todos los dictámenes de la crítica alemana, siempre docta, pero no siempre imparcial, tiene sus razones. Por lo demás, su preparación es perfecta, y su erudición tan grande como su buen gusto.

No tan diligente como á d'Ovidio parécele es la historia de Bonghi, de la que no han aparecido sino dos volúmenes.

Todas las veces que en una cuestión toma él la palabra, evidencia su impreparación. Vaya un ejemplo. Sabido es lo que vale Apiano. Bonghi, no obstante, hace un desmedido elogio de su escrupolosidad, porque—dice—quiso visitar todos los lugares de que habla: Cartago, Corinto, Numancia, etc. Ahora bien, Apiano en el pasaje citado, da la razón del porqué dejando el orden cronológico, prefirió dividir su historia por naciones, y dice, más ó menos: he elegido esta división porque siguiendo el orden cronológico el lector veríase con disgusto trasladado de Cartago á Corinto, á Numancia, etc. ¡Vamos! Son erorres éstos que no revelan ni diligencia ni agudeza.

No me detendré ahora ni sobre la historia romana de Ampére (París, 1861), ni sobre el manual de Bertolini, que tuvo un momento de suceso, ni sobre la historia de Víctor Duruy, digna ésta

Digitized by Google

de consideración, ni sobre la de Schiller, de la edad imperial, ni tampoco sobre las obras dignas de mención de Cantú, ni sobre el volumen de la historia romana en la universal de Oncken, etcétera.

El solo trabajo de tomar nota de tantos autores, excede los límites de la capacidad humana. Antes de todo hay que ordenar las fuentes antiguas, de lo que ocupóse Nitzche (Die Römische Annalistik—Berlín, 1873), y después de él C. Peter en su crítica de las fuentes (Halle, 1879). La colección de los fragmentos débese en vez á H. Peter. En Italia un minucioso estudio de las fuentes se ha hecho en el primer volumen de la historia de Roma de Pais. Con todo, aun no ha aparecido al respecto una obra definitiva.

Esto en lo que concierne á los antiguos, que en cuanto á las obras modernas, hace falta una bibliografía de ellas. En las páginas anteriores sólo he indicado aquellas obras que representan síntesis más ó menos vastas, mientras que en esta materia el trabajo de los sabios ha llegado al *summum* de la subdivisión. Cada acontecimiento, cada ley, cada nombre, sea de lugar, sea de familia ó de individuo, tienen á su respecto toda una bibliografía parcial. Estos estudos se hacen por monografías, que aparecen con preferencia en periódicos especiales.

Así, pasando á Italia, prevalece hoy allí la monografía, el estudio parcial sobre tal ó cual documento, tal ó cual pasaje, siendo en esos estudios donde más se revela el carácter nacional. En efecto, cuanto más limitado es el campo, tanto más fácil es dominarlo, y poder, pues, formarse una opinión: en esto, la intuición, en la que sobresalen los italianos, puede hacerse valer con provecho.

Y no faltan tampoco las relaciones continuas con los estudios que se hacen en los demás países, y los resúmenes, y las valuaciones: agréguese la importancia que han adquirido las escavaciones y las continuas publicaciones á que aquellas dan lugar, siendo en esta rama de los estudios históricos en la que, á pesar de su amplitud, se trabaja con más orden y disciplina.

El interés histórico anda en Italia conquistando el profesorado; pero, ¿qué puede hacer un profesor con el mísero sueldo que recibe? ¿Cómo procurarse las obras? ¿cómo abonarse á tantos

Digitized by Google

periódicos? Y las bibliotecas—á excepción de algunas—no se hallan del todo bien provistas.

Pero, quien se dedica á esta clase de estudios, si quiere que su voz se distinga en concierto tan vasto, ha de renunciar á toda otra preocupación. El elogio de los competentes ha de bastarle. Por desgracia, el periodismo que podría sacarlo á la luz y señalarlo al público, se halla todo en manos de hábiles editores, de demagogos, de gente que no tiene sino un culto, el del dinero; que conoce todos los resortes de la *réclame*, y que sabe cuán explotables son la ignorancia y la inconsciencia humanas. Se alaba, se ensalza al correligionario, se le crea una reputación ficticia. En condiciones semejantes no ha de extrañar que sólo pueda sostenerse la monografía, la ilustración parcial.

A pesar de todo es verdaderamente asombroso lo que se alcanza á hacer; asombroso en razón de las mismas circunstancias.

En Alemania, donde los estudiosos, en continua relación entre sí, forman una gran orquesta, surgen de vez en cuando síntesis, organizaciones del material conquistado, en las que aparece reunida toda la labor individual.

Trabajos de tal índole, metódicos, exactos, con su bibliografía completa, son los que ayudan al estudioso italiano.

Ayudas también llégan le de Francia, donde todo se pretende verlo claro, y el respeto de la tradición modera el vuelo de la hipótesis y le corta las alas; ayudas también llégan le de Inglaterra, de modo que no faltan en Italia quienes no desesperan todavía de reconquistarle la primacía en estos estudios sobre sus pasada grandeza.

He nombrado poco antes la historia de Pais, obra que no satisface en conjunto, pues, si bien llena de erudición, lo está también de hipótesis desatinadas.

Superior á ella bajo todo concepto es la *Storia dei Romani* por G. de Sanctis, alumno de Beloch, obra últimamente aparecida. Si en fisiología pudo Italia dar al mundo un Luciani, si producir casi en cada ciencia, obras que reflejan el estado del saber contemporáneo, ¿porqué no ha de ser posible que haga lo mismo en historia romana? Pues bien, esta historia de de Sanctis, que aun

Digitized by Google

no comprende sino el primer período, no será acaso definitiva, pero, sin duda alguna, no es inferior á ningún trabajo extranjero en la materia, ni por la amplitud de la erudición y preparación que evidencia, ni por el método. Todas las cuestiones son en ella tratadas serenamente y con independencia de juicio: el texto anda acompañado de su correspondiente bibliografía al pié de la página, y, naturalmente, no una bibliografía rutinaria ó vulgar. Las obras que según su opinión han perdido valor, las omite; las que no tienen ninguno aparenta no conocerlas; pero si, ya por una razón, ya por otra, alguna obra ó publicación antigua puede servir, no deja de citarla, y nunca cita un autor sin juzgarlo. Además introduce al lector en cada cuestión, no dejando nunca de citar los pasajes controvertidos que la ocasionan.

Si de Sanctis alcanza á poner fin á su obra, Italia tendrá una historia romana á la altura de los estudios contemporáneos.

FRANCISCO CAPELLO.

Digitized by Google

BELTRAN Y FAUSTINO

(Fragmento de una crónica del siglo VI)

Lo que va á continuación ha sido sacado de una crónica latina de la época merovingia. Es de autor anónimo, y el manuscrito no dá indicaciones suficientes sobre el lugar ni sobre la fecha precisa de su redacción. Es fácil inferir sin embargo, de algunos detalles, que ha sido escrita por un contemporáneo. Es casi seguro que el autor vivió en Tours, y contribuyen á robustecer esta conjetura las frecuentes alusiones á la basílica de San Martín, y su especial devoción por este santo. Es evidente también que su crónica fué escrita ante de fines del siglo VI. El autor parece haber conocido á Gregorio de Tours. En dos pasajes diferentes cita el «Tratado de la gloria de los confesores» y el «Comentario sobre los salmos». Además su estilo es una visible imitación del de Gregorio, y muchas expresiones parecen haber sido tomadas de la «Historia eclesiástica». El fragmento publicado comprende la introducción de la historia de Beltrán, y el episodio del diácono Faustino. El resto del capítulo que aun no he podido traducir narra algunos otros milagros del anacoreta.

—

En el año 575 de la natividad de Nuestro Señor y 163 de la muerte de San Martín, antorcha de las Galias, apareció en el cielo una estrella de brillo sobrenatural y de forma desusada, que anunció grandes calamidades, pues antes de un mes el Ródano salió de madre devastando la campiña adyacente, y cerca de Soissons un rebaño de lobos causó enormes perjuicios. Este inexplicable fenómeno celeste fué interpretado como un signo del próximo fin del mundo. Semejante opinión es hija de la ignorancia popular, pues las señales que precederán á la destrucción han sido minu-

Digitized by Google

ciosamente descritas en el Apocalipsis, y es evidente, por otra parte que el reino del Antecristo empezará mil años después de la gloriosa muerte y resurrección de Nuestro Señor, por quien hemos sido salvos. Pero esta creencia introdujo un gran espanto en los espíritus, y muchos, suponiendo que la hora del juicio universal estaba próxima, se entregaron á toda clase de crímenes y de excesos, imitando en esto las costumbres de los paganos.

Ese mismo año, Beltrán fué á establecerse cerca de Poitiers. Beltrán había nacido en Tours, y durante su juventud vivió en el siglo, sometido á las pasiones perversas. Una noche se retiraba á su casa, cuando una viejecita encorvada se le acercó, pidiéndole limosna. El joven buscó en su cinto una moneda, pero se halló absolutamente desprovisto de dinero. Entonces, quitándose una cadena de oro que llevaba al cuello se la entregó. Esa misma noche tuvo un sueño de origen divino. Vió á Santa María, Nuestra Señora, en su trono celeste, con una cadena de oro en la mano, y que decía: «Me la ha regalado mi hijo Beltrán cuando aun vivía en el error.» De la misma manera fué convertido San Martín. Esta notable visión hizo comprender á Beltrán á cuan profundo abismo le había llevado su vida detestable. Al día siguiente repartió sus bienes entre los pobres y no queriendo vivir allí donde tanto había ofendido á Dios con sus crímenes se retiró á la soledad.

Su abstinencia era grande, y sólo se alimentaba de leche y de pan. La fama de sus virtudes no tardó en esparcirse por la provincia y de los pueblos más lejanos una multitud de enfermos acudía á implorar su intercesión. Daba la vista á los ciegos y curaba á los poseídos por medio del signo de la santa cruz y con la aplicación de hierbas saludables. Permanecia á veces durante tres días y tres noches sin comer ni beber.

Vivía entonces en Poitiers un sacerdote llamado Faustino, diácono, de familia senatorial, hombre que no tenía de cristiano sino el nombre, pues sus acciones eran dignas de un hereje. Escarneciendo la santidad de su ministerio, repudió á su legítima mujer y se unió con un amor criminal á la mujer de su prójimo. Sabía la gramática latina, y había leído no sólo la «Consolación» de Boecio, sino también la Eneida que pocos conocen por

Digitized by Google

entero, por lo cual mostraba una vanidad insoportable. Algunos suponen que era arriano y que admitía diferencias absurdas entre las personas de la Santísima Trinidad. Se entregaba con furor á todos los vicios y blasfemaba de los santos, hasta que Nuestro Señor en su misericordia quiso advertirle, privándole de la vista. Esta señal evidente de la voluntad divina no modificó las costumbres del sacrilego. Sin embargo, como los dolores propios de su dolencia llegarán á ser intolerables, pareció arrepentirse: se hizo llevar hasta donde estaba Beltrán y confesó sus pecados. Beltrán hizo sobre él la señal de la cruz. Pero como Faustino estaba desprovisto de fé, la intercesión del santo no bastó para curarle. Y vuelto á su casa llamó á un físico para que le asistiera. Este acto inícuo no tardó en atraer sobre su cabeza la cólera de Dios, pues una semana más tarde, mientras se paseaba por la orilla del río, cayó al agua y se ahogó.

.....

EMILIO BECHER.

Digitized by Google

CUATRO BOCETOS

El Café

En el rincón oscuro del café solitario,
Entre un ebrio que llora y un gato que dormita,
Silabea mi idea por el abecedario
De las cosas triviales que el desgano limita

Y la pereza esfuma. Sobre la mesa el diario
Sutiles argumentos de opositor medita;
En la calle la lluvia que es un viejo sudario
Deshila mansamente su hilazón infinita.

La mortecina lumbre del cigarro en la taza
Dos hojas enceniza de un crisantemo chino
Puesto sobre la loza por un pincel francés,

Y mientras va, en un cromo del muro, un rey de caza,
Los contornos divagan en tonos de esfumino,
Las luces tienen sueño y un reloj da las tres.

Rincón de Patio

Chorrean las macetas recién regadas
La pared envejecida donde un mocoso
Ha escrito un comentario libidinoso
Bajo la indiferencia de las miradas.

Digitized by Google

Palidecen las malvas atormentadas
Por un cáncer de flores, siempre oloroso,
Y arañan el oscuro suelo leproso
Las saltarinas peonzas bien aguzadas.

Cuatro ó cinco vecinas en compañía,
Entre un chisme sabroso y un mate aguado,
Comentan las noticias de policía,

Y en el cuarto la enferma llega á creer
Que es la protagonista del libro amado
Que anteayer le prestaron en el taller.

El Cristo del Juzgado

Mientras lee el secretario con voz que atrista
De los considerandos partes primeras,
El juez que tiene cara de prestamista
Va marcando el programa de las carreras.

Se trata del proceso de un anarquista
Que gritó cuatro cosas por las aceras,
Y el *ad latere* docto pasa en revista
Los cargos que merecen penas severas.

Tiene el muro un doliente Crucificado
Que fermenta en sus llagas toscos rubíes.
Cercanas á los clavos del pie llagado

Se entretejen rojizas llagas de herrumbre...
.....
(¿Qué hará entre providencias y entre otros íes
Ese cuerpo de ayunos y mansedumbre...?)

Digitized by Google

Bajo la lluvia

La lluvia con blanduras de enamorado
Se apaga en su tableado traje morado,
Y si en la nuca grácil se despereza,
Sobre el milagro rubio de su cabeza

Queda prendida. Por el tramado
Que los hilos sutiles han trabajado,
Se descuelgan las gotas con la torpeza
De arañas de diamantes en la maleza

De la aurea filigrana de un aderezo...
Tan mansa cae la lluvia que es como un rezo,
Y á las luces temblantes de los faroles

Que en las aceras brillan como charoles
Dos lágrimas simulan gotas arteras
Cuajadas en el arco de sus ojeras.

ENRIQUE J. BANCHS.

Digitized by Google

EL SACRISTAN

Algunos dijeron que era el cura, pero yo pienso que debió de ser el sacristán. Por que es más de sacristán aquella escena en que la voz de una campana sube al cielo para avisar al Padre que en la tierra abandonada ha nacido un amor...

Era en uno de esos adorables países de las zonas calientes. Y como en aquellas comarcas todo arde, el alma de la joven aldeana ardía de pasión ante las miradas ambiguas del rubio sacristán. Y cada vez que iba á la fuente para llenar su cántaro se encontraba con él. Y cada vez que él arreglaba los antiguos encajes del altar de la Iglesia ó limpiaba los copones con sus manos temblantes dirijía sus ojos hácia el último de los escaños en la seguridad de ver fulgurar en la sombra del coro los ojos de ella.

Y así, sin darse cuenta, en la divina inconsciencia de los seres perfectos, se fueron amando con amor religioso: un amor sagrado y profundo que al crecer en silencio, sin la necesidad de las palabras, se alimentaba de su violencia propia.

A veces, sin embargo, el sacristán tenía extraños temores. Al pensar en Dios, á quien en su inocencia creía ofender con sus pasiones el alma se le llenaba de congojas y con el espíritu excitado oía palabras de reproche. Muchas veces pidióle perdón de rodillas mientras dejaba caer de sus manos el libro de oraciones. Y más de una noche, enloquecido de terror, juró ante los altares desatar su alma de los vínculos terrenos. Al día siguiente, sin embargo,

Digitized by Google

la aparición de la aldeanita lo tornaba perjuro, y una sola mirada de aquellos ojos infantiles y blandos era suficiente para destruir, como castillos de papeles, sus más bellos proyectos.

Pero á pesar de la intensidad creciente con que lo dominaba la aldeanita había permanecido hasta ese instante sin hablarla, aunque á veces la realización de su silencio le costase esfuerzos dolorosos.

Una mañana que se hallaba en la Iglesia, agobiado, sin duda, por la quietud terrible que los templos arrojan sobre las almas solitarias, la vió llegar, sola y pensativa, en dirección á la pila del líquido bendito. Y allá en el fondo de su ser pensó en esas santas de las viejas leyendas que para tentar á los creyentes adoptan formas materiales. Y entonces, ante la idea cristiana, le faltó el necesario valor para dirigirle la palabra.

Pero se contemplaron breves instantes, mudos, paralizados ante su recíproca presencia, mientras sus almas gemelas llegaban á sus ojos con irradiaciones de fulgores extraños...

Y la aldeanita cada vez era más bella y el rubio sacristán más pudoroso.

Una mañana, después de mucho tiempo, él arreglaba las campanas suspendido en el pináculo de la torre. De pronto sintió un rumor desconocido en la escalera que conducía á la cúpula y dió vuelta los ojos. Entonces contempló á la aldeana que con el rostro rojo, como los resplandores de un incendio, subía hasta él excusándose con frases incoherentes.

Y al hallarla á su lado, en la hora imprevista, sobre la parte más alta de la Iglesia, sus labios febriles estallaron en un beso que hirió la frente de la niña. Ella, asustada, ante la salutación extemporánea y comprendiendo quizá el atrevimiento de su audacia, exhaló un grito de sorpresa y descendió las escaleras apresuradamente.

Y el sacristán estupefacto por la acción cometida en la casa de Dios levantó los ojos al cielo para pedir perdón. Pero ante él se alzaron las campanas, enigmáticas y frías, dejando caer sus cuerdas sobre las escaleras inmediatas. Entonces, con un movimiento inconsciente se asió de las sogas. Y las campanas comenzaron á vibrar violentas, ágiles, enloquecidas, solmenadas en la cúpu-

Digitized by Google

la por la mano frenética que las hacía gemir en el terrible estallido de un concierto macabro. Y sobre la campiña, bajo las nubes, hasta las más lejanas líneas del horizonte se desplegó la vibración insólita para llegar á Dios.

Vibraban, vibraban en la quietud matinal, mientras el vecindario temeroso acudía á la Iglesia. Y el sacristán, cada vez con más bríos tiraba de las cuerdas. Hasta que una persona osada llegó á la cúpula para gritarle que bajase.

Entonces él, en su lenguaje rudo, aprendido en la campaña solitaria, quiso explicarle su locura. Y le dijo que esa mañana había pecado y deseaba hacer llegar al cielo, por la voz de los bronces, su arrepentimiento doloroso.

Y siguió tocando, tocando locamente, tocando siempre, con sones formidables que repercutían en los cortijos como la voz de un trueno... De pronto, á la tarde, cesó la vibración. Y cuando subieron á la cúpula le hallaron en el suelo, recientemente muerto, mientras su mano diestra hacía la señal de la cruz y con la izquierda apretaba aún las cuerdas de las campanas!

Y los habitantes de aquel país de las zonas calientes dicen que el pecador fué perdonado porque murió por una virgen en la casa de Dios.

LUIS MARÍA JORDÁN.

Digitized by Google

LA INTERLOCUTORA [1]

Lo fué, durante todo un lánguido otoño, admirable de silencio y de atención. ¿Qué ansia enfermiza impulsábala á lividecer su alma en la angustia de tales relatos? Nunca quiso decirlo. Cuantas veces se lo preguntara sonreía penosamente y los ojos se le llenaban de lágrimas. La tarde en que presintió que estaba á punto de adivinar su secreto, cerráronse para mí también las puertas de *Las Glicinas*. Desde entonces vive sola en su quinta solariega, sin otro confidente que un suntuoso cuaderno de cantos dorados donde escribe una historia resignada y triste que jamás verá la luz. Y lo mismo que en aquella emocionante ficción de Radiana Glanegg, el Tiempo vela su retiro voluntario con su hoz y su reloj de arena como en las alegorías...

Alta, fina, singularmente pálida, tenía las manos afiladas y expresivas, y el aire pasmado de esos niños trágicos que pasan con ojos atónitos por los cartones de miss Kate Greenway.

Era la oyente ideal. Avida de fábulas, su espíritu no destellaba esa clarovidencia quimérica de sus hermanas extraterrestres, Moralla, Ligeia, pero aquilatábalo, en cambio, sensibilidad tan exquisita, que el sentido de las imágenes abríase para ella con sorpresas de prodigio.

Las tardes crudas, refugiábase en aquel salón de reliquia donde había siempre una partitura olvidada en el historiado facistol y grandes rosas exangües en los floreros antiguos. A «la hora del

(1) De un libro próximo á aparecer titulado *Borderland*.

Digitized by Google

té humeante y de los libros cerrados», cuando la luz mortecina prestaba matiteces de cutis á las porcelanas de las consolas, y el piano ahondaba reflejos de estanque nocturno, y los retratos de los antepasados adquirían esa animación grave de la vida espectral, acodábase sobre una lacia piel blanca, la cara en las manos, para escuchar en esa postura tendida de esfinge que adoptan las girls juiciosas de los Keepsakes.

Otras veces, con las primeras sombras abandonaba el recinto. Aun me parece verla á mi lado con su andar elástico lleno de la gracia ceremoniosa de las gavotas. De vez en cuando, una ráfaga más fría propagaba ligero temblor en la fronda exhausta del jardín. En todas partes—sobre los arbustos de copas perennes, en los bancales contiguos ó, á sus pies, en la conchilla menuda del sendero—en todas partes caía una lamentable profusión de hojas amarillentas. Detenía se entonces para recoger alguna y, en seguida, reanudaba la marcha con un suspiro.

Sin embargo, rara fué la tarde en que tales paseos no se interrumpieran de improviso. Con frecuencia, en medio de una escena atribulada, inquietábase repentinamente y decía con su vaga sonrisa ocultadora:

—«Ha refrescado mucho, entremos...»

Bajo nuestros pasos, mientras nos alejábamos en medio de los árboles inmóviles, crujía la arena del camino....

ATILIO M. CHIAPPORI.

Digitized by Google

VERLAINE

¡Ah, pobre Verlaine,
genial miserable!
Fué su vida un sollozo y, también,
poema inefable.

Con cara de brujo
y aspecto de vago,
encantó, sin embargo, y sedujo:
Verlaine era un mago.

Su cuerpo, en las salas
de los hospitales;
y su alma de líricas alas,
por mundos astrales...

Mezclaba canciones
y ritmos dolientes
su laúd; y su boca, oraciones
y besos ardientes.

En noches macabras
de fiebre alcohólica,
profería, con toscas palabras,
tristeza diabólica.

Digitized by Google

Y al borde de linfas
serenas y claras,
cautivaba su flauta á las ninfas,
con músicas raras.

Fogoso pagano,
soñaba un idilio;
ó á la Virgen, humilde cristiano,
pedía su auxilio.

Burlóse del Numen,
y fué su nocturno
inspirado. Dolor, su resumen.
Su signo: Saturno.

Un sátiro huraño
y amante y deforme,
con espíritu ingenuo y extraño,
precioso y enorme.

ALFREDO ARTEAGA.

Digitized by Google

ALMAFUERTE

(Primer capítulo de un ensayo crítico en preparación).

—¿Almafuerte?

Y aquellos á quienes preguntaba por el cantor de *Jesús*, por el que poco antes había conmovido á toda una generación con la dolorosa elegía del *Misionero*, arqueaban las cejas en un extraño visaje, como si les hablara de visitar al monstruo Fafner en su cueva. Y cuando ratificaba mi deseo, insistiendo en saber á donde debía dirigirme, levantaban el brazo en un gesto vago, indicando lo infinito, lo desconocido, y decían:

—Por allá... Por Tolosa, siempre... En su covacha...

Había algo de cruel en ese gesto de un pueblo que albergando al más grande de sus poetas simulaba ignorarlo, queriendo engañar al que desde lejos venía, como atraído por misterioso poder, hacia el pensador que tantas veces y tan hondo había hecho vibrar en él magnas tempestades de sentimiento.

La Plata, que olvidaba el camino de la «covacha», pretendía que los demás lo ignorasen. ¿Sería verdad, pues, aquella leyenda de ogro formada alrededor del cantor de la chusma? ¿Sería verdad aquella leyenda de brusquedades carduccianas, de hirientes frases, de malhumores terribles, cayendo como golpes de maza sobre la frente del importuno? Por fin, alguien me dijo:

—Venga usted... Yo le llevaré á la casa del Maestro.

...Y fué en una tarde de invierno, fría, desapacible. Una de esas tardes de invierno que más tristes y dolorosas parecen, en

Digitized by Google

la desolación de una ciudad inconclusa, de una gran capital fracasada, como La Plata. Calles amplias, bordeadas de árboles desnudos, con grandes huecos de edificación, solares vastos que se iban ensanchando á medida que avanzábamos por el suburbio desierto, silencioso, triste como un pueblo de campo. Había llovido pocas horas antes; grandes charcos de agua en el desigual empedrado, reflejaban tropeles de nubes corriendo por el cielo, cubriendo el sol, dejándolo brillar de nuevo. En un amplio terreno abandonado, un gran charco, brillando y apagándose bajo el intermitente reflejo, parecía pestañear, como si guiñara maliciosamente, riendo de nuestro apresuramiento.

Mientras caminábamos, golpeados de frente por una brisa fría, glacial, cortante, mi compañero hablaba...

Y la vida del poeta pasaba, rápida, febril, como en un cinematógrafo mudo, ante mis ojos. Era una vida, completa vida de amor, de sentimiento, de nobleza, que no comprendían los bárbaros, los crueles, los indiferentes de la ciudad cercana. Era una vida, recta dentro de su tortuosidad superficialmente inexplicable, en marcha hacia la realización de un grande ensueño de amor y fraternidad, combatiendo el mal.

¿Este es odio, mentira, miseria? Pues, contra esa miseria, ese odio y esa mentira debe de ir la obra del hombre verdadero. Solamente los relativos, los inútiles, pueden detenerse en consideraciones sobre los peligros de la marcha. Los obstáculos no se deben de contar... Pero, los hombres los cuentan; los hombres miden y calculan el posible resultado inmediato de sus acciones, evitando perjudiciales errores.

El poeta no calcula, no piensa, no mide. *¿Esto* es verdad? pues *esto* debe de ser dicho. ¿Hay peligro? «La verdad es más llamativa cuando corre más peligro.» La vulgar imposición, temor del cobarde, no alcanza con su brazo á la región del pensamiento. El odio es ignorancia, la miseria es inconsciencia. Enseñar es aliviar. El que sabe y comprende hállase á cubierto de males: pero el que comprendiendo y sabiendo los padece por asimilación apostólica es un héroe. Ese heroismo, empero, es locura dentro del equilibrio anormal de la sociedad contemporánea. Por eso el poeta es «el loco» para los hijos degenerados de los imbéciles que veían en Jesús «el bandido». Ese heroismo

Digitized by Google

nervioso, desequilibrado en el raquítico medio ambiente donde todo lo grande es anormal, es el de Almafuerte: gesto amplio en los brazos abiertos para recibir al desgraciado y al miserable; impetu de león, irguiéndole, vibrátil, caliginoso, ante una miseria relatada; arrojo de adversario valioso que baja, fuerte de sí mismo, á rogar al poderoso que combate, en beneficio ajeno... Heroismo que va á la abnegación, lindante con la superficialidad ridícula; que llega á lo más alto del sacrificio, en un desesperado abandono de sí mismo, en una anulación del propio sér, en una superabundancia de amor, como el de quien habiendo nacido «para ser madre» se dá, enteramente, totalmente, en un olvido glorificador de la miseria propia...

A la evocación de mi compañero pasaban por mi memoria, vibrantes, fulgurantes, aquellos hechos de la vida del poeta, que corrían de boca en boca, diciendo de una firme voluntad, de una fé inquebrantable. No había sido siempre la «covacha» del suburbio, olvidada; pero este abandono volvía siempre, á grandes espacios, como ritornelo forzado, marcando la marcha progresiva, ascensional, de aquel espíritu único. Lo demás, todo lo demás, era accidental, fugitivo, vano. El salón donde se tejen los perfumados triunfos mundanos; el pasillo del palacio legislativo, el despacho ministerial, donde se trepa y se asciende en el dominio de los hombres; el proscenio deslumbrante, donde se conquista el corazón y el sentimiento de los auditorios; todo eso, es lo accidental, lo inútil, lo pasajero, dentro de la vida genial de los héroes del amor humano. Lo esencial es la escuela primitiva, en pleno campo; la dura lucha con el ambiente salvaje; la obstinada labor, casi manual, de sembrar abecedario en los cerebros incultos, más vírgenes que la dura tierra nunca herida por la reja; lo indispensable es la permanente lucha en el suburbio, frente á frente de las pasiones malsanas que irrumpen como vahos fétidos de una falseada civilización; es la inmensa gesta de un ejemplo noble, de una vida intachable, de un sacrificio prolongado hasta la propia aniquilación cerebral.

Brazos abiertos, grandes brazos abiertos para toda la miseria humana... «Hermano lobo», decía el de Asís; «hermano vicio», ha querido decir éste, no menos grande. Y si el vicio, más cruel que el lobo del seráfico panteísta, ha llegado á veces á envolver

Digitized by Google

en sus anillos de sombra la frente del hombre, no ha podido, nunca, nunca, bajar hasta su corazón... Job se lamenta, Cristo lanza un grito de desesperación y perdona; nuestro Misionero, nuestro Poeta, que comprende y por comprender duda, no hace más que entregarse, darse todo, en su vida de apostolismo excepcional.

Idiosincrasia tan desequilibrada en nuestro mundo requiere su ambiente propio, su marco de sombra, donde pueda su luz brillar más esplendorosa. ¿Qué hacer en el ambiente falso, hipócrita, de virtud melíflua, de vicio cobarde, de ambición rastrera, de odio afeminado, de utilitarismo calculador, de mal temeroso y grotesco?

¿Qué hacer en ese mundo, falso, pequeño, aniquilador? Por esto los grandes sacrificios requieren calvarios, no salones; tristes, desolados suburbios de miseria y de ignorancia, no los barrios de la aristocrática plebe, con rumor de sedas y deslumbramientos de pedrerías.

Y el suburbio es la llaga, pero es la llaga serenamente abierta, más fácil de curar. El impulsivo pasional tiene regeneración posible; no el degenerado calculador, frío matemático del delito. De ahí que al suburbio vayan los grandes, los nobles, los heróicos, llevados por su apostolismo generoso, cristiano...

Tales almas no pueden vivir la vida falsa de nuestro ambiente; la lucha permanente los endurece y á ellos no resisten nuestros vidriosos convencionalismos. Y esto es abandono, es olvido...

...Mi amigo se detuvo y con un gesto brusco del brazo nervioso mostróme el desierto, silencioso arrabal. La penetrante y aguda brisa había cesado; en torno de nosotros todo era calma, como si de repente se hubiera hecho el vacío. El sol, detrás de una gran nube grís caía en occidente. La ceniza del crepúsculo pesaba en los corazones; y el brazo de mi amigo trazaba lento surco en el aire mostrando una vasta esplanada, dos ó tres calles, abiertas á lo lejos, un grupo de caras, blancas, en la tarde oscura, claras, sobre el espacio gris... Reanudamos la marcha.

...La enemistad de unos, la malquerencia de otros, la desconfianza de los más, hace cada día más alta y fuerte la muralla del aislamiento del apóstol. Aquí, en este ambiente primitivo, late

Digitized by Google

la sinceridad que es la base del heroísmo. Sólo así puede realizarse la transubstanciación del espíritu del genio á la masa dolorosa del miserable sollozante.

¿Sabe de esta química de las almas el mundo? ¿Es el abrazo dado al leproso, es el beso al criminal, es el cariño á lo más bajo?... ¡No, no sabe el mundo de tales vidas; no sabe el mundo de nada que sea ruda pasión, impetuosidad brava, sentimiento puro! Y Almafuerte es el sacrificio loco, irreflexivo, espontáneo.

Es el heroísmo único, excepcional, sobrepuesto á la pequeñez de la imitación, fuerte en su originalidad de inimitable. Es el maestro sin discípulos; el poeta cuya valía no está en la mecánica del ritmo ó en la gramaticalería de la rima, sino en la idea hecha carne, ya aplicada, acción antes de verbo, como el rayo es luz antes que sonido, antes que la grotesca resonancia del trueno, espanto de cobardes. «¡Maestro!» llamóle cierto día un joven poeta. ¿Maestro? y el joven poeta sufrió un día la prueba, la clásica prueba del patio de la casa de Pilatos... No, no era fácil ser discípulo de un apóstol en acción que al mismo mal defiende si en el mal vé la inconsciencia y la posible regeneración. El místico compadecía al demonio porque no sabía amar...

¡Maestro! No es fácil ser discípulo de tal maestro que pone la poesía en parábolas en acción, que dá lo superfluo y lo necesario, que llora con el afligido, y que, también, fuerte y duro hasta la crueldad, somételo todo á la implacable gimnasia de su visualidad, de su manera de ver las cosas, con un amor tan grande á todo que á veces toca al odio y á la muerte...

Solo, único, exclusivo; tiene que pasar, como el sol, enceguecciendo.

Nos detuvimos de nuevo. La noche había cerrado, rápida, después del corto crepúsculo de invierno. De nuevo un aire frío, glacial, pasaba con un suave siseo. Ante nosotros abríase el paso á nivel de una vía férrea. Del otro lado una pequeña casa con una ventana iluminada; mi amigo hizo un pequeño gesto indicándola á mi atención.

Yo volví la mirada por todo lo que me rodeaba, queriendo grabar en mi espíritu aquel fugaz momento de mi vida. La noche era oscura, sin estrellas; el hondo silencio persistía; en la vía

Digitized by Google

férrea, lejos, brillaba una luz verde, más lejos y más altas tres luces rojas...

Delante de mí la ventana iluminada de la casa del Poeta...

Cuando entré y unos brazos vigorosos me estrecharon, sentí que algo temblaba en mis párpados, humedeciéndolos...

Eso era en una noche de invierno fría y desapacible.

JUAN MAS Y PÍ.

Digitized by Google

DIVAGACIONES IRREVERENTES (1)

La explicación del nacimiento de todo sistema filosófico pudiera acaso encontrarse en aquella inextricable malla de acontecimientos triviales, de impresiones fugaces ó duraderas, de pequeños incidentes que parecen no dejar huella en el espíritu y que van sin embargo plasmándolo, sugestionándolo y dándole determinadas direcciones.

Así, á la investigación del porvenir le está reservado determinar el papel que desempeñó en la concepción del sistema de Kant la ventana de su cuarto, naturalmente sin que el filósofo se diera cuenta de ello.

El término de comparación que ayuda á dar á entender una idea es casi siempre el fenómeno que la ha sugerido. Pero esto generalmente no se advierte.

¿Qué es en efecto la razón pura de Kant?

---

(1) La índole especial de este artículo requiere dos palabras preliminares.

Quien lo firma es un desconocido para el público argentino. Poco hace, en efecto, que llegó de su patria, Dinamarca, donde ejerció durante muchos años el profesorado. El señor Hans Friedrich es un solitario. Habita, completamente retirado, en un pueblecito de los alrededores, sin otro cuidado que el de su jardín, que constituye su única pasión. Adora las plantas. También se ocupa de filosofía, pero tiene sobre ella opiniones radicalísimas. No ama á los filósofos, á los modernos sobre todo. Alimenta á su respecto ideas muy raras, que, si bien expuestas con escasa gravedad, encierran á menudo hondas verdades. Complacida esta revista da hoy cabida y la dará en los números siguientes á algunas de esas ideas, que tienen por lo menos el mérito de romper con la solemne uniformidad del pensar común, sugiriéndole al espíritu nuevos puntos de vista para considerar las cosas.

N. DE LA D.

Digitized by Google

Un hombre sentado ante su mesa de trabajo, obligado á verlo todo á través de una ventana que tiene vidrios coloreados, y que no puede abrir la ventana ni salir de su cuarto. Toda la realidad exterior se le pinta pues del color de los cristales. Las cosas en sí, en su verdadero tinte, nunca le será dado observarlas, y ni siquiera podrá jamás saber que color tienen los objetos de su cuarto, por cuanto también la luz de él se colorea como los vidrios.

¿Cómo no ver en todo esto al filósofo mismo, obligado por el rigor del invierno nórdico á refugiarse en su habitación, y que á través de los vidrios empañados todo lo vé alterado?

He allí la desdichada condición de los humanos. Basta en efecto sustituir por un cráneo las paredes y el cieloraso del cuarto; por el alma al filósofo mismo; basta leer *intelecto* en lugar de *ventana*, *sentidos* en lugar de *vidrios coloreados*, y *forma del intelecto* en lugar de *forma de la ventana*, para obtener el sistema, la crítica de la razón pura.

Si el cielo parece rectangular y dividido en cuadros, es que así está hecha la ventana.

Pero mientras el filósofo está sumido en tan tristes consideraciones algo se despierta en él que no se deja alterar por el color de los vidrios: el apetito. Una voz se oye: es la criada que lo llama á almorzar. He aquí el sentimiento y la razón práctica.

Tanta inconciencia en filósofos casi no se concibe, y, sin embargo, como es sabido, Tales, el creador oficial de la filosofía, cayó en un hoyo mientras salía de su casa mirando el cielo.

El filósofo mira hacia arriba, y por consiguiente no clava la vista en sí mismo. Hasta su modo de vestir lo demuestra.

Tampoco hay persona que se halle más sujeta á desengaños é ilusiones que el mismo filósofo.

¿De donde pudo, por ejemplo, venirle á Kant la idea de su *fantasía trascendental*, espacio mental (pues que el real para él no existe) donde disponemos nuestras representaciones, sino del espejo en que se miraba al lavarse?

Todo lo que había en su cuarto ha entrado en la fabricación de su sistema.

En estética, por ejemplo, su gran principio que lo bello consiste en una disposición de partes que hacen pensar en un fin sin que

Digitized by Google

haya tal fin, no pudo ciertamente serle sugerido por otras meditaciones que las que él hiciera sobre cierto vaso que, obligado á permanecer ignominiosamente oculto, estaba sin embargo adornado por muy bonitas flores, por cierto completamente inútiles.

Cualquiera puede llegar á no distinguir ya si está despierto ó dormido. Basta con que se pare en observar este punto capital: que también cuando sueña cree estar despierto. Por lo tanto, para no volverse loco, cuando á uno se le ocurren meditaciones de esta clase, inmediatamente las rechaza, siendo ya indicio su sola presentación de vocación para el manicomio. Kant, sin embargo, pasó toda su vida preguntándose si uno viendo vé algo, y como no tenemos otro par de ojos para cerciorarnos de la verdad, y aun teniéndolos también de ellos podríamos dudar, no pudo salir del atolladero.

Y por el estilo son casi todos los sistemas.

Algo distinto sucede con Platón, el hombre más precavido contra toda clase de ilusiones. Podemos afirmar sin más que en su tiempo no se conocía el alambique, ó por lo menos que él nunca había visto uno, pues de otro modo habríase dado cuenta sin duda, de que lo que él tenía en la cabeza y tradujo en un sistema, no era sino la destilación.

En efecto, en una cosa hay bondad, en otra más; en una hermosura, en otra más: si se pudieran destilar la hermosura ó la bondad, obtendríamos la esencia de hermosura, la esencia de bondad, la hermosura y la bondad puras, sin ninguna mezcla: he allí sus ideas.

Destilando del mismo modo el ser, tendríamos el puro ser, Dios.

Todo esto llena la mente de mil personas que se llaman sabios.

Hoy en día el alambique es común, y sin embargo no se advierte que es en él donde fué á parar Platón, no siendo otra cosa su sistema.

Ni el mismo Aristóteles pudo apercibirse de la cosa. Advirtió sin embargo, que lo que buscaba Platón lo tenemos en nosotros: no dijo destilación, sino abstracción, y es lo mismo. No hay hermosura pura; sólo existen cosas hermosas, de las que nosotros podemos abstraer la hermosura. Abstraer no viene á ser sino fijarse en una cualidad sola; pero esta idea no era tan clara

Digitized by Google

para Aristóteles. Abstrayendo dejamos esa cualidad en el objeto, y en él la consideramos aislada. Aristóteles observa que la cualidad abstraída se hace idea en nuestro entendimiento, y para indicar cómo, acude á la descripción de un proceso, que no es otro que el de la destilación.

Y no son bromas. La alquimia, que debía transformarse en química, no es sino la aplicación á objetos reales del método que Platón aplicaba á las ideas; es el resultado de la escuela socrática.

Platón siempre es genial: nos dió una idea que no teníamos, y puso al mundo en la senda para descubrirla. En su honor los farmacéuticos llaman *esencias* y *extractos*, (que es lo mismo que decir *abstracciones)* todas las destilaciones que logran conseguir, y no sin razón llámase espíritu al alcohol.

No hay duda de que sólo este método nos puede conducir á comprender bien los sistemas antiguos y los modernos, siendo una necedad suprema el seguir manteniéndose en la atmósfera de una fraseología misteriosa.

Lo abstracto, el ver mal y como de lejos, ha sido puesto sobre lo concreto, sobre la visión clara y distinta; el orden ideal sobre el real; el fantasear sobre el vivir, y el pensamiento sobre la acción.

A pesar de todo se progresa, ¿pero cómo? Tómese á cualquier filósofo y se verá que únicamente donde su sano juicio le lleva á refutar á otro filósofo, da con algo bueno: cuando después de haber refutado se sienta y empieza él mismo á hablar, ya no dice sino disparates. Como andan las cosas nos lo puede decir un símil: la rotación de la tierra que se ha impreso también en la marcha del pensamiento. El sano juicio es el peso, la fuerza centrípeta, lo que nos tiene unidos y no nos deja disipar; la filosofía es la fuerza centrífuga, que si prevaleciera nos arrojaría á todos en el vacío. En cuanto habla el sano juicio en un filósofo y hace que se oponga á la tendencia centrífuga de los demás, éste resulta útil: en lo restante perjudicial.

De la fuerza centrífuga la tendencia filosófica tiene todos los caracteres: el principal, el de quererlo lanzar todo en una dirección única, el sistema, tangente á la realidad en un punto sólo.

Digitized by Google

Y eso en los sistemas filosóficos antiguos, que en cuanto á los modernos, son de todo punto ruedas que giran eternamente en el vacío sin tocar jamás la realidad.

La salvación está en no dejarse arrastrar, en quedar asidos á lo real.

El atomismo químico con sus equivalencias y afinidades electivas y repulsivas ha sugerido el sistema inglés de la asociación, y también ese sistema parece claro, porque uno se transporta con el pensamiento á la química. Pero despertemos, tratemos de darnos cuenta de que no se trata de átomos sino de ideas, y ya todo nos parecerá oscuro.

Lo que se vé desde lejos no se distingue bien. Colóquese á Fulano algo más allá y ya no lo conoceremos: no será Fulano, sino un hombre; aléjese aun más, y no sabremos decidir si es un hombre ó un animal cualquiera; y si se aleja más todavía lo tomaremos por un bloque inanimado. La distancia todo lo hace igual: es *lo homogéneo* de Spencer, quien no se dió cuenta, estableciendo su ley del progreso, que no hacía sino descender por la escala de los géneros, pasar de la vista confusa á la clara. Ardigó lo advirtió, y á la fórmula *de lo homogéneo á lo heterogéneo* sustituyó la *de lo indistinto á lo distinto.*

La dificultad de entender á los filósofos nace casi únicamente del hecho que no se entienden ellos mismos, y que no se aperciben al hablar de la inteligencia, verbigracia, que están pensando en un alambique.

Todo el aparato telegráfico ha entrado ahora en psicología con los nervios aferentes y eferentes, lo que es muy natural, porque, en efecto, se sabe más ó menos en que consiste el telégrafo. Ya se verá como pronto también será introducido el radium en psicología. De un modo tan inconsciente de pensar ha nacido una inversión perniciosa en la valuación de las cosas.

Se quiere resolver el problema: ¿en qué relación está lo ideal con lo real?, y por empezar ya se da como conocido el punto de llegada, que ha de ser la unificación de los dos términos. He aquí, pues, alterada la cuestión, y reducida á buscar un término de comparación, algo, en fin, en que dos cosas se fundan en una. Se da con la línea curva, cóncava de un lado y convexa,

Digitized by Google

del otro, y como ésto parece muy claro, se declara resuelto el problema. ¡Y qué á esto se le llame filosofar!

Mientras tanto no se repara en el disparate que se comete en tal concepción de la línea curva. Sólo haciendo de una línea un cerco de tonel, tendrá ésta cóncavo y convexo; pero si se concibe la línea cual debe ser, no tendrá anchura ninguna, y únicamente será cóncava si limita una superficie cóncava, y convexa si limita una superficie convexa. Lo cóncavo y lo convexo son de la superficie, no de la línea.

Si se traza un círculo sobre una hoja, lo convexo queda únicamente en el círculo, y lo cóncavo en la superficie exterior: á quien se ponga á mirar mentalmente desde el centro del círculo le parecerá cóncava la circunferencia; pero porque la destaca del círculo y la proyecta en la superficie en que el círculo ha sido trazado. La línea antes bien que unir, separa precisamente lo que es cóncavo de lo que es convexo. Cuando dibujamos una circunferencia sobre un papel, ésta tiene cóncavo y convexo; pero ya no es una línea, sino una raya, que también se extiende en anchura.

El simil mencionado más arriba valdría si la línea pareciera cóncava y convexa mirándola desde el mismo punto; pero esto es simplemente absurdo. Hay que colocarse en dos puntos de vista distintos, y entonces... ¡adiós monismo!

¡Y decir que semejante sistema hace felices á muchos!...

HANS FRIEDRICH.

Digitized by Google

BAJO EL REY SOL

Tríptico á la manera de Watteau

I

Mussé, Lilí y Fanfan. La que tiene más, tiene
Cinco años, y son rubias y bellas, lo son tanto,
Que un manso ruiseñor que ellas poseen, viene
A besarles los labios y á cantarles su canto.

Mussé, la de ojos verdes, aislada se entretiene
En morder una rosa que pone más encanto
Y carmin en su boca, mientras Lilí conviene
En que es mejor la fresa que mancha de amaranto.

Fanfan trepa á los árboles y se roba los nidos,
Apresa las libélulas y los nidos floridos
De los que ella posee la luz y la fragancia.

Sus ojos son dos mares azules é infinitos.
(Niñas de tres graciosas y alegres marquesitas
Que en el siglo diez y ocho florecieron en Francia.)

II

Pasan las primaveras. Ya Mussé muy bien sabe
Sentir un madrigal que escribió Duplessis—

Digitized by Google

El duque y cardenal de Richelieu—y al clave
Toca admirablemente minuetos de Lulli.

Lilí que era sonriente y alegre al par que suave
Sabe á Pierre de Ronsard: *Mignon allons voir si*
La rose qui ce matin... Lo que no impide alabe
Coqueta, haber dicho muy pudorosa un sí

A Carlos de Orleans el gentil duquesito.
Y hay un abate rubio que en su aspecto contrito
Oculta una pasión naciente por Fanfan,

Que se traduce en hondas miradas á hurtadillas,
Cuando la marquesita devota, de rodillas,
Con fé, oye la misa mayor de Nôtre-Dame.

III

En el bello parterre—que el artista decora
Con estatuas y fuentes—del palacio ducal:
Nobles, abates, pajes, Madame,—la encantadora
Duquesa—que acompañan Mussé, Lilí y Fanfan.

Tarde de fiesta. En tanto el duque rememora
Aventuras galantes—picaresco y locuaz—
Ante el grupo de amigos, y la risa desflora
Su flor, entre las damas se procura ocultar

Con discreción, la audacia de la atrevida apuesta
De quien es, de las jóvenes que acuden á la fiesta,
La de más bellas piernas. Es juez el paje Eudoro.

El decidir es árduo. ¿Es Lilí? ¿Es Fanfan?
¿La divina Mussé? La incertidumbre es tal
Que se queda sin dueño la manzana de oro.

EVAR MÉNDEZ.

Digitized by Google

LETRAS ARGENTINAS

«VOZ DEL DESIERTO» POR EDUARDO TALERO

Es un libro constituído por una serie de capítulos, en los que aparecen vigorosamente pintados, tipos y paisajes del territorio del Neuquén.

Ya forman número en nuestras letras aquellas obras que deben su justa fama á su característica de ser el fiel reflejo del ambiente físico y social en que nacieron, y á ese sabor inconfundible del terruño que sus autores supieron infundirles.

¿Habremos de decir que *Voz del desierto* viene á engrosar ese número? ¿que lleva en sí tanta potencia de vida como para perdurar al lado de esas obras, universalmente celebradas entre nosotros? Nos parece que no.

Como puede ya suponerse en un libro de índole semejante, las descripciones ocupan las más de sus páginas. El señor Talero ama infinitamente la Naturaleza. La ama con adoración de artista. Razón ésta explicativa del porqué ningún sacrificio le ha parecido excesivo para expresar en sus páginas esa adoración. Y tanto ha cuidado las descripciones, tanto las ha pulido, que—por más que él nos asegure de su anhelo de presentar fielmente la impresión directa y sincera sentida en su comunión con la libre Naturaleza—la obra se ha impregnado de un tono general de exagerada afectación. La falta de naturalidad es el principal defecto de ese libro destinado á cantar la Naturaleza. Se siente en él el

Digitized by Google

tiempo empleado en buscar la imagen rara, en labrar la frase intensa, en hallar el rasgo brillante; se adivina en él—más aún, se palpa—la lucha habida entre la lengua rebelde y la mano del escritor que quiso fijarla en períodos rotundos y expresivos. Y adviértase que cuando lucha semejante se entabla, el lector no acostumbra admitir sino el triunfo completo del artista sobre el rival dominado.

Por eso, por aquel amaneramiento de que adolecen las mejores descripciones de *Voz del desierto*, se les prefiere aquellos otros capítulos más sencillos, más familiares,—vervigracia *Los colonos*, *Dura lex*, *Balazos patriarcales*—en los que el autor nos muestra algunos de los más interesantes aspectos de la vida de esos lejanos pobladores del territorio argentino.

Lo que, sin embargo, mayores elogios merece en el libro, es el cariño intenso que en él manifiesta su autor por aquella tierra de bendición, cariño como de hijo, que, expresado con verdadera efusión poética, logra transmitirse al lector.

Pero el señor Talero no se ha detenido en eso. En un rapto de lirismo campestre juróle sin duda antipatía eterna á la ciudad y á la civilización, y por cierto que esa antipatía no le abandona ya en todas las páginas de su obra. Para expresarla encuentra acentos verdaderamente sinceros; mas, con frecuencia, se excede en su expresión, recibiendo entonces ese odio, en su mismo exceso, el merecido castigo, pues resulta completamente risueño.

Son estos, sin embargo, pequeños lunares que si logran á veces impacientar al lector, en nada menoscaban el valor de conjunto de una obra. Y de este punto de vista *Voz del desierto* bien merece sinceras alabanzas. No desafiará el tiempo sin duda—ya lo hemos dicho—; pero es una obra viril, sincera por el sentimiento que dióle vida, libre como la naturaleza en que vió la luz, una obra, en fin, que algo marca en estos instantes, tanto por su mérito intrínseco, como por lo que representa.

«THESPIS» POR CARLOS OCTAVIO BUNGE

Extremadamente múltiple ha sido hasta la fecha la producción del señor Bunge. Múltiple y variada. A la pedagogía, á las cien-

Digitized by Google

cias jurídicas, á la sociología, á la psicología, al teatro (ay!), y á la novela, les ha rendido culto con mayor ó menor fervor. Esta misma adaptabilidad de su mente, sin embargo, esta misma sorprendente variabilidad de sus aptitudes, más han redundado en su perjuicio que en su provecho. Sobre todo en perjuicio de su reputación de hombre de ciencia. Y ello es natural. El público generalmente resístese á creer en la profundidad de conocimientos de quien aborda con invariable entusiasmo temas tan diversos.

No hemos de entrar á discutir el fundamento que puedan tener estas opiniones vulgares que, si las hemos anotado, simplemente ha sido porque el tema lo permitía, y también porque ellas se aplican, no sólo á este caso particular, sino al de otros distinguidos hombres de ciencia argentinos, en cuya seriedad científica poco suele creer el vulgo por idénticas ó parecidas razones.

Pero pasemos.

En otro género más se ha ensayado el señor Bunge en este último libro: en el género, harto difícil, del cuento.

El género presenta, en efecto, mayores dificultades de las que comúnmente suélese atribuirle. Sin mencionar las inherentes á la ejecución, otra dificultad supone más insalvable: la de lograr ser originales en campo tan trillado. Hecho éste en el que debe irse á buscar la explicación de esa excesiva eflorescencia de cuentos fantásticos que en nuestras playas, para no ir más lejos, se ha dado en escribir, en libros y en revistas.

Un hermoso libro de cuentos es hoy en día una joya literaria inapreciable. Ninguno sobresaliente conocemos entre los que en éstos últimos años han aparecido entre nosotros, y adviértase que en el género se han ensayado escritores más que estimables.

Buenos y mediocres, eso sí, varios. Thespis bien merece figurar entre los primeros. Es un *buen* libro de cuentos. Y séanos permitido dar sobre él este juicio de conjunto, resumido en un epíteto, pues que, en su misma inexpresiva vulgaridad dice más, sin embargo, que toda la retahila de sutilezas críticas á que obliga la profesión. Un buen libro de cuentos, redactados todos ellos en un estilo sencillo, fluído y distinto según la índole del asunto. Pues diversos son los asuntos en el libro tratados. Asuntos cómicos y trágicos, delicados y groseros, y más ó menos originales, más ó menos interesantes... como en todos los libros de cuentos.

Digitized by Google

De una trivialidad fuertemente acentuada algunos como *El Justiciero* y *El canto del cisne;* de una exquisita delicadeza el titulado *La madrina de Lita;* ingeniosamente extravantes otros como *El último grande de España* y *Una pesadilla droldtica;* pero, sin excepción, aun los más vulgares, no desprovistos por completo de aquel interés que obliga á darles término, á quien comenzó su lectura. Y todos ellos salpicados de un cierto especial humorismo, que, si por instantes choca por lo demasiado burdo, generalmente seduce por su abierta franqueza y su ingenua gracia con frecuencia sutil. Un humorismo que constituye el rasgo dominante en los mejores de esos cuentos, y que nos hace el efecto —vaya la impresión personal concretada en una imagen—de algo como una sonrisa, grave y picaresca á un tiempo mismo, reflejada en todas sus páginas.

Es, pues, *Thespis*, un pequeño y amable libro, que en su modesta esfera llena dignamente su misión de impresionar nuestro espíritu, ya agradable, ya tristemente, pero siempre con mucha suavidad, sin agitarlo en exceso.

ROBERTO F. GIUSTI.

«ESTUDIOS DE FILOSOFÍA JURÍDICA Y SOCIAL», POR ANTONIO DELLLEPIANE

Redactado en estilo sobrio y llano, viene este libro á acrecer nuestra aun limitada producción sociológica.

La obra está dividida en dos partes: la una, de interés más bien didáctico, llena las exigencias de parte del programa de Filosofía del Derecho, cuya cátedra dicta el doctor Dellepiane en nuestra universidad; la segunda constitúyenla una serie de «notas de crítica sociológica», ya publicadas por su autor anteriormente en diarios y revistas que, según sus mismas palabras, «el tiempo comienza ya á amarillear.»

En la primera parte el autor expone los métodos, el concepto, la división de la Filosofía del Derecho, y sus relaciones con la moral y la sociología. Declárase en estos capítulos preliminares enemigo del historismo puro y partidario de una tésis ecléctica, que

Digitized by Google

combine acertadamente ambos métodos, el deductivo y el inductivo, del que el histórico no es más que una de las formas que afecta. Pasa luego á tratar de la concepción orgánica de la sociedad, que combate, de la psicología, del método en sociología, de los fenómenos sociales y de su clasificación, y por último de la causalidad en sociología y de las leyes sociales, todo ello con espíritu sereno y equitativo.

La segunda parte del libro, de un interés más general, contiene seis artículos de índole diversa, pero todos instructivos, siendo principalmente en los de orden criminológico en los que el señor Dellepiane pone á contribución todos aquellos conocimientos y aquella perspicacia en la materia, que ya revelara hace tiempo en su notable y conocida tésis *Las causas del delito.*

El titulado *Zola y la herencia* merece sobre los demás especial atención si se consideran las importantes conclusiones á que arriba en él al considerar la faz científica de la monumental obra del Maestro, conclusiones coincidentes muchas de ellas con las que más tarde formulara sobre el mismo tema Max Nordau en su harto zarandeada *Degeneración.*

En resumen: un libro concienzudo y honesto, tanto más elogiable cuanto que se presenta sin pretensiones de ningún género, un libro que es un buen anticipo de la obra que el señor Dellepiane nos promete sobre Filosofía del Derecho, de cuyos capítulos preliminares no es sino un esbozo la primera parte de la que hoy da á luz.

B.

Digitized by Google

TEATRO NACIONAL

NACIONAL: *«Para vencer» por Leopoldo Longhi—«El mejor tesoro» por Emilio Ortiz Grognet.*

Diversas sensibilidades han de darle naturalmente á un drama de esta índole, nebuloso é impreciso, interpretaciones diversas. Por consiguiente séanos permitido rememorar aquí el argumento del drama á través de nuestras impresiones personales, glosándolo con nuestro especial modo de sentir. Si no siempre hemos de lograr que coincida nuestra interpretación con las ideas del autor, convéngase sin embargo, en que la culpa no será toda nuestra

Entre Raimundo y Elisa, casados desde hace algunos años, existe un desacuerdo espiritual, que va ahondando entre ellos, con el transcurso del tiempo, un abismo infranqueable. Raimundo, escritor, persigue su ideal: la gloria. Elisa, joven y hermosa, también acaricia su ideal. Ella quiere amar y ser amada. Y siente que no lo es. ¿Lo siente? Por cierto. Estos son sentimientos de los que más que un claro, un nítido concepto, sólo tiénese una vaga intuición. Su esposo *no puede* amarla, no: otras preocupaciones lo absorben. El *no puede* dedicarle á ella, pequeña cosa frente á la inmensidad de sus aspiraciones, aquel cuidado que éstas le roban. Es—no lo negamos—una lucha de sentimientos tan sutil, que permanece oculta á la penetración vulgar; una oposición quizás incomprensible para los más, por su misma rareza; pero cuya posibilidad no puede rotundamente negarse. ¿No es admisible que

Digitized by Google

en un espíritu superior se excluyan el amor á la gloria y el amor á la mujer; que uno de los dos deba necesariamente ser dejado en segundo plano,para que pueda el otro triunfar?

Y lo que Elisa no halla en su esposo, es decir, una correspondencia á su insatisfecho deseo de amor, lo encuentra en el poeta Leonardo, íntimo amigo de Raimundo. Elisa y Leonardo llegan fatalmente á amarse; pero aun logra contenerlos el sentimiento de sus respectivos deberes. Ella todavía ha tenido energías suficientes para suplicarle que parta, que se aleje, y él lo ha prometido, mas le ha faltado el ánimo para cumplir la promesa. Esto en el acto primero.

En el segundo, Raimundo ya comienza á ver cual abismo va cavándose entre él y su esposa. Es algo que él siente, pero que no logra explicarse. ¿Qué es lo que le roba á su esposa la calma, que es lo que la aleja siempre más de su lado, qué visiones cruzan las pupilas de ella que él no puede aferrar á su paso? Por el momento no tiene de la verdad sino una vaga intuición; pero bastarán un gesto, una palabra, un detalle insignificante, para que lo comprenda todo.

Y llega la catástrofe. Carvi, amigo de la familia, especie de viejo Néstor de Raimundo, tiene antes que él la revelación del secreto, y no titubea en enrostrarle su delito á Leonardo. Este, avergonzado de su culpa se decide á partir. Pero la escena que hay entre él y Elisa cambia la situación. Es una escena pasional que el autor ha verdaderamente sentido. Esta y la siguiente, última del acto segundo, son, sin duda, las mejores del drama. Leonardo quiere irse, pero ahora es ella quien lo detiene. No, no partirá. Y, por desarrollo lógico de la escena, surge en ellos la resolución de irse juntos. Mas, en el momento en que ella ya se prepara para seguir á su amante, que acaba de salir, entra Raimundo, que todo por fin lo ha comprendido. ¿A donde va Elisa? ¿porqué huye Leonardo? Los ademanes, los rostros, lo que está sucediendo en la casa están delatando á los culpables á grandes voces. Raimundo, furioso, delirante, se arroja sobre su mujer. Ella en el primer instante niega. Luego, acosada por su esposo, confiesa.—Tú lo amas,—él le grita. Y ella, en su despecho, en su afrenta, con voz sorda, orgullosamente afirma: Sí. Es la revelación. E inmediatamente, toda la amargura que lleva en el fondo

Digitized by Google

de su alma, se desborda por sus labios en una tirada pasional, que viene á ser como la exposición de la lucha de sentimientos á que aludimos poco antes.

Raimundo entonces, enceguecido por el dolor y la ira se arroja sobre su mujer para extrangularla. Pero á tiempo se contiene, cuando ya sus dedos crispados iban á hundirse sin remedio en la garganta de ella. ¿Qué es lo que lo detiene? ¿El horror del crimen? ¿la rápida comprensión de la inutilidad de esa muerte? ¿ó acaso el miedo al escándalo que promovería esa tragedia? Se detiene y retrocede aterrorizado. Luego, á ese terror de los primeros instantes, sucede nuevamente en su corazón la cólera de que antes se hallara poseído, y en un arrebato pasional la arroja á Elisa de la casa. Y ella huye, aun perseguida por la trágica visión de la muerte, que viera poco antes cerca, muy cerca de sí.

Pasan dos años. Raimundo en su aislada vida dolorosa asediada á todas horas por los recuerdos de la dicha perdida, ha tenido sin embargo la energía, el valor suficientes para lograr la ansiada victoria. La gloria por fin ha descendido á besarle la frente. Todos ahora lo aclaman, todos lo respetan. Pero, cuando ya casi cerradas las antiguas heridas de su corazón, disfruta del triunfo completo, he aquí que á turbar su reposo vuelve *ella*. Es en el tercer acto. Durante una fiesta que en él se da en honor de Raimundo, Elisa ha entrado en la casa, para verlo por última vez. Vuelve pálida, demacrada, agobiaba por su dolor. Viste de riguroso luto. Su relato es triste y sencillo. Leonardo después de hundirse en el juego, se halla ahora encerrado en un manicomio de París. Si ella viste de luto, es porque tuvo un hijo, y ese hijo—su única dicha—murió. Todo ya ha concluído para ella, todo. Si ha vuelto es porque quiso contemplarlo en medio de su triunfo, para arrojarle una vez más al rostro su crimen, que fué el de haber sacrificado una existencia á su ansia loca de triunfar. Y allí mismo,—última venganza que se ha reservado—se mata, cumpliendo con su propia mano y en el mismo lugar, lo que él no supo hacer años antes.

El drama es defectuoso. Su argumento adolece de grandes incorrecciones. Todo explicado, ¿cómo explicar, sin embargo, ese final del tercer acto? Más humano, más lógico hubiera sido que Elisa volviese humilde y—¿por qué no?—aun capaz de arrepen-

Digitized by Google

timiento. Pero ella, á pesar de su aparente humildad de los primeros momentos, vuelve con el pecho henchido de odio y de rebeldía, vuelve con un arma, que implica lógicamente la premeditación del suicidio y de toda la escena final. Y ese final es propiamente el que da un vuelco completo á la interpretación que del carácter de Elisa nos formáramos en los dos actos anteriores. La pregunta se impone: ¿cuál de ambos fué el culpable? ¿Elisa ó Raimundo? ¿ó quizá ninguno de los dos? ¿quizá fueron dos fuerzas ciegas que marcharon en opuestas direcciones, ambas en pos de distintos ideales encontrados? Y aquí vendría la explicación del título. *Para vencer*, Raimundo, persiguiendo el ideal que se propusiera, todo lo arrolló á su paso. El fué quién inconscientemente, despedazó esa pobre vida de mujer, ansiosa de dicha y de amor. Sin la escena final esta última tésis se explicaría, pero tal como ella se desarrolla, otra pregunta surge al contrario: ¿O es Elisa una mujerzuela perversa y egoista? Pues convengamos en que no hay motivo para que ella culpe á su esposo de tanto crimen.

Por las razones apuntadas, aun admitiendo que el drama terminara con el suicidio de Elisa, más explicable hubiera sido que ese suicidio surgiese de la discusión entre ambos esposos, de la rememoración del pasado, que, naturalmente, llevaría consigo la reabertura de las viejas heridas mal cerradas, de la exasperación, en una palabra, á que ambos llegasen en el transcurso de la escena. Pero esa arma que ella lleva consigo, todo lo echa á perder.

Sobre la veracidad de los caracteres valga lo dicho.

El señor Longhi ha demostrado en este drama no conocer aún á fondo todos los resortes de la técnica teatral. Falta en él movimiento, falta vida, falta habilidad en el manejo de los personajes. La repetida uniformidad en cada acto de las entradas y salidas de los esposos López (en los que el autor ha querido quizá simbolizar la armonía posible entre los espíritus sin altos ideales, frente á la desarmonía que existe entre Elisa y Raimundo) es la prueba palpable del mencionado desconocimiento de la técnica teatral.

Fluído el diálogo, aunque retórico y abundante en imágenes, no siempre de buena ley.

Pero son todos esos defectos que el autor irá fácilmente corri-

Digitized by Google

giendo á medida que vaya acumulando mayor experiencia en estas lides, razón que hace mayormente resaltar la injusticia de ciertos criticastros que sin compasión atacaron el drama, errado hasta cierto punto, pero acusador de un fresco talento juvenil.

Ningún respeto por el talento del autor que en todas las escenas del drama se revela; ninguna consideración al atenuante de que se estaba en presencia de un novicio en arte tan difícil. Nada.

Pero,—¡qué diablos!—un chiste bien vale el sacrificio de una reputación.

Buena la interpretación. Blanca Podestá sobresaliente en algunas escenas en su papel de Elisa.

El viernes 2 del corriente estrenáronse en este teatro, con éxito franco, la graciosa comedia en un acto del señor Alberto de Zabalía, titulada *Otras músicas*, y *El mejor tesoro* por el señor Emilio Ortiz Grognet.

El mejor tesoro es un drama sin pretensiones y de rápido desarrollo. Su acción, algo lánguida en principio, anímase á medida que se aproxima á la escena final, en la que el autor, de la no muy novedosa situación del esposo engañado frente á frente de los dos culpables, ha sabido sacar infinito partido, pintándonos una complicada é intensa lucha de sentimientos.

Delicada la factura del drama, fácil y galano el diálogo, bien delineados los caracteres en cuanto lo permite un boceto semejante, y por doquier desparramados pequeños rasgos fugaces sin importancia aparente, casi imperceptibles detalles característicos, reveladores de un espíritu curioso y sutil.

¡Lástima que ninguno de los actores estuviera la noche del estreno bien posesionado de su papel!

El señor Ortiz Grognet ha acreditado su fino talento dramático en dos estimables ensayos. Hecha ya la mano á las dificultades de la escena, ha llegado el momento en que se empeñe en una obra de proporciones mayores. Indudablemente lo acompañará el éxito más completo.

Marconi: En este teatro viene actuando con éxito la compañía de Pablo Podestá, que acaba de estrenar el drama *Parientes pobres* por don Martín Coronado. Nos ocuparemos de él en el próximo número.

ROBERTO F. GIUSTI.

Digitized by Google

NOTAS Y COMENTARIOS

Las conferencias de Guillermo Ferrero—Guillermo Ferrero ha terminado la serie de sus conferencias del Odeón. Ocho veces en el mes esa aristocrática sala se ha llenado de una selecta y numerosa concurrencia de damas, políticos, periodistas, literatos, intelectuales de todo género y de todas las condiciones, acudidos, los unos por verdadero interés, los otros por simple *snobismo*, á escuchar durante dos horas consecutivas al distinguido historiador.

Y Ferrero, con su voz monótona y plañidera, desagradable en principio hasta hacerse simpática por la fuerza de la costumbre, ha rememorado ante el auditorio respetuosamente recogido, la pasada grandeza de Roma, acompañando su fácil elocución con amplios ademanes de sus brazos largos y huesudos.

Sin temor de errar puede asegurarse que la impresión dejada en el auditorio por ese ciclo de conferencias, ha sido inferior á la espectativa.

Muy novedosa ninguna lo ha sido. Muy profunda tampoco. Ferrero no tiene vuelos de águila. En las de índole general, verbigracia en la primera sobre la importancia de la historia de Roma, y en la séptima sobre el vino en esta historia, se ha notado la falta de más numerosos y más hondos puntos de vista para considerar el tema. La de Antonio y Cleopatra no convenció. El público no gusta tan fácilmente de abandonar ciertas arraigadas creencias. A la sequedad de una prosáica demostración científica, prefiere la fé ciega en una poética leyenda, magüer fuese falsa. A los entendidos tampoco gustó el modo algo irrespetuoso con que trató Ferrero á sus ilustres predecesores en estos estudios. A todos ha parecido algo exagerada esa importancia que el le atribuye á su obra en la resurrección del interés general por la historia romana. Pero, en síntesis, esas conferencias no han dejado de ser interesantes y por consiguiente aplaudidas. En la última Belisario Roldán, el obligado Roldán, dió término á la serie con un bello discurso, en el que nada habría que reprochar como en todos los dis-

Digitized by Google

cursos del delicado orador, á no ser su superficialidad excesiva y su no menos excesiva prodigalidad de elogios para Guillermo Ferrero.

Tallaví en «Los Espectros»—En una crónica del mes no puede dejarse pasar en silencio el imprevisto acontecimiento de arte que el público porteño ha tenido ocasión de presenciar en estas últimas semanas en el teatro Argentino. Nos referimos, como se comprenderá, á la interpretación que Tallaví ha hecho del papel de Osvaldo en *Los Espectros*. Con sorna fueron leídos los carteles anunciadores del espectáculo. ¿Después de Zacconi? En verdad que se requería audacia. Y con ganas de bromear llenó el público el teatro la noche del estreno. Pero, desde la aparición de Tallaví fué por completo conquistado, subyugado por el talentoso actor. Si esa interpretación no se parecía á la de Zacconi, tampoco le iba en zaga. Algunos en su entusiasmo fallaron en favor de Tallaví. Entre ellos no faltaban médicos. Sí, esa interpretación de la enfermedad de Osvaldo era más exacta, pues, en su calculada continuidad ajustábase más á las condiciones del drama, cuya acción transcurre en menos de 24 horas. Sea como sea ha sido éste para el joven actor español un verdadero triunfo. Y noche á noche el público se ha renovado en la amplia sala del teatro Argentino para aplaudirlo en ese desenvolvimiento magistral que él hace de su dificultoso papel. Pero el hecho se presta á reflexiones. A ver ese drama de Ibsen no se va hoy en día sino para contemplar en cual forma desenvuelve el actor el proceso de la espantosa enfermedad de Osvaldo. El público no va al teatro sino para ver cómo sufre y cómo muere el protagonista, y si lo hace tal como en las clínicas se vé. Reflexionándolo bien eso es simplemente horrible. En definitiva no es algo más elevado que el truculento folletín que place á la gente menuda.

LIBROS RECIBIDOS:

Estudios de Filosofía Jurídica y Social, por Antonio Dellepiane—Valerio Abeledo, editor.

Voz del desierto, por Eduardo Talero—(Edición de la «Sociedad de Escritores de Buenos Aires»).

Thespis, por Carlos Octavio Bunge—(Biblioteca de *La Nación*).

El problema social, por César Iglesias Paz—Arnoldo Moen y hermano, editores. *(Nos ocuparemos de él en el próximo número).*

Cuentos Extraños, por Juan Mas y Pí—La Plata—*(Nos ocuparemos de él en el próximo número).*

Vendimias Juveniles, por Manuel Ugarte.—Garnier hermanos, París—*(Nos ocuparemos de él en el próximo número).*

NOSOTROS.

Digitized by Google

NOSOTROS

—

« NOSOTROS »

(Primer capítulo de un libro en preparación)

(CONTINUACIÓN)

Pero su atención se reconcentraba en Buenos Aires, en el punto á que convergen todas las fuerzas del país, como al cerebro todos los nervios del cuerpo. Buenos Aires era su pasión y su esperanza; daría la mitad de su vida por despertar dentro de un siglo y contemplarla durante un mes, quince días, una semana sólo. Y en su entusiasmo, vuelto ya al coche que rodaba sin sacudidas por los rieles del tranvía, hablaba menos incorrectamente que de costumbre, con el rostro animado, los ojos brillantes, señalando con ademanes expresivos las cosas que creía ver en el futuro.

— ¡Hasta arte y literatura! Nada nos faltará, todo lo tendremos, todo está en germen, todo vibra y late ya. Comercio.... ahí están esas casas, que mueven capitales enormes. Industria.... cuando uno llega á Buenos Aires, de cualquier lado, ve erguirse chimeneas y más chimeneas en el suburbio: se multiplican, pero ya se elevarán á potencias, ya pulularán, ya nos harán un toldo de humo, una niebla de progreso, y seremos Londres, y Nueva York y París, y todo junto! Tiempo al tiempo.

Sorprendíame su entusiasmo que no compartía yo tan vivamente, y le observé que quizás se hiciera ilusiones; muchas veces se cifran grandes esperanzas en aparencias engañosas que luego

Digitized by Google

desvanece cualquier soplo. Indudablemente Buenos Aires tenía fuerzas de expansión ya en ejercicio, pero cualquier circunstancia, una guerra, la cesación de la corriente inmigratoria, un nuevo desastre económico, la desviación de los capitales extranjeros que fueran á otra parte, podían debilitarla de un momento á otro, producirle la anemia, hasta matarla quizás. Me miró con gesto de compasión risueña, sacudiendo la cabeza.

— No, no, dijo, el triunfo de Buenos Aires es ley fatal, y nada puede impedirlo. Todavía estamos en plena crisis económica, pero nada se ha detenido ni en los momentos más críticos; el progreso ha continuado sin cesar. ¿No ves? La edificación no se ha interrumpido; ha disminuido para ir luego creciendo otra vez lenta y seguramente....

Cuando lo produzcamos todo no necesitaremos oro, y por eso á larga es bueno el proteccinismo aunque momentáneamente nos haga sufrir. El oro no es una necesidad nacional, sino un tributo pagado al extranjero. Cierra la República á la importación y no moriremos de hambre.

Cuando nos instalamos de nuevo en su casa, continuó entonando su himno á la «capital de más porvenir de América del Sur».

— Parece que te hago un curso ¿no es cierto? Pero dejame hablar. ¡Hace tanto tiempo que no ves esto! Hay que ponerte al corriente.

Buenos Aires, que despertaba, lanzábase á una vida múltiple y complicada, impelida por las fuerzas más diversas, en plena modificación del medio, de la raza, de las costumbres. Nada en ella era definitivo: de un día para otro todo variaba, desde el tipo de la ciudad hasta el de sus habitantes. Cada raza nos traía algo de sus cualidades y defectos, y poco á poco esas razas iban confundiéndose, haciendo una sola, cuya evolución estaría completa dentro de un tiempo relativamente corto. El suelo se modificaba con el cultivo y la producción. La mezcla de sangre traía la mezcla de costumbres, y la creación de un carácter propio.

— Nuestro cosmopolitismo va á hacer nuestra nacionalidad Cerrando las puertas á la inmigración, dentro de cincuenta años los extranjeros serían escasísimos, dentro de cien no habría uno solo en el país. Sin cerrarlas el resultado será muy semejante,

Digitized by Google

salvo que la inmigración tome entretanto un vuelo enorme, lo que sería de desear.

Nos hallamos sentados en el escritorio que hacía las veces de sala, mirando pasar los tranvías, que en un principio llevaban escasos pasajeros, y que, poco á poco, según adelantaba la tarde, iban pasando más llenos cada vez, como en una mudanza de media ciudad, hacia el arrabal de Belgrano y el barrio de Palermo, donde los alquileres son más baratos. La conversación decayó cuando las primeras sombras de la noche invadían el escritorio, casi desnudo de muebles, sin más adorno que una inmensa estantería llena de libros que ocupaba toda una pared, y sobre la que batía la luz que entraba por una de las ventanas de la calle. No había observado aún el pobre mueblaje: varias sillas y un sofá de nogal y esterilla, dos grandes sillones de Viena, una larga y ancha mesa cubierta de papeles y libros en desorden, en el centro, justamente debajo de la araña de gas; el piso estaba cubierto por una alfombra ordinaria, y las paredes modestamente blanqueadas y recuadradas.

— ¿Estás pobre? pregunté .

— ¿Lo preguntas por mi instalación? No. Esta casa es mía, tengo otra más al centro que me da buena renta, y luego algunas entraditas que me producen de mil á mil doscientos pesos mensuales. Pero el lujo no es mi fuerte y me impediría trabajar y pensar. Ya verás la casa, que no es mala: fondo completo, de sesenta y cinco varas como en otro tiempo, pero el terreno está casi todo ocupado por la huerta, donde hago un poco de ejercicio por las mañanas. Ya verás. Pero es hora de ir acercándonos al centro, si queremos comer.

El sol, después de dorar los frentes de las casas de la izquierda, se había ocultado tras de ligeras nubes rosas, y la lontananza evaporada, en aquel día de otoño, tomaba tonos violáceos, verdosos y sonrosados, con algunos toques apenas perceptibles de amarillo de Nápoles, mientras que, sobre nuestras cabezas el cielo estaba diáfano y pálido, de un celeste claro, más intenso hacia el naciente, donde las estrellas comenzaban á agujerear la bóveda como clavos de oro. Tomamos el tranvía, una jardinera que, casi vacía, rodaba con gran ruido de hierros, cruzándose con

Digitized by Google

otras, repletas de gente, los últimos que huían del centro una vez acabada la tarea.

— ¡Cuando pensás irte? preguntó Lové.

— A principio de Mayo, para llegar en primavera.

— Tengo tiempo entonces, — murmuró entre dientes.

— ¡Tiempo! ¿de qué?

— Nada; algo que se me ha puesto.... Quisiera convencerte de que harías mejor visitando el país. Para eso tengo un proyecto, un excelente proyecto: vamos á visitar Buenos Aires en estos días: yo te serviré de guía. Es curioso Buenos Aires para el que sabe mirarle; yo me ocupo de estudiar sus modalidades, sus costumbres, su vida, desde hace mucho tiempo. Primero lo hice inconcientemente, con pensamientos vagos sobre lo que veía al azar, sin términos de comparación, no habiendo visitado otras ciudades; luego, poco á poco, fuí dándome cuenta de que poseía ciertos elementos de juicio, en lo que se refiere á nuestra edilidad, al hojear estadísticas, al recorrer los artículos de los diarios; más tarde, cuando salí por la primera vez de la ciudad, ví más claro, libre del movimiento que tenía que arrastrarme como á los demás, y sobre todo escapado á la costumbre, verdadera venda que impide ver muchas cosas interesantes; entonces, cuando volví, me puse á observar de nuevo, conscientemente esta vez. Ahora estás desocupado ¿querés que trabajemos juntos?

— Si te parece tan interesante....

— ¡Como no!

Yo le escuchaba, pasivo, interesado por su conversación, satisfecho de haber escapado á la trivialidad y el formulismo que me perseguían desde mi llegada. Sin embargo, una vez lo interrumpí: Acababa de subir al tranvía, acompañada por una dama anciana, una joven de sorprendente belleza, morena, de cabellera opulenta, negra, con reflejos azulados, los ojos grandes, labios algo fuertes y muy rojos, el rostro oval, un poco alargado, la nariz fina, recta, la frente alta y tersa, la oreja pequeña.

— ¡Mira! exclamé tocando á mi amigo con el codo.

— ¡Lindísima!—exclamó;—es la de Cuecho, una señorita de lo más distinguido, como dicen las crónicas.

Y como la niña miraba hacia nuestro lado, saludó, con ademán correcto, quitándose el sombrero é inclinándose levemente.

Digitized by Google

— ¡Es una preciosura! agregó, volviéndose hacia mí y dando por terminado el incidente, para continuar catequizándome.

Muy cerca de mi oído, hablábame con voz clara, rápidamente, como poseedor de tema hasta en sus menores detalles, mientras que yo consideraba á la niña, sentada algo adelante de nosotros y cuyo fino perfil me presentaba á veces al mirar á uno y otro lado. Sin duda era hermosísima, de aire distinguido, vestida con elegancia y riqueza, casi sonriente, tal era la placidéz de su rostro y el brillo puro de sus ojos negros. Me extrañaba verla en el tranvía, porque indudablemente debía tener carruaje: la dama y ella parecían muy ricas, llevaban encima blondas y encajes de mucho valor.

— Mirá, seguía diciendo Lové: no hay desperdicio en Buenos Aires, ni en la vida pública, ni en la vida social, ni en la vida privada. Nuestra política es nuestra y de nadie más: estamos tan lejos de las republiquetas centro americanas como de las repúblicas de Norte América y Europa. La prensa política tiene un tipo híbrido curioso y casi sin parentesco conocido. Los partidos sin rumbo claro, personalistas aunque excomulguen el personalismo, ambiciosos de mando más que de otra cosa, plutócrates casi todos ó todos, ofrecen un campo inmenso á la observación. El socialismo nace en condiciones aparte, muy diversas de las de Europa, mientras que la anarquía no encuentra tierra fértil y muere antes de brotar. El pueblo, en su gran mayoría, queda indiferente, hasta en los grandes sacudimientos como la revolución del 90. Y el comercio ocupa á todo el mundo, y lo arrastra á una vida vertiginosa, lo lleva á la especulación, lo trastorna y arrebata en una incesante lucha, con necesidades crecientes, con ambiciones cada vez mayores, en que el dinero es el único medio y el único fin. La industria, pequeña todavía, que sin embargo lo intenta todo y que fabrica espejos, mosaicos, pasamanería, paños, tejidos, tapicerías, carruajes, aceite, todo, todo lo necesario, todo, todo lo superfluo, hasta billares y barniz; artificial y de vida precaria en muchos ramos, pero en otros exhuberante y sólida, llena de salud y porvenir. Y las profesiones liberales, con sus costumbres aparte, su psicología especial, como es especial la de los comerciantes. Médicos, abogados, ingenieros, hasta artistas, envueltos en especulaciones de Bolsa, en sociedad-

Digitized by Google

des anónimas, en industrias agrícolas y ganaderas, haciendo entre cura y cura, entre pleito y pleito, entre plano y plano, operaciones bancarias, compraventas de tierra, de ganados, de cosechas. Y la turba de empleados públicos, ignorantes de la administración, refugiados por ineptos en las oficinas gubernativas, esperando una ocasión para hacer dinero: un secreto adivinado, una alta protección, un servicio inconfesable. La inmensa y doble centralización, una dentro del país, la capital; otra dentro de la capital, la *city*; hoy desde Callao al río y desde Alsina á Cuyo ó Corrientes.

Se interrumpió. Las dos damas, madre é hija sin duda, iban á bajar del tranvía, y lo saludaban con una ligera inclinación de cabeza.

— ¡Indudablemente es muy linda! exclamé.

Me miró sonriendo, se encojió de hombros y continuó:

— Todo es curioso. El raro concepto que existe de la autoridad, que no toma para nosotros contornos respetables, en lo que nos queda de bonhomia de la aldea que fuimos y que no ha desaparecido del todo. El gobierno nacional, que codeamos todos los días al salir de la Casa Rosada, que casi tuteamos; el gobierno comunal, más cercano aún, sólo temible por los impuestos; las cámaras, cuya vida íntima conocemos de pe á pa, y de cuyos miembros habla el almacenero de la esquina como si se hubieran criado juntos, lo que suele ser cierto; la policía, más temida porque en otro tiempo solía hacer sus barrabasadas, pero no menos burlada por eso. ¡Y ya ves si hay tela en qué cortar!

— ¡Y tanta! exclamé.

— Lo que aquí sucede toma contornos propios, característicos, tanto en las manifestaciones de la vida pública como en las privadas. La beneficencia, que gasta al año enormes sumas, pesimamente invertidas en la generalidad de los casos; la instrucción primaria que, después de muchos tanteos, parece por fin tomar rumbo; la instrucción secundaria que deja á los muchachos tan ignorantes como si nada hubieran estudiado, y las facultades, que suelen limitarse á dar certificados de sapiencia: la de derecho, escolástica, metafísica, superficial; la de ingeniería que sólo abre el camino para que puedan estudiar y saber los que quieran, después de recibidos; la de medicina, donde todavía reina anarquía

Digitized by Google

de escuelas, de modo que el alumno tiene que tomar partido. Y la vida privada en sus múltiples manifestaciones, desde el conventillo hasta el palacio, desde las familias del país ó ya aclimatadas hasta los que no se han despojado aún de las costumbres que trajeron de su tierra según la raza, la religión, los medios económicos, la educación, hasta la moda del momento, en un cosmopolitismo actual que es una verdadera maraña, pero que tiende poderosamente á la homogeneidad futura dentro de cada clase, porque como habrán notado, ya se fundan aristocracías, sobre bases tan falsas cuanto injustas.

— Tu plan de estudio,—dije—es demasiado vasto para que podamos recorrerlo ni aun superficialmente en un año entero. Y ya sabes que apenas tenemos más de un mes. Yo no renuncio á ir á Europa.

— Algo veremos, y peor es nada. Claro que para hacer un estudio profundo y concienzudo se necesita tiempo, mucho tiempo, y sobre todo conocimientos especiales, que ni tú ni yo tenemos.... á menos que te hayas hecho un sabio en la estancia.

ROBERTO J. PAYRÓ.

(Concluirá)

Digitized by Google

ÉTICA DEL CRISTIANISMO *

El *judaismo*, la vieja religión de los hebreos, tal cual se refleja en los libros sagrados que forman el *Antiguo Testamento*, arranca sus concepciones éticas de dos ideas fundamentales: la existencia de un Dios-providencia y el Talión. El Dios-providencia representa una suma idealización del antropomorfismo religioso. Jehová es una divinidad única, con poderes, sentimientos é ideas humanas. Profesa inquebrantables principios éticos, que le sirven de criterio para calificar las acciones de los hombres y castigarles ó premiarles. Los premios y castigos se verificaban en la vida material y mortal, pues parece que el pueblo hebreo no tuvo una noción clara de la inmortalidad del alma casi hasta la proximidad de la era cristiana.

Es probable que esa noción le repugnara, dada su fe sombría y absoluta, la más absoluta de la historia, por acercarse un tanto al heroísmo politeísta y al panteísmo. El monoteísmo hebraico no admitía nada más que á Jehová sobre la naturaleza sensible. Por esta repugnancia, prescindencia ú obscuridad del principio de la inmortalidad humana, Jehová, para premiar á los buenos, aumentaba sus ganados, fecundaba sus cosechas, protegía sus mujeres dándoles hijos varones; les colmaba, en fin, de bienestar y prosperidad. A los malos, castigábales también en sus bienes y sus afectos. Sus bendiciones y maldiciones pasaban de generación en

* De un libro en prensa.

Digitized by Google

generación. El *criterium* para juzgar lo bueno y lo malo constituíase, en primer término, por una virtud general y suprema, el Temor de Dios, y, en segundo, por una serie de virtudes especiales de bastante culta y elevada moralidad. Revelábase el temor de Dios en el estricto cumplimiento de un vasto y complicado ritual, que comprendía como partes esenciales: la oración, los sacrificios, la santificación de las fiestas, la concurrencia al templo, el homenaje al sacerdocio, el no comer carne impura como la del cerdo y la liebre y la puntual ejecución de ciertos actos menos importantes de piedad exterior. Los sentimientos religiosos ostentábanse aparatosa y públicamente, para edificación de los tibios espíritus. Divinidad absoluta y celosa si la hubo, Jehová reprueba como supremo crímen la impiedad y la idolatría. Las reglas morales propiamente dichas se hallan admirablemente condensadas por Moisés en el Decálogo; condenábase el desafecto filial, el robo, el homicidio, la fornicación, el adulterio.

Los castigos ejemplares de Jehová fueron calcados del talión ó sea del humano ejemplo de la represión de la maldad ó injusticia haciendo sufrir, á quien la ejecuta, pena equivalente á la causada por su acto punible. «Ojo por ojo, diente por diente.» En el *Levítico* (XXIV, 17-22) se define así el talión: «Aquel que mate un hombre, cualquiera que sea, será castigado de muerte. Aquel que mate un animal, deberá reemplazarlo; vida por vida. Cuando un hombre haya inferido una herida á otro, se le inferirá una igual; fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente; se le hará el mismo mal que él hiciere á otro hombre... No tendréis más que una ley; el extranjero será como el nacido en el país; pues yo soy el Eterno, vuestro Dios.» De esta manera el talión viene á tener un doble carácter, humano y divino. Humano, cuando el hombre, de acuerdo con los preceptos religiosos, se venga por sí mismo ó por medio de sus gobernantes: sacerdotes, reyes ó jueces. Divino, cuando Jehová castiga directamente la impiedad y la maldad.

El Dios-providencia de los hebreos era también un Dios legislador. La moral preceptiva y la legislación judía confundíanse en su común origen, el mandato divino. Como en todas las religiones naturales y en todas las sociedades teocráticas, el derecho y la moral, para el judaísmo, formaban una unidad indivisa en el seno de la concepción religiosa. La autoridad de los sacerdotes, re-

Digitized by Google

yes ó jueces, en fin, el gobierno social, era al propio tiempo religioso y jurídico.

Por el aumento de la cultura definiéronse, hacia el siglo II antes de Cristo, dos nuevas concepciones religiosas: la Expiación y la Inmortalidad. Vino la primera á completar y elevar la noción del talión; la segunda, el concepto de Dios-providencia. Puede decirse que es en el *Libro de Job* donde se define, si no las dos nuevas concepciones, por lo menos la nueva idea expiatoria. Job, varón justo y temeroso de Dios, es anagado por males irreparables y penas insufribles. Sus propios amigos llegan á dudar de su virtud, y él, en el paroxismo de la desesperación, reniega de Jehová. Pero, como Jehová le habla y conforta, él se somete y le acata. El Dios-providencia no quería más que humillarle y probarle, como á hijo predilecto, para compensarle luego, como en efecto le recompensa. Hállase ahí en germen la idea de la gracia, ó de la predilección divina; la gracia se traduce en pruebas cuyo efecto es purificar el alma. La pena puede tener entonces, no ya siempre, un carácter de castigo, sino también de redención y perfeccionamiento, vale decir, de expiación En el varón justo como Job, más que por expiación de una falta determinada, verifícase por gracia una especie de sufrimiento depurador, que luego, en el cristianismo, podrá redimir igualmente los más empedernidos pecadores. Hay así en la adversidad que nos envía el Dios-providencia una intención generosa que eleva y dignifica la primitiva idea del talión, de la mera vindicación ó venganza de una divinidad ofendida y colérica como un hombre.

El concepto de la inmortalidad del alma humana ha sido posiblemente infiltrado en el judaísmo por la cultura griega. En todo caso, este concepto no adquiere suficiente nitidez y seguridad más que en el cristianismo, donde completa la idea de la expiación con una ética neta y declaradamente perfeccionista. «Dios creó el hombre á su imagen y semejanza», según el *Génesis*. Mas esta semejanza sólo adquiere suficiente acentuación con la noción de la inmortalidad del alma, á fines de la era precristiana. Concreta ya esta noción en la doctrina de Cristo, puede Él entonces presentarnos la más sublime síntesis de todo perfeccionismo religioso-moral: «Sed perfecto como es perfecto nuestro Padre que está en los cielos.» Como toda religión de cultura, el cristianismo es pues más

Digitized by Google

definidamente perfeccionista que la religión natural que le antecede y sirve de base.

En el ánimo de Jesús, en las prédicas de San Pablo y de los demás apóstoles, y, por consiguiente, en las interpretaciones primeras de la nueva doctrina cristiana, hállase la idea madre de la Piedad, la simpatía al dolor ajeno, la conmiseración de los infelices y los desheredados. Esta idea ó sentimiento primordial y generador adquiere su poderoso dinamismo porque se basa en una concepción de la Igualdad humana, la igualdad de todos los hombres, en derechos y deberes. En forma tan absoluta y categórica, el *principio ecualitario* viene á ser nuevo y revolucionario para las civilizaciones de Occidente. La igualdad ciudadana ó republicana de griegos y romanos, la filosofía de la amistad cívica de Sócrates, Platón y Aristóteles, la doctrina de los estoicos, son todas concepciones humanitarias que sirven de antecedente á la igualdad del cristianismo; pero que en ninguna manera lo equivalen. No olvidemos que la república greco-latina es patrimonio exclusivo del ciudadano, y que la ética de Aristóteles justifica la esclavitud. Los estoicos se acercan más al cristianismo, llegando hasta proclamar una especie de igualdad ideal y á condenar la esclavitud. Mas carecen de esa *caridad activa* que tan eficazmente propende, en la teoría cristiana, á mejorar la condición de los débiles, vencidos y desgraciados.

Si la caridad es la primera virtud cristiana, la igualdad es el principio filosófico de la caridad cristiana. «Ya no hay esclavo ni libre, ni griego, ni judío, ni hombre, ni mujer, pues todos sois uno en Jesucristo», exclama enérgicamente San Pablo (Epis. á los Gálatas, III, 28). Extremando este principio ecualitario, los primeros padres de la iglesia llegan hasta desconocer la legitimidad del derecho de propiedad, ó sea su valor ético. «La naturaleza, dice San Ambrosio, ha sido dada en común á ricos y pobres. ¿Por qué, oh ricos, os arrogáis vosotros solos su propiedad? La naturaleza ha creado el derecho común. La usurpación hizo el derecho privado.» «La distinción de ricos y pobres no parecía á los primeros doctores de la iglesia más ni menos justa que la de los señores y esclavos (1).» «Ante Dios, dice Lactancio, no hay ni esclavo ni señor,

1. A. Fouillée. Cita á San Ambrosio *(De offic.*, I, XXVIII);

Digitized by Google

puesto que él es nuestro padre común; todos somos libres. Ante Dios no hay más pobre que aquél que carece de justicia, ni más rico que aquél que lo es en virtudes.» «¿Con qué derecho, pregunta San Agustín, posee cada cual lo que posee? ¿No es por derecho humano? Según el derecho divino, Dios ha hecho los ricos y los pobres del mismo barro y una misma tierra los sustenta. Es por virtud del derecho humano por lo que puede decirse: «Esta ciudad es mía, esta casa es mía, este esclavo me pertenece.» Mas el derecho humano no es otra cosa que el derecho imperial. ¿Por qué? Porque por medio de los emperadores y los reyes del siglo distribuye Dios el derecho humano al género humano. Suprimid el derecho de los emperadores, ¿quién osará decir: «esta ciudad me pertenece, este esclavo es mío, esta casa es mía?» Y como este texto, muchos otros sostienen que «la propiedad no es de derecho natural, sino solamente de derecho positivo; más aún, de derecho imperial».

Es del caso preguntarse si, realmente, en el cristianismo puro, tal cual lo enseñara Jesús y lo difundiera San Pablo, se condena la propiedad. A mi juicio, la cuestión tiene dos fases íntimamente conexas: el *trabajo* y la *propiedad*. Se ha señalado como curiosísima «laguna» de los evangelios, su silencio respecto del trabajo. Respecto de la propiedad, se recuerda ante todo la famosa sentencia de Jesús: «Dad al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios»...

Compréndese claramente el silencio de los evangelistas respecto del trabajo. El trabajo organizado y eficiente implica la división social del trabajo. Esta división significa la desigualdad social. Al condenarse las desigualdades sociales, condénase al trabajo como un *medio de cultura* política y material. Los evangelistas no justifican pues el trabajo en la forma existente en las civilizaciones antiguas. En cambio, al hacer de la caridad eje y centro de la nueva ética, recomiendan tácitamente todo trabajo con *fines caritativos*, ó de cultura religiosa y perfeccionista.

La propiedad es como una forma del trabajo, «trabajo cristalizado». Cuando el trabajo se cristaliza con fines de cultura políti-

---

Lactancio *(Inst. Crist.*, V, XIV); San Agustín *(In Evangel. Johannis; Tract*, 25, 26).

Digitized by Google

ca y material, es condenable. Revela desigualdad, y por consiguiente injusticia humana. La propiedad, para justificarse, debe ser empleada en obras piadosas y caritativas.

El silencio de los evangelistas sobre el trabajo y sus poco explícitas declaraciones sobre la propiedad, no obstan, me parece, á una clara comprensión de la verdadera doctrina cristiana. En esta doctrina la igualdad es el ideal supremo para el reino de Dios, en el reino del Hombre existen desigualdades de trabajo y de propiedad que deben tolerarse por espíritu de caridad y por la firme esperanza de que esta caridad será premiada en el reino de Dios. Por esto abundan tantas sentencias y parábolas en la prédica de Jesús encareciendo el mayor valor ético de los pobres y los humildes respecto de los ricos y los poderosos de la tierra.

Es ahí donde está la verdadera *transmutación de valores éticos* operada por el cristianismo. Para los paganos, y en cierto modo también para los hebreos, los ricos y los poderosos — los sacerdotes, los reyes y los guerreros — eran éticamente superiores á los trabajadores y esclavos. La gran revolución que engendra el cristianismo en el mundo antiguo no es más que la valorización de las cualidades de los débiles y los vencidos, que antes se consideraran negativas. Para los romanos, la expresión «bajeza de alma» significaba la existencia de sentimientos humanitarios en los ciudadanos, y, especialmente, en los aristócratas del imperio; para los cristianos, la falta de sentimientos humanitarios es la verdadera «bajeza de alma».

De la virtud suprema, vale decir, de la Caridad, se desprenden, para el cristianismo puro, una serie de virtudes secundarias y concomitantes: Castidad, Resignación, Pureza de alma, Fe, Esperanza, etc. Y todas ellas giran alrededor del principio de la igualdad humana y de la plena seguridad de una compensación justiciera para despues de la muerte.

CARLOS OCTAVIO BUNGE.

Digitized by Google

LA DAMA DEL JARDÍN

Mirando anoche tu semblante
De una frescura de jazmín,
Y el aire fino y arrogante
Con que cruzabas el jardín:

Contemplando tu cabellera
Ardiente y blonda como el sol,
Tu boca exigua y hechicera
Como un fantástico arrebol;

Al admirar de tus pupilas,
Con suerte extraña de avidez,
Los armoniosos tonos lilas
Y la profunda languidez;

Viéndote joven todavía,
Llena de encanto y de vigor,
En la opulenta lozanía
De tus treinta años en flor,

Electrizando con la aureola
De tu belleza singular,

Digitized by Google

Al que te vé, mágica y sola,
Mágica y honda como el mar;

Al Tiempo duro é implacable,
Formulé un ruego de pasión
Y le pedí guarde, impecable,
Como un tesoro de ilusión,

Tu juventud, riente y sonora,
Con vibraciones de cristal,
Fuente perenne donde mora
Cuanto hay de hermoso y señorial.

Así fué el voto, bella dama,
Que anoche mismo pronuncié,
Mientras hendias en la grama
Del parque rústico tu pié.

No soy tu paje ni tu amante,
La vida nunca nos juntó,
Pero yo te he visto un instante
Y ese momento me bastó.

Muchas mujeres prodigiosas
Por mi camino cruzarán;
Muchas mejillas como rosas
Mi sendero perfumarán.

Miraré estrellas en los ojos,
En frescos labios el rubí,
De otras mujeres tendré antojos,
Porque mi espíritu es así,

Pero jamás, estoy seguro,
Veré quien tenga tu perfil,
Ni quién supere en el futuro
Tu cuello ágil de marfil.

Digitized by Google

Y así como un frasco de esencias
Conserva siempre su olor,
El ópalo sus transparencias,
La perla fina su valor,

Así también, eternamente,
En mi memoria vivirás,
Y como astro resplandeciente
Sola y altiva reinarás.

EUGENIO DÍAZ ROMERO.

Digitized by Google

LOS ORIENTALES

Gente española descubrió el Uruguay, y como pereciesen bastantes en un desembarco, á manos de los aborígenes, ni entonces ni en lo sucesivo se procedió á la comedia de arrancar puñados de pasto, girar en el aire las espadas y tomar posesión del territorio en nombre del rey.

El país estuvo abandonado dos siglos, pues no ofrecía aliciente á los buscadores de Ofires. La primer tentativa de colonización—si tal puede nombrarse un fortín, antes que se elevase vivienda española en todo el atlántico del sud—fué arrasada por los indígenas.

Fundada Buenos Aires, al otro lado del rio, hubo nuevos intentos de erigir villas en la Banda Oriental, pero tampoco prosperaron. La gran tribu bélica de los charrúas, con sus hachas y boleadoras de piedra, señoreaba el largo del Plata y dificultaba su conquista.

A la luz de la leyenda—prosa y versos de soldados y frailes—combaten sin cesar, con sombrío furor, los hombres de las hachas de piedra, y en tales fabulosas páginas cualquier tribu vale por Troya y cualquier cacique sale hombro á hombro con Eneas.

* * *

La concentración de los conquistadores, desde el siglo XVI, se operaba hacia el Oeste y tomó fuerza con la fundación del Sacra-

Digitized by Google

mento por los lusitanos, viéndose de allí en adelante guerras é incendios en los contornos de la ciudad del contrabando, disputándose algo menos de una legua de tierra—en tanto que el resto del país permanecía salvaje—españoles, lusitanos é ingleses, con fortalezas y navios.

Grandes naves calaban las aguas del Sacramento ó la Colonia. Naves inglesas, portuguesas, holandesas. Importaban negros esclavos, manufacturas y armas de Europa, sedas de la India, te y porcelanas de la China, especias de Molucas, de que surtían al continente clausurado al comercio, y exportaban, en cambio, sebo, cueros y crines. Guerras y tratados con Portugal para recuperar la Colonia, inútiles. Apoyado por Inglaterra el intruso, planeó señorear nuevos territorios valdíos, y á ese fin ocupó por armas y flota la enteramente desierta bahía de Montevideo. De allí logró echarlos el español y alzar villorrio socorrido de fuerte. ¿Debemos decir que cualquier casa de comercio de la época podía enorgullecerse de estar más poblada que el villorrio? Vino, sin embargo, á engrosarlo, al poco tiempo, desde la península, un carganiento de gallegos que los temporales no quisieron hundir...

La lucha con los portugueses no amainó, y al cabo éstos, por habilidad y diplomacia, se quedaron con Río Grande, grande como un reino europeo, templado de clima, y aunque montañoso propio para ganados. Perdió también España parte de las Misiones, el Guayrá y Matogroso.

• • •

En su génesis, la conquista española recordaba poco ó nada un poder central. Sus tropas, ni cultas ni moderadas. Antes bien hombres de presa y delincuentes arrancados á los presidios. Nada más desemejante que los fanáticos y honrados compañeros de Penn y los aventureros de Carlos V. Iban éstos por donde les placía y en nombre del rey asaltaban imperios y ciudades. Sin nociones de humanidad, ni ideales de ninguna especie, traicionaban y mataban á los indígenas con igual despreocupación que si estuvieran dormidos y soñando. Ni los ríos de plata, ni la estupenda magestad de las montañas, despertaban asomos

Digitized by Google

de admiración en estos hombres de pura vida interna. Y cruzaban eriales á las mismas aves ingratos, bosques de nocturna oscuridad, ciénagas habitadas de caimanes, abatiendo naciones con las espadas. Ni eran mejores entonces las costumbres de los Estados que las particulares, siendo en ellos la lealtad, extranjera. Un cristianismo degenerado encubría hipocresías peores sin comparación, que las paganas. ¿O tenían algo de común los asesinos de la Inquisición con el riente excepticismo ciceroniano? La brutalidad germánica había segado todas las flores del Imperio: gracia, delicadeza, poesía. Pan era un diablo; diablos las divinidades de la infancia del mundo, las deificadas fuerzas. El diablo, católico ó protestante, asomaba su silueta sulfurosa por toda aquella tiniebla que el reciente descubrimiento de las Indias Nuevas iba á tocar de rosicler.

La ciencia sepultada bajo siete piedras. Epicuro vagando, á modo de sombra infernal, en el Orco dantesco. Los sabios devoraban leñosa corteza aristotélica. Del crimen se redimían los mortales con bulas y teorías de gracia.

¿Que guerreros podían salir de una semejante sociedad?

• • •

Al Plata vinieron gentes menos bruscas y la conquista no pesó con el horror de la tragedia, siendo acaso el cargo más fuerte imputable á los dominadores, sus estrechas miras fiscales. «Es preciso confesar, dice el virtuoso sacerdote revolucionario Juan Ignacio Gorriti, que el gobierno español, después del francés, fué el menos tiránico. Sería honorable para la nación española y consolante á la humanidad, poder contribuir esta lenidad comparativa á un resto de pudor y de amor á la justicia, que no le permitía los refinamientos de tiranía que ejercen otras naciones en sus colonias. El pueblo americano estaba educado en la ignorancia más estúpida. Si se hacía ostentación de algunos establecimientos literarios, era para hacer perder su tiempo é inutilizar á la juventud en el estudio de ciencias estériles. Las matemáticas, la física experimental, la geografía, el derecho público, la economía política, la ciencia de la legislación, eran materias

Digitized by Google

proscriptas en las universidades. Los libros que trataban estas materias nos eran prohibidos inquisitorialmente en nombre de la religión. Se sospechaba de la creencia de los que á escondidas se atrevían á leerlos. Las costumbres no eran mejor tratadas que las ciencias. Se fomentaban ciertas prácticas minuciosas y se descuidaban las de una virtud sólida. Un hombre que se inscribía en todas las cofradías y hermandades, que oía todos los domingos misa y frecuentaba sacramentos, era aceptado por ejemplar, aunque fuese un avaro injusto, aunque desease ganancias sórdidas y defraudase al jornalero del precio de su trabajo; aunque fuese un marido duro é intratable, un padre cruel, ciudadano indolente y amigo infiel. Por medios indirectos se fomentaba en los americanos la pereza y con ella los vicios que la siguen, trabando los progresos de la industria y poniéndonos en la necesidad de ser miserables pisando las riquezas.»

* * *

Poco prosperó la Banda Oriental bajo los españoles. Caía sobre sus villorrios la sombra del poder militar. Las playas, llenas de guardacostas; el litoral, sin un faro, de suerte que las noches en las riberas se asemejaban en su soledad á las noches primitivas.

Las mercaderías de España llegaban aquí por el camino del Perú, trepando el Ande. La inteligencia sin libros hacía juego con los campos incultos, casi sin un arado. La sociedad, dividida en castas. Media población, negros de lanuda cabeza, esclavos. La otra mitad, ó poco menos, gauchos ó jinetes pastores. Y rigiendo á estas 25 ó 30 mil almas, medio millar de funcionarios; dos ó tres mil soldados. Los gauchos, enemigos de toda autoridad, formados á los rigores del clima, sintiéndose libres en sus desiertos, acabaron por rebelarse contra los españoles; pero antes ocurrió lo de las invasiones inglesas que rindieron á Montevideo y á casi todo el país, abandonado al fin por capitulación de su general en las calles de Buenos Aires.

Digitized by Google

• • •

La revuelta de los nativos estalló en los campos de Asencio. V. Benavidez era un intrépido ambicioso. Entró al servicio de España y fué ascendido á cabo; pero el cabo no se sentía á gusto y le fastidiaba verse entre locuaces gallegos y maldicientesc catalanes.

Reía para sus adentros viendo los oros del general de su guarnición y la faz ceñuda de sus jefes, y en cuanto el vecino Pedro Viera le habló secretamente de algo que en secreto sabía, vió acercarse el tiempo que amaba.

Viera le enseñó letras de Artigas, nombre que resonaba en los campos. Se le sabía tratando con la Junta de Mayo, tratando de levantar en la región una tempestad de aceros. Y aquella carta, dirigida al comandante militar del pago, D. Román Fernández—el injustamente sumergido en el olvido, hombre circunspecto, valiente y buen patriota—no dejaba dudas, pues ordenaba sublevarse en las cuchillas, fuese con un hombre, fuese con mil. La carta pasaba de mano en mano, sin temor de traiciones, y cada paisano que la oía leer ó la leía quedaba conquistado para la causa. Hartos estaban de gobierno español. Ni olvidaban la campaña de los criollos del pago de Mercedes contra los indios charrúas, invencibles para el español en siglos de lucha; ni cómo ellos, trepando en sus potros, tras un galopar de dos días y dos noches habían vencido á la tribu, pecho á pecho, y degollado á sus caciques entre los pastos. Esto los erguía y lo de haber peleado contra el inglés, mientras todo un virrey de las Españas huía. Menospreciaban al español y escupían cada vez que se encontraban con uno de sus titulados señores. Las cosas se hicieron según indicaba la carta. La guerra costó poco á los gauchos.

A mucho perder, perderían 1000 hombres en 3 años de guerra, bastando tres combates serios—dos en tierra y el otro en el mar del Buceo—para dar buena cuenta de la dominación.

Digitized by Google

• • •

Los argentinos costearon en gran parte la campaña de la Banda Oriental. José Artigas, viejo blandengue, cuyos años viriles corrieron en los campos salvajes, no amaba la civilización de las comodidades, vale decir de las ciudades, inclinadas al orden, aunque fuese un rey quien mandara.

Nacido «el Oriente»—como llamaban á esta tierra sus hijos—dos siglos más tarde que el país argentino, carecía de una clase social de alta cultura, de bienes y de propio poder. Sin fortuna, sin aristocracia, el país de los gauchos repudiaba toda intención monárquica. Era un estado anárquico lo que por ley natural debía surgir entre esa gente sin tradiciones de gobierno y que aun no hacía un siglo estaba asentada sobre el país.—¿Gobierno? Los cañones de las plazas fuertes de Montevideo, Maldonado y la Colonia. Más allá del tiro de cañón, toda autoridad, á no ser la del coraje, irrisoria. Tomados los cañones, ya no había tutela. Este era, más ó menos, el confuso presentimiento de aquel pueblo. Varias generaciones vivieron y murieron de Garay á Zabala, padres de las dos metrópolis platenses, y en tanto la Pampa de Buenos Aires era hollada por jinetes pacíficos en 1600, en 1800 apenas se veía otra cosa que bosques silvestres, ganados sin dueño y bandas de perros cimarrones en las campiñas de «el Oriente». Artigas simbolizaba, pues,—sin ser inculto— el héroe de poncho, igual que el héroe de Salta ó Entre Ríos en su misma época. Y sin embargo, titulándose «Protector de los pueblos libres», plantea el problema formidable del futuro, él antes que nadie, intentando imponer ásperamente su solución y su hegemonía local á las clases ilustradas de Buenos Aires, oscilantes entre la democracia y el reino. Gobierno democrático, representativo, federal; libertad de cultos; amplia difusión del saber, eso pide el displicente jefe de lanzas. Los otros caudillos de provincia, suerte de reyes bárbaros, adhieren á los planes de este enorme caudillo y dan al virreinato antiguo el aspecto del Caos. ¿No debería llamárseles, antes que bárbaros, históricos señores feu-

Digitized by Google

dales de las Indias Nuevas? Maldecirlos ¿no es maldecir también las leyes de la evolución humana?

• • •

No guerreó solamente contra el directorio el jefe oriental. Peleó asimismo contra los portugueses, conquistadores de su tierra. Ellos echaron al quemadero miles de veteranos. En un lustro de guerra la comarca perdió el 50 o/o de su población viril. Se riñeron centenares de acciones. Con razón, en cada surco de la tierra oriental socavado por las lluvias, se ve aun el plomo de sus peleas. Derrotado su postrer girón de batallas, pasó el Protector á los campos de Entre Ríos, á exigir obediencia á uno de sus aliados, que acababa de imponer á la metrópoli el federalismo por la victoria. Pelearon. Vencido el viejo Protector, se refugió en el Paraguay, donde se entraba para no salir, y en esta China americana vió acercarse las grandes sombras del olvido y de la muerte.

• • •

Heredó el Brasil á Portugal en sus dominios americanos. 33 orientales, acaudillados por Lavalleja, héroe de la vieja guerra, iniciaron la nueva contra el Imperio. F. Rivera, engañosamente adicto al conquistador desde que su país fué enteramente subyugado, se pasó á los suyos, dando con ello seriedad á la revuelta. Un congreso proclamó en las cuchillas la independencia local y la anexión del país á los argentinos, quienes, agitados por los federales, bando de un nacionalismo furioso, acabaron por ser parte en la contienda. La flota imperial bloqueó en el acto á Buenos Aires que halló medio de formar marina. Esta marina, bisoña y audaz, supo cubrirse de gloria en el estuario, en los ríos y en el mar brasileño. En los campos de Ituzaingó, una sola batalla, precedida y seguida de combates, resolvió el arduo pleito. La terquedad y soberbia del emperador prolongaron un tiempo la paz belicosa que siguió á la rota de sus armas. Los intereses mercantiles y usurarios de la Gran Bretaña, el cansancio de los

Digitized by Google

beligerantes, la conquista de las Misiones por Rivera, y, finalmente, la indisplina de la gente oriental, convirtieron la tácita tregua en paz definitiva y el debate sobre posesión en declaratoria de independencia de una nueva república.

• • •

Ni Portugal ni el Brasil pudieron hacer algo en provecho de la comarca, mientras la dominaron. De ellos no quedó influencia alguna, y apenas si al idioma incorporóse el nombre de una moneda de cobre. Dominio todo militar. Las hijas del país no se casaban ni con portugueses ni con brasileños, llevando su fidelidad patriótica hasta el sepulcro por un novio muerto en la guerra.

Los dominadores importaron una causa de degeneración: la caña. Muchos gauchos se volvieron dipsómanos, haciéndose con esto más sanguinarios.

• • •

Dióse la república una Constitución calculada para los ricos y el clero. Tal carta, madre de dictaduras y madrina de demagogías, fué jurada por el pueblo ignorante de su contenido. ¿Qué podía saber el pueblo de esta clase de códigos sino sabía leer y sus propios constituyentes carecían de luces, debido al atraso colectivo y á cuatro lustros de pelea?

La nación de los acantilados y las ondas atlánticas, que parecía por su ubicación hecha á soñar el imperio marítimo, continuó siendo arena de gauchos batalladores.

¿Qué de extraño, si aun hoy, con caballos sin enfrenar, riñen los gauchos sus combates ecuestres?

• • •

Casualidad fué que la vida autónoma no se iniciase con arroyos de sangre. Los bandos movilizaron sus fuerzas y sólo las contuvo el temor á la prevista intervención de los vecinos.

Digitized by Google

De los dos caudillos, el menos liberal asumió el mando provisorio.

La primer presidencia efectiva se la llevó Rivera, hombre en su exterior grave como un templo, y en su interior festivo, amante del placer, enamorado de la Acción. Tal solían ser también los gauchos, fugitiva sombra sangrienta, no sin claridades tempestuosas. Lloraban en sus guitarras desdenes; pero cuando se presentaba el peligro lo acuchillaban, hombre ó perro hidrófobo.

Rivera gobernó «sin cobrar ni pagar á nadie». No miraba el dinero. Todo lo daba: ageno ó propio.

Su émulo Lavalleja, aliándose á Oribe, tentó derrocarlo, pero traicionando por su torvo compañero, hubo de salvar ríos á nado y confiar su vida á la protección de los montes. De su falta de lealtad le vino á Oribe la segunda presidencia que perdió guerreando contra su antecesor. Rivera, nuevamente en el mando, alióse á la Francia que exigía á Rozas el cumplimiento de sencillos deberes internacionales—y viendo su tierra invadida, no sólo humilló con un torbellino de lanzas las armas del dictador terrible, pero invadió á su vez á Entre Ríos y presentó batalla á fuerzas muy superiores y aguerridas de la Confederación, mandadas por Oribe, servidor de Rozas. Quedó deshecho, y su rival no paró hasta el Cerrito de Montevideo, desde donde, titulándose «presidente legal», reclamara sus tres meses de presidencia perdidos años atrás en un mar de sangre. Con escaso arrojo tomara la plaza defendida por cortos centenares de negros. Mas, desperdiciada la ocasión, sus 20.000 soldados—incluídos los de Urquiza—el mayor ejército que hasta entonces se viera en la América del Sud—se habituaron á vivir frente á la plaza visitada por el fantasma del hambre y á diario retemplado por héroes y á poco defendida por legiones de residentes italianos, argentinos, franceses. ¿Héroes? Ciertamente. Allí alientan José María Paz; Melchor Pacheco, el Bolivar local, Chimborazo de entusiasmos, Ares desde el ministerio de la guerra; Thiebaud con sus intrépidos franceses; y con sus italianos de ardiente corazón, el mayor de los corazones itálicos, como si toda su camiseta roja fuese toda ella un corazón. ¿Y aquel teniente, grave y alto, que murmuran comparte sus horas entre una batería y las Musas familiares?

Digitized by Google

Grande será su surco en la tierra argentina. Será legislador y general y presidente, y traducirá á Horacio. En verdad, esta lucha de Montevideo, es el combate de la poesía y la prosa. Melchor Pacheco, Mitre, Garibaldi, Francisco Acuña, versifican. Talvez el mismo Thiebaud busca una rima mientras los asados chorrean grasa en el campo contrario y el chimango avizor traza sus curvas sobre la hoguera federal.

Fuerza será, no obstante, advertir que la prolongación del asedio, antes que á motivos bélicos fué debida á causas no bélicas. Tales: que los sitiadores monopolizaban la venta del ganado de siete mil leguas de campiñas; que el clima y el país los ataban.

Eran la horda y con la horda, el saqueo. Sangrientos guerreros, fatigados por combates y travesías por desiertos de pajonales y espinoso cardo, experimentaban en aquellas horas el amoroso yugo de la comarca: la bahía azul; floreal y fructidor; la caricia del mar; la música de las brisas; el rielado de las brillantes ondas; el sol en las armas; las polvaredas en los caminos.

Hombres de la selva, la llanura ó la montaña, bien se hallaban en la región de las colinas, sobre un montículo, con la rapiña y la abundancia. Mitad bandidos, mitad poetas, gustaban del ondulante trebolar, del silbo del errante tordo fantaseador. La vida bella en la Naturaleza bella, cuando era sabor americano todavía el de la tierra americana.

Muchos Aquiles tenía Oribe. Ningún Néstor y menos algún prudente Ulises. No se parecía al reyecito del cerro de Troya, pues se resignaba con su «presidencia legal» en las laderas del Cerrito. Jamás mordiérase los puños, seco buitre zahereño, frente al centelleo de los astros. Montevideo triunfó de la prueba y el día que puso fin á sus guerrillas, con un generoso «no hay vencidos ni vencedores», juntando sus armas á las de Urquiza, marchó á derribar el Idolo rojo de los que no concibían la humanidad fuera de si mismos.

VICTOR ARREGUINE.

Digitized by Google

PÁGINA VIEJA

Mossen Diego de Valera, cauallero prudente e ardido, que con grand auctoridat de reiptos e desafios escriuio, alumbrado de claro entendimiento fue.

En cibdat de Cuenca fue nascido. Non ouo nin solar de linnaxe nin noblerias de açeitunies, mas ante en grand pobredat beuio sus primos annos, ca non auia por toda fazienda que vn arnese e vn cauallo coxo.

Mas como Don Sem Tob, dixo (engenio dino de laudar es este. Anchos e luengos de generosa dotrina son sus *Proverbios*),

Non vale el açor menos
Por nascer en vil nio.

Mucha letura fizo de tractados e descurrimientos de claros varones que compussieron para ensiemplo de la inara gente. Tal Maestro Aristote, Ibn Jofail e Raymundo de Lullio, que aquestos e muchos mas que non fablo, diuino sesso ouieron.

Conoscio de gaya sciencia o poetrya (que desta guisa de muchos es llamada), magüer nunqua fizo rimado, ca Mossen Diego non era ome de mensurar su decir por longura de pies e musicales muedos. Mas sauia por coraçon de layes, dezires, deytados e serventesios en romance de Castilla, que es fabla donosa e gentil e sonorosa e rica, e allende desto plaçiente de parlar.

E otrosi era assaz sauidor de distinctas metrificaciones tanto

Digitized by Google

en lemosyn, tal aquellas de Maestre Alan Charrotier que fizo la *Bella Dama Sanmersi*, e Maestre Johan Lorris que el *Roman de la Rosa* de comun e general alabança compusso por virtuosa manera. E tanto, tal los rimados de Mossen Jordi de Sanct Jordi, en lengua de la catalana comarca de la cual sus fijos son en toda industria sapientes, mas en grand suerte en aquella arte que de pesca se llama, ca toda animalia de agua de dulçor e salobressa fenesce en las sus trainas de encantamiento, molas luminantes, pulpos orrificos de mirar, delfinos de tersa gentilessa e pesce-organos de soave son.

En romance de ytalia aprendio estrannas alegorias por Alighier de Florencia que en terçio rimo subio, *Deo gratias*, a exelsitudes de luçiente blancor e descendio en terçio rimo a los circulos de damnada escuressa.

Fizo mucho viaje Mossen Diego de Valera. Viaje felice e assaz luengo corrio en cortes e reynos de nos alongados, por fazer armas con estrannas lanças de pres e nonbre en la Christiandat e otrosi por aprender dotrinal de cortesia e soltura de trato, ca es juyzio de gente sauidora que tal que mucho viaja mucho se limpia e se depura de los natiuos embastecimientos.

Desta guisa anbulo fasta Bohemia, en la cual corte fue con grand onrra resceuido, e mas luego se partio para Lubeck con cartas comendatorias manadas de su rey e sennor.

Deste Mossen Diego quiero deçir la auentura e quando e como le avino. E lo vos dire en verdat verdadera, limpia e christiana, cual la que en libros de Sanct Agostino es, ca si los escriuidores engannosa e falace cosa dixeren ¿ond yran estrauiados e laceros por fallar conhortacion?

Seyendo de camino por comarca estranna que es al Mediodia de la Françia, avino, por se reposar, a vn cruçero de escura selva ladera .

E como quier que Mossen Diego non truxere compannia nin ome de su allegança ante parescia mercante de pannos que non cauallero.

E en el comedio que reposaua luengamente en sonbra, ca era mucho postrado, allego del la *Fado Esterello*, fada aquesta de grand fermosura e encantamiento que desama los trigales e toda tierra fecunda e florescida.

Digitized by Google

Por fabula venida de Prouença que a modo de anciano vino corre en todo ayuntamiento de gente serrana, sauemos nos, los beuientes de Espanna, cuan nucidora e catiua aquesta fada es a todo mancebo que namora. Ome nunqua vio que follia de amor manada de bruxa truxesse salut e plazer del amador.

E seyendo Mossen Diego dormido, en anima la deuiso venir e crussar las lusseras que texian en el coraçon de la selva enzinas e milgranos.

Auia la dama de encantamiento manto de muy grand valer, fecho de spuma de flumen e lus matutina. El pie pequenno e brioso, orro e quito de borçeguies, follaba a la locuela los florescidos ramos de retama que broslaban el camino de randas de oro. Buen golpe de orioles e filomenas la reqüestaua, engannados de su cauelladura, que auiendo el cauello de aurea color clara, bien fazia infinta de primeriza mies.

En los ojos auia lumen de stella e rosa de lumen era el sonrrisso. Abrazaua su cuello collar de deesa, fecho en tierras de moros por arte de cauala, con fuego del dragon bermeio que fizo matar Merlin.

E seyendo, como vos ya lo dixe, Mossen Diego dormido e la fada despierta, desta guisa fablaron,

— O, del cauallero, bienvenido seays a mi reyno e falledes en el parayso.

—Apresa de ensuenno es mi carne mas la mi anima viua vos mira luengamente e troua tanto sauor, Sulamita de toda fermosura enriquecida, que non trocara su goso de agora por la eternal salut ermanada a los omes alados que en el Olympo asentaron como Dioses.

— Catad, dormiente, que dezis blasfemia, e como perro xudio renegado aueys del reyno de Dios.

E aquesto dezia la fada por mejor le auer, ca ella non solia fablar limpia e derechamente del Sennor Dios ques sobre toda cosa creada e non creada.

E agora disse el cauallero,

— Reyna e sennora mia, mas vos miro e tanto mas vos goso. Por creer so, que Iguerna, la simpar de Bretanna, es venida a mi. Magüer sean turbadas las mares, e mouida la tierra e descendidos ayuso todos los guerreadores de las diuinas armadas,

Digitized by Google

con sus açeros pluviantes de lumbre e mortandat, non ternia pauor tanta, quanta agora me prende el sesso de vos perder. Por vos fazer mia en todo trançe de vida e por todo juego de lecho, reyna e serrana dina de todo omenage, contra Dios e contra derecho yre. E seredes mas onrrada e mas llena de donas que la Virgen Maria.

E disse la fada agora,

— Non so reyna nin serrana, e sauer aueys que la *Fado Esterello* en aquesta comarca so llamada. Non es creada virtut saluadora del cuytado que de mi se namora. Por mi peresce mas ayna que lugaro so ferida de bordon de vaquero e tan esquiua e cruel me guardo, que mi amador furta mi boca e non la muerte. En sannudo bosque de abysmos sembrado e de fieras poblado, es mi palacio. Trauaxos e vixilias e padesceres de toda suerte de sofrir se an por se allegar del. Mas aquel que entrar podiere, por obra de varon ardido, aura sauor de mieles de nul ome gustadas, e soruera de leches nunqua soruidas e aura por se reposar lecho de velludos e cabeçera de lirios, e sobre toda cosa terna infinible goso de mi carne e mi fabla que faze infinta de troçar corales e rubines en bandexa de plata. Si a mi vos allegades, aprender vos quiero la significança de grand copia de conxuros que tornan las rochas en fontanas e tornan en palomas las fieras animalias al egual modo de aquel bruxo que Orfeo es llamado.

E como quier que la fada tornasse a commençar de fablar, desperto el cauallero. E ouo de fuir la catiua, reqüestada de un enxambre de ruysennores .

Otrosi quiero deçir, ca la fabula non es finida, que el cauallero ouo aquesta vegada sesso de philosopho e non corrio nin de cuerpo nin de anima empos de engannosa tentacion de bruxa.

E porque no fizo pecado, magüer dixo blasfemia, Mossen Diego de Valera avra eternal parayso.

E avino aquesta auentura que en escriptura dexo, el anno de mil e quatro cientos mas quatro vezes veynte e vno despues, seyendo la luna en quarto menguante, por voluntat venida de Dios, gouernador de los omes e de los astros que le fazen coronna.

ENRIQUE J. BANCHS.

Digitized by Google

LOS ANCIANOS

(IMPRESIONES RETROSPECTIVAS)

—«Me complazco—decía Diego—en la sociedad de los ancianos. De esos ancianos venerables, tranquilos, meticulosos, probos, de esa manera escrupulosa que procura el renunciamiento definitivo á las exhuberancias ilusionadas de la vida. De esos ancianos que, con suspiros desalentados, vuelven el espíritu hacia el camino recorrido, lamentando que el tiempo, sus fuerzas y el avance de los años no les permitan recorrerlo de nuevo.

(Y no crean ustedes que esa mi predilección haya nacido del grotesco deseo de exteriorizar alguna torpe tendencia á sobresalir como personalidad *interesante*!)

«A los balbucientes matices, lentamente progresivos, de los humanos albores, impregnados tanto tiempo de las incoherentes divagaciones de la infancia, prefiero la magestad augusta de esos crepúsculos que se encaminan lentamente hacia las sombras del sepulcro con su magnífico cortejo de austeridades luminosas que aureolan los rayos de una dignidad tranquila. Y el ambiente que rodea á mis amigos predilectos cobra algo de su fisonomía apacible, familiar, risueña, despojada de ese afiebramiento convencional que abulta las cosas y los seres al azar de los impulsos juveniles, generosos á veces, egoistas otras, fuera de óptica extrictamente proporcionada siempre, por bien intencionados que sean los corazones que los engendran!

«Esos ancianos de mi «círculo» van cambiando impresiones retrospectivas, abordando, con encomiable afán, temas de actualidad palpitante que miden con el metro comparativo de «sus tiempos». Y no es presunción ni pedantismo en ellos la preferencia que otorgan, con visible orgullo, á la época florida en que eran

Digitized by Google

madrigalistas y cortejantes, en aquellos salones donde el «buen gusto» rivalizaba con el ingenio sutil, de buena ley, centelleante como las facetas de diamantes de aguas claras en que los rayos del sol de Mayo jugueteaban con caprichosos matices...

«Alguno,—el más ensimismado durante los silencios inevitables en que la conversación decae—considera con rencor huraño el avance vertiginoso del Progreso, «ese monstruo versatil que roe las fibras del sentimiento hasta aniquilarlas por completo». Y dice—entre otras cosas juiciosas y paradojas insubstanciales—verdades de á puño que nuestras generaciones venideras desecharán con sorna, con esos epítetos burlones que pretenden probar la superioridad del espíritu moderno y la decadencia evidente del antiguo; epítetos que resumen con desdén reflexiones superficiales, inspiradas por el egoísmo feroz que distigue á esos pálidos herederos de una raza abolida en su crecimento por la invasión torrentosa del elemento corruptor cosmopolita...

«Yo, escucho esas requisitorias, esas catilinarias, esas diatribas condenatorias de innovaciones mórbidas que riñen con la hidalguía nativa y el buen sentido; «modernismos» que las convenciones sociales imponen sin prévio examen porque son el disfráz que mejor oculta las vilezas del siglo presente. Mis propios recuerdos, mis propias impresiones retrospectivas concuerdan estrechamente con esas opiniones desconsoladas cuyo absolutismo atestigua la entera buena fe de quienes las proclaman, y no puedo menos que complacerme,—por eso mismo,—en la sociedad de los ancianos...»

Diego no es uno de tantos *poseurs* de esta época enfermiza y enervada, que pica la tarántula del exhibicionismo *à outrance*. El mismo lo ha proclamado, y quien comenta con imparcialidad principista sus palabras puede afirmarlo, por haber observado, con interés sostenido, las mutaciones de su carácter, los estados de ánimo variadísimos que el influjo de indescartables circunstancias le imponen, sin que abandone un solo instante el terreno de la franqueza pura en la exposición de sus mayores preferencias.

Sobre los espíritus esclarecidos que viven de una vida idealista y refleja, el pasado y sus impresiones ejercen á veces una seduc-

Digitized by Google

ción inefable que, si bien atenúa en algo la influencia de un excepticismo invasor, provoca una desmesurada visión de lo presente y una deformación más aun exagerada en las previsoras meditaciones sobre lo futuro. La corrupción de las costumbres, que marca una época en la lenta evolución de los pueblos hacia un perfeccionamiento aleatorio, aparéceseles como el signo de una decadencia ya inmediata é irremediable. Su sentimentalismo exacerbado incítalos á sufrir moralmente con proporciones imponderables; se agrían; ven, en cada hombre que los rodea, un enemigo encarnizado, tanto más temible que su gesto es atrayente y su sonrisa amable. Se sienten desamparados cuando las opiniones que emiten no encuentran resonancia simpática en sus propios contemporáneos; y se refugian, huraños y desganados, en los cénaculos de ancianos que buscan sus últimas energías, para concluir su ya inútil existencia, en la evocación de sus impresiones de otrora, marcadas con el indeleble sello de una perfección irrevocable.

Son escasos, sí, esos «jóvenes ancianos» que persiguen el anonadamiento de sus tristezas en el culto de «lo que ha sido y no volverá á ser» . Esos descreídos que anhelarían cruzar la vida, de la cuna al sepulcro, con la despreocupación risueña de la infancia, sin mancharse en el lodo del camino ni rasgar su carne en las espinas del abrupto sendero entre las zarzas.

Pero la comunión de sus espíritus con los de los ancianos ya renunciantes á las exhuberancias ilusionadas de la vida, inspira más simpatía que las empresas egoístas de sus contrarios, faltos de ideales, desalmados, impostores, que sólo buscan en el mundo la satisfacción de sus sentidos á base de engaño mutuo, como si complaciéranse á demoler el edificio de las tradiciones para reinar un día sobre sus ruinas con la ilusoria magestad de déspotas de melodrama...

Comprendo y admiro que Diego se complazca en la melancólica sociedad de los ancianos...

RAIMUNDO MANIGOT.

Digitized by Google

EL BUEN VIEJO···

Yo lo he visto... Severos los ojos y profundos,
Grave ceño; la frente con largos surcos llena,
Su guadaña que abarca los infinitos mundos,
Y el implacable chorro de su reloj de arena.

Era una noche acaso para el ensueño propia.
Recuerdos y nostalgias... En la tersa laguna
Seguía de los astros la refulgente copia
Y se ahogaban mis penas persiguiendo á la luna.

Yo lo invoqué: — «Saturno ¿dónde estás? cual estrella
Es esta noche, eterno destructor, tu morada,
De dónde, dí, me envías la primavera bella,
El otoño, el invierno, el sudario y la nada.

Díme adónde tus alas como una inmensa sombra
De dolor y de muerte caerán sobre la tierra,
Dilo, mientras tu nieve mis jardines alfombra,
Y la cuna se abre y el ataud se cierra.

Responde — ¿Porqué tornas mi primavera breve
Y del otoño siento las ráfagas cercanas?,

Digitized by Google

¿Porqué los prematuros copos de blanca nieve
Dejan en mis cabellos el fulgor de las canas?»

... Y el Dios del implacable ceño, de la severa
Gran mirada que rige nuestro oculto destino,
Apareció en las sombras y por la vez primera
Desviando sus pasos, á responderme vino.

«Oye, tú que te quejas y en la noble poesía
Te escudas. Tú que vienes á buscar en mi imperio,
El único consuelo de la melancolía
Que te ha dado el Otoño con su mortal misterio.

«Tú poeta que sueñas sin cesar, de tal suerte
Que es tu vida de altivas ilusiones cadena,
Tú poeta que sueñas y que temes la muerte
¿Tiene la muerte acaso más rigor que tu pena?

La Muerte es una hermana del Amor y la Vida.
Ella arranca las almas caducas, las lijeras
Almas de aquellas flores cuya esencia es perdida,
Para que sean puras las nuevas primaveras!

La lleva sabiamente mi infatigable diestra
¡Cómo corta los hilos del vivir la guadaña!
Y no sabéis vosotros que la Parca siniestra
Tiene un gérmen fecundo de la vida en su entraña.

Lo que se va, lo que huye, lo que al mundo reacio
Desparece en el curso sereno de las horas,
Cáe como el sol, que lleva su radiante topacio,
De ocasos infinitos á infinitas auroras.

No temas pues la Parca de mano flaca y pálida,
Ni al invierno que ahoga la canción y el arrullo,
En cada flor que cáe marchita hay un capullo
Y en cada mariposa que muere una crisálida»...

Digitized by Google

Y no habló más Saturno. El implacable viejo
Recobró la lijera marcha, y en su camino
El mismo Dios soplando su arrugado entrecejo
Le ordenó deshilara todo nuestro destino.

Yo lo he visto... Los ojos severos y profundos,
Grave ceño; la frente con largos surcos llena,
Su mirada que abarca los infinitos mundos
Y su reloj de arena.

SALVADOR ORIA.

Digitized by Google

LETRAS FRANCESAS

EDMOND LEPELLETIER: PAUL VERLAINE

Cuando Jules Huret preparaba aquella edificante encuesta sobre la moderna evolución literaria, M. Stéphane Mallarmé recordó al «pauvre Lelian» con estas palabras: «el magnífico Verlaine cuya actitud como hombre es para mi tan bella por cierto que su actitud como escritor, por que es la única posible en épocas en que el poeta está fuera de la ley: la de hacer aceptar todos los dolores con semejante altura y con una tan soberbia crânerie». M. Edmond Lepelletier, el «más viejo», y no el más intimo amigo de Verlaine, no piensa como el autor de «L'Apres-midi d'un faune»; y el propósito de rectificar una leyenda excesiva llévalo, en este volumen que comentamos, á extremos de regir aquella vida, «cuyo plan estaba trazado línea á línea por la lógica de una influencia maligna», según los canones de los más sencillos destinos. Y Ruben Darío nos ha elogiado en un artículo reciente este libro de Lepelletier á quien no puede á menos, sin embargo, de llamar «buen escritor».

Que Rubén Darío me perdone, pero no llego á compartir su entusiasmo. No me duele el saber que Verlaine era hombre de ideales burgueses, ni me desilusiono comprobando que el asunto Rimbaud está lejos de ser lo que la perspicacia de mesa redonda suponía. Jamás hice literatura de «soucoupe», con gran detrimento de mi prestigio intelectual, y mi gusto literario siente por la «bonne pourriture» el mismo asco invencible que mi ineducado pa-

Digitized by Google

ladar criollo por las aves «faisandées». Al contrario, pienso que hay muchas vidas raras cuyas reputaciones deben reverse, siendo que, casi siempre, este panegírico y aquel denuesto no tienen otro orígen que el inmediato arrobamiento de camaradas ó la invariable difamación de la última querida. Enhorabuena, pués, toda rehabilitación. Mas para aventar «el maligno lodo legendario» no había porque convertir al Fauno triste en un ente sin voluntad ni discernimiento, capaz de ser maleado, como cualquier candidato á sanatorio, por las sujestiones enfermizas de ese lírico gavroche de Rimbaud. De atenernos á las conclusiones de Lepelletier, desde el arribo de Arthur Rimbaud á París hasta aquel lamentable proceso de Bruselas, la personalidad de Verlaine desaparece. Rimbaud no solo es el pretexto para todos los vicios, sinó también la causa única de todas las desgracias. Por Rimbaud se agrava su inclinación de alcoholista, por Rimbaud abandona su hogar, á su esposa, á su hijo; por Rimbaud emprende aquella gira ambulatoria que termina en la prisión belga; por Rimbaud se pasa casi tres años sin componer un verso... Y Lepelletier no advierte que tal afán por cargar con todas las culpas al amigo siniestro, resulta al cabo contraproducente para Verlaine. Esa influencia decisiva no solo supone un amorfismo patológico en quien la siguiera sin rebelarse, sinó que puede sugerir precisamente la sospecha que quiere destruir. Para que un hombre de esa estirpe olvidase lo que tenía de más sagrado sobre la tierra y de más luminoso en su destino, por una amistad ambigua, debió existir algo más que un programa de bohemia. No hay que olvidar que el pistoletazo de Bruselas reconoce por único motivo el propósito inquebrantable de Rimbaud de abandonar á Verlaine. Lo inhábil de la defensa salta, pués, á la vista, sobretodo cuando Lepelletier se encarga de darle eficacia con la valentía de las líneas que siguen, referentes á los alardes del poeta sobre el amor homosexual. «¿S'est-il borné á la théorie, qu'il jugeait amusante, et dont il semblait être tout fier, ou bien a-t-il succombé au désir de la practique? J'affirme l'ignorer. Il ne m'a jamais fais d' aveu formel.» (pág. 27). Convengamos, entonces, en que si debe surgir una convicción salvadora no ha de ser seguramente de las páginas de Lepelletier—ya que tales calumnias no se combaten con documentos imposibles— sinó de la alta digni-

Digitized by Google

dad que esa alma enferma de paradoja reflejara, no obstante sus caídas, en las plácidas ó fervorosas de «La Bonne Chanson» y de «Sagesse».

Arthur Rimbaud, que, á pesar del soneto á las vocales, de su veleidad colonial y de su estatua en Charleville, fué un perfecto degenerado — alcoholista ambulatorio, glotón, irascible, cruel y cobarde—Arthur Rimbaud tuvo á no dudarlo una influencia nefasta; pero personificar en él el destino del poeta—«le grand artisan des malheurs du poéte»—es hacerle un honor excesivo. En la importancia capital que le acuerda Lepelletier yo adivino un *poco* de habilidad literaria y bastantes celos restropectivos. Las quinientas cincuenta y tres páginas que forman el volúmen, no contienen una sola dedicada al estudio psicológico de aquel raro espíritu, es decir: al exámen de sus facultades é inclinaciones á fin de desentrañar el impulso primordial, el «primum mobile», que como una voluntad extraña al yo actuante preside las cosas humanas. Y no llegando á descifrar el misterio de esa vida — percance que también sufren los viejos amigos—Lepelletier se limita tan solo á reseñar los hechos determinantes. Así, resúltale muy cómoda la amistad de Rimbaud para explicar sucedidos que trasponen la órbita de su lógica. Tan patente resalta el arbitrio en su exclusividad causal que, de no haber existido aquel, acaso este libro se disminuyera á un simple compendio epistolar aumentado con anécdotas del colegio y con una que otra rectificación biográfica á las «Confessions», como aquella del domicilio de los Verlaine en Paris, que no estaba en la calle Saint-Louis N°. 10, sinó N° 2. Y cuando el sistema de referirlo todo á influencias externas, á la fatalidad circundante y no á la fatalidad interior, le falla por el lado de Rimbaud, encuentra el expediente en la acritud de carácter de su mujer. Verlaine hundióse cada vez más en el alcoholismo porque aquella no tenía la paciencia y suavidad necesarias cuando llegaba ébrio, á deshoras de la noche, el alma ausente, trasudando la innoble francachela del cabaret! Falta de paciencia y de dulzura muy disculpable, por cierto, á no ser que, en gaje de tranquilidad doméstica, le deseara á su amigo mejor que esa altivez de compañera, la lloricona mansedumbre de una «pot-au-feu». Luego, Lepelletier, no solo fué el más viejo amigo de Verlaine, sinó también el más sensato. Antes de la llegada de

Digitized by Google

Rimbaud, tentó cien veces de arrancarlo del vagabundeaje por los cabarets del Quartier Latin, tratando de llevárselo á Bougival, donde le tenía preparada una habitación con vistas á la campiña y al río, y una mesa de trabajo con sus diccionarios alineados en buen orden. Es natural, pues, que sienta por Rimbaud ese rencor excesivo que tienen los padres para los compañeros del hijo calavera, quienes deben ser, irremisiblemente, los eternos incitadores y los únicos responsables de las mil andanzas en que entra el otro por cuenta propia.

Sin apartarse del sistema, nos explica de igual manera la vuelta de Verlaine al cristianismo y hasta la génesis de sus libros. La prisión de Bruselas, con las clásicas meditaciones sobre la finalidad humana, sería la causa eficiente. Desde ese punto de vista concíbese la desconfianza que insinua Lepelletier respecto á la sinceridad del arrepentimiento. Una contricción que, después de *Sagesse*, inspira los devaneos de *Parallélement*, de *Chansons pour elle* y de *Odes en son honneur*, puede ser, en verdad, una peregrina fumistería. Pero semejante arrepentimiento que fuera sospechoso tratándose de un filósofo, admítese fácilmente en un poeta, cuya sinceridad, exclusivamente emocional, tiene la duración de un momento. Sólo así se concibe que Verlaine, que no carecía de sentido moral, pudiese cantar hoy:

L'Innocence m'entoure, et toi
Simplicité.
Mon coeur, par Jésus visité,
Manque de toi?

y mañana ver á su querida

Heureuse de savoir ma lévre
Ma main, mon tout, impénitents
De ces péchés qu'un fol s'en sèvre!

El origen del arrepentimiento que nos legó *Sagesse* y *Parallélement*, así como la línea central de esa vida, lo encontrará el lector en las admirables páginas de «Le Lys Rouge». Anatole France nos relata allí la vida de Choulette, un poeta que como

Digitized by Google

Verlaine tuvo un destino azaroso y paradojal, y al que, según mi entender, ha pintado un tanto extravagante acaso para que no resulte enteramente un retrato. Choulette, á cierta altura de su vida, que fué depravada é ingenua, decídese un día á reformar la tercera orden franciscana: «L'idée de cette œuvre, madame, lui est venue d'une façon mervellleuse, un jour qu'il allait visiter Marie dans la rue oú elle demeure derriére l'Hôtel Dieu, une rue toujours humide, aux maisons penchantes. Vous savez que Marie est la sainte et la martyre qui expie les péchés du peuple (María era una pobre pecadora de suburbio que Choulette encontró cierta noche en una cantina, y á quien amó por su humildad). Il tira le pied de biche graissé par deux siécles de visiteurs. Soit que la martyre se trouvât chez le marchand de vin oú elle était familiére, soit qu'elle fût occupée dans sa chambre, elle n'ouvrit pas. Choulette sonna longtemps, et si fort que le pied de biche avec le cordon lui resta dans la main. Habile á concevoir les symboles et á pénétrer le sens caché des choses, il comprit tout de suite que ce cordon ne s'était pas détaché sans la permission des puissances spirituelles. Il le medita. Le chanvre était couvert d'une crasse noire et gluante. Il s'en fit une ceinture et connut qu'il était choisi pour ramener á la pureté premiére le tiers ordre de Saint-François. Il renonça á la beauté des femmes, aux délices de la poésie, aux éclats de la gloire, et il étudia la vie et la doctrine du bienheureux. Cependant il a vendu á son éditeur un livre intitulé *Les Blandices*, qui renferme, dit-il, la description de toutes les sortes d'amours. Il se flatte de s'y être montré criminel avec quelque élégance. Mais loin de contrarier ses entreprises mystiques, ce livre les favorise en ce sens que, corrigé par un ouvrage ultérieur, il deviendra trés honnête et exemplaire, et parce que d'or, il dit même «des ors», qu'il a reçus en paiement, et qu'on ne lui aurait pas donnés d'un écrit plus chaste, lui serviront á faire un pélerinage á Assise».

Otra vez le objetan:

—«Vous avez la foi, monsieur Choulette. A quoi vous sert-elle si ce n'est à faire de beaux vers?

— «A pécher, madame.

—«Oh! nous péchons bien sans cela».

Digitized by Google

Y he aquí como este sencillo diálogo nos enseña de manera incontrovertible la enorme diferencia que hay entre el pecado de un poeta y el de quien no lo es. Como Choulette, Verlaine, «no fué muy distinto de los santos cuyas vidas extraordinarias leemos. Es sincero como ellos, de una delicadeza exquisita de sentimientos y de una violencia de alma terrible. Si choca por muchos de sus actos, es que es más débil, menos sostenido, ó quizás, solamente observado de más cerca. Después hay malos santos como hay ángeles malos: Choulette es un mal santo, he haí todo. Pero sus poemas son verdaderos poemas espirituales y mucho más hermosos que cuanto hicieron en ese género, en el siglo XVII, los obispos de la corte y los poetas del teatro».

Ah! los poemas de Verlaine, son toda su vida, toda su vida de *homo duplex* como el mismo lo insinuara en aquella autobiografía de «Les hommes d'aujourd'hui». Exquisitos hasta el refinamiento y sencillos hasta lo popular; ingenuos y sutiles, bruscos, con vocablos de argot, y delicados, suaves, dulces hasta transmutarse en música; y en todos ellos, tanto en los de erotismo finisecular como en los de fervientes contricciones, un fondo de languidez elegíaca que les da una supervivencia de almas. Poemas que se han calificado de simbólicos, de obscuros, de decadentes — Dios sabe cuantas enormidades se han dicho — y que no son sinó instintivos y no tienen de recóndito sinó su inmensa sujestión de misterio. «Cuando soy desgraciado — decíale á Huret — escribo versos tristes, he ahí todo, sin otra regla que el instinto....» Es así como ha volcado su pobre y luminosa alma en sus estrofas, al azar de ese dualismo que lo hiciera futil y grave, ingenuo y perverso, sincero y fumista, creyente é impio, «feroz y dulce» — como dijo Hugo —, bajo ese inexorable designio *anterior*, que tiene algo de la fatalidad litúrgica del anathema, que se genera en nuestras conciencias como un móvil sin motivo — «un motivo no motivado» — y bajo cuyo imperio obramos sin fin visible ó inteligible, precisamente como «por la lógica de una influencia maligna». Fué así que en medio de sus arrepentimientos y buenos propósitos, el demonio de la carne le musitaba lubricidades de sátiro. Pero, con todo, no cayó por depravación sinó porque no habiendo alcanzado jamás la experiencia, fué víctima de su eterna ingenuidad. Verlaine fué siem-

Digitized by Google

pre un niño: «vieil enfant perdu plein de vices sincéres et d'in nocence.» ¿Quién no ha sentido en los entusiasmos de la adolescencia impulsos de redentor? Verlaine los tuvo siempre; por eso iba hacia las pecadoras más lamentables y en sus «collages», había mucho de caridad. Buscábalas porque no eran soberbias, y su candor las veía purificarse en el sufrimiento, como en una llama. Llamábalas sus hermanas en la humildad, la virtud más agradable al cielo, y amábalas porque se envilecían sin malicia y sin placer. Decíales cosas dulces, juntaba su pena á las de ellas para anegarlas en el fondo del mismo vaso, y les componía versos sencillos para que los comprendieran. Por eso, más que á François Villon, que fué un bergante desprovisto de todo sentimiento, yo lo comparo con Mathurin Regnier, poeta moralista del siglo XVI quien pespués de una vida libertina entró de canónigo en Nôtre-Dame de Chartres. Como él dilapidó en perenne inconsciencia su vida y su talento, como él escribió versos edificantes en medio de borracheras y tras mujeres fáciles, como él vivió y murió pobre; y en las dos tumbas podría escribirse estos mismos versos de Regnier:

J'ai vécu sans nul pensement
Me laissant aller doucement
A la bonne loi naturelle....

ATILIO M. CHIAPPORI.

Digitized by Google

LETRAS ESPAÑOLAS

UN POEMA EN CANTARES

(«CARMEN» POR FRANCISCO VILLAESPESA)

Es un nuevo volúmen de Francisco Villaespesa, poeta español de los más modernos. Alejado en los libros anteriores de las maneras añejas, se aparta ahora del filoneismo sencillo de *Confidencias*, *La copa del rey de Thulé*, de sus dulces *Rapsodias* y construye un poema en cantares. Es una larga queja contra los desvíos de la Ingrata. Coplas en pauta de requiebros ardientes elojian la belleza de aquella invisible Dulcinea que tortura al cantor. Este es simple é ingenuo y no le veremos lira ni arpa ni oiremos de su boca una frase sospechable de literatura. El breve tomo, titulado *Carmen*, no respira ambiente de academia. Un rasgueo de guitarras dice monótonamente el dolor de su alma entristecida de ausencia y martirizada por frecuentes desaires. Pero la esquiva es amada por el trovador. Y siempre, aunque sus pupilas incomparables agujereen el corazón y enluten su vida, la amará sobre todas las cosas. Y exclama:

Mira si será bonita
Que cuando va por las calles
Se para la gente y dice:
Mirad la Virgen del Carmen.

Digitized by Google

Ese libro, imitación de las coplas anónimas, cuyas exageraciones de figura y de ditirambos contiene, muestra mejor que otras obras, las condiciones más fundamentales del autor. Es esencialmente poeta. Sus trabajos están desprovistos de ornamentos literarios y se reducen con exclusividad á la poesía interior de las cosas. En su forma áspera á veces, descuidada á menudo, encierra un espíritu fino y suave. Esas coplas reflejan en su desorganizado conjunto, las características todas de los cantares andaluces, cuyo fondo es un contínuo arrebato de amor, que pasa del lamento á la amenaza, de la luna ofrecida en un plato dorado á la navaja, parecida en su filo cortante al mirar de la engreida enemiga:

Te quiero con alma y vida
Y es tanta mi voluntad
Que lloro porque no puedo,
Morena quererte más!

Eso en la tercer cuarteta. En la quinta, añade:

Permita Dios, si en la ausencia
Te olvidas de mi querer,
Que en la orilla de una fuente
Te caigas muerta de sed!

Y continúa sufriendo las visicitudes de un amor sin fortuna, que se desarrolla en la soledad de su desamparo. La vida exterior no aparece—circunstancia curiosa—siendo Villaespesa en casi todas sus poesías publicadas hasta ahora paisajista y costumbrista.

Carmen se diferencia en esto. Es un poema de alma adentro. Hileras de visiones amorosas desfilan en su angustia poética, madrigalizada en interjecciones de furia y ternuras de miel. Su heroina debe ser una llameante manola, encendida en el sol morisco de aquella tierra, por cuyos senderos y caminos, los transeuntes desmenuzan sus corazones en homenaje á la inconstante y la cubren con un cielo de lágrimas.

Debe ser de estas la *Carmen* de Villaespesa, á quien alaba en medio del tormento que le aflije. Sabe que la cabellera negrísima se desluce sobre su blanca espalda como un manto fúnebre y en-

Digitized by Google

tonces supera en belleza á la Vírgen de los Dolores, cubierta con su terciopelo magnífico. Y el poeta nada puede como nada podía el caballero Des Grieux con Manón, ligera como un pájaro y como un pájaro inocente de sus revoloteos.

De la agrupación de estrofas surge el vago perfil femenino y creemos oir su voz afinada al compás de los crótalos y nos parece conocer su cuerpo, incomparablemente seductor en el cimbreo de las danzas ruidosas.

Posiblemente canta en algún patio decorado de macetas y los cantares que su trovador le dice agonizando sobre las cuerdas de la guitarra popular, ebria de tristeza y vibrante de vida espiritualizan sus líneas en una muelle languidez, evocadora de lidias é idilio.

Con frecuencia salta en las estrofas un rasgo heineano, que recuerda los romances en que el divino ruiseñor alemán refiere las penurias y sinsabores de fieros hidalgos y paladines que se desviven de amor.

Dice por ejemplo:

Mis cantares son tan tristes
Porque son gotas de llanto
Que en vez de huir por los ojos
Se desbordan por los labios.

Francisco Villaespesa es una de las personalidades literarias más interesantes de la España actual. Es con Machado, Antonio de Zayas y Diez Canedo, uno de los que anuncian en el esfuerzo generoso de su labor devolver á su literatura el brillo de los dias extinguidos é independizar el arte restituyéndole á la virtud del ensueño, que es regenerador sin propósitos y educador sin programas, á la inversa de lo que pensaba Don Gaspar Nuñez de Arce, al atribuir á la poesía funciones docentes y políticas.

Y Francisco Villaespesa será uno de los colaboradores más eficaces de esa reforma.

No es un sugestionado por la evolución decadentista, de la cual ha tomado tan solo la libertad, sin caer en las exageraciones ni adoptar sus pragmáticas. Es un espíritu sencillo y triste, parecido

Digitized by Google

en su estructura al de Giovanni Páscoli, sin ser erudito en los poemas como éste.

Como el gran poeta italiano, quizá el más grande de la Italia contemporánea, gusta los paisajes labriegos y los temas rústicos. La moza revive con su cántaro y el gañán que va camino de la aldea en el silencio de la tarde estival, recupera en sus escritos el antiguo encanto como agua que vuelve á brotar de una vieja fuente tapada por el musgo.

Es variado en su aparente monotonía y es robusto en la forma liviana y humilde. Sus libros dan la idea de una antología de canciones populares, tan ajeno es á todo artificio y eso prúeba la presencia de un poeta auténtico, depurado de academicismos y decadentismos, atenido á la fuerza misteriosa de lo bello y de lo fuerte, que es amor y dolor, base de todo arte verdarero.

ALBERTO GERCHUNOFF.

Digitized by Google

LETRAS BRASILEÑAS

«As modernas correntes esthéticas na litteratura brazileira», por Elysio de Carvalho. *(Garnier, editor, Rio de Janeiro-Paris 1907 --284—XII páginas).*

Para aquellos de nuestros intelectuales desconocedores del actual movimiento brasileño (y son los más) la obra recientemente aparecida en Rio de Janeiro, original de Elysio de Carvalho, merece toda la atención destinada á las obras importantes y mucha más de la que generosamente se concede á exotismos falsos, cuando no ridículos, á japonerías grotescas y á superficiales sajonismos.

Como buenos latinos solemos echar en olvido lo que de más cerca nos interesa, para ocuparnos de las cosas más vagas y lejanas. No haría tanto un microbiologista que se sintiera atraído por los estudios astronómicos.

En cuestiones de letras, quizás con mayor intensidad que en otra esfera del vivir contemporáneo, atraídos por la novedad y por el encanto de lo desconocido, lógico es que las multitudes vayan á lo más opuesto de todo lo que constituye su vida habitual. La misma falta de razonamiento, característica de la multitud, hacen que no puedan ver las bellezas suaves de las medias tintas próximas y á su vista, cansada por su lucha *terre-à-terre* de la vida diaria, solamente llamen la atención los colores fuertes y

Digitized by Google

las formas novedosas de los exotismos chocantes. Que eso ocurra entre la multitud está muy puesto en la razón ilógica de la vida; pero, es del todo impropio que lo mismo suceda con los intelectuales, con aquellos cuya razón, cuyo sentimiento los elevan á cien codos sobre la insustancial vulgaridad del señor Todo-el-mundo.

Por esto no será nunca bastante combatido ese mal oculto desdén con que nuestros tan escasos hombres de letras refiérense á la producción artística y literaria del Brasil, olvidando que, tanto por su situación privilegiada, como por el número de sus habitantes debe de tener notables obras cuya existencia, desconocida aquí, puede afirmar la escasa buena voluntad de nuestros intelectuales .

Desconocer el Brasil y conocer en cambio lo ruso y lo japonés, por obra y gracia de la tiránica ley de la importación, es algo absurdo que muy poco dice en favor del espíritu de crítica y de investigación de nuestro medio.

La obra de Elysio de Carvalho es, por esta principalísima razón, muy digna de ser tenida en cuenta y bien merecería que se propagara entre los que en este país dedican su actividad á la tan hermosa cuanto ingrata labor de las letras, porque gracias á ese volúmen de críticas y ayudados por el estado de simpatía que ha dirigido su confección, los lectores que desconozcan la vitalidad literaria brasileña verán abrírseles nuevos horizontes y se regocijarán en el supremo goce intelectual de conocer nuevos talentos, cuya existencia quizás ni presentían.

La obra de Carvalho es utilísima para todos los que, desde lejos y sin otro elemento de prueba, quieran conocer esa literatura brasileña, tan pródiga en talentos, y conocerla especialmente en sus modalidades más recientes, apartándose de los maestros ya consagrados por el tiempo para atenerse con preferencia al estudio de las nuevas generaciones, tan fuertes como las anteriores, aunque, talvez, más originales.

Elysio de Carvalho estudia á Graça Aranha, el genial autor de «Canáan», que en la traducción de Payró fué leído por el público argentino; á José Verissimo, crítico, del tipo de los Sainte-Beuve, hombre de conciencia, cuya arte no se ha convertido jamás en un oficio; á Juan Ribeiro, el filólogo, y á Emilio de

Digitized by Google

Menezes, el poeta. Después de estos, que perteneciendo á la generación ya impuesta no desdeñan formar parte de los «nuevos», vienen los estudios sobre Juan do Rio, Gustavo Santiago, Goulart d'Andrade, Oscar Lopez, Fabio Luz, Curvello de Mendonça, Pereira da Libra y Pedro do Coutto, poetas, novelistas, críticos ,además de una serie de estudios sobre temas de crítica elevada y noble como sabe escribirla Elysio de Carvalho, quien puede presentar á la consideración de los sud-americanos, como una digna respuesta á la ignorancia que de los brasileros se tiene entre nosotros, uno de los más hermosos estudios críticos que sobre Rubén Darío y su obra se han escrito.

Mucho sería de desear que el libro de Carvalho se leyera entre nuestros intelectuales, realizando la verdadera y la más digna obra de confraternización americana.

JUAN MAS Y PI.

Digitized by Google

LETRAS ARGENTINAS

«Las Barcas» POR ENRIQUE J. BANCHS.

He de necesitar de la mayor serenidad para abordar el análisis de este libro, que más me arrastra al ditirambo entusiasta que á la crítica mesurada. Y con todo, ditirámbica será esta crítica, pues otra cosa no es posible frente á un libro como *Las Barcas*, que es al mismo tiempo una revelación y una promesa: la revelación de un talento en flor y la promesa de un gran poeta. (Y conste que no arrojo los epítetos al acaso).

Este libro, obra de un joven que no ha llegado aún á los veinte años, encierra en sí, sin embargo, méritos suficientes para formar la reputación de cualquier escritor.

Condición primera de Banchs es la de ser á la edad en que se comienza invariablemente por imitar, un poeta esencialmente propio, personal. Vana tarea fuera la de quien pretendiese buscar las fuentes de su poesía. Banchs no es de aquéllos susceptibles de ser marcados con una dada etiqueta. Otra característica de su mentalidad es la robustez. Banchs concibe y siente y rima con vigor, pero ello sin menoscabo de una especial delicadeza con que toca todos los temas. Es fino más que sentimental. No hace sentir hondo, pero transporta al lector en un mundo suave, espiritual, de ensueño. Su poesía es más intelectual que afectiva, más de la cabeza que del corazón. Es una poesía complica-

Digitized by Google

da, sutil: nada concede á la pereza intelectual del lector. Obliga á pensar, á desentrañar la imagen preciosa, conceptuosa, rica de significación. Lástima que la mayoría no ame estas cosas, y descargue sobre el poeta la culpa de su incomprensión del primer momento.

Los temas que aborda son siempre novedosos: variados los metros que emplea, y ricos en sonoridades ó en matices. No es dudoso que un Calandrelli cualquiera (¿á qué citar siempre á Valbuena?) podría hallar en esos versos ancho campo para sus más ó menos hábiles acrobatismos, pero ciertas minucias no han de detener al lector inteligente, si es que advierte que se halla en presencia de un talento superior.

Caídas, versos rudos, algunas expresiones dudosas, sí, tiene; pero son todos defectos que más que á su impotencia débense á su juvenil desdén por el pulimento excesivo. Al contrario asombra verle salvar, al parecer sin esfuerzo, tantas y tantas dificultades. Y ya nótanse en él, además, condiciones de otra clase que las simplemente inherentes á su rica mentalidad: nótanse ya en él condiciones de disciplina mental que mucho prometen para el porvenir, tal por ejemplo un serio dominio del lenguaje y un cierto cuidado en la elección del epíteto, que trata de hacer preciso y sugeridor.

Si á su imaginación desbordante, á su potente inspiración, comparables con las de los más grandes poetas, une, como parece que está en camino de hacerlo, el estudio, un arte refinado, la nitidez en todo, sin concesión alguna al desgano intelectual, Banchs no tardará en ser un poeta completo. Cualidades le sobran para serlo.

He hablado de su delicadeza. El es sin embargo multiforme, y sabe también, cuando quiere, ser enérgico y rudo. No es raro encontrar en *Las Barcas* una composición de ternura exquisita al lado de otra de violento empuje, resonante de ideas grandes y de altos sentimientos. La lira que apostrofa táñela con igual maestría que la que acaricia.

A los labios vienen involuntariamente las comparaciones. Y en verdad no puedo abstenerme de observar,—pese á quien pretenda tacharme de exagerado—que abundan estrofas y aún enteras composiciones en Banchs, que bien pueden sostener el pa-

Digitized by Google

rangón, alta la frente, con las mejores de nuestros dos más grandes poetas: Almafuerte y Lugones.

Pero dejemos á la opinión que diga su última palabra sobre este nuevo poeta que entra en la liza, por cierto bien armado.

«Gloria al esfuerzo virgen, paso á la barca nueva»

Es probable que ella nos diga que de la generación que surge, Banchs es sin duda el talento más robusto.

«Vendimias Juveniles» POR MANUEL UGARTE.

He aquí otro libro de versos. «Son en realidad los primeros y probablemente los últimos versos que publico»—nos dice su autor. ¿Porqué los últimos? ¿Acaso deja uno nunca de sonreir ó de llorar? «Con ellos mato mi primera juventud...» No, no. En todo poeta hay una primera juventud perenne. Ugarte pasaba sin duda por un instante de desaliento al prologar este libro. ¿Tan pronto? ¡Oh, no, todavía no! Siga el consejo del galante Horacio:

...dunque virunt genua
Et decet, obducta solvatur fronte senectus.

Bellos versos estos de Urgarte, versos ligeros como encajes y tembladores como espuma. Madrigales y rondeles los mejores de ellos. Deliciosos madrigales que se deslizan con la dulzura de aguas de manantial, suaves rondeles, exquisitos y frívolos. Estrofas todas á través de las cuales se vé en plena transparencia el alma del poeta, tierna y amable. Son versos que se leen sin esfuerzo, que no hacen pensar, pero que hacen sentir. Una sonrisa... una lágrima... una aventura galante... una desilusión... luego... nada.

¡Pero qué! Nadie ha de dar con más eficacia la impresión que esos versos dejan en el espíritu, de lo que lo ha hecho el mismo Ugarte en una sola página del prólogo. En ella ha condensado en breves palabras lo esencial que de sus versos puede decirse. Su transcripción constituiría la mejor crítica del libro.

Ugarte no es un poeta complicado. Es sencillo y claro. Su imagen, siempre precisa, aunque envuelta en ligerísima bruma,

Digitized by Google

sugiere al lector todo un mundo. En esos versos está su autor de cuerpo entero. Son propiamente unas *Vendimias Juveniles*. Son versos de primavera. En ellos no hay un rasgo indelicado, ni una expresión grosera. Todo el libro es elegante, límpido, gracioso.

Ugarte se ha engañado á sí mismo si ha creido que con él cerraba su primera juventud. ¡Bah! En prosa ó en verso—poco importa—ha de seguir como hasta ahora deshojando los pétalos siempre frescos de su alma de soñador y de artista.

«Cuentos extraños» POR JUAN MAS Y PI.

Más que cuentos son unos cortos bocetos á los que da unidad la filosofía que encierran, puesta en boca del personaje obligado de todos ellos, un loco que es un profeta. La filosofía que ese loco predica es áspera y saludable. Predica la ruptura con todo lo pasado y la esperanza en el ideal, la caída de los añejos prejuicios y la creencia en las futuras realizaciones; la nivelación social y el amor universal; el odio á la canalla y la confianza en la humanidad del porvenir; el cultivo de la voluntad, la seguridad en sí mismo y la marcha hacia la vida intensa. Viejas verdades, pero siempre nuevas.

Es un profeta que tiene algo de Zarathustra, pero que también tiene de Cristo. Dice el loco: «Sólo nuestro grandioso deseo de superarnos podrá contrarrestar la maléfica influencia de los seres muertos, cuya dictadura pesa sobre nosotros y nos ciñe el cuerpo y nos empuja hacia atrás. Cortad, cortad, hermanos, todas las ligaduras». Y así también hablaba Zarathustra. Pero el loco igualmente dice: «¿Os agita y subleva la injusticia? ¿el mal ajeno os apiada? ¿sabéis compadecer?... Decidme: ¿Sabéis olvidar la mala acción de vuestros enemigos? ¿sabéis estrechar cordialmente la mano de aquel que os supera y olvidar vuestras obras una vez terminadas? Si no es así ¡guay de vosotros! la maleza, la maleza crece!...» No, así no hablaba Zarathustra.

Estos *Cuentos Extraños* forman pues un pequeño libro lleno de fuertes ideas. Ellos revelan que su autor es un espíritu de vistas personales, que ama agitar con su mano rebelde las estancadas aguas del pensar rutinario.

Digitized by Google

«El enigma interior» POR MANUEL GALVEZ.

Versos, versos, versos... Opima va á ser este año la cosecha poética. Otro libro más, *El enigma interior*, impregnado todo él de una indefinible melancolía. Diríasele llegado del *boulevard*. Podrá haber en ello un motivo de censura, pero esta no ha de ser sino relativa. Cierto es que esos versos suenan extrañamente en nuestro idioma, porque, en verdad, á pesar de toda nuestra buena voluntad por imitar á los demás—á los noruegos, á los rusos, á los japoneses, ¡que sé yo!—y por dejar de ser americanos, aun no hemos logrado acostumbrarnos á ese parisienismo excesivo. Sin embargo, se debe separar lo accidental de lo esencial, y hacer una honda distinción entre ciertos rasgos que se dan de pescozones con nuestro modo de ser, y otros que son universales é igualmente propios de Paris como de Buenos Aires, pues que son la real, la íntima expresión de nuestra sensibilidad dolorosamente afinada de hipercivilizados.

El defecto fundamental de *El enigma interior* es su carencia de originalidad. Verlaine sobre todo—dejo de lado otras visibles influencias—pesa sobre este libro. Pero Galvez es sincero consigo mismo. El siente á sus poetas predilectos, con ellos se ha compenetrado y como ellos se expresa. En sus versos se advierte la sinceridad de los sentimientos que canta. No es, pues, un vulgar imitador.

Mas, dejo ya de hacer hincapié en este lamentable defecto de *El enigma interior*, para pasar á considerarlo desde otros puntos de vista más interesantes.

Es un libro delicado y á ratos intenso. Rasgos hay en él que revelan toda un alma de artista. Pero es un libro desigual. Felices expresiones, bellos versos, codéanse en él con tropiezos verdaderamente lastimosos

Una cuestión que este libro levanta es la del verso libre, cuestión que ya desde el prólogo el poeta se apresura á plantear y discutir brevemente.

No es este el lugar para volver sobre tan debatido asunto, cuya discusión requeriría una amplitud que no puedo darle aquí. Pero es el caso de observar, muy á la ligera, muy dogmaticamente si se quiere, puesto que á continuación va sin pruebas, que hay compo-

Digitized by Google

siciones en verso libre en *El enigma interior* y en otros libros, nuestros y extranjeros, que, á pesar de todos los artificios tipográficos no pasan de estar en prosa, en sencillísima prosa. Esa cuestión del ritmo interno es cosa muy delicada y que no se resuelve con meras palabras preliminares.

Lo dicho va sin desconocer el mérito de la innovación de Kahn (á quien se hiciera notar que *descubrir* el verso libre después de Lafontaine y de Corneille era algo difícil), y sin desconocer tampoco que entre nosotros, donde por fortuna no ha arraigado muy hondo, se han hecho de ella estimables aplicaciones, en *Los Crepúsculos del Jardín* principalmente.

De todos modos, dando un corte al asunto, opino que Galvez ha abusado un poco de tan peligrosa innovación.

Pero los defectos, los errores, se contrabalancean en este libro con las buenas cualidades. Y si hay en él versos falsos, ingenuidades, chocantes imitaciones, hay también sensibilidad, frescura, delicadeza y todo un temperamento de artista que si se independiza de las influencias que sobre él gravitan, podrá dar, desarrollando sus modalidades, obras poéticas de verdadero aliento.

«Pétalos marchitos» POR LUIS JUAN ALFONSO

Un tomito de versos, olientes á juventud y á inexperiencia. Nada en ellos de peligrosas innovaciones: los viejos moldes, los viejos ritmos, las gastadas imágenes bástanles al joven poeta. Pasen estos *Pétalos marchitos* como primeros versos; pero ¿no hubiera sido preferible dejarlos olvidados en las páginas de album donde fueron dejados caer al pasar? No siempre es oportuno publicar todo lo que se escribe. ¿Quién no ha escrito versos á los veinte años? ¿Quién no guarda con amor su primer soneto? Pero, ay, si todos publicaran su libro!...

ROBERTO F. GIUSTI.

Digitized by Google

SOCIOLOGÍA

El Problema Social por *César Iglesias Paz.* — Socialismo, sociología, problemas sociales, la cuestión obrera, son frases que se han hecho modismos corrientes. En la Facultad de Filosofía y letras el doctor Ernesto Quesada dá un curso intenso sobre el materialismo histórico, habiendo ya dado conferencias sobre el problema obrero en la universidad de La Plata. En la misma Facultad de Filosofía el doctor Juan B. Justo dá un curso libre sobre las nuevas vistas para encarar la historia. Ayer el doctor Levene publicaba un pequeño libro sobre leyes sociológicas: después el doctor Dellepiane el suyo de texto de la Facultad de Derecho, y ahora se nos presenta también con un trabajo de actualidad, el doctor Cesar Iglesias Paz, de los últimos egresados.

Comte y Spencer, Marx y Engels, son hurgoneados de continuo aunque pocos se chamuscaran las pestañas sobre ellos.

Se explica: estamos en la gestación de una democracia, tenemos que ser la continuación de Europa bajo muchos conceptos y representamos como país una necesidad de espacio y económica de la parte civilizada del antiguo continente: somos un país de inmigración de raza blanca, raza en la cual se ha engendrado el socialismo, y sus problemas tienen que presentarse aquí aunque no deben plantearse idénticamente.

Copiando instituciones norteamericanas al *organizarnos*, copiando otras secunderias de otras partes, como ahora al querer en lo militar alemanizarnos de lleno, — hemos olvidado y olvidamos el factor de adaptación teniendo en cuenta lo que podríamos llamar el factor sedimento, — lo que vá acumulándose del

Digitized by Google

pasado, — y entonces ha venido y viene esa lucha continua entre la camisa que no se adapta al cuerpo y el cuerpo que baila en ella. Camisa de once varas.

No en valde se recuerda en la carátula de un libro lo que dijo José Manuel Estrada: «Si conociéramos á fondo los fenómenos de la sociedad colonial, habríamos resuelto las tres cuartas partes de los problemas que nos agobian». Sí, aunque literalmente cada vez nos separemos más de esta necesidad, siempre habrá que volver hacia Mayo para punto de partida, recurriendo á los pensadores Moreno, Rivadavia, Echeverría y Alberdi, en busca del molde y de los ideales de una sociabilidad generosa; como siempre habrá que hacer por conservar algo tradicional (factor sedimento), y el noble legado del idioma en su esencia, con la flexibilidad y los vocablos de la cultura moderna.

Bien, siendo pues un país de inmigración europea, los problemas que allí se han presentado se irán presentando entre nosotros planteados de diversos modos. Bien hacen los que se dedican á asuntos tan capitales y mucho más cuando como el doctor Iglesias Paz son los egresados de la Casa de Derecho y Ciencias Sociales, porque implica que hacen redituar el capital adquirido en sus años de estudio.

El libro que ha producido el doctor Iglesias Paz, viene á ser por tanto el final de un proceso evolutivo intelectual. Luego está escrito con autoridad.

«*El problema social*» es de pequeño formato, construcción sólida y material condensado. Está dividido en cuatro capítulos: preliminares; soluciones: exposición; soluciones: crítica; conclusiones; los que á su vez se subdividen en numerosos acápites.

La prensa en general ha saludado al autor y dado á conocer el libro por lo que no haremos más que una presentación ligera de él en sí, revistando algunos puntos que nos parecen más interesantes.

Sobre el orígen del socialismo no polemizaremos: solamente haremos notar que ya está visto y revisto, que en artes, en ciencias, en letras, en todo, en todo, siempre que se presenta algo *nuevo* se empieza á sutilizar (las sutilezas de Pereda) y sutilizando por un hilo ténue, muy ténue, se puede retrotraer todo al orígen del Cosmos.

Digitized by Google

La cuestión debe tomarse desde el momento que se presenta con claros y distintos caracteres: desde que el problema se plantea con fijeza. En este caso el socialismo y lo que de él deriva, cuestiones modernas, más aún, contemporáneas, nacidas paralelamente con la consciencia individual aumentada en su número con la propagación de la instrucción. Y la propagación de la instrucción ha venido con la difusión de la escuela, del diario, de la revista, del libro.

El individualismo y el socialismo en el fondo no han estado y no están en lucha sino como transición hacia una solución futura.

Como rasgo común y esencial de las escuelas socialistas señala el doctor Iglesias Paz: «Un mismo pensamiento fundamental, con diferencia de grado, de aplicación ó de método, inspira el alma de toda esa doctrina que puede concretarse en dos conceptos correlativos: «igualdad» y «solidaridad», como fin y medio respectivamente, á pesar de que en algunos sistemas socialistas aparezcan invertidos los términos.» El socialismo en consecuencia y en miras de aquel fin halló su fórmula abstracta en el principio «todos para todos», en oposición al individualista, «cada uno para sí.» Solamente cuando los países llegan á las densidades de población de Francia y Alemania, puede el socialismo — sin ser un *negotium* para una de las partes y un idiotismo para otra — revestir el carácter de internacionalismo. Son grados de una escala, y antes hay que hacer nacionalismo, basado, eso sí, en los modernos principios sociales. Bien está, entonces, el Partido Socialista *Argentino*.

Concluye *El Problema Social* con atinadas consideraciones referentes á la protección de la clase trabajadora por ella misma, como á la protección en sus relaciones con el capital.

Resumiendo: escrito en forma clara y sobria, serenamente, sin prejuicios de partidos, este libro del doctor Iglesias Paz es una obra de aliento que, á más de ser de utilidad general, viene á abrir con llave de oro la producción de este joven trabajador, esperanza de la ciencia argentina. — *J. H. R.*

EL PROBLEMA NACIONAL OBRERO Y LA CIENCIA ECONÓMICA—LA CUESTIÓN OBRERA Y SU ESTUDIO UNIVERSITARIO—HERBERT SPENCER Y SUS DOCTRINAS SOCIOLÓGICAS, *por Ernesto Quesada*. — El doctor Que-

Digitized by Google

sada es un trabajador infatigable. Con seriedad y conciencia, más propias del ambiente intelectual europeo que de este medio americano, en el que aún es muy común asaltarlo todo con audacia de montonero, el señor Quesada ha ido dando á luz, en el transcurso de unos treinta años de intensa labor, un sinúmero de obras de índole y de extensión diversas, honra de la ciencia y de las letras nacionales.

Tres últimos folletos del distinguido publicista llegan ahora á nuestra redacción. Son tres trabajos de sociología, disciplina en la cual ha concentrado el doctor Quesada desde hace unos años á esta parte, todas sus actividades. En el primero de ellos es de alabar sobre todo esa crítica severa á la que somete el doctor Quesada las obras de consulta que pone en manos de sus alumnos, siendo el segundo, *La cuestión obrera y el estudio universitario*, un trabajo igualmente meritorio, mucho más en estos momentos en que comienzan á agitarse en forma asaz pronunciada estos problemas que reclaman una especialísima atención de parte de quienes, por sus conocimientos en esta materia, pueden dispensársela. Y, por último, el tercer folleto, constituyénlo una serie de conferencias en las que la vida y la obra de Herbert Spencer son pasadas en revista, comentadas, explicadas y colocadas en el ambiente intelectual en que nacieron, para pasar luego con fundamento á un análisis minucioso de las doctrinas sociológicas del filósofo inglés. Es este un trabajo de síntesis, que, bien puede ser leído con agrado y provecho por todos aquellos que quieren formarse una cabal idea del sistema de Spencer.

Si el doctor Quesada persiste en esta labor sociológica ha de legar al país no sólo una serie de trabajos que engrosarán el aún modesto bagaje de nuestra ciencia, sino que ha de formar también desde las cátedras que dicta, una pléyade de discípulos, que de él adquirirán por lo menos el culto de la honradez y de la seriedad en la investigación científica, y la afición á pensar con cabeza propia. — *G.*

Digitized by Google

BELLAS ARTES

PALABRAS PRELIMINARES

Los directores de esta revista han recordado que en un tiempo dediqué sendos artículos á este tópico de las bellas artes y hoy me encomiendan el cometido de la sección respectiva.

De seis años á esta parte, la cultura artística de Buenos Aires ha acrecido considerablemente, efectuando el proceso de su evolución á grandes saltos.

Este fenómeno es de sencilla explicación; en arte como en todas las manifestaciones de la moderna actividad, vivimos del reflejo de los grandes focos europeos y pocas cosas más rápidas en su propagación que la luz, pero esa luz se apropia el color del cristal que se le interpone. El estudio pues de la tamización de las luces de España, de Italia y de Francia,—que son las que más directa y en más profusión nos llegan,— á través del cristal de nuestro propio temperamento, será el objeto primordial, sinó exclusivo, de estos artículos.

De las aisladas exposiciones que con explicable rubor, dado el medio, se organizaban en años pasados, queda solo la tradición; hoy las exposiciones se suceden unas á otras y algunas, las malas especialmente, se propagan por generación expontánea. El snobismo rumboso hizo medrar á los mercaderes, la fama de nuestra

Digitized by Google

largueza y munificencia, limpió de telarañas infinidad de cuadros, grandes brochazos de barniz rejuvenecedor se extendieron sobre la pátina de olvido de muchas telas de valor subalterno que han sido negociadas aquí á precios altos y hoy gozamos la justa fama de constituir uno de los mercados artísticos más importantes del mundo.

Más importantes, sí, pero no más considerados; somos excelentes pagadores y apreciadores de una gran deficiencia; esto es lo lamentable y esto dará también tema contínuo á nuestra propaganda.

En la calle Florida, en un radio de tres cuadras, además de una *alfombrería* que habilita sus escaparates para la exposición de cuadros, hay cuatro salones permanentes de pintura.

En *L'Aiglon* el pintor Ferruccio Pagni expuso una variada colección de óleos y pasteles, sin mayor importancia. Llamaba la atención por ser todos los marcos de idéntica barilla.

En el mismo salón el señor Ethiénne Benéch, animalista, *discípulo de la Real Academia Albertina de Turín y de las escuelas de Quadrone y Pallizzi, premiado en varias exposiciones europeas donde han figurado sus obras, habiendo sido adquiridas algunas de ellas por la casa Real de Italia*, según rezan los catálogos, aunque no creemos que constituya patente de buen gusto la aserción última, expone actualmente 33 trabajos de una perfecta inferioridad y se dá el lujo de cobrar $ m/n. 1.500 por unas *perdices á la vista*, perdices que con marco y todo, para ser justos, tasamos en $ 50 m/n.

En el salón Costa, el señor Tristan Lacroix, animalista también, que ha obtenido en el extranjero muchas *recompensas*, expuso una colección de ampliaciones fotográficas, vivamente coloreadas, que no merecen á nuestro juicio ninguna recompensa.

Actualmente hay una exposición ecléctica por los asuntos y procedimientos, de *varios autores célebres*, la casi totalidad de ellos completamente desprovistos de celebridad. De las 128 obras expuestas hay algunas notas interesantes.

La exposición de *arte francés*, en este mismo salón, ha sido una de las más dignas y bien representadas del año.

En el salón Castillo, el artista italiano Feragutti Visconti nos hizo apreciar parte de su obra, intensa y fuerte.

Digitized by Google

Fueron sus cuadros justamente celebrados, pero el éxito financiero no acompañó á la alabanza admirativa. Sus precios, altos en exceso, hicieron abstenerse á los aficionados.

El pintor Polese que expone ahora, es un trabajador meritorio y tiene algunos paisajes sentidos y de excelente factura.

El pintor sevillano Don Manuel García y Rodriguez, *premiado en todas las exposiciones europeas donde han figurado sus obras, habiendo sido adquiridas algunas de ellas por los principales Consejos de Arte Moderno*, palabras del catálogo, llenó el salón Witcomb de cosas bonitas, justipreciando el valor de sus cuadros por el tamaño de los mismos. El más pequeño de ellos estaba avaluado en $ 60 y el mayor en $ 2.500.

Como expresión de arte, pudimos notar que había pequeños, superiores á los medianos, y medianos, mejores que los mayores.

El señor F. Stefani, distinguido *amateur* é inteligente intermediario entre los artistas y el público, organizó en el mismo salón Witcomb, su cuarta exposición, dividida en dos partes, que fueron dos momentos distintos y una sola sensación de noble y puro arte.

Las notables obras de Ettore Tito, dos ó tres de ellas magistrales, iniciaron el certámen, siguiendo las de Michetti, Morelli, Grosso, Sartorelli, Boldini y algunos otros maestros italianos, de los cuales hace la apreciación y apología el renombrado crítico Hugo Ojetti, en un notable estudio sobre la fama y las obras de los artistas de Italia, que viene incluido en el catálogo.

Figuran también varios pequeños bronces de Bistolfi y Calandra.

La exposición de artistas italianos ha tenido un buen éxito de venta, no así la de Tito.

Esto se explica facilmente. El señor Stefani, con muy buen criterio, viendo el fracaso pecuniario de la primera parte de su exposición, sin mayores sacrificios, ha fijado precios más equitativos en la segunda.

Ahora se preparan dos exposiciones, más interesantes para nosotros, porque atañen más de cerca á nuestro objeto de dedicar preferente atención á la marcha, vicisitudes y gloria del arte entre nosotros, del arte que no trepidamos en llamar nuestro, del arte nacional, en el cual creemos y esperamos.

Las exposiciones anunciadas son, de la *Sociedad de Aficionados*

Digitized by Google

en el salón Costa, y de *El Círculo*, en la cual nuestros jóvenes artistas presentarán sus dibujos, pinturas y esculturas de última data.

Dedicaremos en el próximo número un estudio especial á ambas manifestaciones, porqué, como ya lo hemos dicho, á la inversa de lo que se hace generalmente, nosotros pospondremos lo importado á lo nuestro, sin que esto quiera decir que tildemos de exóticas, las obras de artistas extranjeros, que radicados en nuestro ambiente, usan de nuestro pan como de nuestro sol y aportan en cambio sus iniciativas y esfuerzos para la persecución del ideal común.

Transcribimos un párrafo de Malharro que sintetiza nuestro pensamiento: *Creemos*, dice, *en un arte nacional, en un arte original como nuestra naturaleza; en un arte con carácter propio, netamente definido, sincero, con medios de expresión nuestro, en un arte lozano, valiente y original como original es el Facundo de Sarmiento.*

La razón primera y fundamental de la originalidad de «Facundo» es la independencia y originalidad del espíritu del autor.

Alentar á nuestros artistas, predicarles fé para la lucha y el cultivo de la propia personalidad; hacerles conocer del público, sacarles de la sombra, donde la incuria nacional injustamente les ha relegado; hacerles apreciar en lo que realmente valen y prometen valer, será el alto y patriótico fín que con todo tesón perseguiremos.

EMILIO ORTIZ GROGNET.

Digitized by Google

MÚSICA

TEMPORADA LÍRICA

Un seleccionado elenco y un escogido repertorio, grandes campeones del arte y nuevas producciones, han sido siempre las promesas de nuestros empresarios en cada temporada lírica. Cumplidas ó no, el público no ha sabido retraerse.

Es que no es una afición desmedida al arte la causa que congrega á tanta persona en los recintos consagrados á la música. El tanto por ciento mayor lo dá la moda, la tirana moda, que vende su protección á cambio á veces de un desvío absoluto hácia aquello mismo que fomenta con su presencia.

La heterogeneidad de constitución de nuestro público ha exigido siempre un repertorio ecléctico. También lo ha sido este año el de la ópera. En él han figurado desde el extraordinario improvisador Donizetti con su envejecida *Favorita*, aplaudida más por las agradables asociaciones que en algunos provocara que por su valor musical de absoluta insignificancia, hasta Ricardo Wagner con una de sus obras más popularizadas, *Lohengrin*, primera afirmación de un arte nuevo, verdadero, único. La belleza del poema, basado en una leyenda de un misticismo sentimental y á cuyo carácter filosófico Anatole France ha atribuido la claridad espiritual de un símbolo; y la amplitud de inspiración é independencia de procedimientos de la partitura han logrado triunfar, entre nosotros, de tanto prejuicio razonado ó inconsciente. Es que las calidades propias del compositor se hallan suficientemente acentuadas para no poder ser desconocidas. En las obras posteriores, de tan sobrehumana contextura y gigantescas propor-

Digitized by Google

ciones, aparecerán más claramente expuestas las ideas de renovación que en *Lohengrin* se señalan. La compenetración de los elementos poético y musical será más íntima; el empleo del *leitmotiv* más frecuente y habrán desaparecido por completo algunas fórmulas de la antigua ópera. El genio poderoso de Ricardo Wagner habrá realizado entonces con arte soberano la unión, según se ha dicho, del drama de Esquilo á la sinfonía de Beethoven.

Berlioz con su *Dannazione di Faust*, desigual pero siempre laboriosa, más digna de admiración que de entusiasmo; Bizet con su *Carmen*, ese drama lleno de color y de pasión, de un delicadísimo y magnífico realismo, donde vibra, palpita, canta el corazón de un gran artista que sin dejar de ser accesible dió extraordinario relieve á ese poema de amor y de muerte, al que imprimió también el intenso colorido de la tierra de sus protagonistas; Saint-Saëns con su *Sanson y Dalila*, uno de los monumentos del teatro musical francés, se alternaron y sucedieron en esta temporada con Verdi, en su genial *Aida* y en su *Don Carlo*, obra de transición en la que se hallan todas las influencias del pasado y los presentimientos del porvenir; con Boito, en su *Mefistofele*, quizá mejor concebido que realizado; con Catalani en *Loreley*, que tanto realza el arte musical italiano; y con Puccini que ha triunfado, se ha impuesto gracias á sus repetidos lugares comunes, á sus enojosas concesiones — tanto más imperdonables cuanto que su autor atestigua en muchos momentos una sensibilidad delicada y no pocas cualidades de técnico experto.

Se pusieron en escena, además, tres novedades: *Herodiade* de Massenet, *La sposa venduta* de Smetana y *Teodora* de Leroux.

La leyenda bíblica que inspira el cuento de Flaubert, tan poderosamente dramatizado por Oscar Wilde, está en la obra de Massenet— que nos ha llegado cinco lustros despues de haber sido aplaudida por vez primera en Bruselas—desnaturalizada por completo. No es la judia dedicada á todos los vicios, á todas las corrupciones, que llega al paroxismo del erotismo, la Salomé que aquí se representa. Esa flor del mal, ese tipo extraño de pubertad lasciva y de inconsciente crueldad ha sido convertida en una Maria Magdalena, ha dicho con razón Saint-Saëns. De Juan Baustista, el noble y austero profeta, se ha hecho un vulgar amante de Salomé. Han desaparecido, pues, esas dos figuras que encarnaban

Digitized by Google

dos fuerzas opuestas : una el mal por su lujuria, la otra el bien por su probidad. Así en *Herodiade* se ha transformado á Juan Bautista y Salomé en Romeo y Julieta!

La expresión de los sentimientos violentos y de los conflictos dramáticos de ese libreto no se avenían con el temperamento de Massenet. Había demasiada fuerza para un músico que solo poseía, el encanto, la gracia. No pudo, pues, traducir los caracteres ni profundizar las pasiones de los personajes. Escribió música superficial y decorativa, siempre en vista de un éxito inmediato, ese mismo principio estético con que ha concebido todas sus obras.

Esta preocupación del efecto lo ha hecho ampuloso y por momentos, para estar al nivel de la situación, ha sustituido la energía por el ruido, el acento por el énfasis.

El Massenet de *Manón* y de *Werther* que se ha conquistado el favor del público, especializándose en la expresión de un sentimiento, el amor, del que ha creado un lenguaje de una ternura lánguida, acariciadora, femenina, se presiente en *Herodiade.*

Menos elegante, menos distinguida que en aquellas, la línea melodiosa aparece aquí igualmente fragmentaria, poco ó nada desarrollada, con cadencias finales propicias al aplauso, armonías simplemente agradables, rítmos fáciles, ternarios de preferencia, y una orquestación delicada y colorida por fragmentos.

Las mejores páginas de esta partitura las ha inspirado la nota exótica que halla eco en uno que otro coro y en las danzas.

Entre tanta aria, duo, trio, marcha, preludio, intermedio y concertante que en ella se suceden poco es lo que merece señalarse.

Será, pues, vano esfuerzo el pretender dar á esta obra secundaria, en la que la personalidad de un músico de talento lucha por independizarse, sin conseguirlo á menudo, de la influencia de los dos compositores más en boga á la sazón, Meyerbeer y Gounod, un lugar en el actual repertorio de las escenas líricas.

Massenet continuará siendo el autor tierno y sentimental, delicado y elegiaco de *Manon* y de *Werther.*

La obra de Smetana, el ilustre teheque, sufrió como se recordará, un ruidoso fracaso.

Lo hemos lamentado por el público mismo. Una producción de un arte tan puro, tan elevado debía necesariamente resultar superior á su comprensión. Merecía mayor consideración un músico

Digitized by Google

que dotó á su país de un arte propio, que triunfó llevando la originalidad de ese arte más allá del pequeño centro donde fué creada.

La sposa venduta, esa ópera cómica de una encantadora puerilidad en el libreto, de una música, sobria y lijera, transparente y vivaz, puede no entusiasmar, por hallarse bastante distanciada de la psicología profunda en el poema y de los refinamientos y complicaciones en la partitura que exige la tendencia moderna, pero es de una claridad de orden y de una facilidad de expresión no poco meritorias y admirables.

No lo creyó así el público de la ópera. Lo peor es que tampoco lo creyó la mayor parte de los críticos, que también se manifestó reservada para con la obra de Leroux.

Del drama rápido y violento, brillante y superficial de Sardou, solo podía sacarse un libreto de ópera. No era *Teodora* un poema de drama ó de tragedia musicales. Tienen en él demasiada preponderancia las exterioridades contingentes y los accesorios de *mise en scéne*, y sus personajes no son, si se nos permite decirlo así, esencialmente líricos. Este lirismo no lo dan los oropeles que llevan. Nace de los sentimientos y de las pasiones. Se manifiesta entonces por la expresión de la naturaleza verdadera de los personajes. Cuando cantan es que el canto es el medio de revelación más elevado, necesario; único de los que sienten. Es así que el arte sonoro afirma su soberana facultad de expresar, como se ha dicho, lo inexpresable.

Los personajes de *Teodora* son bajo este aspecto demasiado superficiales. Además ellos lo dicen todo poseidos de una contínua retórica, que deja á la música en un lugar secundario.

Pero la elección de este libreto denota la orientación artística de un músico superiormente dotado, pero que es ante todo un hombre de teatro.

Las situaciones fuertes provocadas por el conflicto del amor y de la libertad, el pintoresco colorido de bizantinismo y los episodios de multitud tenían, en *Teodora*, la necesaria amplitud y la indispensable magnificencia para el efecto teatral.

Leroux ha seguido la acción en sus menores detalles, con una declamación lírica sobre un contínuo comentario, sinfónico por excelencia, y en el que aparecen repetidos *leitmotive*. El elemento

Digitized by Google

melódico solo interviene en las voces para dar mayor efusión á algunos momentos apasionados.

La orquesta, tratada con admirable maestría, es la que refleja todo el drama. Y su musicalidad es siempre interesante, superior, audaz, de una intensidad, de una delicadeza, de una voluptuosidad, exquisitas, pocas veces demasiado fáciles.

Un músico de un temperamento tan vigoroso y de un dominio tan absoluto de la técnica como se ha revelado Leroux es capaz de dar al teatro obras acabadas y duraderas, si no persiste en elegir poemas amusicales.

Los espectáculos han sido en cuanto á presentación escénica suficientemente magnos para que no sea necesario encomiarlos demasiado. Si algunas interpretaciones han resultado más la letra que el espíritu, más las notas que la música, cumple manifestar que ello fué debido más que á la deficiencia de pocos cantantes á la relativa imferioridad de su director artístico. Relativa, decimos porque ella surge de la inevitable comparación con una personalidad eminente, Arturo Toscanini, cuya actuación ha sido para nosotros una grande y bella enseñanza.

En el Coliseo, *Carmen* (con la realista creación de la talentosa Maria Gay), *Dannazione di Fausto* y *Sansón y Dalila* nos compensaron de tantas *Lucias*, *Traviatas* y *Sonámbulas*, etc., y también de tal cual *Zazá*. Con elementos como los que actuaron pudieron dársenos mayor número de obras, que señalaran un esfuerzo más serio, una aspiración más noble que las seleccionadas entre las de la decadencia ó las del *verismo* de la lírica italiana.

Nuestra educación musical continuará falseada si se persiste en hacer primar en los repertorios esas viejas óperas, muchas de las cuales ni el mérito de los intérpretes logra sostener.

Hoy, nadie discute la superioridad del drama lírico sobre la ópera á la antigua usanza. Es menester, pues, que no sigamos agenos á una evolución reconocida legítima y necesaria.

Muchos se rezagarán en esta marcha altiva de la música por la senda que señala el artista de sinceridad, de audacia, de progreso, de fuerza, de juicio. Pero acabarán por seguirla...

MIGUEL MASTROGIANNI.

Digitized by Google

TEATRO NACIONAL

Nacional—«El Buen Dolor» por *Don Félix Alberto de Zabalía.*

En el mes de Agosto no ha habido en este teatro ningún estreno de importancia, si exceptuamos el de las comedias dramáticas en un acto, «*El mejor tesoro*» de Emilio Ortiz Grognet, «*La Suerte Negra*» de José de Maturana y «*El Buen Dolor*» de Félix Alberto de Zabalía.

Ninguna de las tres ha obtenido un verdadero exito, á pesar de que ellas revelaban en sus autores cualidades encomiables, cualidades que imponían una mayor consideración por parte del público.

Especialmente «*El Buen Dolor*», drama intenso y de caracteres bien definidos, era merecedor de un éxito franco.

Y lo peor es que, cuando como en el caso actual no se premia con justicia una tentativa seria, se niega el derecho del desaliento al autor y de que en vista de la inutilidad del esfuerzo, se entregue éste á la composición de sainetes cómico-líricos, más al alcance del gusto público. De este gran error, son culpables y responsables, ante todo, los auditores inteligentes.

Obeservación, sentimiento, una cierta audacia, el cuidado de los menores detalles, todas apreciabilísimas cualidades de dramaturgo, revela esta obra de Zabalía, por muchos conceptos superior á sus anteriores.

—Durante el mes se ha efectuado la *reprise* de un buen drama, de un excelente drama. Me refiero á «*Marco Severi*» de Roberto J. Payró, que logró, durante cinco ó seis noches, mantener

Digitized by Google

en constante entusiasmo á los espectadores. Al éxito de esta *reprise*, han contribuído en gran parte los actores, que interpretaron sus respectivos papeles con completa corrección.

Marconi—«La Eterna Ciega», por *Don Otto Miguel Cione*.

Este teatro, en cambio, nos ha ofrecido en el transcurso del mes, el estreno de una nueva obra del señor Cione.

Obra de tendencia sana, pues con ella el autor se propone corregir un defecto de nuestra ley penal, poniendo de manifiesto las injusticias á que se presta la imprecisión de un artículo; bien construída y de caracteres particulares perfectamente individualizados, es en verdad merecedora del aplauso caluroso con que fué recibida. En ella ha demostrado su autor, que los secretos de la técnica, le van siendo cada día más familiares.

El señor Cione es realmente un gran laborioso. Desde que el concurso de novelas de «El País», le hiciera conocer en 1901 con «Maula», como buen prosista y perspicaz observador, hasta el momento actual, el señor Cione nos ha dado una serie de obras teatrales, buenas unas, mediocres otras, pero todas acusando una pertinacia y buena voluntad dignas de encomio. Y como siempre sucede, toda labor constante, tarde ó temprano, tiene su recompensa. Sus tres últimas obras le encaminan en este sendero.

He aquí el argumento de «La Eterna Ciega» rápidamente relatado: Roberto, joven y rico, es propietario de una fábrica en la que están bajo su dependencia un gran número de obreros y obreras. Una de éstas, Elvira, ha despertado sus deseos y se propone hacerla suya. Pero en la misma fábrica trabaja Martín, padre de la obrera, hombre impulsivo y temible, al que, por lo tanto, es necesario sacar del paso. Con este fin,—nada más fácil—se le acusa de haber hurtado unos juguetes, inservibles, que se llevara para la hijita enferma de un compañero de trabajo. Caído Martín en las redes del Código, es condenado á cuatro años y medio de penitenciaria.

Cumplida la condena regresa al hogar, deshecho por su ausencia, pues ella precipitó la caída de Elvira, caída que á su vez ha ocasionado la muerte de la madre de esta. Roberto, una vez logrado su objeto, como es lógico suponer la abandona. Y aquí lo falso de la obra. Del primero al segundo acto han pasado cuatro

Digitized by Google

años y medio. Sin embargo nos encontramos con que á pesar de haber transcurrido tanto tiempo, el abandono de Roberto es reciente, y lo que es aún más grave, Elvira recién va á ser madre. Confesemos que si la pasión de este, ha podido durar cuatro años, la maldad de que se le acusa no puede hallar asidero. Gracias que se mantuviera fiel seis meses. ¡Y eso! Pero es que si no se echaba mano de esta *ficelle*, entonces no había drama.

Bien pues, Martín regresa al hogar y al enterarse de la deshonra de su hija y de su estado actual, exije que esta se lo comunique á su antiguo amante. Puede ser que esto le conmueva.

Roberto se encuentra festejando con sus amigos, diputados, jueces, abogados, el triunfo de la causa que había pendiente contra él, por una gran estafa á la Aduana. Como el dinero ha corrido en abundancia, el comprometido ha sido salvado. Para él no rigieron los artículos del Código.

Mientras los amigos pasan á una pieza contigua, á jugar una partida de billar, Roberto queda solo y en este preciso momento llega Elvira con el objeto que sabemos. Ante la revelación, éste, en lugar de conmoverse se ríe y después de una breve discusión entre ambos, la arroja brutalmente á la calle. En el instante que va á incorporarse á sus amigos, aparece Martín, y pone fin á la obra vengando con la muerte de Roberto, su prisión y su deshonra.

A pesar de los defectos que contiene, por el fin moral que lo ha guiado y por el conocimiento que ha demostrado de la técnica teatral, merece esta obra del señor Cione, lo repetimos, el aplauso caluroso con que fué saludada la noche de su estreno.

La interpretación, bastante buena. Unicamente sería de desear que el señor Pablo Podestá contuviera un poco sus ímpetus rugidores que, si bien pueden agradar al público de las galerías altas, sólo consiguen, ante el público culto, hacer antipático y hasta odioso al personaje que precisamente debiera serlo menos. Muy bien el señor Ducasse, que día á día progresa más. Igualmente bien la señora Mancini. Bastante mal la señora Celvi.

La correcta presentación de la obra, impone una felicitación al Director artístico, señor Atilio Supparo.

ALFREDO A. BIANCHI.

Digitized by Google

NOSOTROS

« NOSOTROS »

(Primer capítulo de un libro en preparación)

(CONCLUSIÓN)

— He aprendido muy poco: la preocupación de formarse un capital no deja tiempo ni ganas.

— Y esta preocupación, querido, contestó con cierta ironía, la tienen hasta nuestros hombres de ciencia, contagiados por el ambiente mercantil en que vivimos. Así es que, ahora, podemos contentarnos muy bien con ver las cosas á la ligera, y dar ejemplo, nosotros que para nada tenemos que estudiar sino para propia satisfacción.... Bajemos, porque ya hemos llegado.

Seguimos caminando hasta el restaurant. El continuó, refiriéndose á frases anteriores:

— Hago economías. Quiero ser muy rico si es posible, para ser muy independiente. No soy avaro, pero he llegado á saber que aquí, como en casi todo el mundo, no hay mejor recomendación que la riqueza, que para muchos vale más que cualquier otro título. Todos los años compro un terreno en la campaña allí donde me parece que hay porvenir y los precios no han subido todavía. Por una casualidad me ha ido más bien que mal: cuando la fuerte alza de los terrenos, aquella época de fiebre y de locura, pensé como tú en ir á Europa, vendí caro, y esperando las buenas oportunidades. Estalló la crisis como una bomba, y

Digitized by Google

yo acababa de vender mi último pedazo de tierra, y tenía el dinero en lugar seguro, de modo que cuando sobrevino la baja pude duplicar mi capital, comprando otros terrenos mejores y mayores. La tierra es mi caja de ahorros, y cuando eche mano de ellos, en una ocasión propicia, seré muy rico, es decir, muy poderoso. Ya verás lo que es la plutocracia en nuestro país, y te alegrarás de que tus haciendas sigan procreando sin exigir tus cuidados. ¡Ah! cuando te puedan decir señor Millón ó señor Millones ¡hasta músico genial podrás ser si quieres!

Una pregunta pugnaba por salirme de los labios, pero me contuve. El, tan modesto, tan poco aficionado al lujo y al mundo ¿para qué quería ser rico? Pero no se lo pregunté, sabiendo que más tarde ó más temprano me lo diría con su franqueza habitual, en su necesidad antigua de hacerme confidencias.

Era ya completamente obscuro y las calles estaban poco concurridas, los escaparates á media luz, en la hora intermedia entre el bullicio de la retirada, por la tarde, y el movimiento más tranquilo de la noche, cuando reina la calma, en el momento plácido de la comida. Buenos Aires, por lo general, come después de anochecer en todas las estaciones del año.

Instalados ante una mesa de la Rotisserie pocos momentos después de bajar del tranvía, atacamos con apetito las vituallas, elegidas por el ojo experto de Lové, que no pudo dejar de disertar sobre nuestros progresos gastronómicos. Antes no se comía así: hasta hace pocos años nos limitábamos á la cocina primitiva y á algunos rudimentos de la francesa; los elementos no eran tan variados como hoy, los *chefs* no habían inmigrado aún, y los grandes platos se desconocían casi por completo; ahora en cualquiera de los grandes restaurants se tenía lo posible y lo imposible, con la sola condición de pagarlo; venían á nuestras mesas los productos de las tierras y los mares más lejanos, los mercados estaban atestados de las cosas más raras y exquisitas, frutas y legumbres de verano en pleno invierno, sin que faltara nada.

— Pero la comparación tiene que ser exacta para que sea más eficaz. Yo te mostraré lo que á ese respecto tengo en casa.

Permaneció un instante en silencio, y luego, sin transición alguna preguntó con voz algo irónica:

— ¿Con qué te ha interesado Elena Cuecho? ¡Claro! Es una de

Digitized by Google

las muchachas más lindas de Buenos Aires. Pero tené cuidado.

— ¿Cuidado? ¿de qué?

— Es tentadora, y vos serías capaz de hacer alguna barbaridad.

— ¡Bah! Me ha interesado un momento, como cualquier muchacha bonita, pero de ahí á hacer cualquier tontería....

— Te digo no más. Y sin embargo, Elena es muy interesante por diversas causas.

Y entonces contó su historia. Hija de un hombre rico, de familia vieja y respetada en el país, había recibido una brillante educación: hablaba el francés y el italiano, tocaba el piano, cantaba, pintaba un poco, era capaz de leer y entender libros que no gustan generalmente á las mujeres, tenía una educación encantadora, era afable, reunía, en fin, todos los atractivos. Pero, el reverso de la medalla: el hábito inveterado, incurable, feroz del lujo, un cáncer que le roía el corazón y el cerebro, una pasión loca y ciega. Don Eleodoro Cuecho se había arruinado completamente en 1895; ahora «pichuleaba» en la Bolsa sin lograr rehacerse, tan escaso de dinero que solía pasar meses enteros sin pagar la casa en que vivía; sin embargo, el tren aparente de su vida era el mismo de antes. Elena y Doña Catalina, su madre, vestían como princesas, á fuerza de roer sobre los demás gastos; la casa no tenía más pieza presentable que la sala, pero nadie pasaba de allí al interior; habían tenido, eso si, que suprimir el coche, ¡con cuantas lágrimas! Y la joven, perdida la cabeza, enloquecida por su afán de lujo, de brillo, buscaba un marido rico, cualquiera que fuese, para satisfacer su pasión. Y, sin embargo, no era mala; al contrario, tenía un alma pura, un corazón capaz de los más nobles sentimientos. En fin, había que perdonarle su extravío, pero como se perdona y compadece á un frenético: poniéndose lejos. ¡Ah! El año anterior había ocurrido un verdadero drama: la familia entera, á fuerza de economías y sacrificios, había logrado reunir una suma suficiente para ir á Mar del Plata. Pero tenían que soportar sonrientes mil privaciones, no tomar parte en ciertas fiestas muy costosas, guardar las apariencias, si, pero partir un centavo en cuatro, para que el capital durara siquiera los veinte días reglamentarios. Y á pesar de todo, los pesos se marchaban á escape, de una manera tan alarmante, que por no regresar corrido antes de la fecha señalada, pretextando algún aconteci-

Digitized by Google

miento inesperado, Don Eleodoro tuvo el rapto de ponerse una noche á jugar á la ruleta, y como es natural, lo perdió todo... Desesperado, torturado, sin saber cómo salvar la terrible situación, se vino á Buenos Aires, pidió, corrió, hasta quiso vender su alma; y hubiera vendido los muebles de la sala, si, conociendo su situación, un hombre á quien había prestado servicios en otro tiempo, no le hubiera dado los fondos que necesitaba, sin esperanza de reintegro. Pero la lección, dura y todo, no había aprovechado, comenzaban las deudas al almacén y á la tienda, el «pichuleo» era cada vez más pobre, Don Eleodoro tenía que llegar á cuidados infinitos con su ropa, quitándosela apenas volvía á su casa, para vestir con dos trajes al año; y sin embargo, el último verano había ido de nuevo á Mar del Plata.

— Y no te cuento esto como chisme, sino como observación útil, concluyó. Esta enfermedad del lujo es desgraciadamente muy común, aunque haya aparecido hace relativamente poco tiempo.

— ¿Cuando? Me interesería saber....

— Vas á repetirme la exclamación de esta tarde, pero no importa. La enfermedad del lujo con carácter epidémico y que después se ha hecho endémica, data desde que se acentuó la inmigración provinciana, es decir, durante los gobiernos de Sarmiento y Avellaneda, sin grandes proporciones, casi insignificante, generalmente desapercibida; durante el de Roca con mayor intensidad, y por fin en esos tres años de Juárez, con una fuerza de contagio tremenda. Ya sé la objeción, pero conste que me limito á señalar un hecho, sin sacar consecuencias. La objeción es que el comercio no se había desarrollado antes, que la gente estaba pobre, que la guerra del Paraguay nos aplastaba, y que las tentaciones preparadas por los comerciantes ansiosos de ganancia han ido aumentando progresivamente desde que el país pareció enquiciado, hasta aquella ostentación de cosas lindas y caras, aquel amontonamiento de riquezas que cegaban los ojos, aquella fiebre de lujo del 87, del 88, del 89.... Pero quede, también, sentado, que las primeras niñas que usaron brillantes en el teatro, fueron provincianas, y es natural que ellas rompieran la marcha, porque generalmente eran muy ricas, y porque tenían

Digitized by Google

que ser deslumbradas y cautivadas más pronto que las otras, y más irresistiblemente.

— ¡Porteño!

— ¡No lo repitás! ¡Si supieras cómo me gustan las provincianitas en sus provincias!

Tomábamos el café y los licores, cuando Lové propuso que discurriéramos dónde iríamos á pasar el resto de la noche. Yo me sentía bastante fatigado, aunque no hubiera razón para ello, de modo que lo invité á que nos retiráramos á su casa. No opuso inconveniente, pero quiso que fuéramos á pié.

— Es necesario que principiés á verlo todo, y á verlo bien. Voy á darte la primera lección.

Protesté, me urgía meterme en la cama; sentía una lasitud y una pereza cuya causa ignoraba.

— El viento norte. Tomemos un carruaje, entonces.

Y luego añadió:

— Parece que no estás muy dispuesto al estudio. Te habré cansado con mis disertaciones. ¡Vaya! Perdonáme, porque hago el firme propósito de no incomodarte más. Vamos.

El mozo le trajo la vuelta, y dejó un peso de propina.

— El mal europeo nos ha invadido, dijo riendo mientras salíamos. La propina es obligatoria; apenas te has sentado á la mesa ya el mozo sabe cuánto le vas á dar, y te sirve en consecuencia. A veces me han dado ganas de hacerme mozo para iniciarme en esa especie de psicología, que ha de ser utilísima en otras circunstancias: conocer á un hombre por la cara ¡qué tesoro!

Ya dentro del coche de plaza que rodaba suavemente por los rieles de la calle Cuyo, ó saltaba por los desiguales adoquines para dar paso al tranvía que venía en sentido contrario, me propuso interminables, insensatas correrías por la ciudad: los diez y nueve teatros que funcionaban, los veinte mercados, las plazas públicas, los cementerios, los clubs, las escuelas, las facultades, los museos, las tres biblitecas, los veinte hospitales, los nueve hospicios y asilos, los mataderos, la Bolsa, el puerto, hasta las calles, pues cada una tenía un tipo especial, de la Avenida de Mayo hasta la callejuela de Luján. Y como le obser-

Digitized by Google

vara que para eso se necesitaba una vida entera, quedó un instante en silencio, y luego dijo, como en éxtasis:

— ¡Oh! Buenos Aires es un fenómeno de vitalidad. Ninguna ciudad la tiene tan intensa como ella; para ninguna se abre un porvenir semejante al suyo!... Y nosotros! nosotros somos apenas un embrión informe de lo que serán Ellos, los de mañana los que vendrán cuando ya no estemos.

— ¡No creía que existiera un hombre tan enamorado de Buenos Aires como tú! exclamé.

El me miró sonriendo, y dijo, como si me replicara:

— Mañana te presentaré un tipo curioso.

— ¿Fruto del país?

— Si, pero un extraño fruto, que afortunadamente no abunda demasiado. Es un médico que no ejerce, el Dr. Lucas Imbele. No te digo más sobre él para que lo juzgués por vos mismo. Y ahora á dormir si no querés leer algo.

— Siempre leo un rato en la cama á cualquier hora que me acueste. Es una costumbre inveterada que tengo desde niño y me va bien con ella.

Sacó un libro de la biblioteca y me lo puso en las manos.

— Tomá, es *En Route* de Huysmans. Un libro de psicología pura, de una rara observación directa, excelente como ejercicio. Te dormirás á las primeras páginas, pero te será útil si persistís hasta el fin. Buenas noches.

Huysmans me interesó justamente por su desdén para el interés fácil, pero acabé por dormirme pensando en la acentuada reversión al misticismo que se nota en estos últimos años, y cuando menos se esperaba.

ROBERTO J. PAYRÓ.

Digitized by Google

UN ANÓNIMO MÁS

No puede resistir más. El aroma del ajenjo lo persigue. El sabe que su cabeza se ha mareado muchas veces, que ha tropezado en su marcha vacilante, que la gente lo señala con el dedo y ríe cuando pasa con su gran nariz colorada y el rostro lívido y macilento. Ya no quiere emborracharse. Lucha y lucha, mientras se apodera de su corazón una tristeza profunda. Camina como si le faltara un compañero y un punto de apoyo. Hace tiempo que no bebe y su vida se ha hecho desierta como una estepa y le parece estéril, áspera y solitaria como una roca. Lucha. No quiere emborracharse pero tiene la nostalgia seductora del ajenjo, quiere el enervamiento de sus perfumes y la lascivia de sus excitaciones .

De nuevo ha extendido su mano y bebe... Su organismo se desgaja, su vientre y sus piernas se hinchan y con el rostro exteruado, lleno de temblores y de insomnio, asaltado por las pavorosas visiones de la noche quiere á pesar de todo la loca alegría del alcohol venenoso, porque entonces su espíritu se serena y su inteligencia se yergue. ¿Qué tienen que hacer los demás con él? ¡Déjenlo vivir! ¿No vive acaso la araña y llena de telas cenicientas los ángulos de su casa, y debajo del piso de tabla no salta el escuerzo acaso, y la suciedad no cunde y se apodera de su hogar? El no vé eso, cuando entra de noche, manoteando en la oscuridad y cae sobre la cama de la mujer aterrada en medio del ronquido inconsciente del letargo...

Es cierto que los suyos están semi desnudos y que en ese invierno no habrá frazadas y que algún día, peregrinos de la miseria, los arrojarán fuera, para que el cierzo les contraiga los músculos y los endurezca de frío. Es cierto eso; pero la gente no da

Digitized by Google

dinero, no socorre la miseria, no alcanza ropas... Lo que da es el sarcasmo que hiere el corazón y el puntapié que aleja el espectáculo. Tiene el estómago delicado la gente; la náusea le incomoda. Por eso él una noche de invierno con las piernas hinchadas, borracho y alegre no pudo llegar á su casa. El sueño lo venció en el medio de la calle. La helada le dió su sábana blanca que le envolvía el cuerpo como una mortaja fría y la muerte poco á poco paseó la tenaza de hierro y le mordió el corazón. La víscera era enorme. Se había agigantado en la lucha. Tenía escrita en sus fibras la odisea dolorosa de un alma buena. En ella estaban todos sus remordimientos, el amor generoso de la compañera de su vida, sus martirios llenos de silencios y las ternuras y las sonrisas de los hijos. Pero la helada no deja su presa y el cuerpo envuelto en la mortaja blanca entra en la boca obscena del osario —un anónimo más—una melancólica larva más!...

FRANCISCO A. SICARDI.

Digitized by Google

ODA Á RUBÉN DARÍO

I

Maestro, gloria al Verbo, á la Palabra
sutil, alma y radiosa
como la luz, pero que labra
en perenne granito
la vibración sagrada y armoniosa
de las almas al místico beso del Infinito.
El cincel, la paleta
son ilustres; la música es sublime,
mas sólo el Verbo del Poeta
que con la Idea pura nos redime
y hasta ella nos levanta;
el Verbo, alado peregrino
que el ritmo eterno de la augusta Idea
y el poder inmortal de la Vida nos canta;
sólo el Verbo es divino.
Gloria al Verbo que crea
belleza y que ilumina
la misteriosa ruta
donde el hombre camina;
al Verbo que derriba iniquidades;
que no matan el fuego, la cruz ni la cicuta;
al Verbo que derrime iniquidades;
que provoca y deshace la tormenta;
al Verbo que cimenta
y alza, como montañas, las verdades.

Digitized by Google

A menudo la plebe
lo profana, por cierto: cruel, cobarde, inculta,
blasfema sin pudor, y sin piedad insulta.
¿Mas será menos casta la fuente porque bebe
en sus aguas la bestia vil é impura?
¿Acaso perderá su virginal frescura
fecundadora?
¿Dejará de quebrarse el iris de la aurora
entre sus linfas,
ó de tender, cual manto, la luna su reflejo?
No; su corriente misma borra todo
lo que la enturbia: sangre, espumas, lodo:
vuelven las ninfas
á mirarse en su espejo,
y contemplan sus cuerpos de alabastros
sobre un fondo de cielos y de astros.

II

Detrás de tus suntuosos é historiados cristales,
desdeñas los tumultos de las turbas triviales,
y cincelas joyeles ó engarzas claras gemas
en tus magníficos poemas,
maravilloso artífice del Verbo.

O en raro equife surcas un río á cuyas ondas
no osan llegar el lúgubre buho ni el hosco cuervo.
Desde su orilla, bajo frescas frondas,
te saluda la dríada rosada,
y olvida que quizás, oculto en la enramada,
enamorado fauno con avidez la espíe.
En su diáfano alcázar la ondina te sonríe.
Y vas cantando, lírico argonauta...
Prestan las flores á tu verso aromas,
las águilas vigor y gracia las palomas,
melodía la alondra y las estrellas pauta.
Lo acompañan las brisas en sus suaves violines
y siguen su cadencia las selvas y jardines.

Digitized by Google

Un blanco cisne, que armoniosamente
su cuello enarca,
lleva tu barca
hacia el oriente
con serena altivez. Es ensueño tu paje,
y Amor tu confidente...
Primavera, tu amada, va contigo de viaje.

De todo verbo exprimes la sustancia que encierra.
Cantas lo que Verlaine llama «vida oportuna»,
noble artista en idilios de la tierra
lo mismo que en asuntos de la luna...

Pero hoy que nuestra raza latina se estremece,
y en su cielo la rosa del rosicler florece,
y en sus campos se escucha
una diana llamando al progreso, á la lucha;
hoy que se yerguen glorias ancestrales
señalándonos nuevos ideales,
y que suena la hora de aprestar los bajeles
para el país soñado de futuros laureles;—
hoy trocas por el épico olifante
tu mágica siringa eclógica y galante;
y animas á la América española, que avanza
gallarda en el tropel de las naciones,
con tus *Cantos de Vida* y *de Esperanza*
cuyo eco es un hosanna de nuestros corazones.

Bien lo dijiste: haces vibrar «toda la lira,
toda la flauta.» Orfeo y Pan te enseñan,
éste el ritmo que encanta y aquél los que domeñan.
Pero ignoras la ira,
ese gesto brutal de débiles y tristes:
tú que puedes salvar el monte, subes;
mas no lo embistes...
Y buscas sol y estrellas más allá de las nubes.
Si hay rojo en tus cantares,

Digitized by Google

serán rosas que adornan tus diversos altares,
espíritu pagano
y corazón cristiano;
ó aurorales fulgores,
ó el ocaso de oros y de llamas,
ó las bocas purpúreas de amorosos deseos...
Siempre alegrías, triunfos; jamás odios, rencores.

Tu astro tiene del cóndor los largos aleteos
y la serenidad de los cisnes que amas.
Pero más bien, celeste mariposa,
que á todos los trofeos
de violencia prefiere
los zumos delicados del lirio y de la rosa,
tu rara inspiración, Darío, me sugiere...
(La mariposa al cóndor y á los cisnes supera
en esto: y es que pronto muere
la mariposa prisionera.
Sin libertad, así moriría tu estro.)

* * *

Te saludo, Maestro,
en el nombre del Verbo y de la Primavera.

ALFREDO ARTEAGA.

Digitized by Google

BREVES APUNTES

ACERCA DE D. MIGUEL DE UNAMUNO Y DE SU INFLUENCIA EN LAS LETRAS HISPANO-AMERICANAS

La personalidad literaria y científica de Miguel de Unamuno adquiere cada día mayor relieve. Es una figura intelectual de innegable vigor; un representativo de generaciones redivivas de la patria española, al cual no se le puede llamar literato porque sería establecer limitaciones al juego de su espíritu inquieto, curioso é insaciable. De sabio tampoco debe calificarse al Rector de la Universidad de Salamanca; sería esto demarcar también el campo amplísimo por donde se agita el — para mí —original y verídico Unamuno. Cuando le han apellidado *sabio*, sin duda porque la forma de sus conocimientos se circunscribía á un especial asunto, ha saltado nervioso en su silla áulica, y con frescura deliciosa de pensamiento, apenas comparable con la santidad espiritual de Ganivet, entre los descendientes de Cervantes, ha dicho que él no era sabio, ni helenista, ni nada más que un amigo de la ciencia, con minúscula, y de la verdad humilde. Nadie se atrevería á cargarle el sambenito de la erudicción. Los eruditos le parecen detestables por lo mismo que sería capaz de sobrepujar á los mejor documentados de la laya. Yo me imagino que Unamuno se regocijaría si los hombres, sin perder la gracia de la civilización y las virtudes poéticas, se entregaran á olvidar muchas cosas para que fueran de nuevo descubiertas con ingenuo encanto, para que se encontrase en ellas un sentido primordial que han perdido en el tráfago de los libros, de las academias, de los discursos.

Si los hombres nos calláscmos respetuosamente en presencia de la vida, siquiera durante veinte años, como se levantarían de su sueño, hermosas y frescas, puras y sentidas infinidad de no-

Digitized by Google

ciones, hoy oscurecidas por el demasiado análisis! Qué armoniosas resucitarían las palabras! Resurrección olímpica, semejante á la de los mármoles griegos al ser descubiertos después de un largo reposo, lleno de silencio augusto. Si se cerrasen los templos de las religiones cuál sería el resurgir de los sentimientos místicos! La piedad iría á los altares verdaderamente paramentada de blanco con la unción de los niños. Todo lo ha gastado la civilización moderna; ya nada queda donde se espacie la ignorancia divina de los instintos y la santa idealidad del misterio. Y pensar que cuando algún espíritu consolador, como Maeterlinck, dice, verbigracia: pasad por este sitio del alma en silencio, porque allí duermen cosas misteriosas que el hombre aún no ha profanado—haya voces agudas y destempladas que griten con la maligna intención de despertarlas.

Unamuno tiene la vaga noticia, que tienen los espíritus profundamente poéticos ó profundamente buenos, de la existencia de esas provincias inexploradas del ministerio, donde sólo penetran almas extraordinarias como Novalis, Kempis, Emerson ó Mauricio Maeterlinck. Son almas de niños éstas, almas que tienen la clarovidente inconsciencia de la vida.

« Jamás olvidaré—dice Unamuno -- una escena inmortal que Dios me puso una mañana ante los ojos, y fué que ví tres niños cogidos de las manos, delante de un caballo, cantando enajenados de júbilo no más que estas palabras: ¡un caballo! ¡un caballo! ¡un caballo! Estaban creando la palabra según la repetían; su canto era un canto genesiaco.»

Sí, estaban creando la palabra que surgió original, nueva, adorable de sus labios inocentes y de sus ojos iluminados por la única luz que no quema. Los que no comprendan por qué llama Unamuno inmortal la escena que recuerda, son almas herméticas, de una escasa comprensión sensitiva, que indudablemente las favorece en su mediana existencia. Su insensibilidad las aumenta, á lo menos las conserva; son almas que bien pueden ser destinadas á roer en las trojes de los sembradores mientras los granos recién caídos en el surco llaman así las fuerzas inarticuladas de la vida para realizar el prodigio de sus germinaciones. Está bien que no comprendan á ciertos poetas los espíritus herméticos; bien está que no lo sientan. Así los jardines poéticos durarán floridos

Digitized by Google

muchos más días, sus rosas conservarán largo tiempo el aroma. Páginas existen del libro de la naturaleza y páginas hay en los libros de los hombres, que sólo son entendidas por los absolutamente ignorantes ó por los videntes; los individuos de la mesocracia del pensar cuotidiano jamás las entenderán, porque sus ideas — las ideas suyas — son otros tantos obstáculos que les cierran el camino al conocimiento. Son ideas celosas, que están en el cerebro de los ilustrados, armadas de puntas y resueltas á rechazar nuevos huéspedes de la estrecha casa. Son muebles que no se admiten; no hay dónde colocarlos.

Menos acierto habría aún en llamar artista á Unamuno. El artista, únicamente artista, como el mero crítico, no renueva las almas, ni imprime, hoy por hoy, impulso hondo, vividor y significativo al espíritu moderno. Buscan en los actuales momentos los hijos de la ansiedad humana, pensadores que consuelen, poetas que con su espada ideal abran camino por donde se llegue á las fuentes pacificadoras del alma, á praderas invioladas, á las cimas serenas del amor que rejuvenece. Quizá el dictado de crítico -poeta conviniera mejor á las facultades de Unamuno. Sus procedimientos críticos se alejan casi siempre de los métodos conocidos y de las maneras peculiares á los escritores castellanos. Carece de dogmatismos; no demuele por el encanto de derribar sutilmente fábricas levantadas por otros; detesta el escepticismo por indigno; es incapaz de usar la ironía, ni el humorismo, que es al decir de un malogrado italiano, «el arte de hacer sonreír melancólicamente á las personas inteligentes»; rehuye las absolutas y los sistemas; elogia con parsimonia, porque juzga debe ser moderado el elogio si ha de revelarse sincero; la sinceridad no la entiende Unamuno como expresión de lo que sentimos, sino á modo de resultante del contacto del sentir con el conocer. La sinceridad puede ser falta si se ignora uno de los términos de la relación perseguida. Solemos decir: «en esta obra puse yo toda la sinceridad de mi alma», para que se considere vibrante la obra; á lo cual es de observarse que si tenemos un alma mediocre bien poco valdrá la sinceridad alardeada. Un partícula de la sinceridad de un Leopardi aparecerá más intensa que toda la de dos ó

Digitized by Google

tres almas reunidas, pero que carecen del espíritu vivificador del gran poeta.

Escribe Unamuno con descuido de la forma; se detiene lo menos posible á pulir el período; se expresa en un idioma que no es propiamente el suyo; confiesa él en uno de sus libros que maneja el castellano con deficiencia; su prosa suele presentarse desgarbada; se le escapan por tener el oído atento á la armonía de los pensamientos, el número y la ligereza de la frase. El estilo comprende las ideas y las formas peculiares del autor; pero es factible una relativa separación de los elementos que concurren necesariamente á crear la fisonomía del escritor de raza. Los pensadores españoles que yo conozco, descuidan en sus obras lo extrínseco — vaya esta palabra del derecho civil — sin provecho de lo intrínseco. Con todo, ¿no sería de temerse que el autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho*, al ganar en el orden y compostura de la dicción, perdiera parte del encanto que en sus páginas encontramos ahora? Es Unamuno, cual pocos, *poeta por dentro*. Poeta por la generosidad de sus visiones; poeta á la manera de Don Quijote, de nobles empresas é ideales pensamientos. «Y aún llego á sospechar — observa en su libro Unamuno — que mientras he estado explicando y comentando esta vida me han visitado secretamente Don Quijote y Sancho, y aún sin yo saberlo, me han desplegado y descubierto las entretelas de sus corazones.»

Nobilísima fe del caballero vasco, sin sombra de levadura literaria! hermosa confesión de quien, á haber vivido en remotas edades, hubiera sido caballero andante, y en los presentes tiempos, menos poéticos y menos dorados por las virtudes heróicas, se resigna á ser sembrador de conocimientos en la Universidad de Salamanca. Cuán respetable es el quijotismo de Unamuno; cuán sincero trasciende su apostolado sin hipocresías y sin preocupaciones!

Jamás aparece enamorado de la letra en perjuicio del espíritu. Su culto se dirige al héroe manchego, á quien considera más real que á Cervantes mismo, nó al libro; original y aún paradógica manera de contemplar la poesía ajena, convirtiendo su substancia en propia substancia, con ánimo de descartar de enmedio al creador del poema, que apenas es un biógrafo de un tipo histórico, concreción simbólica de un pueblo, relato auténtico de los hechos

Digitized by Google

reales é indiscutibles de un personaje, el cual encontró su historiador; pero que de todas maneras habría dejado renombre imperecedero. Extraordinario punto de vista es, por lo dicho, el en que se coloca Unamuno Llegaría Cervantes, habitador del Empíreo, hasta agradecer al comentador su comento, porque el inmenso amor de Unamuno para Don Quijote le hace digno de la mayor alabanza y propicio á todo perdón; aunque no dejaría el pobre manco, cuya vida fué muchas veces más dolorosa que la de Don Quijote, y en tal proporción meritoria, de sonreír con la melancólica sonrisa de su humorismo nunca igualado.

Despojemos á Don Quijote de la Mancha del ropaje con que lo vistió Miguel de Cervantes; quitémosle el estilo al libro; la triste y suave ironía que el historiador puso al relatar las proezas del caballero ¿y qué nos quedará? Una figura de ficción, novelesca, un caballero andante que realiza hechos estupendos, verbigracia, Amadis de Gaula.

Cierto es que Don Quijote representó en un momento histórico el alma española; y que Cervantes halló su creación en el ambiente, los elementos psicológicos indígenas necesarios para contrastar, con la locura de uno, el buen sentido del otro; los ensueños del santo con las durezas del héroe, y crear un personaje idal, simbólico y vivo; pero ¿acaso los arquitectos geniales tuvieron siempre que hacerlo todo y débeseles menoscabar la plenitud de su obra porque recogieran en la corriente de la vida las piedras miliares para levantar sus fábricas asombrosas?

Caballeros andantes de carne y hueso hubo en España antes de Don Quijote y aún en sus tiempos los había. Iñigo de Loyola fué uno de estos caballeros, de la santa milicia. Bien interesante es la manera que emplea Unamuno para demostrarnos el parentesco espiritual entre Don Quijote y San Ignacio. Veló el santo sus armas según lo cuenta el P. Rivadeneira, su biógrafo minucioso; protegió á las mujerzuelas extraviadas, llevándolas á lugar seguro; disputó con malandrines moros y á punto se halló de desafiarlos á sin igual combate; tuvo que vencer la oposición de sus parientes antes de salir á sus andanzas, y así de lo demás en que se asemejan Don Quijote y San Ignacio. El P. Rivadeneira nos cuenta todo esto. ¿Quién diría que se pueden igualar el libro de Cervantes y el libro de Rivadeneira? ¿Que virtudes alejan

Digitized by Google

el uno del otro inmensamente? Las virtudes del genio de Cervantes. Es imposible despojar el Quijote de las vestiduras que le puso su autor; por eso todas las traducciones que se han hecho del Ingenioso Hidalgo son más ó menos tapices vueltos al revés. Unamuno pierde de vista que los hechos de Don Quijote valen infinitamente más, pero contados por Cervantes.

Si una que otra vez el narrador de las aventuras del héroe se muestra inferior á su empresa; si ofende de burlas al caballero digno de todo respeto, débesele disculpar tamañas irreverencias que deslustran el limpio brillo de su obra. ¿Acaso todo creador no tiene horas en que reniega de los hijos del espíritu? ¿La naturaleza misma no se complace en ridiculizar sus creaciones, en hacer caricaturas de las más armoniosas formas que antes concibió con amoroso deleite?

La tarea que se ha impuesto el profesor salmantino al dar á conocer en las revistas madrileñas el movimiento literario de la América hispana tiene laudables consecuecinas. A los autores ibéricos les conviene fomentar las relaciones intelectuales en las antiguas colonias españolas, por bien de su fama y provecho de sus libros que se venderán en más extenso mercado. Si en América se han mirado con desvío toda suerte de productos peninsulares, la culpa principal la tienen ingenios y mercaderes españoles. España ha debido hacer siempre esfuerzos inteligentes y constantes por conservar sus influencias legítimas en estos países. Muy poco hace por medio de sus diplomáticos para fomentar él acercamiento de su pueblo y el nuestro. Sus letrados nos desconocen en absoluto, y se necesita que vaya á Madrid un Rubén Darío para estimarla, y nos tienen—con excepción de Buenos Aires—por indios sin catequizar ó cuando más por mambises acicalados de generales. «Puede aparecer allá un libro maravilloso —me escribe Unamuno, — definitivo, de los que entran en el caudal de la literatura universal y decirlo aquí en España los que nos interesamos por cosas de América. Primero no nos lo creerán...»

Se comprenderá fácilmente por qué Unamuno se ha impuesto el trabajo de leer obras americanas y por qué razón goza de simpatías, que se traducen para él en alabanzas merecidas y en cordial acogida para sus obras.

Libre de preocupaciones de casta, — que hacen á críticos es-

Digitized by Google

pañoles mirar á los americanos de arriba para abajo, — Unamuno trata los asuntos con amplísimo criterio. No recuerdo haber leído en otro escritor español conceptos tan noblemente despojados del prejuicio de casta, como los que van en seguida, tomados del estudio *Algunas consideraciones sobre literatura hispano-americana*, que registra *La Lectura*, en sus números de Septiembre y Octubre del extinto año de 1906:

« Antes de ahora lo he dicho, y aquí creo deber repetirlo. Cuando algún americano pretende que la lengua española está en vías de desaparecer de América, ó que sus literaturas están animadas de un espíritu contrario al de la española, se lo contradigo, y no ciertamente por patriotería, vicio de que me siento libre, sino por creerlo un error de espejismo y de perspectiva; pero á la vez me parecen dañosísimos y disparatados los pujos de magisterio literario respecto á América, que aquí en España se dan muchos, el desatinado propósito de ejercer el monopolio del casticismo y establecer aquí la metrópoli de la cultura. No, desde que el castellano se ha extendido á tierras tan dilatadas y tan apartadas unas de otras, tiene que convenirse en la lengua de todas ellas, en la lengua española ó hispánica, en cuya contínua transformación tengan tanta participación unos como otros. Un giro nacido en Castilla no tiene más razón para prevalecer que un giro nacido en Cundinamarca, ó en Corrientes, ó en Chihuahua, ó en Vizcaya, ó en Valencia. La necia y torpe política metropolitana nos hizo perder las colonias, y una no menos necia ni menos torpe conducta en cuestión de lengua y de literatura podría hacernos perder — si estas cosas se rigieran por procedimientos de escritores y literatos — la hermandad espiritual. Tenemos que acabar de perder los españoles todo lo que se encierra en eso de madre patria, y comprender que para salvar la cultura hispánica nos es preciso entrar á trabajarla de par con los pueblos americanos, y recibiendo de ellos, no sólo dándoles.

« Y lo que digo de la lengua digo de la literatura. Decir que las literaturas hispano-americanas no se distinguen sustancialmente ni forman en el fondo, nada diferente y aparte de las literaturas españolas, es decir que la literatura española no se distingue sustancialmente ni forma en el fondo, nada diferente y aparte de las literaturas hispano-americanas. Y si se me dice que la española pre-

Digitized by Google

cede á aquellas, haré observar que es una proposición de poco sentido y análoga á la de llamar á los americanos hijos nuestros, como si ellos no descendiesen de los conquistadores por lo menos tanto, y de seguro más que nosotros. Es aplicar á cosas del espíritu un criterio meramente topográfico. Aquello es una continuación de la España del siglo XVI tanto como esto, y en regiones americanas, en parte de Colombia, v. g., aún más fielmente que esto.

« Cierto es que nuestros escritores influyen en América; pero ¿acaso no han influído en España, é influyen hoy mismo, escritores americanos? Y si no tanto aquéllos aquí como éstos allí, se debe á que su producción es más escasa, por razones especiales. Y cada día, es de esperar, influirán más. Hoy mismo ¿cabe negar la influencia, buena ó mala, mejor ó peor, que de esto no nos toca tratar ahora, de Rubén Darío en la juventud española que al cultivo de la poesía se dedica? ¿Cabe negar la que ha ejercido José Asunción Silva, aún en muchos que han fingido desconocerlo?»

A Unamuno no puede juzgársele aún con suficiente acierto. Quizá sea este un momento inoportuno, porque, yo me engaño, ó su espíritu se halla en el comienzo de una fecunda floración de ideas prometedoras de abundante poesía. Para el creador llega la hora núbil en que se realizan sus nupcias con la vida y la belleza. El incansable vasco, tenaz y enérgico como su pueblo, estudia prodigiosamente, lee con aterradora rapidez y se informa de todo lo interesante que sucede en el mundo. Lo considero llamado á influir, cuál ningún otro pensador español visible, en la renovación de su patria y en el desarrollo de las relaciones comprensivas y útiles de España con los pueblos americanos. Varias veces ha conmovido el alma nacional; sus atrevidas disertaciones acerca de la institución militar y el patriotismo españoles, lo consagraron como verídico conductor de huestes pensantes .Su valor civil, su intrepidez ciudadana, tienen de compararse á los de Zola y Anatole France, en caso análogo.

Para Unamuno, todo lo humano debe ser comprendido, á lo menos explicado. En su *programa* ha dicho:

« Cada día me interesan más los sentimientos y los hombres, cada día me interesan menos las ideas y las cosas.

Digitized by Google

« Por mi parte, no pretendo convencer á nadie de nada; en rigor, y pese á las falaces apariencias, jamás lo he pretendido. Si una arbitraria afirmación mía — casi todas mis afirmaciones, cuando son mías de verdad, son arbitrarias — te corrobora en tu opinión, contraria á lo que yo afirmo, ó te hace formar tal opinión, estoy pagado. Tomo de mis prójimos, no sus ideas, sino el calor con que las sostienen, calor de humanidad.»

Despues de una declaración tan amplia de tolerancia, cual conviene á varón del intelecto de Unamuno, se hace difícil hallar la razón que tuvo para unirse á Azorín y á Manuel Bueno en protesta contra las manifestaciones ruidosas que el pueblo español hizo recientemente á D. José Echegaray. Unamuno conoce, como el más sociólogo, autor de *En torno al Casticismo*; observador permanente de las multitudes; versado en reconditeces psicológicas; maestro de juventudes, todo parecía indicarle que el homenaje al anciano dramaturgo elegido por la academia sueca para conferirle el premio Nobel, era justo y propio del pueblo cuyo carácter ha interpretado en parte el autor *El Gran Galeoto*. Quizá fué la oposición al homenaje un brete de aquel individualismo zahareño que señaló Plinio en los iberos, defecto que disgrega en un momento las mayores fuerzas de cohesión de nuestra estirpe y nos hace incapaces de una acción común política ó social, prescindiendo de los detalles que no armonicen con todas las aspiraciones, con el fin único de llegar á un resultado de beneficios generales.

El insigne sociólogo del idioma castellano, Sr. Julio Cejador, llama á la faz del carácter español, de que hablo, «individualismo brutal»; y D. Manuel Bueno, escritor de nervio entre los mejores de la juventud hispánica, dice: «El atomismo, el individualismo orgulloso y rebelde que acaba de descubrir Martín Hume en el subsuelo de nuestra raza, es achaque tan viejo que ya Strabón, al mentar á los españoles, escribía «que por su altanería no alcanzaban á unirse entre sí ni podían mantener sus alianzas, de donde nació el no poder ser iguales en fuerza á los que de fuera venían á embestirles.» (*El falso Hidalguismo*).

Y más adelante agrega:

« El único pueblo imposibilitado de un gran acto de contrición ó para un movimiento de redentora protesta es el nuestro, porque

Digitized by Google

nadie acepta la iniciativa de su vecino ni se allana á obedecer ó secundar lo que otro ha pensado.»

Ese individualismo, que se diría es un espíritu de contradicción fuertemente arraigado en el alma indígena, es nuestro gran inconveniente en la lucha por el progreso, y tal vez la fuente ingénita de nuestras guerras civiles. El pueblo español, y más aún, sus descendientes cismarinos no saben resignarse á tiempo ni menos deponer su individualismo en aras de un pensamiento general de trascendentales consecuencias. Es posible que me equivoque, pero creo que el individualismo español tiene una raíz radicalmente opuesta á la del individualismo inglés, que tan extraordinarios triunfos ha obtenido en favor de la dignidad humana. Cuando los españoles se asocian quedan tantos individuos como personas se congregan; cuando los ingleses se asocian no aparece sino una persona que piensa y que obra.

Y vuelvo á Echegaray para explicar por qué no hallé acertada la protesta de Unamuno. Echegaray es un representante de ciertas virtudes ó modalidades del pueblo español. La Nación ibérica ama las tragedias resonantes y sangrientas. El Circo es su fiesta por excelencia. El español busca los colores precisos, las situaciones dramáticas, los lances pasionales, el ruido y las emociones evidentes. Entiende á Segismundo y apenas oye á Hamlet; con Ibsen bosteza y á Maeterlinck, afortunadamente, no se le entiende allá, ni aquí mucho menos. Digo esto sin ánimo de mortificar á nadie. Los descendientes del león ibero somos lo mismo; y no es que yo reniegue de la estirpe; líbreme Dios de parecerme á esos descastados que por haber dormido en París y Nueva York, se hacen los ingleses, maldicen del idioma y de todo lo patrio y no se acuerdan de su país más que para explotar su tesoro. Bien al contrario, á honra tengo la estirpe, y si ahora — vaya ello sin ironía — me prometiera un Genio, de los que andan en cuentos de hadas, la trasformación de *nuestra* sangre aborigen, convertida por arte de encantamiento y suprema alquimia, en sangre yanqui, pongo por caso, le tiraría á la cara al Aladino la bacía que yo tengo por yelmo.

Yo no cambio mi lámpara de oro viejo por la lámpara de oro nuevo del mago. Si es triste que un hombre envidie, en vez de

Digitized by Google

sobrepujarlo, á otro hombre, cuánto más triste que un pueblo envidie á otro pueblo!

Echegaray es un tipo castizo, conforme con el modo de ser de los españoles. ¿Acaso la tolerancia, base del pensar del profesor vasco, y la armonización de las distintas filosofías, consecuencia de su lúcido criterio, no le bastaban para explicarse la preponderancia del poeta laureado?

A manera de los conductores de pueblos, Miguel de Unamuno entra en la pelea; que sólo en el combate se ve quién tiene alma yusta-puesta y quien la trajo desde el seno materno. Desconoce el recinto de la torre de marfil; prefiere vivir en un castillo almenado que tiene fosos, vigías y mesnada que lo defienda.

Defiende lo que debe defenderse: la patria en lid abierta, sin patrioterías, orientando su espíritu á todos los vientos; defiende la libertad, que no es un vano nombre ni puede ser enterrada porque claudiquen todos los desalientos y giman todos los escepticismos; defiende la religión, mejor dicho, el sentimiento religioso, porque es aquella elevación de las almas en presencia de lo desconocido; defiende la tradición castiza, no la que aspira á conservarse por vieja, si no la que debe perdurar por generosa; defiende á su pueblo del prosaismo enervador, y le grita ¡adelante!, señalándole el camino de la nueva jornada.

Idealista de raza, magnificado por su idealismo, es Unamuno. Es de aquellos héroes que no temen ser derrotados. El mundo está repleto de hombres que temen ser derrotados. El catolicismo, v. gr., no cuenta hoy en sus filas un solo hombre que no tema ser derrotado, por lo cual no existen Iñigos de Loyola, ni Teresas de Jesús, ni Franciscos de Asis. La especie carecería de objeto si no surgieran de cuando en cuando esos Duques de los Abruzzos que van en busca del polo Norte, sabiendo que serán derrotados por la soledad; esos médicos que se inyectan sueros inexperimentados con conocimiento de que van á exponerse á la muerte.

Unamuno es intimamente indígena. Sírvele lo que toma de las fuentes universales de las ideas para hacerlo entrar en su alma castiza. Los creadores son duros — dijo el Solitario; — Unamuno es duro con su casta. Les habla á españoles y americanos, en el lenguaje más claro, las verdades necesarias. Pero, qué hermoso es el amor del poeta por su pueblo! Nada pasa inadvertido para

Digitized by Google

Unamuno de lo que interesa al desarrollo de las unidades nacionales, á las relaciones de los países de un mismo orígen hispánico, á la producción literaria ó científica de los grupos sociales. Estudia con cariño la historia americana. A sus manos llegan los libros y las revistas de todo el Continente. De tan vasto acervo toma lo útil para formular síntesis críticas. Las de Unamuno son generalizaciones muy sustanciosas. Hace crítica comparada en sus ensayos publicados en las revistas madrileñas. Sus análisis resultan generalizaciones acerca de los pueblos americanos.

Le carga el cosmopolitismo; lo considera una especie de *filoxera*, de *gota* que le cayó á la vid española ó á la papa de la Sabana. El ansia de informaciones de todo lo extraño nos ha privado de conocer lo propio, sobre todo de sentirlo y de amarlo. El exotismo literario nos obliga á pasar indiferentes ante el Magdalena mientras nos empeñamos en ayudarles á los bardos germanos á describirles el Rhin ó á cantar el Mosela. El cosmopolitismo es libresco. «Lo universal — dice el autor de la *Vida de Don Quijote y Sancho* — riñe con lo cosmopolita; cuanto más de su país y más de su época sea un hombre es más de los países y de las épocas todas.»

Tal es el principio ú opinión, que sirve á Unamuno de guía en sus juicios acerca de la producción suramericana y de la peninsular que se apartan por mal modo de la observación sincera y de las emociones vividas en fraternidad con la familia propia y el solar nativo.

Pone esmero el crítico peninsular en alejarnos del cosmopolitismo literario y de los gustos exóticos. Se sonríe amablemente cuando observa que nos entregamos en Sur América á los juegos malabares de la literatura y que mientras tenemos el cuerpo sometido al medio físico, viaja el alma al través de los libros, olvidada del más fecundo aprendizaje, el que deja la vida misma que vamos viviendo

A porpósito de un estudio de jugosa doctrina, escrito por el Sr. de la Riva Agüero, crítico peruano á quien encuentra acertadísimo Unamuno, trata ésie por magistral manera de varias tesis relacionadas con las tendencias de las letras hispano americanas: de nuestro prurito de imitación, especialmente de lo francés; de nuestra falta de ideal; de las diversas especies de americanis-

Digitized by Google

mo; de la influencia de los escritores peninsulares en nuestra literatura; del desvío con que miramos la labor del pensamiento inglés, etc.

Es el ensayo que cito un dechado de crítica comparada. Las observaciones que lo esmaltan suelen parecer paradojales. Las paradojas son verdades que aún no tienen el sello de la evidencia; verdades que juegan en la cuerda, como los acróbatas, según pensó el extraordinario Oscar Wilde.

Dice Unamuno, por ejemplo, al hablar de Hipólito Taine: fué «portentoso falsificador y sistemático caricaturista.» Esto es mucho más exacto, sin duda, que afirmar nos dejara el pensador francés un concepto sobre el arte; siendo así que dejó un *método*, pero no un concepto. Preferibles son las paradojas, opiniones que todavía no han sido vividas ó verificadas sino por un individuo á esas mentiras preestablecidas.

El tema del exotismo y del cosmopolitismo daría para escribir hastas páginas. He de volver otro día á tratarlo. Por ahora deseo hacer una pregunta, que dedico á nuestros ingenios polemistas:

Cuando somos los americanos más exóticos y más chirles: ¿al traducir por centésima vez las odas de Horacio y las Eglogas de Virgilio, ó al seguir las modas literarias actuales, que son maneras de ver y de sentir de los hombres contemporáneos, en otros pueblos intimamente unidos á nosotros?

La obra de Unamuno es ya extensa y cada día interesa con mayores veras. La prensa nos refiere que recientemente terminó una conferencia en Barcelona con este grito: ¡Viva la verdad! Creo haber anotado que Unamuno carece de sectarismo; de modo que ese grito significa: vivan *nuestras verdades* humildes, nuestras verdades sentidas, amadas en un santo silencio ó en una actividad noble.

Sí, cuando hay quienes pretenden asesinar la verdad enterrándola viva bajo arcos de muerte, debe gritarse: ¡Viva la Verdad! aunque se necesite explicar que ésta no es la Verdad con mayúscula de los enlabiadores americanos.

MAX GRILLO.
(Colombiano)

Digitized by Google

SU SONRISA

—Señorita: no se sonría.

Ella lo miró algo asombrada. Luego, sonrió.

Caía el crepúsculo con blandura otoñal. A lo lejos, una casa de dos aguas cortaba con mojinete en «bendito» la monotonía del campo ondulado, de un verde amarillento. El cielo parecía tierra arada envuelta en una niebla negruzca, cada vez más espesa. Alambrados y vagorosos animales, distinguíanse apenas como encajes de telarañas y moscas prisioneras, en las proximidades de la estancia, donde los dos jóvenes conversaban cuando el sol había escondido sus regueros de sangre.

—¿Porqué sonríe, nuevamente?

* * *

Lindo muchachito! Pasaba de los veinte, pero aún no tenía la fatal arruga que prolonga melancolicamente la mejilla partiendo del ala de la nariz, en sinuosa curva, para perderse en el menton. Ojos azules y brillantes, ojos de záfiro animaban con arrogancia su bello rostro rebosante de energía. Y su voz era queda, preñada de misterios sentimentales.

Ella...

¿Sabemos acaso en qué consiste lo femenino?

* * *

—No sonría, Enriqueta! Me duele el corazón.

Talvez pensaba en la Gioconda. La inefable sonrisa que perpetuó Leonardo da Vinci, cruzaba quizá en el recuerdo de Anibal Marcel al solicitar, con sollozos en el acento, que Enriqueta per-

Digitized by Google

maneciera grave. Además, la hora, el murmullo de la naturaleza recogida, el cielo mortecino, la poesía mansa de las cosas... ¿qué sabemos?...

Enriqueta era adorablemente linda. Tan linda que parecía coqueta.

—Si no sonriera, contestó al cabo, no sería dichosa. Bueno, Aníbal, prosiguió con cierta volubilidad no exenta de tristeza, usted hace lúgubre al mismo Paraíso. Deme la mano... no se asuste que no se la pido en matrimonio sino con cariño fraternal, y un buen *shake hand* disipará sus taciturnos secretos.

—No sonría Enriqueta! repitió el jóven sin tenderle la mano. Mire que si no...

—¿Si no? provocó la bella niña.

—Si no... ¿Porqué es usted así? No es buena?... No siente alguna vez que... que... hay algo alrededor nuestro, algo muy dulce y muy... Vea! le parezco un zonzo, ya lo sé, pero no lo piensa. No... Ah! ya desapareció su sonrisa.

Sí, había desaparecido. Más aún: Enriqueta lloraba.

El paisaje condecía con la amargura apoderada subitamente de la linda joven. El rancho lejano, la oscuridad creciente, el silencio poblado de rumores, el amor ¡sí, el amor!, ponían su tinte evanescente en el alma de los interlocutores.

¿Comprendió Aníbal su victoria?

Tiempo hacía que amaba á su prima Enriqueta. Desde sus románticos quince años, despues de leer á Victor Hugo. Entonces ella tenía trece y gozaba los beneficios de las libélulas. Pero en el transcurso de su vida amable se tornó enigmática y á cada momento sonreía, sonreía de una manera extraña, sonreía como una mujer, siendo aún una niña.

Y por eso Aníbal, enloquecido, le prohibió en aquel crepúsculo otoñal, su sonrisa de esfinge. Y ella lloró.

¿Lloró por su sonrisa?...

Al año siguiente, los primos se casaron. Pero Enriqueta no sonrió nunca más. ¿Os acordáis del «Cuervo» de Poe?...

Nunca más!

ANTONIO MONTEAVARO.

Digitized by Google

COSAS DE ANDRESILLO

Pues... aquí estoy señores. Pues... yo soy Andresillo
¿No recuerdan ustedes? Yo soy aquel chiquillo
á quien el gran Quijote librara cierto día
—porqué ahí encajaba bien su caballería—
de la nube de palos que mi amo furioso
sobre mí descargaba ferozmente donoso.
Al pobre señor loco le hice una ruin ofensa
maldiciendo más tarde su gallarda defensa,
dejándole mohino, cabizbajo y corrido.
(Sé que fuí un mentecato.) Después, arrepentido
al correr de los años, comprendiendo la humana
obra que yo pagase con acción tan villana,
deseoso de la gracia del noble caballero,
sobre su incierto rumbo interrogué al ventero
y el muy bellaco riendo me relató su muerte.
(Desde entonces empieza lo malo de mi suerte.)

II

Así, olvidando algunas de las cerriles mañas,
vine á ser otro andante, soñador de fazañas
inauditas y fieras en lides peligrosas,
que los encantamientos no hacen siempre sabrosas
Porque ya se mostraba cansado de su dueño,
al flaco Rocinante cambié por Clavileño,

Digitized by Google

y recorrí la tierra buscando honor y fama
que ofrecer á mi hermosa desconocida dama,
de quien he recibido desdenes y rigores...
hasta que al fin vencido de los encantadores
me trajeron á esta prisión ó manicomio,
una institución sabia digna de todo encomio,
en donde escarnecido sin cesar, y burlado
como mi buen maestro, seriamente he pensado
que desfacer agravios no es sinó una locura
que honrase solo al triste de la Triste Figura.

III

Aquí medro y engordo. Tranquilamente yanto
sin jamás acordarme de mi viejo quebranto
tan magro y tonto. Nunca ni aún en broma peco
suspirando retornos al antiguo embeleco.
No hay una sola parte donde mire y no encuentre
como emblema del Siglo una bolsa y un vientre...
Y así va todo esto: de la misma manera
que en los menguados tiempos de la pasada era.
Los potentados viven de prematuros cielos,
y los que nada tienen que se lo papen duelos...
De las lanzas gloriosas de las justas de antes
hoy harían bastones los duchos comerciantes,
y, sacando provecho, del yelmo de Mambrino
venderían quincallas para guardar tocino.
Si se habla á Dulcinea de amorosas pasiones
no es mucho que se mezclen venteriles razones:
—Los valientes envíos, vizcainos y gigantes,
ahora se traducen en perlas y brillantes—
Basilio está de malas: aunque audaz el muchacho,
sus industrias no valen las ollas de Camacho.
Hasta Aldonza Lorenzo, la hija de Corchuelo,
reniega de los callos que heredó de su abuelo.
—Si bien ya es una dama no sé porqué barrunto

Digitized by Google

que el olor de los ajos anda muy en su punto.—
Para los que libertan recuas encadenadas
ahora como entonces hay asaz de pedradas.
Ginesillo ha dejado de ser titiritero;
por sospechosas artes ha ascendido á banquero.
El barbero y el cura pregonando sus ciencias
en buenas migas, raspan y escrutan las conciencias.
El bachiller Carrasco, sin reposar momento
pontifica en la cátedra de su doctoramiento,
deslumbrando á los bobos, que serán sus secuaces,
y acallando la grita de los puros y audaces.
(Mi aporreado maestro no hubiera permitido
que mease en su celada ningún recién parido.)
Los yangueses de marras, prontos en sus desmanes,
cuidan yeguas ajenas y se llaman rufianes.
A la Justicia—¡pobre reina Micomicona!—
cualquiera Malambruno le hurta la corona.
—Los andantes del día se salen del camino
si ven á la distancia las aspas de un molino;
aunque hoy poco valdrían los hidalgos gentiles
fuertes perseguidores de pícaros y viles,
pues doncellas y viudas hallan amparo en esos
burdeles de oratoria con nombre de Congresos.
Muy semejante á aquello—quizás en lo aromado—
que cuando los batanes hizo Sancho apremiado
por urgencias mayores en situación bien crítica
hay aquí cierta cosa que se dice política.
Los gobernantes gozan de mil prebendas diarias
y se rascan y comen en estas Baratarias
porqué, en pos del misterio de los grandes destinos
nadie baja á la honda cueva de Montesinos.

IV

En fin... quietos curiosos: malicio que ya es mucha
peroración y acaso me merezca una ducha
del jayan enfermero cuidador de mis males,

Digitized by Google

—en verdad que me ahorquen si yo sé de los tales—
y peor es meneallo. Conque,... buenos señores,
hasta... que os permitan mis doctos curadores
nuevas famosas burlas, si no teneis reparo
de oír, en ratos de ocios, á este *caso* tan raro
que dos, unicamente, la humanidad ha visto,
y ellos no fueron otros que Don Quijote y Cristo.
Aquí me hallareis siempre, manso á las exigencias
de discretas preguntas, y suaves ocurrencias
de los graves galenos ó de vuesas mercedes,
honesto y comedido como lo ven ustedes...

EVARISTO CARRIEGO.

Digitized by Google

PRESENTE GRIEGO

(1er Premio del Concurso Dramático del Teatro Nacional)

Fantasía trágica en un acto, original de

OTTO MIGUEL CIONE

PERSONAJES

Doctor Guerra	*Sr. Guillermo Battaglia*
Blanca (hija del anterior)	*Sta. Blanca Podestá*
Julio (novio de la id.)	*Sr. Julio Escarsela*
Tristán (asistente de laboratorio)	*Sr. Arturo Podestá*
Dª. Josefa (vieja criada)	*Sra. Josefa Lanaro*

ACTO ÚNICO

Un gabinete de química. Lateral derecha dos puertas, id á la izquierda. Al foro, puerta vidriera y dos ventanas á sus lados, por entre las cuales se divisa un invernáculo y varias jaulas de víboras en fila.

Una mesa de laboratorio, con tubos de ensayo, frascos de hidrógeno, matraces, alambiques, pipetas, mechero Bunsen, estante con frascos de varios colores y una *estufa* de *desecación*. Dos ampollas de suero. Un microscopio, soportes, una geringa hipodérmica. Una pequeña biblioteca. Mesita y cerca de esta á la derecha, una *chaise-longue*

Al levantarse el telón, Tristán estará en la mesa del laboratorio, estudiando al miscroscopio; luego de un rato consulta el termómetro de la estufa, abre ésta y saca una lámina de cristal y la observa. Cuando se haya hecho absoluto silencio *en la sala del*

Digitized by Google

teatro, entrará Guerra con un libro en mano; al llegar al centro de la escena, leerá en *voz alta, claramente* y con toda *lentitud*, haciendo pesar lo que lée.

ESCENA I

TRISTÁN luego GUERRA

(Ambos visten blusas de laboratorio)

GUERRA—*(Leyendo)* «Cada una de nosotros lleva en sí un fragmento del dolor universal, presente griego que nos ha legado en herencia, la fatalidad que preside los destinos de los séres humanos!» *(Marca el márgen de la hoja con un lápiz y cierra el libro).*

TRISTÁN—*(Presentándole una lámina de cristal)* Aquí está el venero del Cobra Capelo.

GUERRA—*(Examinando la lámina).* Ah! el veneno del Cobra! muy bien. ¿Lo has desecado en la estufa?

TRISTÁN—Sí.

GUERRA—¿A cuantos grados?

TRISTÁN—67 grados centígrados.

GUERRA—*(Mirando)* Bien! Mira, Tristán, qué peculiaridad. El veneno desecado del Cobra dá laminillas cristalizadas que parecen topacios. Sólo he encontrado el mismo carácter en el veneno de la Pao Preto del río Marañón.

TRISTÁN—Pero la Pao Preto es una viborita.

GUERRA—Claro; el cobra es grande, que tiene que ver. Toma el veneno *(se lo dá)* y haz la solución *infinitesimal* para las inyecciones que me voy á dar.

TRISTÁN—¿Se vá á dar?

GUERRA—Claro! Pienso inmunizarme contra la picadura de las viboras. ¿Acaso no la he logrado yá con una liebre? Pues lo mismo he de conseguirlo conmigo mismo.

TRISTÁN—*(tristemente).* Sí se pudiera inmunizar uno contra el dolor que nos acecha eternamente.

GUERRA—*(observándole).* ¿Filósofo estás?

TRISTÁN—El dolor nos hace filósofos.

GUERRA—¿El dolor? ¿Tú sufres?

Digitized by Google

TRISTÁN—*(Profundamente).* Mucho!

GUERRA—*(Meditabundo).* Ah! ¿El casamiento de mi hija?... ¿es la causa?

TRISTÁN—*(Signo afirmativo).*

GUERRA—Ah! ¿Creo que ustedes fueron novios de niños?

TRISTÁN—¡Eso es!

GUERRA—¡Juegos de la infancia! ¿Y ahora que Blanca se casa con otro te ha invadido el dolor? *(Burlón).* Oye Tristán! Podremos inmunizar nuestro cuerpo contra todos los venenos existentes, pero para el dolor solo hay un antídoto: el ser fuertes como yo. Tranquilízate. *(Pausa).* ¿Hay cloruro de oro?

TRISTÁN—Sí. *(Guarda el veneno del cobra en el estante).*

GUERRA—¿Lo suficiente para cuantas inyecciones?

TRISTÁN—Para una ó dos. Suero Calmette hay dos ampollas.

GUERRA—Apunta en la lista de pedidos, no se te olvide el cloruro. *(Pausa).* ¿Ha comido el *trigonocéfalo?*

TRISTÁN—No quiere, desde hace más de un mes.

GUERRA—Habrá que hacerle ingerir un conejo á la fuerza mañana sin falta. ¿Revisaste las jaulas? ¿Cierran bien?

TRISTÁN—Sí. ¡Ah! ¿Le doy de comer á las sérpulas blancas?

GUERRA—Nó. Quiero comprobar si son caníbales. Hay muchas yá!...

TRISTÁN—La sección de las sérpulas está llena. Se han procreado prodigiosamente. Pululan de á millares. ¡Si las soltáramos, ahora que están hambrientas!

GUERRA—Nos invadirían toda la casa y nos devorarían en un instante como si fuéramos ratones.

TRISTÁN—*(Con fruición)* ¡Qué hermosa muerte!

GUERRA—*(Estupefacto).* ¿Cuál?

TRISTÁN—La de ser sorbido lentamente por las sérpulas blancas del Cambodge!... *(Gesto de supremo gozo).*

GUERRA—Vaya... Vaya... Estás loco! ¿Qué fecna es hoy?

TRISTÁN—15 de Agosto. El cumpleaños de su hija.

GUERRA—¡Pero no acordarme! Es cierto. ¡Hoy es el día del cumpleaños de Blanca!

Digitized by Google

TRISTÁN—¡Ah!

GUERRA—Pobrecita. Me estará esperando en casa para la comida... No llegaré á tiempo. El tren tarda una hora y cuarto en llegar á Buenos Aires. *(Aterrado).* ¿A que es capaz de venirse á San Martín?

TRISTÁN— *(Sobresaltado).* ¡Ella aquí!

GUERRA—Sí, es capaz de hacerlo, á pesar de mi prohibición... ¡Un día como hoy! ¡Dónde tengo la cabeza!

TRISTÁN—Apúrese, si quiere llegar á tiempo á la comida.

GUERRA—Realmente que mis distracciones de sabio pasan ya de la medida! Hace seis días que no voy á Buenos Aires. Ese maldito suero que no resulta eficaz, tiene la culpa. *(Pausa).*

TRISTÁN—Sin embargo debe estar satisfecho de sus trabajos. La Academia de Ciencias de París le ha nombrado socio honorario por su monografía acerca del veneno de las yararás...

GUERRA—Oh!, lo que vale más para mí, es la felicitación del doctor Calmette, el toxicólogo más grande de los tiempos modernos.

(Suena el timbre).

(Va Tristán y vuelve con un cajoncito y una carta)

GUERRA—*(Abre la carta).* Escucha, Tristán, es del doctor Nilson. *(lée lentamente). «Mi querido doctor Guerra: De vuelta de mi viaje por la India, he creído que el mejor obsequio que podía traerle, es un hermoso ejemplar de hamadrías. Me ha costado infinitos trabajos conservarlo vivo á pesar de las penurias propias de un viaje tan largo. Pero felizmente he llegado bien y el regalo que le hago en iguales buenas condiciones. Muy afectuosamente, etc. etc. (hablando).* Un hamadrías!! La víbora más venenosa del mundo. No hay ser que pueda seguir viviendo después de su picadura. *(Mirando el cajoncito).* Está viva. ¿Hay alguna jaula disponible, bien abrigada?

TRISTÁN—Sí! La del Pitón Egipcio que murió antiyer.

GUERRA—¿Qué temperatura hay en el invernáculo?

Digitized by Google

TRISTÁN—28 grados.

GUERRA—Habrá que elevarla á 37 grados.

(Se oyen voces en la escalera. Tristán lleva el cajoncito hacia la izquierda mientras el doctor vá á la puerta).

ESCENA II

Dichos. BLANCA, JULIO y JOSEFA

BLANCA —*(Entrando).* ¡Papá!, ¡Papá!!

GUERRA—Hija mía!

BLANCA —Olvidarme en el día de mi cumpleaños! Eso no tiene perdón de Dios!

GUERRA—Es cierto. ¿Que tal, Julio?

JULIO —Querido Doctor!

GUERRA—También la buena Josefa, eh! ¿Cómo ha consentido usted en ser de la partida?

JOSEFA—Yo no quería venir, sabiendo que usted tiene prohibida la entrada, á todo el mundo en la quinta, pero Blanca se empeñó en hacerlo, y hemos tenido que venir.

GUERRA—Han hecho mal! Esta casa está llena de peligros.

BLANCA —*(Mimosa).* Bueno, hoy no quiero sermones. Hemos venido y san se acabó. Tú te vistes en seguida y nos vamos á la ciudad donde nos espera una buena comida. *(a Josefa).* Vete á recoger unas cerezas á la quinta; hoy quiero comer muchas cerezas. ¡Tenía tantos deseos de visitar la casita donde nací! Desde que te has dedidado á estos estudios yá no me permites venir...

GUERRA—Y con mucha razón, hija mía. Que sea esta la primera y última vez que suceda!

BLANCA—Sabrás, papá, que Julio ha señalado fecha para nuestro casamiento.

GUERRA—¡Muy bien! ¿Y cuando?

JULIO—Para el 1.° de Septiembre.

TRISTÁN—*(Que entra, se detiene de golpe, llamando la atención sobre sí).*

BLANCA —Tristán! ¿Cómo estás? ¿Que tal te va?

Digitized by Google

TRISTÁN—Muy bien, Señorita Blanca. *(Guerra y Julio se apartan conversando).*

BLANCA—*(burlándose).* Señorita, Señorita... dime Blanquita. ¿Te acuerdas, cuando jugábamos á los novios?

TRISTÁN—*(dolorosamente).* ¡Cuando jugábamos á los novios!

BLANCA—*(Seria).* Cuando se és niño, se hacen tantas tonterías. Felizmente de todas esas locuras no queda ya nada...

TRISTÁN—Felizmente no queda ya nada!!...

BLANCA—*(apartándose hacia Guerra).* Dime Papá: ¿Están los baules en la pieza del fondo?

GUERRA—Sí.

BLANCA—Fígurate que á Julio se le ha ocurrido que le regale mi retrato de primera comunión, y me acordé que tenía uno...

TRISTÁN—*(En voz baja).* El retrato.

BLANCA—*(Oyéndolo).* ¿No está ya?...

TRISTÁN—Sí... Nó... creo que sí...los otros días estuve buscando unos apuntes del doctor y creo haberlo visto.

BLANCA—¿Dónde Tristán?

TRISTÁN—*(Resueltamente).* En el canasto... de la izquierda, entrando...

BLANCA—¡Está abierta la pieza?...

TRISTÁN—Nó. Voy á traerle la llave...

(Vase por la derecha llevándose la mano al lado del corazón.)

BLANCA—*(Observándolo).* Que raro está...

GUERRA—Siempre ha sido maniático. Desde que era niño y lo recogí en mi casa, ha sido de naturaleza sombría. Bueno, voy á mudarme de ropa y vuelvo. No se les vaya á ocurrir entrar en el invernáculo. ¡Está lleno de víboras! *(Vase por la izquierda).*

ESCENA III

BLANCA y JULIO

BLANCA—*(Tomándolo del brazo va con él hacia la vidriera y tras breve pausa después de mirar hacia adentro).* Me dá miedo!

JULIO—¿De qué te asustas, Blanquita?

Digitized by Google

BLANCA—No, estoy tranquila. Cuantas víboras encerradas en sus jaulas, durmiendo perezosamente. ¡Mira! Mira aquel enjambre de viboritas blancas ¡qué horribles!... ¿Habrá un millón?

JULIO—No tanto...

BLANCA—¡Como saltan!

JULIO—*(apartándola)*. Hablemos de otra cosa!

BLANCA—¿De qué quieres que hablemos?...

JULIO—De nuestro amor, de nuestra felicidad futura.

BLANCA—Oh! mi Julio querido! ¿Dónde pasaremos nuestra luna de miel?

JULIO—Donde tu quieras... Un viaje...

BLANCA—No, seamos egoistas... Iremos á un paraje solitario, donde no haya importunos, donde la felicidad más completa nos rodée... Dime Julio: ¿Acaso no somos acreedores á la felicidad? Jóvenes...

JULIO—*(Burlón)*. Lindos!

BLANCA—No te burles! Asi no quiero!

JULIO—¡Amándonos sobre todas las cosas!

BLANCA—¿Verdad, que nada hay más fuerte que el amor, Julio?

JULIO—Creo que nada hay tan fuerte como el amor! *(Vá á besarla en la frente)*.

GUERRA—*(Desde adentro)*. Muchachos, vengan que les voy á mostrar una cosa muy rara; el veneno del cobra! ¡Van á creer que son topacios! *(Julio y Blanca van á ver y ya cerca de la puerta entra Tristán)*.

BLANCA—*(Deteniéndose)*. No, yo no quiero ver eso. Vé tú.

JULIO—Ya vuelvo! *(Vase)*.

ESCENA IV

BLANCA y TRISTÁN

TRISTÁN—Señorita Blanca, aquí está la llave.

BLANCA—*(Indiferente)*. Ah! la llave. *(va á tomarla y queda perpleja al notar su aspecto)*.

TRISTÁN—*(En voz baja)*. Oigame usted, Blanca, unas pocas palabras tan solo...

BLANCA—Pero...

Digitized by Google

TRISTÁN—*(Sombrío)*. Ya sé que usted no querrá oirme pero... tiene que oirme.

BLANCA—*(Asustada)*. Habla, Tristán.

TRISTÁN—¿Usted se vá á casar?

BLANCA—Creo que lo has oido bien claro...

TRISTÁN—¿Y no meditó usted un solo instante en un compromiso contraído anteriormente?

BLANCA—¡Un compromiso!

TRISTÁN—Un compromiso conmigo!...

BLANCA—*(Ingenuamente)*. ¡Cosas de chicos!...

TRISTÁN—*(Conteniéndose)*. No, Blanca. Cuando jugábamos á los novios, como usted dice, ya éramos un poco grandes...

BLANCA—Y bueno. ¿Qué pretendes ahora?

TRISTÁN—Recordarle á usted que ha sido falsa y perjura...

BLANCA—No. Tristán, mientras fuí niña, creí que tú eras el único ser capaz de labrar mi felicidad; pero despues que me llevaron á la ciudad y me separé de tí, me dí cuenta que te tenía un afecto fraternal, nada más, y que mi corazón, era libre de amar... como le diera la gana!

TRISTÁN—¿De modo que se vá á casar con Julio?

BLANCA—Claro que sí.

TRISTÁN—Y á mí, el pobre recogido, el pobre huérfano, sin madre en el mundo, la limosna de un poco de afecto fraternal!...

BLANCA—No pretenderás que te ame á la fuerza...

TRISTÁN—Si yo fuera un civilizado, quizá diría que tiene usted razón, pero como soy un salvaje de alma, — siempre he sido salvaje, — desde el fondo de mi ser, con toda mi sangre bastarda é ignoble, si usted quiere, protesto con una voz que quisiera hacer llegar al infinito, del robo que me hacen...

BLANCA—*(Compadecida)*. Tristán yo te quiero...

TRISTÁN—*(Sin oirla)*. Tú, Blanca, mi única esperanza, te vas sonriente, dejándome á mí, al pobre huérfano, en medio de las más insensibles fieras de la creación. Al ver tú indiferencia, he aprendido á quererlas; hay más he aprendido de ellas, el ser artero, el ser malo, con

Digitized by Google

disimulo, ocultando el veneno, en el fondo de mi alma... Soy un impuro, Blanca. *(Pausa).* Tú, quizá me hubieras salvado. *(Pausa).* Cada uno á su destino... *(Pausa grande).* Yo á mis víboras, tú á la felicidad eterna! *(Se calma).* Adiós Blanca, hasta que algún día nos encontremos en la eternidad! *(Pausa).* Tome usted la llave!

BLANCA—*(Tomándola).* Nada de rencores...

TRISTÁN—¡Nada!

BLANCA—¿En el canasto de la izquierda?

TRISTÁN—*(lugubremente).* En el primer canasto de la izquierda. *(Vase Blanca y Tristán la sigue con la vista. Después de un momento entran Guerra y Julio. Tristán inquieto escucha).*

ESCENA V

DR. GUERRA, TRISTÁN y JULIO

JULIO—Dígame, doctor, ¿que son esas víboras blancas que pululan en un rincón del invernáculo?

GUERRA—Ah! son las sérpulas del Cambodge.

JULIO—¿Muy venenosas?

GUERRA—Al contrario, inofensivas.

JULIO—¿Peligrosas?

GUERRA—Peligrosas por el número. *(Mirando).* Están agitadas. Hace tres meses que no comen.

JULIO—Y con que objeto no las alimenta?

GUERRA—Quiero comprobar si son caníbales, pero creo que nó.

JULIO—¿Y desde que las tiene no comen?

GUERRA—Sí. De cuando en cuando les echo una media res... la devoran ávidamente en menos de lo que tardo en contarla, dejando sólo los huesos desnudos...

JULIO—¿Y aquella serpiente grande que duerme en la jaula de la derecha?

GUERRA—Es un *crótalo*... la otra vez se tragó entera una frazada de lana y la devolvió hecha una papilla...

JULIO—¿Usted no les teme á las víboras?

GUERRA—No; se me han hecho familiares, y luego estoy inmunizado contra el veneno como las águilas, y contra el

Digitized by Google

dolor como los filósofos. *(A Tristán)* Ah! ¿Y el hamadrías?...

TRISTÁN—*(Como saliendo de un sueño).* ¿El hamadrías?

GUERRA—Sí. ¿El hamadrías?

TRISTÁN—Estará en su cajoncito.

GUERRA—*(á Julio).* ¿Quieres conocer la víbora más venenosa de la tierra?

JULIO—Bueno. Siempre que no haya peligro.

GUERRA—*(á Tristán).* Trae el cajoncito.

TRISTÁN—*(vá hacia la pieza).* Ah, sí!...

GUERRA—A este muchacho le pasa algo.

JULIO—¿Y no habrá peligro en ver la víbora?

GUERRA—No. Tomaremos precauciones; luego la caja de madera tiene otra interna de alambre.

(Trae Tristán la caja).

GUERRA—*(Poniéndose unos guantes).* Con estos guantes, *(á Tristán).* Prepara por las dudas una inyección de cloruro de oro.

(Tristán hace que prepara).

JULIO—¿El cloruro de oro?

GUERRA—Sí. Una ó varias inyecciones oportunamente dadas bastan para evitar los efectos del veneno más terrible

JULIO—Es una suerte contar con ese contraveneno...

GUERRA—También tenemos el suero Calmette. *(Tomando el cajoncito).* Caramba, pesa poco! *(Destornilla las tablas y lanza un grito).* ¿Pero es posible? ¡El hamadrías no está! Se ha escapado... Tristán ¿cómo es eso? *(fuera de sí).* ¿Y Blanca?

TRISTÁN—No sé nada.... Blanca estará en la quinta.

GUERRA—Hay que salvar á Blanca. Corramos! *(desesperado).*

(Se oye un grito estridente y entra Blanca pálida, cayéndose).

ESCENA VI

Dichos, BLANCA, luego JOSEFA

BLANCA—Ay! me muero... me muero!... me ha mordido aquí.. *(muestra la mano).*

(Tristán abre la puerta del foro y desaparece lugubremente).

GUERRA—¡La inyección! *(toma la geringa preparada y le dá una inyección en el brazo derecho).*

Digitized by Google

JULIO—¿Cómo fué?

BLANCA—*(desfallecida).* Revolvía el cesto, y sentí una cosa fría... después... después...

GUERRA—*(Tomándole el pulso).* Se muere,... se muere... alcance el frasquito que dice «Cloruro de oro».

JULIO—*(Tomándolo).* Maldición, no hay más!

GUERRA—¿El suero Calmette, entonces?...

JULIO—¡Tampoco hay! Las ampollas están vacías.

GUERRA—*(Soltando el brazo).* Todo sería inútil! Ha muerto ya! *(Lanza un sollozo).*

JULIO—*(sollozando).* ¡Mi Blanca!

GUERRA—*(Queda un instante indeciso entre sombrío y sollozando, preocupado; luego toma la geringa hipodérmica y prueba una gota de su contenido).* Esto no es cloruro de oro! Es agua pura! *(Fuera de sí).* ¿Porqué ahora no había ampollas de suero y hoy sí? ¡Dios mío! ¡Entonces hay un criminal, hay un asesino! Hay alguien que ha colocado intencionalmente el hamadrías en... *(Como un rayo de luz).* ¿Y Tristán? El!

JULIO—¿Tristán?

GUERRA—Sí, él! *(con voz estentórea).* ¡Tristán! ¡Tristán! No contesta, habrá huido! Hay que agarrarlo...asesino!... *(Buscándolo).* Dónde? ¿Dónde está?

JULIO—*(Se detiene junto á la vidriera horrorizado).* Que horror! Ha abierto todas las jaulas. Las sérpulas blancas se lo están devorando. Está blanco, blanco!

GUERRA—*(Mira friamente y vuelve á su hija quedando en silencio contemplándola. Julio caé de rodillas detrás de Blanca).*

JOSEFA—*(Entra alegremente).* Niña, las cerezas. Aquí están las cerezas! Niña, niña las cerezas! *(Al notar que está muerta arranca un sollozo y deja caer las cerezas desgranándolas sobre la falda de Blanca).*

GUERRA—¡Y yo que creía estar inmunizado contra el dolor! Pobre, pobres seres humanos! *(En un inmenso sollozo).* Hija mía!

TELÓN

Digitized by Google

LA ERMITA

La noche se desliza muy densa entre el cielo nubloso y la tierra húmeda, sin el lazo blondo de la luna, ó el ojo de una estrella ó las consuetas sombras vagantes y fantásticas. Algún relámpago de cuando en cuando, como serpiente de fuego, se dibuja en el vacío, recordando á Pantemio que sus pupilas pueden reflejar todavía la luz. Dª rodillas sobre un bloque granujiento y oblongo, plantado en la margen de un torrente, eleva con el pensamiento al dios implacable de su alma, la invocación postrera. Y las aguas vertiginosas en su fragor ensordeciente parecen interpretar aquella plegaria, acompañándola con arrebatos de llanto, con suspiros de congoja, con susurros y aullidos procelosos.

Pantemio se había dicho: «Sofocaré en mí toda idea.»

A la hora en que sobre la ciudad remota destilábanse las primeras lágrimas del crepúsculo, (humeando el poniente rojizo como por un incendio que se apagara á lo lejos), mientras por las calles surgía el bullicio sórdido de los burgueses que interrumpieron la estéril obra del día, Pantemio había emprendido camino hacia la soledad. Su cerebro parecía vahear por los ojos, por las narices, por los labios, semejante á una caldera en ebullición, é imprimía á su musculatura la fuerza elástica y la ligereza de las cosas incorpóreas.

Caminó, caminó durante muchas horas, atravesando valles y florestas, saltando obstáculos y malezas.

«Sofocaré en mí toda idea».

Pero allá, de rodillas sobre el bloque granujiento y oblongo, volvió á sentir todo el peso de su propia vida.

Digitized by Google

Ya vacío el pequeño odre de los placeres y del dolor, de las esperanzas y del desengaño, había ido arrastrando los últimos meses de su vigésimo año, como un inútil fardel.

«En qué precipicio despedazaré esta osamenta macerada? Sobre qué peñascos punzantes despedazaré mi vértebra animal? Qué buitres, que cuervos podrán cebarse en mi lodo sanguinolento?»

Este era el canto de Pantemio, cuando despuntaba el sol y cuando caía, ésta la voz que el latido concitado de su corazón repetía inexorablemente. Entre orgías exquisitas é idilios más inverecundos que Saturnales, en medio de la efusión sonora y patética del oro, la sonrisa pirífica de los parásitos de grueso vientre, y de los aduladores de labios belfos, transportado vertiginosamente de una metrópoli á otra en los férreos y lujosos compartimentos de los trenes expresos, había gozado y sufrido todas las sensaciones de la vida artificial. Pero, jamás sus ojos se detuvieron para contemplar un horizonte abierto y puro, una llanura extensa, una colina verde; jamás hirió sus oídos el gorjeo de la alondra salvaje, (cuando suelta el vuelo de entre el heno cortado) ó el crujido al viento de las ramas frondosas; jamás su pecho habíase nutrido con un soplo de aire no contaminado por el aliento de tantos bípedos desnaturalizados por la civilización, y conglomerados entre murallas urbanas como viles rebaños en jáulas asfixiantes. Por eso su rostro estaba diuturnamente pálido, y sobre sus ojos amortiguados, los párpados pesaban como sudarios violados. «¿Por qué seguir avanzando por el opaco sendero en un viaje sin meta? Qué cosa en el mundo podría ya ofrecerme el placer de la vida?»

De este pensamiento la voluntad fatal había surgido en su espíritu, como en los días felices de la adolescencia el deseo luminoso de los primeros espasmos brutales.

Pero ya el torrente, boca inmensa de la eterna vorágine, está abierto para engullir á Pantemio, y revolcarle en la voluptuosidad apocalíptica de la muerte.

El Deseo, (lascivo motor de la voluntad), inspirará al martir devoto tanta fuerza cuanta necesite para que de un salto se sumerja en el centro de las aguas, donde más profunda está la tierra, y más impetuosa y cana la espuma de la corriente.

De pié, sobre el bloque oblongo de su plegaria, siente la pro-

Digitized by Google

ximidad del sagrado instante de su liberación, en la hora misma en que, al despuntar el alba sobre el extremo horizonte, todas las cosas de pronto se iluminan y vibran en la cristalina sonrisa matinal.

De pronto le pareció oir una voz flébil y aguda que se acercaba sin hacerse menos flébil ni más aguda.

Alzando la vista ya náufraga, miró en torno suyo.

Una niña con un haz de hierba en los brazos, bajaba por el verde sendero clivoso de la colina que flanquea la orilla izquierda del torrente. Su vez semejaba el hilo divino con que está tejida la trama de los deseos que más fatalmente suelen envolver. Su rostro, su semblanza, su edad, eran los signos veraces del símbolo y de la esencia de amor.

Pantemio la seguía con la mirada avidamente, agitado y perplejo, como delante de una revelación resplandeciente.

¿Era superior aquella mujer á cuantas él conociera en los elegantes salones, durante las dulces vigilias dedicadas al placer? Qué extraño y novísimo encanto emana de esas formas casi salvajes, que al contemplarlas siente poco á poco arder nuevamente dentro de sus venas la sangre de los deseos vitales? Más, por cierto, ella no sabe avivar los sentidos en libidinosos abrazos infecundos, ni está iniciada en el artificio de combinar, mediante afeites y bálsamos aromáticos el perfume natural de los moluscos marinos y el del mirto palustre. Pero, ¿qué importa? Y con una armonía que pareció germinar de lo más profundo de su espíritu, estas palabras brotaron de los labios de Pantemio: «¡La mujer verdadera, la mujer verdadera!»

Ahora, al pié del torrente, surge el castillo de Pantemio, al que los aldeanos de los alrededores pusieron el nombre de «Ermita», y que la posteridad venerará como la morada solitaria de un gran poeta que restableció en las letras el culto de la «Natura».

LEOPOLDO LONGHI.

Digitized by Google

SONETOS

(Del libro «Jardín Salvaje».)

LAS DOS PRIMAVERAS.

Rubia y gallarda viene, mostrando en su carruaje
la luz de mil colores y el sol de sus jazmines,
como una blanca Vénus de rústicos jardines
á quién las flores todas le rinden vasallaje.

La mansa maravilla del campo está en su traje,
y en su cantar de aurora la voz de los violines....
Tiene los hombros griegos. España vá en sus crines,
Italia en sus pupilas, y el mundo en su homenaje.

Tú eres así. Por eso mi potro de conquista
llega á la escalinata del pastoral palacio
con la tristeza errante de mi dolor de artista....

Y tras la primavera que á tu placer me arroja,
con la altivez de siempre, te ofrezco su topacio
como una mordedura de mi serpiente roja.

Digitized by Google

CARNE FLORIDA.

Puñal de oro, brillante y florentino,
quisiera para hundirtelo en el seno,
y ardiente de pasión, loco sin freno,
tu sangre fuese mi licor más fino.

Quisiera que tu cuerpo diamantino
se convirtiese en flor — nardo sereno —
para aspirar su esencia ó su veneno
como postrer caricia del destino.

Pintor quisiera ser, de tus perfiles,
para verte, desnuda, en los marfiles
de algún blanco taller, carne florida;

y allá en el mármol de tu busto amante,
dejar mi nombre de laurel, triunfante
como un beso del Sol para la vida!

LOS OJOS DE LA ESPERANZA.

¡Madre esperanza!... Gallardo bajel de amor y ventura,
lento cisne en los confines de un lago azul de quimera ,
que va esponjando en las aguas sus rosas de primavera
desde el jardín de una gloria que en el oriente perdura.

Lleva luciendo al contorno de su gentil vestidura
la sugestión de una zambra soñadora y volandera,
donde encendiese el donaire, bajo el parral, placentera,
la maja de Andalucía con su morisca dulzura.

¡Es la esperanza un navío! Deja que surque la onda
bajo el soplo perfumado de las marinas campañas,
como un pescador de perlas, cantando, rumbo á Golconda.

Y abrirán en mis ensueños del amor los triunfos vivos,
para iluminar la seda joyante de tus pestañas
donde palpitan tus ojos como luceros cautivos!

Digitized by Google

EN LA SALA DE JUEGO

Rodeada está la mesa de atentos jugadores,
sobre el tapete oscuro la luz discreta baja;
cien ojos ponen toda su vida en la baraja
y ella es la loca suerte que brinda sus amores.

Hay un silencio extraño. Los graves talladores
revuelven de su mazo la pintoresca faja;
las manos dan posturas, el cerebro trabaja,
y suenan las monedas y fichas de colores.

Ya así, la muda reina, Fortuna la inconstante,
girando se halla en torno de cada concurrente
como en torno á las luces la mariposa errante.

Y entre monedas, fichas, baraja y suerte loca,
el hombre allí clavado, cual bestia impenitente,
no sabe alzar al triunfo la voluntad de roca!

JOSÉ DE MATURANA.

Digitized by Google

DESCARTES Y EL CRITERIO DE LA VERDAD

El sistema heliocéntrico acababa de demostrarse. Los satélites de Júpiter daban la prueba de que los cielos eran vacíos y que había puntos céntricos distintos de la tierra. Las manchas del sol eran un signo de su rotación.

El sistema Toloméico se sostuvo, no por falta en la antigüedad de un Copérnico que formulara la hipótesis contraria, sino porque la experiencia lo acreditaba. El único cuerpo al alcance de nuestra observación era la luna que no gira sobre sí misma y le muestra á la tierra siempre la misma cara, ni más ni menos como si estuviera enganchada en una esfera. Ningún cuerpo en el cielo daba ejemplo de rotación. Fué, pues, el telescopio que extendiendo nuestra vista, permitió observar hechos que abonaban en favor de la nueva hipótesis.

El derrumbe de tal idea que parecía tan evidente, tan cierta, y la caída de Aristóteles en todo lo físico, aún en el concepto de los que permanecían fieles á las ideas antiguas, no rindiéndose á razones como Descartes, tuvieron suma influencia, haciendo el mismo efecto que las ideas de Darwin en nuestros dias, que adquieren cada vez más, mayores probabilidades, amenazando acabar con todo lo antiguo.

Descartes acudió entonces para salvarlo todo, para poner en salvo Dios y la religión, que él conceptuaba bases de la sociedad.

Como era matemático pensó que á las viejas ideas se las podría salvar de todo asalto, enlazándolas entre sí á la manera de

Digitized by Google

los teoremas de geometría, como si la certidumbre naciera de determinadas disposiciones y no de intrínseca bondad. Los teoremas geométricos no deben su incontrovertibilidad á su ordenación en sistema: al contrario, fué posible á la escuela de Platón ordenarlos así, porque eran incontrovertibles.

El resultado no fué el que Descartes se proponía conseguir. Su edificio se desmoronó luego; todo cayó al suelo, haciéndose pedazos ideas que hasta aquel entonces se habían conservado intactas. Nunca se vió inexperiencia semejante, efecto tan contrario á la intención. El edificio tambaleaba y él le excavó la tierra en torno para cambiarle los cimientos.

La geometría empieza por unos axiomas, por proposiciones de evidencia inmediata; pero no nace de ellos: el axioma es el clavo del que cuelga la cadena de los teoremas. Estos han sido antes descubiertos y demostrados independientemente los unos de los otros por intuiciones aisladas, como las proposiciones de cualquier otra ciencia, y su historia lo atestigua. La demostración del teorema de Pitágoras no supone la de ningún teorema anterior. La geometría empezó por donde termina, encontrando primeramente el modo de medir las figuras planas y sólidas. Lo que es lo último en la exposición, fué lo primero en la construcción.

La necesidad de establecer los lindes de su propiedades, borrados por la inundación del Nilo, condujo á los Egipcios á descubrir unas cuantas reglas prácticas. La primera de esas reglas, dada por las más elemental observación, fué sin duda la que concierne, en primer lugar á la medida de los cuadriláteros en general. De ahí se pasó á buscar la del triángulo, considerándose que cada triángulo es la mitad del cuadrilátero. Todas las superficies curvas se medían descomponiéndolas en triángulos.

De este modo paulatinamente se fueron descubriendo los varios teoremas, pensándose después en ordenarlos.

Descartes no se dió cuenta de un hecho tan elemental: se imaginó que la geometría nació como está expuesta, de la meditación sobre el axioma que el todo es mayor que sus partes. De la meditación sobre tal axioma el ingenio más penetrante no sacaría en una eternidad otra consecuencia que la parte es menor que el todo.

No niego que acaso con el tiempo se pueda geometrizar la filo-

Digitized by Google

sofía; pero esto será cuando todas sus proposiciones hayan sido demostradas. Antes, pues, se habrán de demostrar una á una.

Para Descartes, y véase la seriedad de su duda, todas eran ciertas: para hacer callar las contradicciones bastaba, pues, derivarlas todas de un axioma. *Derivarlas*, en esta palabra consiste su error, pues del axioma ni se sale ni se puede salir: al axioma se llega.

Púsose pues en busca de dicho axioma, de una proposición que nadie pudiese rechazar y dió con el célebre: *Cogito ergo sum.*

Las críticas que á esta proposición pueden dirigirse son muchas; pero no me parecen ni sinceras ni válidas. Bien se comprende el pensamiento de Descartes: podrá quizás encontrarse inexacta la expresión, pero ello porque ninguna expresión es exacta. En nuestro pensamiento tenemos la conciencia infalible de nuestra existencia. Sólo que de allí no es posible salir, ni salió Descartes á pesar de su penetración. Así razona: todas las veces que tendremos una idea igualmente clara, le deberemos dar fé, y rechazarla si no llega á ese grado de evidencia. Parece un paso y no lo es: es salirse del camino. La conciencia de nuestra existencia no deriva de premisas; es un hecho primitivo, independiente de lo que se piensa. Aún pensando mal estaríamos ciertos de pensar y de existir. Nada tiene que ver la certidumbre de existir con la verdad del pensamiento. El pensar me hace sentir mi existencia. La certidumbre no nace de la proposición: *no se puede pensar sin existir.* Tal proposición á él tan sólo ocurriósele formularla. Es un sentimiento y no un *ergo*, una *consecuencia.* Para llegar de la conciencia de existir á la evidencia de la idea, hay que dejar aquella y pasar á ésta, cambiar de posición, plantear un nuevo principio. Descartes había de decir: No se puede pensar sin existir; yo pienso, luego existo. Pero la premisa pide demostración. *Pensar es obrar* y *no obra sino el ser*, y subiendo por esta vía habría llegado al principio de contradicción; pero allí ya estaban todos.

En una palabra: sentimos nuestra existencia en el pensamiento, mas, no se trata de persuadirnos de ella, pues ni siquiera es dable dudar; trátase de demostrar la verdad de lo que se piensa, y esta no puede deducirse del hecho de que pensamos. Al mover las piernas me cercioro de que camino, mas no es de esto que se

Digitized by Google

discurre, sino de saber si camino bien, si me dirijo hacia donde he de llegar, y esto las piernas no me lo dicen. Descartes introdujo el fenómeno de la conciencia donde no cabía; complicó inútilmente las cosas.

Para adelantar hubo de plantear otro principio: la idea *clara;* hubo de salir de la conciencia que es un hecho, un sentimiento, y pasar á las *ideas*. Y por ahí había que empezar.

Pero también *la idea clara* está mal planteada. No es la cuestión de saber como nazca la certidumbre: ésta nace como nace. Al uno bastarále un indicio, al otro no le bastará una demostración geométrica. Evidencia y certidumbre son sin duda palabras sinónimas: uno cree lo que le parece evidente y si no le parece tal no cree y no puede siquiera creer. ¿Cómo ha de poder uno creer lo que no le parece creíble?

La cuestión reside en saber si cuando estamos ciertos de algo, este algo es cierto. Ciertos estaban todos de la estabilidad de la tierra, y todos se equivocaban.

No debemos creer sino á la evidencia, tal es la ley de Descartes. Pero ¡Si no hay persona que obre de otro modo!... Precisamente la evidencia es la que nos engaña, presentándonos como tal lo que no lo es. Es de la evidencia que se discute, y justamente la ciencia se funda en desconfiar de lo que nos parece más evidente. Se requiere, pues, un criterio para conocer cuando es la ocasión de podernos confiar enteramente á la evidencia. Cuanto más alta es una mente, tanto más se inclina á creer en lo no evidente.

El principio de Descartes imposibilita salir del error, no habiendo error que no parezca evidente á quién se halle en él. Una cosa es la certidumbre y otra la verdad. Para la certidumbre no se necesitan criterios: lo que se busca es el criterio de la verdad, y ese lo proclamaba en Italia Galileo y antes de él lo había formulado Leonardo de Vinci, y no hay otro. Pero ese criterio era cabalmente el que rechazaba Descartes.

La razón nos guía bien, pero no es sino un instrumento. Por otra parte el campo de nuestra experiencia es muy limitado. Si se hace universal lo que no lo es, la razón llegará á consecuencias erróneas. Antes de que se descubriera la Australia, no se admitía la existencia de cisnes negros. De modo que, uno puede

Digitized by Google

ser arrastrado por el razonamiento á admitir conclusiones que la experiencia desmiente. No pocos ejemplos de ello nos puede ofrecer la física de Aristóteles.

Generalizaciones de experiencias no verificadas, y, por lo tanto, más bien de apariencias, indujeron en error á la mente de Aristóteles, ¡y trátase del estagirita!... De tales generalizaciones consta en la mayoría de los casos el conocimiento vulgar, y de ahí la dificultad de dar á entender algo al vulgo.

Por todo lo cual la mente humana madurando, desconfió, no ya de la razón sino de lo que le parecía evidente, y Leonardo formuló el gran principio que nada se puede afirmar con certidumbre, sino lo demostrado por la experiencia. Aristóteles de no sé cuales consideraciones colegía que la tierra ha de tener la forma de una pera. Ahora Nantzen ha vuelto á salir con la misma opinión. Según él en el polo austral la tierra ha de tener una prominencia. Son conjeturas más ó menos probables, pero, mientras tanto, hasta que no se llegue al polo, nada seguro se puede afirmar. No es, pues, la evidencia, sino la experiencia, el solo criterio de verdad.

Volviendo á Descartes, él establece que el hombre no ha de rendirse sino á la evidencia, pero no ha de rechazar lo evidente. Y son estos dos principios vanos, pues la evidencia á nadie repugna, sin que ello importe decir que lo evidente sea cierto.

Planteado ese principio Descartes da otro paso, admitiendo como evidente la idea de Dios y su existencia. Y sin embargo ya Santo Tomás, autor insospechable, había negado tal evidencia, por cuanto si la hubiera no sería concebible el ateismo. Aquí aparece su célebre argumento ontológico, argumento ya refutado por Santo Tomás en Anselmo de Aosta, con solo recordar el principio: *aposce ad esse non valet illatio*, «no se puede de la posibilidad argumentar el ser.»

La cuestión de la existencia de Dios se halla todavía en los términos en que fué planteada por Aristóteles y los Escolásticos. La refutación de las pruebas teológicas intentadas por Kant, no resiste á un exámen serio y desapasionado. Antes Kant ha de demostrar la verdad de su sistema: tan sólo en él no es posible demostrar racionalmente la existencia de Dios. La razón por el principio de causalidad pide una causa primera; la idea de movimien-

Digitized by Google

to exige un motor. Pero, con todo, la existencia de Dios, supuesta por la razón, en el estado actual de los conocimientos no se puede dar como un hecho. Sería menester que Dios se nos mostrase.—Lo que la razón demuestra es que si hay movimiento, si hay materia, han de tener una causa de su existencia; mas, si esta causa la tienen en sí ó fuera de sí, en otro ser, no lo sabemos, porque para ello se necesitaría el conocimiento de la esencia de la materia y del movimiento. Según la noción común la materia no podría ser eterna, y la demostración remonta hasta Platón.

También el tercer principio cartesiano de la evidencia inmediata de la vida de Dios, es falso, pero dándolo por demostrado, por axiomático, encontró una base, pues con Dios todo se explica. El mal es que su demostración artificial ha perjudicado no poco á tal idea, haciendo creer que ésta no tenga otras pruebas que el mencionado sofisma.

El criterio de la verdad no se halla, pues, en el razonamiento, el cual no conduce á conclusiones verdaderas, sino cuando sale de primisas ciertas. La verdad de estas no tiene otra demostración que la experiencia. Una premisa demostrada por la experiencia es base firme del razonemiento. Si la razón ha conducido á conclusiones falsas con mucha frecuencia, ha sido, cuando se ha examinado bien la cuestión después de reconocido el error, porque tomábase como demostrada una premisa que no lo era.

Tal es el criterio de la verdad. La razón nos lo indica anticipándose á la experiencia, pero sus indicaciones han de ser confirmadas por ésta.

A veces son tales y tantos los indicios que dudar es temeridad. Antes de que Foucault diera la prueba experimental de la rotación de la tierra, esta ya admitíase como demostrada. Sin embargo sólo esa prueba nos dió la certidumbre absoluta.

Resumiendo. El criterio de la verdad es el que fué indicado y formulado por Leonardo. «Sólo la experiencia es madre de la ciencia, del saber verdadero. Lo que no cae bajo la experiencia nunca podrá afirmarse con seguridad.»

HANS FRIEDRICH.

Digitized by Google

ESCEPTICISMO

Era bastante rara la preferencia que el joven Derval manifestaba por la filosofía. Este estudio le llevaba largas horas de molesta meditación y análisis y confrontaciones prolijos. Jamás había concluido una lectura sin comprenderla totalmente y conseguir que le despertase un cúmulo de ideas que sucintamente consignaba en las márgenes de los libros. Martirizando su inteligencia, proporcionábase una voluptuosidad sutil, tanto más intensa, cuanto mayor fuese la fatiga.

Poco duró esta delectación en el dolor. En un invierno en que su dedicación y entusiasmo por el estudio alcanzaban máxima tensión, cayeron á sus manos los libros del inglés Berkeley. Demás decir, que la influencia del pensador sobre aquel espíritu fué enormemente funesta. Su temperamento siempre propicio á la negación cobró nuevos brios tras ese estudio, llevando la simpatía por el atormentado sajón al frenesí más loco. En el fondo de este frenesí, empero, no faltaban reservas. Para Derval, Berkeley fué un gran espíritu lógico mientras no se acogió á las *ideas* y á *Dios;* tales refugios inconsecuentes le habían perdido y esta circunstancia, disgustaba á él profundamente. Tímidas escapatorias destruían la mejor de las obras.

Y así el joven estudioso quería pensar tan sólo, en un negador sin contradiciones ni miedo y, por cuenta propia, llevaba los análisis del autor á extremos inconcebibles. Dios, decíase, no puede *ser*, puesto que no *es* el mundo, y las ideas, desde que no

Digitized by Google

son sino representaciones de lo irreal, *más que de lo irreal*, de lo problemático, de lo ignorado, de lo desconocido, *tampoco son*. Y como las cosas, también los hombres eran nada, ó podían ser, ó no ser. La lógica le imponía no creer en ellos.

No detuvo aquí el análisis; llegó á negarse á sí mismo. Ignoraba la realidad de su cuerpo; pero por un rarísimo razonamiento salvó—en su concepto—una contradicción: sin creer en los órganos no dudaba de lo que los psicólogos llaman la cenestesia. Afirmaba un yo orgánico muy difuso, su cenestesia propia, que el la sentía y sintiéndola se la explicaba, pero que para precisar la en palabras tenía que recurrir á una terminología que la desfiguraba y que era, al mismo tiempo, asáz diferente de la que la moderna Psicología emplea al señalar el fenómeno.

Día á día, nuevas dudas se imponían á su espíritu. Y de manera análoga — no idéntica— á los melancólicos, iba disolviéndose su personalidad. Su mismo yo orgánico le parecía problemático, ó por lo menos discutible; en fín, llevaba ya camino de verse apariencia entre apariencias, cuando un incidente de familia que por lo doloroso y fuerte, pudo exasperar su locura, tuvo más bien por consecuencia desviarle la atención de aquellos lastimeros análisis. Su madre, de quien tanto le apartaran las más frías abstracciones, acababa de morir despues de una enfermedad seguramente agravada por justos celos, pues que desde colegial, su hijo más que á ella, perteneció á los libros.

Derval se anotició del suceso con indiferencia pasmosa. ¿Qué sabia él de su madre, qué de la vida, qué de la muerte? Ni sus apariencias conocía.

De no introducirlo su hermano en la estancia mortuoria, habría permanecido impasible en la biblioteca, su residencia habitual.

La presencia del cadáver no desalojó de su conciencia el razonamiento con que dejara su habitación. «¿La realidad como a veo, diferente, apariencia, nada, qué?»—Y sólo á indicación del hermano inclinóse inconsciente sobre la frente de la difunta, menos helada en su insensibilidad de muerte que la indiferencia de esos labios, todavía adolescentes. Antes de separarlos, sintió rozar su mejilla por una mano albísima y fina que fué á posarse en

Digitized by Google

la cabellera de la muerta para acariciarla mucho tiempo. Y con ese contacto, un subitáneo hervor de sangre y un crugir en mil pedazos de toda su máquina lógica.

Hacía tiempo que el joven filósofo había conseguido acallar con la consagración al estudio y con toda clase de recursos succedáneos, los irresistibles impulsos de su virilidad. Pero nació en el trópico y la lucha fué desigual y costosa, la victoria, provisional.

Hoy que la filosofía acababa de aislarle del mundo, libertándole de toda cadena material, ardía su sangre salvajemente al remotísimo contacto de inasible chispa... Brotóle del corazón un Sí, fogoso y vibrante, que fué ahogando, uno á uno, en sus sonoridades prestigiosas, todos los Nó que se le aferraban en el cerebro.

¡Sí, la vida es; yo amo la vida!,—repitió Derval con voz á un tiempo segura y trémula.

Y bien próximo al lecho de muerte, ofreció á la existencia la ofrenda ardiente de una mirada subyugadora, hipnotizante...

Desde aquel día, Laura fué suya. Sus besos le arrancaban los sí más enérgicos. Hasta que tornó á los libros... Entonces, pudo constatar en carne propia la ley de contradicción de Hegel... Perdíase en las antiguas sombras, en esta vez, para siempre.

Él, que reprobó al desesperado místico por sólo dos refugios *ideales*, luchaba en vano por encontrarlos en un par de labios. ¡También moría el pobre nido de besos!...

Fué en una tarde de fuego. Derval y Laura fundían sus bocas con pasión tan devota y sabia, que aquellos labios solo parecían copas carnales de trémula finura en que los amantes escanciaran sus almas.... De pronto, el primero, retrocedió como espantado; hundiéronse las órbitas de sus ojos y, en la lividez de esas cuencas, giraron las pupilas en macabra expresión de ruina. Su voz opaca dijo: ¿Y tú... yó... qué?...

Pasó una nube oscureciendo el sol.

LUIS IPIÑA (hijo).

Digitized by Google

BELLAS ARTES

3.ª EXPOSICIÓN DE AFICIONADOS

Salón Costa—Se inauguró y clausuró con merecido éxito el tercer certámen artístico organizado por la floreciente *Sociedad de Aficionados*.

Sesenta y seis fueron los expositores y más de ciento cuarenta las obras.

La audaz tentativa de la primera iniciación medró en el año siguiente y se ha afianzado en esta tercera exposición, muy digna de tenerse en cuenta y que señala un notable progreso.

En la pintura presentó notas íntimas el doctor Cupertino del Campo, de quién para las cosas de sol y aire muchos de nuestros profesionales harían bien en solicitar lecciones.

Las de Cárlos de la Torre muy personales y sentidas, hechas con amor y pintadas con virtuosidad, fueron todas adquiridas.

Un desnudo al pastel de Francisco de Elizalde era una buena y vigorosa nota.

Los señores Pardo de Tavera y Guillermo Rojo se distinguieron en la escultura; al buril del primero se debe *El secreto de la roca*, espléndido mármol que se extravió en viaje á la Exposición de St. Louis y que reapareció aquí para atestiguar con toda la fuerza de su gracia, que su autor es uno de nuestros artistas escultores de primera fila.

Enrique Prins entre otras fantasías de aficionado presentó una tela *Las noches del Retamo*, con suficientes condiciones para satisfacer al más exigente pintor de historia.

Digitized by Google

Su retrato de Facundo es el mejor que conocemos y en cuanto á la realización de las cuatro figuras en el cuadro, podemos afirmar que ninguno de nuestros profesionales de hoy ha hecho en su género nada más feliz.

No hacemos más crónica por haber perdido esta exposición su actualidad y cerramos esta nota con un aplauso de estímulo para todos los que contribuyeron á su éxito.

EL GRUPO «NEXUS»

Fué también en Septiembre, en los primeros días primaverales del año 1901, que en el antiguo salón *Freitas* y *Castillo*, un grupo de pintores argentinos, Schiaffino, Sivori, Della Valle, Ballerini, Rodríguez Etchart y Caraffa, respondiendo á un mismo ideal, dispuestos á la defensa y á la lucha, abrieron su primera exposición. Tuvo ésta un gran éxito y se repitió en Julio del año siguiente, enriquecida la falange inicial con los nombres de Malharro, De la Cárcova, García, Maggiolo, Marcelino Barneche, Correa Morales y Mateo Alonso.

Despues dejaron de vivir Ballerini, Rodríguez Etchart y Della Valle; los demás, asolados por la rudeza del doloroso golpe que suprimía á los más valientes y tesoneros de la fila, ahogados en el enrarecimiento del ambiente, menos propicio que ahora á la floración autóctona, se dispersaron, perdidas la fé y los bríos del primer momento.

Ahora, despues de seis años de la primera tentativa, un grupo de la jóven generación, bajo el lema de *Nexus*, se vincula en estrecho compañerismo, en esfuerzo y fé común y en una franca exposición en el *Salón Costa* nos dá clara muestra de sus gallardas condiciones.

La aparición de esta *guardia jóven* del arte nuestro implica una diferenciación con la *guardia vieja*, discrepancia en la particular tendencia, técnica distinta, ideal diverso. Esta diferencia nos dará en lo sucesivo interesantes puntos de comparación.

Fernando Fader, personal siempre, amplio y rudo, presenta siete telas ricas de color y más ricas de promesa, que le individualizan entre sus compañeros. Tiene un defecto,—gala de su juventud,—la impremeditación y la fogosidad, y una alta virtud, la conciencia absoluta de su propio valer. Con más concienzudo

Digitized by Google

reposo, con más respeto por las leyes fundamentales de la técnica, sus obras venideras serán definitivas.

El óleo *Contando ropa* que probablemente el autor pospone á los demás, es para mí, entre las suyas, su nota más valiosa.

Pío Collivadino es el que expone en mayor número, óleos, dibujos y aguas fuertes, realizados aquí y en Europa.

Han sido admirados sus estudios de luz y sus paisajes al claro de luna, siendo la tela *El farol* una magnífica nota.

Caracteriza la pintura de Ripamonte, una luz tamizada más en el cerebro que en el cristal del aire y una tendencia al simbolismo que no llega á convencer. Bien dibujadas, acusan un temperamento y son segura promesa de una obra fuerte.

Rossi presenta una cabeza de excelente factura y un cuadro de composición que al interés del asunto, reune apreciables condiciones de observación y colorido. *En la pendiente* es otra de sus buenas telas.

Linch y Mendez Texo presentan una clara sucesión de marinas, siendo los estudios de oleaje del segundo, dignos de todo encomio.

En escultura, Arturo Dresco, dá vida á un sujestivo retrato de mujer, cuyo yeso, tratado con elegancia y pericia, ha sido de todos celebrado.

Irurtia y Quirós forman también del grupo *Nexus*, si bien, por razones diversas, no han podido coadyuvar al brillante éxito de la primera exposición.

En la próxima, no faltarán obras suyas y las de los compañeros, estimuladas por el aplauso conquistado, formarán otro conjunto, que ha de sobrepasar á esta primera y brillante manifestación, que ha marcado un momento, que es también un rumbo nuevo en los anales del arte.

MANIFESTACIONES EXTRANJERAS

Salón Witcomb—El notable auto-retrato del artista español D. José Llaneces nos habla más claro de su personalidad y de su alma, que el ensayo biográfico de Augusto Martínez Olmedilla y el decir madrileño de D. Mariano de Cavia, ambos incluidos en el elegante catálogo ilustrado, de las treinta y ocho obras expuestas.

Digitized by Google

La cabeza bien española y bien asentada sobre los fuertes hombres es la de un hombre seguro de sí mismo; mira con atención mientras su mano pinta reposadamente; en su paleta, grande como un escudo, se mezclan con holgura todos los colores.

Una rica perla prendida al moño de su corbata blanca nos dice de sus gustos refinados; su buena cadena de oro que le cruza el pecho háblanos de su opulencia y de su atención al tiempo que pasa; la cintilla del ojal, que es hombre de su siglo y que sabe apreciar en lo que valen los honores oficiales; todo él representa la imágen de un hombre contento de vivir y de pintar. Su pintura se nutre de ese equilibrio, es sana, elegante, clara y franca.

Opulenta en los paisajes, severa y reposada en las viejas figuras, satisfecha y florida en las caras de las lindas muchachas, clara y exhuberante siempre.

Entre los paisajes, cuadros de composición y figuras, prefiero y recomiendo estas últimas.

Magistral el retrato de un dibujante español. El caballero siglo XVII donado al Museo es digno de tal destino. Una joya la cabecita de paje, siglo XVII. El encanto seductor que respira el desnudo *la Coqueta* nos hace pasar por alto ciertos defectos de proporción y dibujo. Otro desnudo titulado *Armonía en azul* es la nota menos feliz de la feliz exposición.

La viudita es otra de las joyas y digna de todo encomio la *cabeza tabarda* reproducida en otros dos lienzos.

No me detendré en recomendar otras obras que se bastan á sí mismas para hacerse el propio elogio. Doy fin á estas lijeras líneas sintiendo que lo reducido del espacio me impida dedicar un estudio extenso y razonado á las obras de tan digno artista.

Salón Castillo—El pintor francés M. Emile Troncy, ha expuesto en este salón diez y siete cuadros que son diez y siete muestras de los diversos procedimientos que usa, de la variada técnica que emplea, de las distintas modalidades en que expande su temperamento y de los diversos asuntos que trata.

Óleo, pastel, «ganache» y punta seca; figura, retratos, duraznos, gatos y pescados; apaches frentes al juez y señoritas siglo XVIII que tañen la mandolina en el claro país de un abanico, tales son los medios y tales los sujetos del señor Troncy.

El gran óleo *Salon Carré du Louvre* es un lienzo de recomen-

Digitized by Google

dables condiciones; mucho vigor en el sol que dá su intensa nota de actualidad á ese arcaico y adusto rincón de museo; una justa gradación en las sombras y penumbras, una tonalidad exacta y un severo y correcto dibujo que acusa amplios conocimientos en la difícil perspectiva, son cualidades que se notan desde el primer momento, y prueban, que si su autor hubiera dado una orientación más definida y directa á sus excelentes disposiciones, ocuparía á justo título, un lugar más prominente entre la valiosa nómina de sus contemporáneos artistas.

El señor Troncy ha obtenido medallas de oro en el Salón *des artistes français*, los años 1895 y 1900 y de plata en la Exposición Universal del mismo año. El gobierno de su país le ha comprado varios cuadros que figuran en distintos museos y aquí también, varias de sus obras han sido inmediatamente adquiridas.

L' Aiglon—Del 1.° al 15 de Septiembre, el señor Juan Pinós, pintor español, expuso aquí veinte y ocho óleos, en su mayoría de reciente ejecución y tratando asuntos nuestros.

Pincel sin pretensiones el suyo, vulgar y correcto, sus telas, salvo dos ó tres excepciones, valían, más por lo que sujerían que por lo que realmente mostraban. Así, la titulada *Sin madre*, era intensa y simple.

Héla aquí:

En medio de la Pampa sin límites, junto á la yegua muerta, el potrillito recién nacido, envuelto en las rachas de una madrugada invernal, tirita de frío y de asombro... A lo lejos la manada, agrupada alrededor del padrillo, relincha sus lloros de pariente.

Cuando esté más alto el sol, al tranquito de su zaino, llegará el puestero, cuereará á la madre y se llevará al guachito. Después, con cautelosa parsimonia de ejecutores testamentarios, irán cayendo los caranchos, un álito de vida plena soplará en la Pampa inmensa, y la tropilla, indiferente y dispersa, olvidada de la muerta, vagará, rebuscando los pastillos más tiernos.

Todas las composiciones del señor Pinós respiran una poesía natural, sencilla y fácil, asequible á todos los ojos, al alcance de todas las inteligencias. Esto constituye un mérito, un alto mérito. Le aplaudimos como á poeta que pinta; si persiste en un estudio contínuo y logra personalizar y dar brios á su técnica, hoy

Digitized by Google

subalterna, podrá figurar en la pléyade honrosa de los verdaderos artistas.

EL DESNUDO EN EL ARTE

Motivado por el grupo *Los primeros fríos*, emplazado en el jardín público de la calle Lorca y por la estatua *Primavera*, que se alza á la entrada de la Avenida Alvera, se ha vuelto á poner sobre el tapete este claro y bello tópico.

A la deshonesta diatriba de los enemigos de la belleza y de la forma, cuya pudibundez recuerda á la tan ridícula de los diputados alemanes, que en la apertura del nuevo palacio del Reichstag, en 1895, osaron proscribir de la sala de sus asambleas, la imágen de la *Verdad* porqué estaba desnuda, el señor Intendente que es persona de reconocido criterio y buen gusto, debe responder levantando nuevos y bellos desnudos.

En 1903 se suscitó la misma cuestión y con el título de *La moral ultrajada* escribí las siguientes líneas que copio ahora con toda satisfacción:

« Ciertos sueltistas de periódicos, secundados por un grupo de matronas, madres de familia, han puesto el grito, — un airado grito, — en la hoja de parra.

La llaman, la invocan, la conjuran á cubrír desnudeces de mármol. Entretanto, besadas de sol ó de luna, gozando con la caricia del agua, las ninfas y la Venus de la fuente, — que un melodioso y tonto recato quiere poner en entredicho,— sonrien al paseante, con la sonrisa de sus labios blancos.

¿A que viene este grotesco grito de pudor desbordante? ¿Se atenta por acaso contra la castidad de las personas?... Que no se incurra en la enormidad de querer poner trabas desdorosas á las perfectas obras del Creador.

Tengo ante mi mesa, una reproducción de *Las tres Gracias* de Regnault; los tres sagrados cuerpos cantan á trío el himno natural y limpio de sus morbideces perfectas al rededor de una sola, intensa nota: la Belleza. Para cubrir lo verdaderamente deshonesto y feo, tengamos sí un velo, pero en nuestras propias conciencias.

En cuanto á los que se han afectado con la pura y franca actitud de las figuras de Lola Mora, les recordamos para su edifi-

Digitized by Google

cación personal que la linda Santa Eugenia se despojó de sus vestiduras, desafiando con un reto de pureza á los verdugos, y que la virgen Santa Inés, caminaba al tormento, vistiendo tan solo la túnica rubia de sus cabellos y la leyenda dice que no había ni rubor ni vergüenza en sus mejillas; el fino cuerpo pálido irradiaba pureza y belleza solamente.»

NOTAS

Las dos obras escultóricas de Meunier, el *Sembrador* y el *Segador*, han sido ya colocadas en el confín de la Avenida Alvear. En breve se fijará el sitio para las demás obras de ornato adquiridas en Europa por cuenta de la comuna.

—*El triunfo del trabajo*, grupo alegórico de Rogelio Irurtia, ha sido adquirido por la Municipalidad.

—Al escultor Víctor de Pol le ha sido encomendado el monumento á Sarmiento, destinado para la ciudad del Rosario.

—El 27 de Octubre se inaugura el monumento á Echeverría, obra del escultor Torcuato Tasso.

Hablaré de él en el próximo número.

CONFIRMACIÓN

Las *Palabras Preliminares* de la crónica anterior, han parecido á ciertas personas, de excesiva crudeza.

Declaro que exprofeso y guiado por las mejores intenciones, extremé la rudeza de la crítica. Absolutamente indiferente y sincero quise dar la nota opuesta á la que en general nos tienen acostumbrados los que sobre cosas de arte escriben entre nosotros. En el afán de ser galantes y no herir susceptibilidades, se extravía el criterio del público, perjudicándole en la mayoría de las veces; tal sucedió, en materia de arte teatral, por ejemplo, á los que escucharon las hosanas cantadas en loor del anciano Mr. Coquelín y de la ilustre Eleonora Duse, ambos, grandes artistas en el último cuarto del siglo pasado, y hoy deformes y pálidas sombras de lo que fueron.

Persistiré por consiguiente en el camino emprendido, pues si á muchas personas les ha parecido alto el tono del artículo anterior, varias han aplaudido su tendencia regeneradora y ecuánime, y esto basta.

EMILIO ORTIZ GROGNET.

Digitized by Google

LETRAS ARGENTINAS

«Estudios históricos y políticos» POR LUCAS AYARRAGARAY—

Usase entre nosotros de un procedimiento harto conocido para la formación de los libros. Se escriben artículos en cualquier diario, se envían cartas abiertas, se pronuncian discursos; luego, al cabo de algún tiempo se reune la producción, sin método, sin crítica, sin una previa selección, y héte el libro formado. Este adolecerá como es natural, de todos los defectos inherentes á una producción puramente ocasional; pero ¿que dá? Será siempre un libro más en el bagaje de las *obras* del autor.

Estas observaciones bien pueden ser aplicadas á los *Estudios históricos y políticos* del señor Ayarragaray.

Pues ¿qué menos debe exigírsele á un libro de índole semejante, que nos diga algo nuevo ú original, algo que nos enseñe ó sugiera ideas? Y nada de eso encontramos en los *Estudios históricos y políticos*. Su forma ni buena ni mala. Un estilo diluido y empavesado, que no constituye una novedad en nuestra produccion literaria. Fáltale el rasgo intenso, la expresión audaz, conceptuosa, la frase sintética, certera, que caracterizan al escritor de raza.

En cuanto al fondo bien pobre. Iníciase el libro asaz felizmente con un breve y substancioso artículo sobre la literatura de las invasiones inglesas, mas defrauda luego las esperanzas que ese primer artículo hiciera abrigar. Los títulos de los artículos prometen un mundo, pero su desarrollo no mantiene la promesa

Digitized by Google

Son temas tratados á vuelo de pájaro, sin mayor ahondamiento, sin vistas nuevas y personales. ¿Para qué, entonces, publicar un libro? Cito algunos títulos al acaso: «El problema educacional argentino», «Causas y antecedentes de la sumisión política argentina», «El caudillismo en la historia y en la política argentina», etc., que si alguna idea contienen son la repetición de lo que ya nos dijera el autor en *La anarquía argentina y el caudillismo*, su obra anterior.

Una firma conocida y respetable como la del señor Ayarragaray no debe ser usada en esta forma para salvar tan pobre mercancía, aunque la edición sea lujosa. El tiempo urge y no nos es posible leer sino aquello que nos diga algo nuevo. Necesitamos intensificar nuestra producción, darle nervio, encararla con seriedad, á fin de que no siga manteniéndose en la esfera de un hueco palabrerío que aturda, empalague, importe una pérdida de tiempo y no deje rastro.

Queden ya los artículos del momento en la hoja volante en que fueron publicados, y pierdan de una vez nuestros publicistas ese lamentable defecto de reunir en libro todo lo que escribieron al azar de sus nervios.

El libro ha menester de médula, y de médula necesitan sobre todo nuestras letras. Por eso este artículo más que á este caso particular envuelve una censura á todo un sistema de producción literaria muy en boga en estas playas, y abonado, que es lo peor, por respetabilísimas firmas.

«Los Vencidos» POR MARCELO DEL MAZO.

Ya he tenido oportunidad de hablar ligeramente en esta misma revista de las dificultades que se oponen á la redacción de un buen libro de cuentos. También he señalado, de paso, el abuso en que hoy se incurre del argumento fantástico y de los personajes arrancados al manicomio, hecho debido, muy probablemente, á la incapacidad de la mayoría de los cuentistas de entrarse en los asuntos vividos, reales, y de abordar los serios análisis de las almas, siempre prontas á revelar sus más ocultos tesoros á quien sepa abrirlas con la rara llave de una honda penetración psicológica.

Digitized by Google

Por estas razones merece todo encomio *Los Vencidos*, sustancioso libro de cuentos aparecido en el mes, porque en él su autor ha atendido con preferencia á la observación en que la sutileza, buscada con empeño, no perjudica sin embargo la verdad.

Los cuentos del señor Del Mazo, sobrios é intensos por lo común, bien que haya también entre ellos algunos de escaso interés ó de argumento vagamente definido, tienen valor principalmente—y esto no importa una crítica al libro sino antes bien la caracterización de su cualidad fundamental, más que en sí mismos como un todo tejido sobre un determinado tema, en los detalles fugaces en que abundan, en esos rasgos íntimos sorprendidos al vuelo con fina perspicacia. En esto estriba, á mi parecer, el mérito positivo de *Los Vencidos*, libro revelador de un psicólogo que auna la delicadeza á la sagacidad.

La obra también llama la atención por su estilo, eminentemente personal y conciso, quizás á ratos demasiado conciso, y,—lástima grande—flaqueante con frecuencia del punto de vista sintáctico. El señor de Mazo debe concentrar en él un especial cuidado, para llegar á dominarlo con toda la seguridad que sería de desear. Salvado este defecto facilmente corregible, podrá desplegar entonces, con aquella mayor eficacia que la plena posesión de la lengua ha de darle, su exquisita sensibilidad, su simpatía por las almas náufragas, su habilidad en mostrarlas al desnudo, en fin, todas las ro comunes cualidades que este primer libro encierra.

ROBERTO F. GIUSTI.

En el próximo número publicará la revista la crítica al libro «Rosas y su tiempo».—*N. de la D.*

Digitized by Google

TEATRO NACIONAL

Nacional: «Las dos fuerzas» *por don Julio Sánchez Gardel.* — «La Rondalla» *por don Victor Perez Petit.* — «La Tía Brígida» *por don Alberto Novión.*

El señor Julio Sánchez Gardel, autor de varias tentativas dramáticas más ó menos felices, nos ofreció en el mes pasado una nueva producción teatral.

Su nueva obra «Las dos fuerzas», es una comedia en tres actos, de argumento trivial, de construcción debil, de caracteres poco precisos, de diálogos faltos de ingenio y de factura literaria mediocre, pues la forma en los pasajes «cuidados» es justamente aquella que puede mejor dar á los iletrados la ilusión de la «literatura.»

El primer acto, de acción demasiado lenta, pesa con exceso sobre Don Máximo, tipo grotesco, decidor de chistes que no resultan tales, y que á pesar de todas sus *cualidades*, le veremos, por dos veces en la obra, ser el amigo confidencial, el depositario de las amarguras y sinsabores de los protagonistas. Este personaje nos resultó de un gusto absolutamente detestable.

El segundo acto es sin duda alguna el mejor de la comedia pues contiene las dos únicas escenas verdaderamente llenas de calor y vida: la de la explicación entre Acosta y Enrique y la siguiente entre el primero y Luisa.

El tercer acto, con su final inesperado é ingenuo, acaba de remachar la mala impresión que nos dejara el desarrollo de la obra, inferior, en su conjunto, á las esperanzas que hiciera abri-

Digitized by Google

gar el señor Sánchez Gardel con su boceto anterior «Noche de luna.»

«La Rondalla» del distinguido escritor uruguayo Victor Perez Petit, es un drama en tres actos, de trama sencilla y conmovedora. El interior de un hogar humilde, con todos los diarios incidentes de la vida de familia, está pintado, especialmente en el segundo acto, de una manera verdaderamente sabrosa. Escrita en una prosa firme, nitida y toda llena de sinceridad, «La Rondalla» es una obra robusta y sana, un excelente estudio de costumbres. Los caracteres tienen un relieve bastante marcado, de un análisis un poco sumario, pero bien vivos y dramáticos.

Su defecto capital lo constituye el tercer acto, pesado, mortalmente aburridor y demasiado cargado en tintes melodramáticos. Es un acto inutil y atentatorio al buen éxito de la obra.

En momentos de entrar en máquina este número, acaba de estrenarse una comedia en un acto de Don Alberto Novión titulada «La tia Brígida», de la cual no queremos dejar de decir dos palabras.

«La tía Brígida», es una comedia de costumbres camperas llena de frescura, sencillez é ingenuidad. Los diálogos fáciles, chisporroteantes de ingenio, hicieron pasar al público ratos deliciosos. La acción es tan natural, que á ratos resulta muy lenta. Los caracteres, bien precisos, especialmente el de la tía Brígida, admirablemente interpretado por la señora Orfilia Rico. «Doña Rosario », «La Gaucha» y las otras obras del señor Novión han demostrado que es un maestro en el género. Si bien en el eje central son todas demasiado similares, siempre encierran detalles interesantes y novedosos que las diferencian unas de otras. Sobresalieron además en la interpretación la señorita Angela Tesada y el señor Elías Alippi.

Marconi: «JUAN FACUNDO QUIROGA», *por don Alejandro Gancedo* (hijo).

En este teatro estrenóse el 6 de Setiembre, un drama histórico en un prólogo y tres actos, divididos en 6 cuadros, original del Señor Alejandro Gancedo (hijo).

Este drama, que se presentaba precedido de una gran réclame

Digitized by Google

y con pretensiones de refutar una obra anterior del Dr. David Peña sobre el mismo tema, obtuvo la noche de su estreno una silenciosa acogida.

Fracasó pues ante el público y también ante la crítica, que la acusó de ser una simple yuxtaposición de cuadros sin acción continuada ni trabazón directa. Creemos, sin embargo, que la observación es injusta, pues esta es precisamente una de las dificultades de este género dramático y que, en nuestro concepto, le hace inabordable en el teatro. Pero, aceptándolo, basta que, en ausencia de una acción continua, de una intriga que una los cuadros entre sí, haya mucho movimiento escénico é invención en el detalle, para que la obra sea teatralmente buena.

Ahora bien, se hallan en el drama del señor Gancedo, estas últimas cualidades? Lo suficiente, para que pueda considerársela una obra *estimable*. Bien es cierto que el tercer acto, de una ingenuidad asombrosa y de un final de circo, borran toda buena impresión anterior; pero, con todo creemos que hay en la obra escenas que revelan en su autor cualidades que cultivadas, podrán darnos obras algo más estimables que «Juan Facundo Quiroga.»

— Durante el mismo mes se han efectuado en este teatro algunas *reprises* de las obras mejores del repertorio.

Entre estas, dióse «Los Muertos», ese profundo drama de Florencio Sánchez, (nuestro Bracco por la potencia y por la audacia) drama que bien podría figurar sin desmérito en cualquier cartel de teatro europeo.

Volvimos á ver igualmente «El Arlequín», este fuerte y hermoso drama de Otto Miguel Cione, sin duda alguna su obra más perfecta, á pesar de notarse también en ella, como en las otras del autor, ciertos toques artificiosos y novelescos.

— Por dos razones hemos sido y seguiremos siendo tan breves en estas notas: la primera, por considerar fuera de lugar las largas exposiciones de obras, en su mayoría retiradas del cartel á la aparición del número; la segunda y primordial, porque pensamos que el valor de las obras no se mide por la extensión de los comentarios que inspiran.

ALFREDO A. BIANCHI.

Digitized by Google

NOTAS Y COMENTARIOS

Sully Prudhomme—Esta revista también quiere arrojar su humilde manojo de siemprevivas sobre la tumba del poeta. No es un juicio el que pretende dar á continuación. Sólo son dos palabras de homenaje á la memoria de ese sutil y melancólico poeta con cuya desaparición pierde el mundo latino uno más de sus buenos líricos.

Sully Prudhomme dijo en sus versos muchas cosas bellas y suaves. La mayoría de sus libros fueron las obras de un solitario que gustó de replegarse sobre sí mismo para analizar una á una las fibras más recónditas de su alma.

Su sensibilidad excesiva debió hacerle padecer mucho.

«*J'ai voulu tout aimer et je suis malheureux....*»

La mayor parte de sus poemas fueron breves meditaciones de una tristeza penetrante, que más que por la música del verso nos interesan por el placer intelectual que nos produce la revelación de esas intimidades que todos llevamos en nosotros.

Pero en él, psicólogo sutil y tierno, hubo también un humanitario, un convencido creyente en la ciencia y en el progreso. Fué también un pensador y como tal derramó ideas á manos llenas en sus versos, de un tinte siempre más filosófico á medida que él fué avanzando en la senda de la vida. Sus poemas de más largo aliento, *La Justice* y *Le Bonheur* fueron ya no sólo las obras de un poeta sino también de un filósofo.

Los jóvenes lo negaron. Es la ley que eternamente se reproduce. Pero en su tumba, fresca aún, no es posible mantener esas negaciones sólo admisibles en el ardor de la lucha. Un poeta no excluye á otro. Sully Prudhomme no excluye á Samain como la gloria de Verlaine no ofusca la de Hugo. En el templo del Arte todos caben.

El viaje de Roberto J. Payró—Uno más que se marcha á visitar otras tierras.

Forman legión ya los artistas y estudiosos de este país idos á

Digitized by Google

Europa á cosechar experiencia y conocimientos. Payró es uno más de la útil falange. Y él lleva consigo al partir condiciones de las que acaso la mayoría de los viajeros hállase desprovista: lleva consigo una amplia experiencia adquirida en sus largos años de brega en el periodismo; un profundo conocimiento de la vida, de los hombres y sobre todo del país, y á mas un vivo deseo de aprender y de hacerse nuevos puntos de vista, nuevos criterios en esos nuevos horizontes que se le abrirán.

A través del mar la revista envía su saludo á este fuerte é incansable trabajador.

Presente griego—Todos conocen los incidentes asaz divertidos á que dio lugar ese impagable concurso dramático del Teatro Nacional, realizado á fines del año pasado. Falló el jurado y á raíz del veredicto se enardecieron los ánimos, formándose bandos, armándose alborotos callejeros y discutiéndose las obras premiadas con un entusiasmo poco común en las esferas de nuestra mansa literatura.

Ahora la dirección de la revista ha resuelto publicar en este número la obra que recibió el primer premio. Ya calmados los ánimos, podrán todos los interesados formarse un juicio definitivo sobre la obra, con toda la tranquilidad que la lectura permite. La dirección por su parte no cree oportuno emitir opinión al respecto. Cree, sí, de todos modos, no inútil la publicación de este drama, que, aparte sus méritos, tiene el precedente envidiable de haber levantado en torno suyo una cierta polvareda. Su autor no necesita presentación. Sus muchas obras anteriores, recibidas con general favor por el público y la crítica, lo han colocado entre nuestros autores dramáticos de primera fila. En cuanto á este drama, juzguen los entendidos.....

Erratas—En la «Oda á Rubén Darío del Señor Alfredo Arteaga se ha incurrido en un grave error de imprenta que no podemos pasar por alto.

En la página 145, los versos 20, 21 y 22 deben decir:

al Verbo que al espíritu sustenta;
que no matan el fuego, la cruz ni la cicuta;
al Verbo que derriba iniquidades;

El buen criterio del lector, salvará los otros errores de menor importancia que contenga el número.

Libros recibidos—*Marcelo del Mazo*, «Los Vencidos».

—*Francisco Capello*, «Petrarca».

—*F. Enrique D. Sisson*, «Grisailles el Vitraux».

NOSOTROS.

Digitized by Google

NOSOTROS

LEONARDO DE VINCI

Leonardo de Vinci es mucho más conocido de fama que de hecho. Falta el medio de estimar con justicia al artista y al sabio. En efecto del Cenáculo no ha quedado otra cosa que la huella del sitio que ocupaba en la pared; de los retratos que se conservan bajo su nombre, los más son de dudosa autenticidad, y los dos ó tres auténticos, ó están averiados ó inconclusos; é igualmente inconclusos ó averiados están los pocos cuadros con seguridad suyos. Ninguna obra de escultura, ni los relieves ni las cabezas de que habla Vasari, ni la gran estatua ecuestre de Francisco Sforza, alrededor de la cual trabajó por bien 16 años, se ha conservado: sólo de algunas estatuas que vénse en San Juan de Florencia sábese que por él fueron hechos los modelos.

Sus códices, salvados como por milagro de la incuria de los ignorantes y de la rapacidad de los admiradores, son bastantes, pero tienen confundidas las hojas, y se hallan dispersos más que reunidos por las bibliotecas de Europa. El siglo pasado se ha hecho acreedor de Leonardo, llevando á término la publicación de varios de sus escritos y emprendiendo la de los restantes. Por el primero el físico de Modena Juan Bautista Venturi hizo un extracto de los escritos de Leonardo y lo publicó en Paris en 1797; pero estudios serios no se hicieron sino más tarde por parte de

Digitized by Google

Carlos Ravaisson Mollien en Francia, y de Juan Pablo Richter en Inglaterra. Ravaisson tuvo á tal efecto del gobierno francés un subsidio de más de cien mil liras. Ahora se está imprimiendo en Milán el Códice Atlántico, el verdadero testamento de Leonardo, en el que se hallan reunidos sus estudios desde cuando era todavía casi niño, hasta los últimos años de su vida. Falta aún, sin embargo, ordenarlos é interpretarlos, y que sean hechos accesibles por su precio á los estudiosos.

En lo que se refiere á su vida, Venturi y Amoretti recogieron con mucha diligencia y poco ó ningún discernimiento todo lo que se encuentra en el Anónimo, en Vasari, en Lomazzi, etc.; pero casi nada resiste á la crítica. Las publicaciones más recientes se fundan en su mayoría sobre los trabajos de Uzielli, acaso algo inclinado á exagerar.

Leonardo nació el año 1452 ó en Vinci cerca de Empoli, junto á la falda del monte Albano, ó algo más arriba en el valle, en Arquiano, en la única casa que aún queda de ese castillo. Fué fruto de los ilegítimos amores de Pedro de Vinci y de una cierta Catalina que casóse luego con un Accattabriga de la Vacca. Los de Vinci eran una familia de notarios florentinos: de ellos el primero que se conoce es Guido, hijo de Miguel de Vinci, recordado en un documento de 1339. El año del nacimiento de Leonardo, Pedro casóse con Albiera hija de Juan Amadori; pero ni de ella, ni de su segunda esposa, Francisca hija de Juan Sanfedini, que tomó en 1465, tuvo hijos. Fué en esto más afortunado con una tercera esposa, Margarita hija de Jacobo de Guillermo, que tomó en 1465 con 965 florines de dote. A más de una renta de unas 765 liras, Pedro tenía una numerosa parroquia en Florencia, de modo que puede afirmarse que Leonardo creció en el bienestar.

Si Vasari no miente, Leonardo, dióse aún jovencito al estudio de las matemáticas y se halló bien pronto en condición de embarazar á su maestro con preguntas. De todos modos, ó de joven, ó más tarde con Pacioli, debió sin duda estudiar matemáticas, pues de otra suerte no habría podido hacer tantos progresos en la mecánica.

Digitized by Google

Mientras tanto Amoretti cita una carta en la que Leonardo pide prestado un Arquímedes al obispo de Padua. Un día el padre llevó un cuaderno de su hijo con algunas ilustraciones á pluma al célebre escultor y pintor Verrocchio, quien quedó de ellas tan admirado que quiso tomar y tenerse consigo á Leonardo.

En 1472 ya es anotado Leonardo en el registro de la Compañía de los pintores. En la galería de los Oficios hay en Florencia un cuadro de él con las palabras «Día de Santa María de la Nieve á 5 de Agosto de 1477».

La fiesta de la Virgen de la Nieve celébrase en Suiza cerca de Lucerna, razón por la que Ravaisson creyó de reconocer el Righi en las montañas del fondo.

De Leonardo es el angel en el bautismo de Cristo de Verrocchio que también se encuentra en la galería de los Oficios. Dicen que cuando Verrocchio lo vió tomó la resolución de no tocar nunca jamás el pincel.

Hallábase con Verrocchio Leonardo en 1476, habiendo sido con él procesado por graves imputaciones; pero fueron absueltos «sub conditionem ut retamburentur», es decir que fueran *retamborados*.

Consistía la pena de la *retamboración* en colocar en público un tambor para recoger acusaciones anónimas.

Gozaba entonces Leonardo de la amistad de Lorenzo de Médicis y ya desde aquel tiempo tenía discípulos; pero también desde entonces tenía la pésima costumbre de dejar á medias todos los trabajos, si bien á menudo ya hubiesen sido en parte pagados.

Iba en torno con una libreta y un lápiz, tomando nota de todo y copiando las caras más contrahechas.

Un quintero del padre cortó un día una rueda en un tronco y llevósela á su dueño para que hiciese pintar en ella algo por Leonardo. Este tomó y preparó la rueda recogiendo mientras tanto lagartos, escuerzos, culebras y otras semejantes asquerosas alimañas, y un buen día compuso de todas ellas y pintó en la rueda un monstruo cuya vista horrorizaba. Pedro admirado la vendió por una buena cantidad, y habiendo comprado un trozo de

Digitized by Google

madera hízole pintar en él para el quintero un corazón atravesado por una flecha.

De las muchas obras de Leonardo de aquel tiempo sólo quedan, inconclusas, la Medusa y la adoración de los Reyes Magos. Autorretratos de Leonardo existen varios: uno es de esa época y confirma lo que todos sus biógrafos atestiguan de su maravillosa belleza. Ya desde entonces llevaba esa gran barba suya y los cabellos largos. Por otra parte sabemos que era el primer poeta improvisador de sus tiempos, que hablaba con gracia inefable y con una fuerza de persuasión que Vasari llama terrible; que en la natación y en todos los demás ejercicios que reclaman fuerza y destreza nadie lo vencía, y que encorvaba entre sus dedos un clavo sin la menor apariencia de esfuerzo. Además no tenía igual ni en el componer música ni en el tocar la lira, ni en la belleza de la voz, siendo por consiguiente el ídolo de las cortes.

En el 79 hallábase todavía en Florencia. En un dibujo existente ahora en Londres, que representa un ahorcado, dice debajo de unos apuntes de ropa sucia: «Bernardo de Baldino Baroncigli». Baroncelli fué el asesino de Julián de Médicis, que aprehendido en Constantinopla y reconducido á Florencia, fué ahorcado en 29 de Diciembre de 1479. Leonardo todavía en el 81 pintaba un cuadro para el convento de Scopeto. En el 87 fué por vez primera á Milán invitado como tocador de lira, y llevó al Duque de parte de Lorenzo una lira á la que habíale hecho una caja armónica de plata en forma de cráneo. Volvió inmediatamente á Florencia, y en los cuatro años siguientes no se sabe donde se estableció. Richter supone que Leonardo haya ido en esta época al Oriente y héchose allí musulman. Ha dado origen á esta leyenda una extraña carta dirigida al Devat-Dar ó Diodario, ministro del Sultan de Babilonia (es decir del Cairo), Kait Bai, en la que léense descripciones, cálculos, indicaciones exactísimas de acontecimientos y cataclismos. Muchos ven en esa carta un fragmento de novela que Leonardo tenía intención de escribir.

En el 87 se hallaba en Milán al servicio de Ludovico el Moro, y ocupábase en modelar la gran estatua ecuestre de Francisco Sforza, de la que, quien pudo verla afirma que nunca vióse obra

Digitized by Google

más maravillosa. Antes de ser fundida en bronce, fué hecha pedazos por los franceses entrados en Milán. ¡Y Leonardo había trabajado en ella diez y seis años!

También hizo un modelo para la cúpula de la Catedral y dirigió las obras de fortificación del castillo y las grandes obras de irrigación que Ludovico hizo ejecutar en Lomelina y Lombardía.

No hay seguridad que haya hecho los retratos del Duque y de la Duquesa: hizo en vez los de Lucrecia Crivelli y de la humanista Cecilia Galleani, favoritas del Duque. El retrato de la Galleani se ha perdido, y en cuanto á la Crivelli hay quien cree reconocerla en la *Belle Ferroniére* del Louvre.

Por fin pintó el famoso *Cenáculo*, sin dejar mientras tanto de asombrar á los buenos milaneses con invenciones de espectaculosos mecanismos en ocasión de alguna fiesta.

Dejó en el 99 Milán, cuando el Duque fué hecho prisionero, y le encontramos luego como ingeniero militar de César Borgia, y más tarde en Florencia donde hizo los famosos retratos de la Benci y de la Lisa del Giocondo.

En este último retrato que admírase ahora en el Louvre trabajó durante cuatro años sin terminarlo, habiendo sido más tarde borrado y vuelto á pintar por no sé quien..

Son de este tiempo los modelos de las tres estatuas de bronce de la fachada de San Juan, y también de este tiempo es su Leda. Igualmente entonces, en concurrencia con Miguel Angel dibujó el tan celebrado cartón de la batalla de Anguiari, ahora perdido.

Volvió á Milán, y para Ludovico de Francia dirigió los trabajos del canal de la Martesana y otras obras. Luego le encontramos en Roma en 1514 con Julián de Médicis para la coronación de León X, y por fin en el 16 fué á Francia al servicio de Francisco I, donde murió asistido por sus discípulos el 2 de Mayo de 1519.

Francisco I al recibir la triste noticia lloró.

Leonardo prefería la pintura á todas las artes, pero cultivó, como se ha dicho, con no menor suceso la escultura, y con un sentido especial de la gracia, la arquitectura, sin dejar sin embargo de lado ni la música ni la poesía.

Digitized by Google

En la pintura son sus méritos la verdad, la armonía de los colores encontrada en deliciosos acuerdos, los contornos que mueren el uno en el otro, y sobre todo la indefinible expresión del rostro. Su afán de hallar la verdad absoluta en la representación fué la primera causa que le impidió de concluir muchas obras. «En las cejas, dice Vasari, del retrato de la Gioconda, quiso representar también el modo de nacer de los pelos en la carne».

¡Qué hombre! Puede quitársele todo aquello por lo que se hizo la fama, quiero decir, todas sus obras maestras, sin que, no obstante, disminuya su grandeza. Porque además, si los contemporáneos veían en Leonardo un gran artista, los modernos ven en él nada menos que el padre de la *ciencia*.

El estado preciso de los conocimientos en la época de Leonardo no se conoce bien, y por esto su grandeza parece sobrehumana. Cuando tengamos todos los necesarios conocimientos, Leonardo seguirá siendo grande, pero hombre al fin. Actualmente es difícil creerlo tal. Los estudios sobre él se multiplican en todas partes de Europa y en su comparación empequeñecen hasta los genios más grandes.

Yo trataré de hacerlo caber aquí como pueda, y como ahora es posible, rehuyendo las exageraciones.

Con Leonardo el género humano sale de la niñez y entra en la virilidad: no nace una ciencia nueva; nace la ciencia. Admitiendo que ésta se haga nacer con Galileo, Leonardo entonces representará la concepción.

La cuestión del origen y paternidad del método experimental está mal planteada. Nadie lo ha inventado, siendo el único camino por el que el hombre llega al conocimiento, y ya lo describe Aristóteles de quien es la afirmación que sólo mediante inducciones llega el hombre á las verdades generales que son luego en la demostración las premisas del silogismo. La novedad es bien otra como justamente dice Jevons: consiste en dirigirse al estudio de la naturaleza. Las dos escuelas Platónica y Aristotélica—distintas por otra parte—hallábanse acordes en despreciar el estudio de la naturaleza: de ambas la más perjudicial fué sin embargo, la de Aristóteles.

Digitized by Google

Aristóteles, y esta es su contribución á la ciencia, en el estudio del pensamiento partió de un principio verdadero: que la mente se manifiesta en el lenguaje, y en este, pues, estudió las leyes del pensamiento.

Desde semejante punto de vista, decía Lorenzo Valla, contemporáneo de Leonardo, se debería estudiar á Aristóteles.

Su lógica es todavía útil, y vale por lo menos más que tantas otras fabricadas sobre analogías y principios arbitrarios; todo lo restante de su sistema es deducido de su conocimiento vulgar, no examinado ni comprobado, y se halla, pues, como éste, lleno de errores. Aristóteles no duda de la apariencia. El vulgo vé desaparecer el agua de un recipiente y cree que se transforma en aire, y así piensa Aristóteles; vé caer lentamente una pluma y con rapidez una piedra, y piensa que la velocidad de la caída depende de la masa, y es un principio de Aristóteles; vé que el movimiento cesa y piensa que se pierde, de donde la necesidad de una continua renovación, y del motor inmóvil.

Cuando nos parece que tiene la intuición de las ideas modernas caemos en una simple ilusión nacida de la dificultad de trasladarnos á sus tiempos. Por lo demás ha dicho tantas cosas y en modo tan diverso que bien puede ser que alguna vez adivine.

Estudiar el fenómeno, buscar la causa y las condiciones verdaderas de su producción es lo que Aristóteles nunca ha sentido la necesidad de hacer. Lo que no comprendió el gran filósofo es que la naturaleza marcha á su manera y no á la nuestra, y que debemos aprender de ella y no dictarle leyes.

Platón contempla la forma de las cosas y todo para él es número y geometría: Aristóteles quiere explicar el ser de ellas, su esencia, y define palabras.

Si Leonardo hubiese sido literato y filósofo, de poco contaría. Era menester comenzar desde principio y por otro camino, hallarse completamente libre de la influencia de la escuela y por fortuna de Leonardo esta condición verificóse en él.

En el amor del arte es decir de la forma, no es superior á su tiempo; en el buscar la ley de las formas en la constitución de los seres es moderno y padre de nuestra edad. El suponía que la ciencia estuviera sometida al arte y en él encontrara su fin.

Digitized by Google

Los pelos de las cejas deben nacer según una ley que el artista ha de conocer para no violarla incautamente. De aquí su tendencia á buscar la ley en cada cosa que debía representar; y eso de suponer que por doquier exista la ley es ya un pensamiento de sabio.

Debiendo pintar una rama observa en que orden le están dispuestas en torno las hojas y halla que el orden es el mismo en todas las plantas de una determinada especie.

«Tal es el nacimiento, dice, de las ramificaciones de las plantas sobre sus ramas principales, cual es el del nacimiento de las hojas sobre los ramículos del mismo año de esas hojas, las cuales tienen cuatro modos de proceder, la una más alta de la otra. El primero y más universal es que siempre la sexta de arriba nace sobre la sexta de abajo; y el segundo es que las dos terceras de arriba son siempre las dos terceras de abajo; y el tercer modo es que la tercera de arriba se halla sobre la tercera de abajo».

He aquí inaugurada la botánica, y mencionada la ley de la filotaxis. Pero allí no se detiene: quiere saber el porqué de tal disposición.

«Siempre la hoja dirige su cara hacia el cielo á fin de recibir con toda su superficie el rocío que en cierto modo desciende del aire, y tales hojas se hallan en forma determinada repartidas sobre sus plantas, que la una cubre la otra lo menos que le es posible cruzándose la una sobre la otra como se vé hacer á la yedra que cubre los muros, y ese entrelazamiento sirve para dos cosas, es decir, para dejar que el aire y el sol puedan penetrar entre ellas, y que las gotas que caen de la primera hoja puedan caer sobre la cuarta y la sexta».

Pasa de este modo de la observación del fenómeno á la suposición de la ley y á su interpretación. ¡Y esta ley se atribuye á Brown que la habría descubierto en 1658! Y así como de las hojas, Leonardo también encuentra la razón de la análoga disposición de las ramas.

Es suya la observación de que los círculos concéntricos que se ven cortando transversalmente una rama, indican el número de sus años. «Los círculos—dice—de las ramas de los árboles

Digitized by Google

aserrados muestran el número de sus años, y cuales fueron más húmedos y cuales más secos, según su mayor ó menor tamaño, y así muestran los aspectos del mundo hacia el que ellos estaban dirigidos, porque más gruesos son á septentrión que al mediodía, y así el centro del árbol por esta causa está más cerca de la corteza meridional que de su corteza septentrional». También esta observación de la excentricidad de la médula fué atribuída á otros, y más de dos siglos después la llevaba en Francia Montesquieu, diciendo haberla adquirido de un campesino romano.

Para pintar los desnudos estudió la disposición de los músculos que relévanse bajo la piel. Eran estudios comunes á todos los pintores; pero él observó que el movimiento nace de hincharse los músculos, que acortándose tiran de las partes á que están unidos. Pensó entonces que representando esas hinchazones exactamente se podía hacer adivinar el movimiento en la pintura. En el Cenáculo, resumen de tales estudios, todas las figuras están en movimiento. Y buscó las proporciones de los miembros, y de las partes de cada miembro entre sí, y cuales músculos del rostro intervienen en la expresión de los varios afectos. Con el objeto de estudiar el rostro, lo dividió en muchos millares de partes.

Para modelar el caballo de la estatua ecuestre de Francisco Sforza estudió la anatomía de los caballos sobre los muchos ejemplares que á su disposición tenía en los establos ducales; luego pasó á la de las serpientes y así fué paulatinamente inaugurando la anatomía comparada de la que había de surgir la confirmación de la hipótesis de Darwin.

El conocimiento de la anatomía y de las leyes de los músculos permitíanle de combinarlos en extrañas formas de animales.

«Buscando—dice Vasari—la manera de substraer la pintura á la acción del tiempo, su cerebro siempre maquinaba para descubrir nuevos colores y nuevos medios de usarlos, analizando y alambicando hierbas y minerales». En esta dirección hizo no pocos descubrimientos químicos.

Nada le pasaba desapercibido. Notó que la pupila de quien pasa de las tinieblas á la luz es más dilatada, y adivinó la causa,

Digitized by Google

y descubrió que aun en las más espesas tinieblas siempre hay un poco de luz, y de aquí aquella que Vasari llama su manía de poner lo negro en lo negro haciendo profundo el cuadro, llenando el fondo de objetos que el observador debe descubrir poco a poco. Quiso también seccionar el ojo, encontró que las imágenes se invierten en la retina y queriendo imitar el ojo inventó la *cámara oscura.*

Y nada pareciale imposible. La pintura nos da el mundo cual se vé con un ojo solo, y por lo tanto sin la ilusión perfecta del relieve. Leonardo apercibióse de ello y púsose á buscar las leyes de la perspectiva binocular, de que se habla ahora. Suya es también la clasificación de los colores según el poder que tienen de acercar ó alejar los objetos.

Debajo de cada descubrimiento escribía el uso para el que podía servir.

Hizo estudios y compuso un tratado sobre el vuelo de las aves, ó mejor dicho, un tratado fué compuesto con observaciones y estudios hechos por él, porque para escribir un tratado en la forma requerida faltábanle los necesarios estudios literarios. «Dirán—escribe—que por no poseer yo las letras no podría decir bien lo que quiero tratar. Ahora bien éstos no saben que mis cosas son más para ser tratadas por la experiencia que por otra palabra, siendo la experiencia maestra de quien escribe bien de modo que por maestra en todos los casos la tomaré». El estudio del vuelo de los pájaros había de servirle para fabricar una máquina para volar.

Leonardo era el primero que entraba en el gran campo de la naturaleza, y casi cada observación que hacía era un descubrimiento. Todo entonces sonaba á nuevo, á impensado. Era amigo del gran matemático Pacioli que le hacía también de maestro; y de este modo se explica su gran valor en mecánica, que él llamaba el paraíso de las matemáticas, porque en ella, decía, se recoge el fruto de estas.

En la mecánica Leonardo reanuda el hilo interrumpido de la tradición de la escuela alejandrina, y no sólo se anticipa á Galileo, sino que en no pocos puntos le lleva la delantera, cosa que tiene en verdad algo de prodigioso, siendo necesario suponer que

Digitized by Google

muchas soluciones ya se conocían y enseñaban, no obstante falten las obras para poderlo demostrar. Siempre á él quédale exclusivamente el mérito de un gran número de soluciones que no me es posible ahora exponer en este breve ensayo. Son plenamente confirmadas por el estudio de los manuscritos las palabras de Vasari:

«Cada día hacía modelos y dibujos para poder descargar con facilidad montañas y perforarlas á fin de pasar de un plano á otro plano, y mediante palancas, taladros y tornillos mostraba poderse levantar y arrastrar grandes pesos, y encontraba modos de vaciar puertos, y bombas para desecar los pantanos, así que nunca ese cerebro dejaba de fantasticar».

Nótese en tanto esta palabra. En la célebre carta al duque de Milán se ofrece para hacer cosas que apenas parecen posibles. Aquí la enumeración nos llevaría á lo infinito.

Conoció la fuerza del vapor, y quería aplicarla á la artillería, y hasta ideó, dice Uzielli, un barco á vapor. Proporcionando entre sí en número y tamaño los dientes de ruedas que se engranan, enseñó la manera de multiplicar la velocidad. Imaginó combinaciones de ruedas y rondanas; pensó valerse del péndulo para medir el tiempo, y no pocos problemas mecánicos demostró más que con el razonamiento, experimentalmente.

La prueba del experimento nunca falta en él.

De la línea horizontal trazada desde la boca de quien niega, sacó el signo de la cantidad negativa en álgebra; y de la vertical trazada de la nariz de quien afirma, con dos puntitos á ambos lados, que luego se juntaron formando una cruz, el signo de la cantidad positiva.

Débese á él el torno que sirve para incidir los óvalos, invención que por su sencillez y utilidad llenó de maravilla á un sabio extranjero. Nadie conoció mejor el arte de fundir, y en la invención de los cañones rayados fué precursor de Cavalli.

Como ingeniero militar fué el primero y único en sus tiempos, y sabía así el modo de expugnar cualquier plaza como el de hacerla inexpugnable.

Encontró el modo de respirar manteniéndose bajo el agua, é imaginó un submarino.

Digitized by Google

Para el *Paraiso* de Bellincioni, que puede considerarse con el *Orfeo* de Poliziano el primer drama musical, no se sabe con certeza si él escribió la música, pero de él fué sin embargo un mecanismo mediante el cual se veían todos los planetas hacer sus revoluciones.

Dice el Anónimo: «Estudió con amor los simples y fué habilísimo en *tirari* (ó sea palancas y mecanismos para arrastrar), y en edificios de aguas y otros caprichos». Y Vasari: «y tantos fueron sus caprichos que filosofando sobre las cosas naturales comenzó á comprender las propiedades de las hierbas, observando continuamente el movimiento del cielo, el cuerpo de la luna y la marcha del sol». Estos sublimes caprichos despertaban en quien curiosidad, en quien sospechas, en todos opinión desfavorable. «Por lo que, sigue Vasari, formóse en el alma un concepto tan erético que no se acercaba á ninguna religión estimando en más ser filósofo que cristiano». Un siglo después lo habrían ciertamente condenado á la hoguera.

Los *simples* con los que, según el Anónimo, se deleitaba, eran los cuerpos simples ó Platónicos es decir los cinco sólidos cerrados por caras planas regulares: pirámide, octaedro, cubo, icosaedro y dodecaedro. Considerábanse estos cuerpos entonces con maravilla, y la parte de la geometría que los estudiaba llamábase *La divina proporción*. El cubo representaba la tierra, la pirámide el fuego, el octaedro el aire, el icosaedro el agua, el dodecaedro el cielo, y con este sentido pasaron como adornos en la arquitectura. Leonardo los dibujó para el tratado de Pacioli.

Ese sentimiento de estupor que despertaban era profético porque de ellos sacó Kepler sus famosas leyes. Imagíneselos, en efecto, el uno dentro del otro con un centro común y libres de girar sin tocarse, y las esferas que los encierren tendrán un radio más ó menos correspondiente á la distancia respectiva del sol de los cinco planetas mayores.

Leonardo es también uno de los padres de la hidráulica. Esta ciencia en sus condiciones actuales estudia el movimiento del agua suponiendo que corra según rectas paralelas; Leonardo demuestra que el movimiento es vortiginoso, y un sabio alemán dice

Digitized by Google

que la hidráulica debe ser vuelta á tomar desde principio, allí donde la ha dejado Leonardo.

En cuanto á la tierra, admitía la rotación diurna, opinión común á muchos en aquel tiempo, y buscó su explicación en la caída de un peso desde una torre, experimento que por distintas vías fué intentado después, pero siempre sin suceso. La rotación diurna es afirmada en muchos pasajes de sus escritos, siendo su sistema el que llaman *semicopernicano:* de la hipótesis de Copérnico quedó muy lejos. Sostuvo antes que nadie el cambio de sitio del centro de la tierra, y antes que nadie, por más que se diga, explicó cómo permanecen suspendidos los planetas, atribuyéndoles un centro de gravedad como el de la tierra y abandonándolos en el vacío, rehusándose él, de creer en la existencia de los cielos ó esferas concéntricas trasparentes que llenaran el vacío y en los que estuvieran engarzados los planetas, opinión común en sus tiempos. Si no fué un precursor de Copérnico por lo menos le barrió y vació el cielo.

El decía que la luna es de la misma substancia de la tierra, y que ésta veríase desde aquella como una gran luna. Opiniones actualmente comunes, pero que maravillaban sobremanera en aquellos tiempos, no faltando quienes levantábanse á contradecirle, mas él contestaba: «Muchos me censuran alegando que mis pruebas están en contra de la autoridad de algunos hombres muy reverenciados por sus inexpertos juicios, no considerando que han nacido mis cosas de la simple experiencia, que es la verdadera maestra». Y en otro lugar: «La experiencia nunca yerra, pero sólo yerran, oh filósofos, vuestros juicios».

El desprecio que afectan hoy día muchos por la metafísica él lo tenía por los filósofos «hinchados, afirma, de lo que dicen los demás; histriones y trompeteros». Por lo tanto tampoco fáltale á nuestro héroe esta nota moderna.

Dejó observaciones sobre la fuerza molecular, sobre el centro de gravedad, sobre el nivel de las aguas de los mares, y mil otras.

Nosotros levantamos como gloria de nuestra edad la ciencia geológica; pero, dice Hallam llena de veras el alma de estupor el ver como en pocas páginas Leonardo de Vinci anticipara to-

Digitized by Google

dos los modernos descubrimientos geológicos, no refiriéndose á ellos lejanamente, sinó describiéndolos con palabras apropiadas y clarísimas y que no dejan duda alguna.

El abate Zanella no sospechaba ciertamente que también el concepto de su *concha fósil* debiera encontrarse en Leonardo. «¡Oh tiempo—dice—veloz robador de las creadas cosas, cuántos reyes, cuántos pueblos tú has deshecho, y cuántas mudanzas de estados y de cosas han acaecido después que la maravillosa forma de este pescado, murió en las cavernosas y retorcidas entrañas del monte!»

A descubrir la geología lo condujeron algunos peces y conchas petrificados encontrados sobre montañas alejadas del mar. La tierra, según Leonardo, poco á poco tomará la forma de una esfera perfecta, desapareciendo los montes, roídos por la acción de las aguas, que cubrirán entonces toda su superficie.

A propósito del centro de la tierra que cambia de posición, es digno de notarse cómo por el primero Leonardo ha comprendido la acción de las mareas, el retardo producido por las cuales en el movimiento rotatorio de la tierra fué calculado por el hijo de Darwin.

No se sabe con precisión qué instrumentos musicales inventara. La música lo llevó á estudiar la naturaleza del sonido y á descubrirla. «Así como la piedra arrojada en el agua hácese centro de varios círculos, el sonido producido en el aire circularmente se derrama».

Midió la velocidad del sonido calculando las diversas distancias á que se produce el eco, viendo como la luz y el sonido disminuyen casi en la misma razón á distancia (1) arguyó su analogía, y que fuera la luz algo como un movimiento vibratorio. Formuló la ley de la *reflexión* del sonido, y por ciertos dibujos que se ven en sus obras parece que intentara también contar sus vibraciones.

El sonido condújole á la intuición de la ley de la conservación de la energía.

---

(1) Disminuyen en la misma proporción, pero á Leonardo parecíale más rápida la disminución del sonido.

Digitized by Google

Se ha notado que debía tener una exquisitez de sentidos maravillosa, no igualada sino por la paciencia en experimentar, de lo que quedan como prueba los mil modos con que haciendo caer los cuerpos de siempre diversa forma de distintas alturas, refutó la opinión de Aristóteles, demostrando que todos los cuerpos sin obstáculos de por medio, caerían con igual velocidad. E igualmente suya es la ley que un cuerpo desde idéntica altura cae siempre en el mismo tiempo, (el se servía para medir el tiempo de la batuta musical) sea cualquiera la línea que recorra en el aire.

Agregaré que seguía con interés todos los descubrimientos geográficos, de modo que formóse un concepto bastante aproximado al verdadero de la forma de la tierra, de la distribución de las aguas y de los mares, y dibujó el primer mapa de América, que se encuentra ahora en el museo de Londres, con el estrecho de Magallanes, aun no descubierto en aquel entonces.

En tiempos de Leonardo he aquí como se clasificaban las ciencias:

«Dicen es mecánico aquel conocimiento más bien engendrado por la experiencia, científico el que nace y acaba en la mente y semimecánico el que nace de la ciencia y termina en la operación manual».

En alto las ciencias así dichas: teología, metafísica, etc., cuyos objetos no caen bajo los sentidos ni bajo la experiencia: en bajo los conocimientos cuyo objeto es sensible, dichos mecánicos casi por desprecio: en el medio las matemáticas que se desarrollan en el puro discurso mental, pero que encuentran luego su confirmación en la práctica. Esta valuación conservóse en Alemania hasta mitades del siglo XIX y aun no se halla abolida.

Leonardo invirtió las cosas. «Me parece—dice—que son vanas y llenas de errores aquellas ciencias no nacidas de la experiencia, madre de toda certidumbre, y que no terminan en un conocido experimento. Y si nosotros dudamos de la certidumbre de cada cosa que pasa por los sentidos, ¿cuán mayormente no debemos dudar de las cosas rebeldes á esos sentidos, como de la existencia de Dios y del alma y de cosas semejantes, por las cuales siempre dispútase y discútese?» En suma, las matemáticas

Digitized by Google

y las disciplinas que tienen un objeto sensible sobre el que pueda experimentarse son ciencias y las otras no. Y así es sin duda. Para distinguir la ciencia de lo que no lo es, indica este principio: «La Verdad tiene un término solo, publicado el cual cesa toda discusión». Luego, hasta que hay disputa no hay ciencia.

«Son ciencias que alimentan la mente de confusión que nunca cesa, de sofísticas contradicciones, y de las que sólo se aprende á gritar eternamente».

El hombre en el análisis se pierde sin la síntesis; en el análisis extiende las raíces en busca de jugos, en la síntesis los organiza. Pero si la filosofía no quiere ser una pesada tontería ha de fundarse sobre el saber y no sobre quimeras.

El saber lo produce la experiencia que verifica el fenómeno y sustituye el conocimiento irreflexivo por el verdadero.

Las ciencias, estas nuevas musas, que no el Olimpo ni la Tracia sino la Toscana ha dado al mundo, son pues obreras que trabajan por la filosofía: esta sin embargo si no quiere ser vana, debe fundarse únicamente sobre los datos así ofrecidos por las ciencias. La verdadera filosofía no tendrá necesidad por otra parte de un medium que la evoque: mostraráse de por sí cuando el trabajo científico haya llegado á una suficiente madurez. Y sólo será verdadera filosofía aquella que nazca del conjunto de todas las ciencias.

He aquí porqué en Italia, afortunadamente, después de la aparición de Leonardo y Galileo no se pensó más en sistemas.

¿No se vé el hábito filosófico en Leonardo? Apenas ha averiguado el fenómeno ¿no busca las intenciones en la naturaleza? Y el ojo del gran Galileo, que parece todo ocupado en los detalles que examina, ¿no está siempre en vez dirigido á algún problema de orden general, para ver si del nuevo hecho, de la nueva ley, recibe luz? ¿Pero á qué resultado puede llegarse si se parte de datos falsos ó no controlados?

El sistema verdadero vendrá solo poco á poco: estos filósofos posteriores á Galileo llenos de desprecio por la experiencia no son sino globos hinchados. ¡Qué ridiculez en efecto, queriendo comprender el mundo, de jugar á adivinarlo en vez de estudiarlo con paciencia! Son regresiones perjudiciales por los retardos

Digitized by Google

que crean á la ciencia, turbando sus serenos horizontes con emanaciones de humeantes principios. Véase cuanto ha obstaculizado los progresos de la óptica la idea del divino Platón que la luz sale de los ojos y va al sol! El mismo Galileo que por antipatía contra Aristóteles inclinábase hacia Platón, aceptando sin sospecha aquella extravagancia, no ha logrado nunca explicar el telescopio que había encontrado, así como Colón infatuado con Marco Polo y las fantásticas teorías de Aristóteles, murió sin comprender la importancia de su descubrimiento.

Spencer tiene el gran mérito de haber proclamado este principio, que la filosofía debe resultar del conjunto de todos los conocimientos adquiridos por las varias ciencias; y tiene la gran desventaja de haber luego tomado como ciencia las extravagancias de Laplace y de Kant sobre la nebulosa y de no haber sabido emanciparse de ciertos sistemas. En fin, el objeto de la filosofía debe ser no el de crear el mundo, que ya está hecho, sino el de comprenderlo. Esta es la opinión actualmente general, y también la conciencia moderna sobre este punto deriva del gran Leonardo, el primero y gran sabio moderno.

FRANCISCO CAPELLO.

Digitized by Google

EL VIEJO TUCUMÁN

(FRAGMENTOS)

.....

Allá están, en tus cerros orgullosos
Que escalan de las nubes pasageras
El negro seno donde duerme el rayo,
Los perdidos sepulcros cuyas piedras
Encierran mil historias, mil ternuras
De aquella raza que pobló la tierra
En tiempos que se pierden con lo eterno.
Allá, en la dulce y plácida ribera
Del turbio río que hacia el mar va huyendo
Arrastrando de sauces hojas muertas
Que unas trás otras derribó el Otoño,
Se alza el frío *menhir* cual centinela
Que vela el sueño del tranquilo valle;
Sobre él la mano del *tafi* bien diestra
Trazó los caracteres de algún dogma
Que en vano, en vano, enseñará la ciencia.
Son símbolos de viejas religiones
Y son la sangre de perdidas creencias
Bebidas por la sed de lentos siglos.
Más allá, sobre ríspidas laderas
De colinas que dieron algún día
Pasto al *huanaco* de veloz carrera
Y sosiego á las *llamas* incansables,

Digitized by Google

Flota aún por los aires, de la *quena*
El lúgubre gemido que al viajero
De herirle el frágil corazón no cesa;
Vuelan sus notas sin jamás perderse
Como el susurro en la feliz floresta,
Como el rumor en la cascada oculta.
Su voz es la elegía siempre fresca
Que lleva una caricia misteriosa
Al lecho helado de la india tierna,
Luchadora con fe, junto al amante
Caído en el fragor de la pelea.
¡Mujer indígena, mujer salvaje,
Tan fuerte como el hombre de esta tierra,
Guardan tu nombre estas montañas cándidas
Y en apartada y solitaria huesa
Se eternizan los besos de tu vida!
Más allá, sobre rocas entreabiertas,
Por soles estivales calcinadas
Y azotadas por ráfagas ligeras,
Alza el *cardón* sus espinosos brazos
Delatando un tesoro dónde aferra
Su torcida raiz. Allí las auras
Prolongan sus silbidos de tristezas,
Sus silbidos de víboras sagradas,
No ya para engañar al *lule* alerta
O al feroz *acalián* de los presidios
O al *amaicha* celoso de las selvas
O al desgraciado y valeroso *quilme;*
Su voz es el acento de protesta
Que lanzó el pecho al sublevarse un día
Cuando la espada de Castilla, fiera,
Sangró su espalda y mostró el camino
Del cautiverio, en ignoradas tierras.
La nostalgia profunda, el clima ingrato,
El rumor de las ondas, la ribera
Dilatada de ríos nunca vistos,
De altivas tribus la feroz presencia

Digitized by Google

Concluyeron con ellos; desde entonces
Allá el Plata tranquilo se lamenta
Y aquí fúnebres *cardones* lloran.
Ellos saben las fábulas secretas
De horrendas luchas que sembraron muerte,
Y ellos saben el número de flechas
Que el indio preparó con sus espinas.
Testigos son de bárbaras, sangrientas,
Interminables y salvajes luchas
Como el dulce Rimac, en la leyenda,
Testigo fuera del furor de Huascar,
O de los Chacos la palmera esbelta
Testigo fuera de la errante vida.
¡Sabeis *cardones*, rudos centinelas,
Que en los dominios del *cacique* Tucma
Nunca embajadas ni arriesgada empresa
Llevaron Yupanquí ó Huiracocha,
Héroes temibles de la estirpe *quechua*,
Que nunca el estandarte de los *incas*
Flameó en las *pircas* de redondas piedras,
Que nunca, nunca, el *pucará* sagrado
Destruido fué por la peruana fuerza
Y jamás adorose al sol *incásico*
Del viejo tucumano en la vivienda!
Más allá seculares *algarrobos*
Con *churquis* y *chañares*, que entremezclan
Sus agrietadas ramas y sus frutos,
Recuerdos traen de pasadas épocas,
Cuando el indio sus flechas aguzaba
Con besos de su amante compañera,
O el encuentro á la luz de los crespúsculos,
O los trabajos de la alegre fiesta
Entre risas y gritos de alegría
Después de larga y ventajosa guerra.
Bajo su sombra las deformes rocas
De *conanas* tuvieron formas bellas;
Allí se extrajo el néctar codiciado,

Digitized by Google

Con grande esfuerzo y sin igual paciencia,
De rubia *chicha* y de sabrosa *aloja;*
Allí la danza y la canción frenética
En salvaje consorcio dominaron
Y allí mil veces la brutal ofensa,
No sofocada en el ardiente pecho,
Halló su paga en la venganza horrenda,
Y de sangre manchose el viejo tronco
Del sagrado algarrobo de esta tierra.

SALVADOR DEBENEDETTI.

Digitized by Google

RECUERDOS DEL PIO LATINO (*)

Como lo he dicho repetidas veces en mis memorias de la fundación del Colegio Nacional, fuera de las explosiones ligeras de la fibra juvenil contenida, el orden era admirable y sólo podrá encontrarse algo parecido en los Colegios de los Jesuitas. Y digo algo parecido, porque en los colegios de los padres de la Compañía, la fuente del orden tiene otro origen, muy diverso. Allí es el resultado de la obediencia ciega, imperiosa, despótica; es el fruto de la destrucción de la voluntad, del propio albedrío, quebrado por la dura consigna: *tamquam cadaver*. La severidad militar todo lo reglamenta hasta en sus menores detalles, pero algo más fuerte que la ordenanza militar encadena y encauza el pensamiento en un círculo infranqueable. Este algo es el falseamiento del espíritu religioso, convertido en temor dantesco y llevado hasta el horror por el socavamiento subterráneo de la confesión. Esta magia, esta táctica, esta estrategia de los jesuitas, tendiente á dominar el alma, para lanzarla como un agente pasivo, en las llamas de la lucha y del martirio, la he palpado en el colegio *Pio Latino Americano*, fundado en Roma por el noble sacerdote chileno doctor Eizaguirre, bajo el pontificado de Pio IX. Allí fuimos como desprendidos del colegio del doctor Agüero, el que estos recuerdos evoca, el hoy doctor y ex ministro Juan José Romero, el hoy vicario castrense monseñor Milciades Echagüe, Pedro Machado, Miguel Migoya, Torcuato Gonzalez y el hoy

(*) Esta página que publicamos del Dr. Federico Tobal sobre el colegio Pío Latino de Roma, constituye un epílogo á los «Recuerdos del Colegio Nacional», que con motivo del 8.° aniversario de su fallecimiento, comenzó á publicar en Diciembre del año pasado el «Diario».—*N. de la D.*

Digitized by Google

monseñor Boneo, agregados de afuera estos tres últimos. A los pocos días de llegar, se nos preparó, como desinfectante y estimulante moral, una plática *ad hoc* pronunciada en la Capilla del Colegio, pronunciada por un jesuita español, es decir la quinta esencia del jesuitismo, porque el jesuita para que sea legítimo debe ser de España, como el habano de la Habana. Este jesuita, provincial de España, era hombre que debería tener cincuenta y cinco años, aunque aparentaba tener setenta, tales eran los estragos que habían labrado en su rostro los volcanes de su alma, es decir no las maceraciones, no las penitencias, hijas de un misticismo arrebatado, sino la lucha ardiente de bravas pasiones, dominadas con heróico denuedo.

Reunidos todos en la Capilla, empezó su prédica con acento airado, llamándonos desde luego la atención su fisonomía grotesca y antipática, que la palabra transfiguraba no para embellecerla, como acontecía á Mirabeau, sino para tornarla diabólica. Sus cejas pobladísimas se endurecían como puntas; sus ojos hundidos brillaban con fuego siniestro, como los ojos del buho; su boca caída y colgante de unas mandíbulas asnales, se abría como caverna en cuyo fondo aparecían, á guisa de ruinas, pedazos de dientes negros, y sus manos descarnadas y secas se crispaban como garfios, cual si quisieran agarrar y triturar algo entre ellas. Estas contorsiones eran hijas de la inspiración que espoleaba á la sibila sobre el trípode. Pero la fuente de esta inspiración era el Averno, de donde corría una elocuencia sombría, en cuadros miltonianos y dantescos, como las alas de Cetún hiriente sobre los lomos de Satán. El jesuita se detenía en su jadeante carrera para contemplar los efectos de su plática pirotécnica sobre la fisonomía de los recién venidos. Pero su sorpresa tornábase extrema al contemplar la completa placidez de todas las caras, pues hasta el dulce Migoya, cuya alma angélica parecía amasada en los principios del Kempis, dejaba asomar tímidamente en los pliegues de su boca cierta sonrisa de bondad. El orador sorprendido pero no desanimado ni vencido, reanudó con brío su afanosa tarea, redoblando la expresión de su palabra y de su mímica. Aquello era un torrente que resonaba con el estruendo de la catarata del Niágara ó del salto de la Guaira. Pa-

Digitized by Google

recía que el ambiente chisporroteaba y el orador, como el Arcangel, blandía con furor la lanza de su oratoria, llegando al paroxismo de la exaltación en las alas de fuego de su imaginación fosforecente. En esta cúspide del más alto realismo, que envidiaría el mismo Zola, mis compañeros habían quedado estupefactos, considerando tal vez como alienado al orador, pero yo y el travieso Milciades Echagüe, no pudimos contener el acceso de risa que nos acometió y salimos precipitadamente afuera, para descargar la catarata de carcajada que nos abrumaba. Este incidente apercibido por los superiores, tuvo en mí sus consecuencias transcendentales; pues con él concurrían otros hechos que hicieron estallar la tormenta ya bastante cargada de electricidad.

Yo les decía á mis compañeros, todos fumadores menos Juan José Romero, que por eso al ser ministro de hacienda ha lejislado un impuesto al tabaco: «Miren muchachos, si nosotros no oamos el tirón, estos jesuitas no nos van á dejar fumar, así que yo después de la comida, cuando nos reunamos como de costumbre, sacaré muy suelto de cuerpo un cigarro, lo prenderé y lo convidaré con otro al Rector y todos ustedes hacen lo mismo estableciendo en consecuencia la costumbre por derecho de conquista». Lo dicho así fué hecho y el Rector, jesuita español, con formas de mujer embarazada, se limitó á decirme con especial dulzura:—Yo no fumo.—Desde entonces todos fumábamos en las horas de recreo y yo hasta en la noche, cuando me acostaba, lo que daba márgen á que el jesuita celador viniese á cada rato á decirme: «Apague la luz», aun cuando la luz no estaba encendida Nosotros estábamos habituados á fumar cigarrillos de tabaco negro, pero allí en Roma no los había. Así es que fumábamos cigarrillos de hoja, los que se vendían á un bayoco cada uno, los que comprábamos por paquetes que tenían las armas del Papa, en señal de monopolio.

Estos y otros hechos concurrentes que callo, dieron por resultado el que los jesuitas se pusieran en campaña para catequizarme y enregimentarme. El intermediario de que se valieron era el doctor Eizaguirre, quien todos los días me hacía llamar á su departamento para que lo acompañase á tomar el café.

Primero empezó á hablarme de materias generales, después

Digitized by Google

descendió á la literatura, á la América y á la Política, haciendo gratos recuerdos del entonces coronel Mitre y otras figuras espectables de nuestro país. Luego continuó hablándome de las esperanzas que la América cifraba en sus educandos de Roma y en el precioso contingente que llevaríamos á su clero, así como también me habló de que él había resuelto dar á los jóvenes que se distinguiesen los medios suficientes para que viajasen por toda la Europa, así que terminasen sus estudios de clérigos. A esta última parte que comprendí que iba á fondo, le contesté diciendo: que mi anhelo era viajar y que desde luego procuraría hacerme merecedor del premio. «En su mano está, me dijo, estudiando y sobre todo distinguiéndose en la educación del sacerdocio, porque entiendo, añadió, que usted tiene bastante vocación». Conocí que la estocada era á fondo y que habíamos llegado al quid. Así que le respondí con intención: «No se si tendré vocación». Cómo, me interrogó ¿que usted no piensa ser clérigo? Señor, le contesté con sorna—yo no puedo adivinar el porvenir.—Pero es que los que estudian en este colegio deben estar resueltos á ser clérigos. —Sí señor, pero con sujeción al texto *multi sunt vocati; pauci vero electi*, y yo no sé si al fin contaré con las fuerzas gigantes necesarias para el divino ministerio.— ¡Ah, me dijo el doctor Eizaguirre, con una dulce sonrisa y golpeándome suavemente el carrillo con la palma de la mano: *Eres muy vivo*. La batalla estaba dada y perdida, la había perdido porque debía perderla, pero me cabía el honor de la retirada de Jenofonte. Desde entonces mi portante quedó solo aplazado, porque solo era cuestión de tiempo. Los jesuitas me rodeaban, me vigilaban y me cuestionaban, porque no querían dejar la presa, que les parecía sabrosa.

Yo cuerpeaba como podía, pero al fin vino á estallar la crisis en mi contra, precisamente por obra y hecho del que me protegía, me amparaba y me amaba.

Un sacerdote, del que yo no puedo prescindir en este relato y cuyo recuerdo debo evocar con respeto y amor, fué el que decidió el que yo no fuera clérigo, ni papa, como yo le decía que quería ser. Se trataba de nuestra confesión, y él me dijo: «no te confieses con un jesuita, confiésate con un franciscano». En conse-

Digitized by Google

cuencia pedí que se hiciera venir á un franciscano de Aracaeli, alegando que era nuestra costumbre de América. Aquí fué Troya, pues ya la medida estaba colmada á mi respecto. En mi afán ingénuo de conversar y de sacar á relucir mis lecturas, yo le había dicho al Padre Rector que había leído la historia de los jesuitas escrita por Cretinau-Poly. Esta aserción lo sorprendió diciendo: «eso no vale nada, tenemos otros historiadores superiores», y pensando para sus adentros—este jovencito sabe mucho de nosotros. Así que esta intromisión en sus cosas y el no querer confesarme con ellos, fué el remate, en cuya virtud me notificaron que yo no podía continuar en el colegio. ¿Que hubieran pensando si yo les hubiera dicho: *Jesuita nolite rapere Jesum—Si cum Jesuitis, nolite fieri sicut Jesuita* y otras lindezas que yo había aprendido de los Franciscanos y Domínicos?

En consecuencia yo tuve que volverme á mis lares patrios, siempre bien amados, sin haber podido saber hasta la fecha, porqué raro equilibrio, algunos que estaban en mis condiciones se conservaron cierto tiempo aunque á la postre tuvieron también que saltar.

Fray Pedro Durand, me animó diciéndome: «No te importe; en Buenos Aires hay también Universidad, donde podrás continuar tus estudios y lo que es visitar la Europa y algo más también lo tendrás porque yo he sido nombrado Comisario General de Tierra Santa en la República, donde estableceré tantos subcomisariatos como provincias y te nombraré á tí Secretario General. De este modo irás á Jerusalem en delegación cada dos años y así podrás visitar la Europa y parte del Oriente».

Debo declarar en honor á la verdad y para que no se crea lo contrario, que Fray Pedro no era enemigo de los Jesuitas, cuyo mérito reconocía en alto grado, y de los que no podía ser enemigo en manera alguna, pues pertenecían á una orden copartícipe de las otras en la noble y heróica propaganda del evangelio Su oposición provenía de celo, de emulación, de aquellas elevadas rivalidades que agigantan á los atletas en las campañas generosas y humanitarias. El era franciscano y trabajaba desde luego para su convento. Por otra parte la orden Seráfica, con el P. Fray Juan Pérez de Marchena, adquirió un derecho legítimo é incon-

Digitized by Google

trastable en América de primogenitura, derecho que ejercieron los franciscanos, sellándolo con su martirio y con su sangre. Ellos fueron los primeros que atravesaron el *mare tenebrum*, los primeros que bendijeron la América, los primeros que se internaron en sus bosques y en sus pampas, acompañando á Cortés, á Pizarro y á cien otros ilustres conquistadores. Tenían fundamento, pues, para mirar á la América, como á su viña propia y á considerar preferente su derecho á segar las mieses que ellos habían sembrado los primeros.

De aquí arranca el celo del fraile que en su humildad no quería ser guardian en Buenos Aires del Convento de San Francisco, pero que por amor á su orden y en homenaje á sus derechos tenía la audacia en Roma, de poner piedras á los poderosos jesuitas, piedras que se hubieran convertido en muro, si más hubiera vivido pues no estaba solo, por cuanto con su talento se había conquistado al doctor Eizaguirre, á Pio IX y al General de la orden, siendo muy querido y apreciado por estos.

Tuve pues que resignarme, y atravesar nuevamente el oceáno, para venir á continuar y concluir mis estudios en la Universidad de mi país, convencido de que no hay calor superior al de su propia madre.

Perdí dos años en mi carrera, pero gané en saber y en experiencia, lo que no me habían dado los anteriores años de estudios. Acompañé en mi retorno á Paris, Burdeos, Havre y Southampton á mi buen amigo el nobilísimo Fray Pedro Durand. En esta última ciudad que hospedaba en sus cercanías al tirano Rosas, nos embarcamos para Rio Janeiro en un paquete que por su gran calado no iba al Rio de la Plata.

Allí recorrimos la ciudad, que bastante me desencantó y visitamos algunos conventos, partiendo después en un vapor inglés para Buenos Aires. Asi que estuvimos á bordo Fray Pedro se sintió enfermo.

Había sido herido de fiebre amarilla, sin que yo lo supiese ni lo llegase á conocer el médico de á bordo. Como se encontraba mal lo hice meter en cama y llamé al médico diciéndole: «Asista usted con esmero á este señor, que será usted recompensado.» Como la enfermedad arreciaba, yo me lo pasé en la salita contigua,

Digitized by Google

velándolo las cinco ó seis noches del viaje. Llegados á balizas exteriores y fondeados allí, á causa de haber izado bandera negra subí al enfermo sobre cubierta, ayudado de un criado, lo senté en una silla de brazos que había comprado para él en Rio, lo arropé y bajé al comedor, volviendo con una copa de vino y una presa de gallina que casi no probó. Como las brisas marinas soplaban frescas, lo bajé á su camarote y lo acosté quedándome a la espectativa.

Al poco rato me llamó y con voz desfalleciente me dijo: «cuando veas que me voy á morir, me das mi crucifijo». Yo que no pensaba tal desenlace, traté de animarlo; pero él nada me contestó, sumergido en interiores soliloquios. Quedéme pensativo en mi silla, pero sacóme de mi abstracción el eco de un suave murmullo. Me incorporé, fuí á su lecho, y lo ví con sus manos plegadas rezando con una expresión mortal de despedida. Instintivamente puse en sus manos el crucifijo, lo tomó, lo besó y se estiró en la última agonía. Quedeme emocionado y después de un breve rato, tomé un cigarro y me fuí á cubierta á llorar como un niño. Agotadas mis lágrimas y retemplado por la experiencia que tempranamente tenía del dolor, bajé para vestirlo y disponer lo que debiera hacerse. Pero no lo encontré en su lecho, y, apercibiéndolo en la cámara, entre unos marineros protestantes, que trataban de envolverlo en una vela, salté de un brinco y me precipité, tomándolo á uno de esos ingleses por el cuello, y apostrofándolos duramente. El capitán se interpuso y cortesmente me hizo ver que la medida era necesaria, que era la ordenanza izar el cadáver en un bote, para evitar el contagio. Con esta explicación me conformé y me apacigüé, escribiendo en el acto á los señores Llavallol, para que me remitieran un buen cajón fúnebre. Recibido éste conduje el cadáver en una lancha, adornada con banderas argentinas, para sepultarlo en la ensenada de Barragán. Después de practicada la autopsia por el doctor Biedma, hice cavar en la costa por unos gauchos una fosa, y allí lo enterré dejando algunas señales en la tumba para poder practicar la inhumación. Levantada la cuarentena, me trasladé á Buenos Aires, y entregué todos los baules de Fray Pedro, al entonces guardian

Digitized by Google

de San Francisco Fray Aldazor al que saludé primero, como obispo de San Juan, porque le traía la bula de su nombramiento.

Pasado un año fuí á traer al fraile amado y respetado, en un pailebot, por comisión de sus discípulos. Tuve una peligrosa travesía, porque era Santa Rosa (Agosto de 1860) y hube de necesitar nuevamente de mi energía, porque los marineros querían echar el fraile al agua por considerarlo causa de la tormenta.

Llegados los restos al puerto, los desembarcamos con toda pompa y los acompañamos hasta San Francisco, en dos columnas de amigos y de discípulos, previa la oración fúnebre que yo pronuncié, en la punta del antiguo muelle, siendo este mi primer discuso fúnebre, que fué publicado en la «Reforma» de aquella época.

FEDERICO TOBAL.

Digitized by Google

TARDE

«Julio 4. En respuesta á mi silencio, recibo una esquela con tu pregunta: «¿Es temor ó es olvido?» En verdad, huirte, huirte!

¿Temor? quizás, por tí; no cándido, sino de ser desleal. ¿Recuerdas cuando te escribía: «más engañan los amantes que los amigos?...» Y bien, me ha obligado á pensar en mis inconstancias tu penúltima en su precavido reproche: «no herirás, no lastimarás mi alma...» Te equivocas. Si nos hubiéramos conocido en mi inocencia, el amor, al unirnos, habríame encarrilado en un normal; pero ahora, estoy envilecido....

Irma, un varón solo teme ir hacia el lecho de sus hermanas.

Nos hemos desencontrado muchísimas lunas, y hoy ya no sé amar... te sacrificaría. No busques un supuesto exquisito: anhela un buen impulsivo, devoto en su pasión. Nuestro idilio cerebral es perturbador; se opone á la llana finalidad del sexto sentido y este se vengaría, haciendo del afecto de la alcoba una mixtura de contemplacionismos de claustro y fobías de manicomio.

He sufrido el amor y no quiero reincidir; experimento cansancio. Tus glorias no debe gustarlas mi desafinado cuerpo de joven viejo. ¿Acaso me notas otro desde nuestra conversación? estoy en la misma hora, aciaga, á prolongarse hasta mi día..... ¿ves? tengo tonteras fúnebres.

Déjame, secreta y dulce rara, y atrae al viril con brios para refugiarse en tu hechizo: repudio el eterno goce, las femeninas bondades y no me place abrir mi diccionario cariñoso. Deseo envenenarme con mi amargura, como un suicida prefiriendo al placer excitante de la luz la gravedad de la sombra.

Digitized by Google

Tu hallarás séquito de tu alma sedienta y de tus tentaciones de fruta en sazón. Mi recuerdo te será el de algún loco entrevisto y casi oído. En cambio, jamás mejor amada: has hecho desfilar teas en procesión ante mi escepticismo, en procesión de chispas frente á mis ojos ¡lástima de mis ojos cegados!

Y cuando caiga, vuelca flores en la lápida de tu humano hermano, y si enloquezco antes, vé con tus gracias á mí reja de enchalecado, y, mejoraré, hasta cuando de nuevo, ruede.

Perdóname, novia mía....»

* * *

El pobre borracho silenció. Los cristales del desierto bar aún creían estar en los puntos suspensivos de la imaginativa carta y, en los estantes, los vasos tintinearon un concierto de cairelas alegres. El borracho urgueteó con afán en sus bolsillos el precio de otra poción de alcohol y hallólos vacíos... Sentía un grande deseo de continuar la carta.... Los mozos desmodorráronse y, como aclaraba, fueron empujando al cliente por la espalda, hasta darlo en la calle.

MARCELO DEL MAZO.

Digitized by Google

LIRIOS

Para las rubias cabezas;
para las boquitas rojas
que son como rojas fresas
entre las guedejas blondas;

para los ángeles buenos,
los de las áureas melenas,
los de los níveos ensueños
como blancor de azucenas;

para los albos capullos
cuasi entreabiertos al alba,
entre los vagos murmullos
de las despertadas alas;

para los tiernos pichones
que se embriagan de aromas,
entre los arrullos tristes
de las maternas palomas;

para las alitas blancas
las de los vuelos rosados,
en las selvas perfumadas
y en los floridos collados;

Digitized by Google

para las albas libélulas
que tiemblan en los azahares,
con las níveas alas trémulas
bajo los rayos solares;

para las aves que sueñan
con el candor de otras flores,
en las armoniosas selvas
de los primeros amores;

para las rubias cabezas,
para las boquitas rojas....
los lirios de mis tristezas
florezcan en mis auroras,

con la fragancia suave,
con el encanto perdido
de una flor muerta en la tarde,
de un zorzal muerto en el nido.

Caigan lirios...! Y que sea,
ave y flor al par mi Musa,
que olvida su Primavera
y el blanco Idilio rehusa,

por ser águila que el ala
allá, en los torrentes moja;
--por ser la loca que pasa
con su banderola roja...!

JUAN JULIAN LASTRA.

Digitized by Google

MENUDENCIAS FILOLÓGICAS

Mi artículo sobre la enseñanza del latín, publicado el 15 de Julio próximo pasado en «La Nación», tuvo la virtud de llamar la atención de Miguel de Unamuno, quien escribió otro artículo sobre el mismo sujeto y en el mismo diario.

En lo esencial estamos de acuerdo, lo que, francamente, me halaga mucho, pues Unamuno es para mí una de las figuras más simpáticas y que mayormente aprecio entre cuantas descuellan entre la intelectualidad de nuestra época. Y, se lo digo escudado bajo mi pseudónimo y sin ni siquiera pedirle una tarjeta postal con su verdaderamente ilustre firma.

No por esto acepto incondicionalmente todas sus afirmaciones. Encuentro que tiene perfecta razón cuando juzga á los japoneses sin los exagerados entusiasmos del snobismo moderno, como cuando fustiga sin piedad las pedanterías de la Academia. Y á este respecto que se me permita una reminiscencia personal. Hace varios años yo había escrito algo que ponía en tela de juicio, en un cierto punto, la autoridad de la Academia, y lo había ofrecido á un gran diario; pero éste no lo publicó pues yo no había tratado con el respeto debido á la docta corporación. Después de bastante tiempo apareció en el mismo diario un artículo de Unamuno, infinitamente menos respetuoso, por no decir otra cosa, para la Academia. Conservo todavía mi manuscrito, en el que hay ideas y hasta expresiones iguales á las de Unamuno; pero el gran diario no se atrevió á rechazar un escrito que llevaba la firma de tanta autoridad. Unamuno me había vengado.

Digitized by Google

Pero donde disiento radicalmente de las ideas de Unamuno, es en la importancia que él da á los problemas trascendentales, los que me permito llamar ficticios. A mi modo de ver, tales problemas no existen, y la física ya ha dado buena muerte y mejor sepultura á la metafísica. Quizás habría sido mejor para la humanidad que nunca la hubieran preocupado tales problemas, que no hicieron más que extraviar las mentes más vigorosas y mejor constituídas. Brillante ejemplo de esto nos lo ofrece Platón. En su *Timeo* hay un paso que contiene, en germen, toda la teoría de los logaritmos. Pero en vez de sacar las consecuencias lógicas de las dos progresiones concomitantes, una aritmética y otra geométrica, que habían herido como un rayo de luz su preclara inteligencia, Platón creyó ver en ellas el *problema aritmético del alma*, y los logaritmos tuvieron que esperar veinte siglos la aparición de su descubridor. Yo concibo perfectamente la civilización moderna sin la especulación filosófica de Descartes, pero de ningún modo sin la geometría cartesiana.

Si no fuera mucho atrevimiento de mi parte, casi casi diría que los problemas trascendentales son una especie de coquetería de Unamuno, como se dijo de Campoamor,—con quien le encuentro cierto parentesco espiritual—que la más humorística de sus humoradas había sido declararse conservador. Si lo juzgo injustamente, Unamuno sabrá perdonarme, él que está acostumbrado á oír y leer respecto de su personalidad intelectual los juicios más disparatados.

* * *

Mas veo que me voy alejando del argumento principal de mi artículo. Yo había dicho que no podemos pretender que nuestros discípulos lleguen á leer cómodamente á Cicerón, pues también les enseñamos el francés y el inglés y no les exigimos lo mismo con Shakespeare ó Racine. Unamuno objeta que el inglés puede servir de mucho á uno aunque no sea capáz de entender á Shakespeare. Muy bien sé que en los colegios navales ó escuelas mecánicas no podremos exigir que los alumnos entiendan á Shakespeare, aunque lleguen á conocer el inglés necesario para ellos á perfección, pero ésto será porque tales alumnos no podrán ad-

Digitized by Google

quirir el caudal de conocimientos históricos, literarios y filológicos en general que se precisa para penetrar hasta los autores clásicos. Al contrario, todo mi artículo se refería á los colegios de segunda enseñanza, los que deben ó deberían ser á base literaria, y si en ellos se enseña el latín y el inglés, de igual modo se debe exigir que se comprenda á Shakespeare tanto como á Cicerón. Los que sepan el inglés y el francés y no entiendan á Shakespeare ó Racine, no dejarán de tener sus autores clásicos: Carlota de Braemé, Paul de Kock, Xavier de Montepín y otros. Pero yo no había hablado de ellos. *De minimis non curat prætor.*

* * *

«Tampoco se debe exagerar la infidelidad de las traducciones. Las hay muy buenas»—dice Unamuno. Yo conozco la mayor parte de las obras clásicas de todas las literaturas principales en el original y también he repasado muchas de sus traducciones en varios idiomas. Casi todas las encuentro detestables. Cuanto más llegan á ser literariamente pasables en su nuevo atavío, más se alejan del original. La Iliada de Monti es *rara avis*, que, sin embargo, está lejos de dar la impresión de la de Homero. Unamuno acaso suple con sus vastos conocimientos lo que les falta á las traducciones que encuentra excelentes, y la lectura se vuelve reminiscencia.

Las obras científicas son perfectamente traducibles. Las literarias, especialmente las poéticas, lo son tanto menos cuanto son más bellas. Foscolo analizó sutilmente muchas traducciones de los tres versos de Homero

> Ἦ, καὶ κυανέῃσιν ἐπ' ὀφρύσι νεῦσε Κρονίων.
> Ἀμβρόσιαι δ' ἄρα χαῖται ἐπερρώσαντο ἄνακτος
> Κρατὸς ἀπ' ἀθανάτοιο, μέγαν δ' ἐλέλιξεν Ὄλυμπον.

y á todas les encuentra grandes defectos. He leído la del mismo Foscolo, la de Monti, varias alemanas y eslavas, y ninguna vale el original, ninguna hubiese inspirado á Fidias. Dejando á un lado las obras clásicas, que no están al alcance de todo el mundo, cualquiera que sepa el francés, y son muchos los que lo saben,

Digitized by Google

puede comparar algunas traducciones castellanas, las de Llorente por ejemplo, con los originales. Son cosas que hacen llorar.

Y hay casos aún más graves. A veces el traductor ni siquiera comprende el original. Yo he visto, en un periódico de Buenos Aires, la traducción de la poesía de Stecchetti *October*, bajo el título de *Primavera*. El desgraciado que la tradujo no se había dado cuenta, ni por el texto, ni por sus conocimientos geográficos, de la inversión de estaciones que existe entre Italia y Argentina. Pero puede consolarse con que su traducción hubiera sido del agrado de nuestro señor Ferreyra, quien pretende encontrar matices del alma contemporánea en las obras helénicas y latinas. Aquí se encuentran matices del clima de nuestro hemisferio meridional en una poesía escrita bajo la impresión de las estaciones del hemisferio opuesto.

No por eso diré que las traducciones son completamente inútiles. Hay obras en todas las literaturas que el hombre que aspira al título de culto no puede ignorar, y puesto que á nadie le es dable conocer todos los idiomas, forzosamente debe resignarse á leer las tales versiones. Ultimamente hablaron los diarios de que en Moscú se les había ocurrido hacer ver á los rusos lo que es el espectáculo tan grato á los españoles de una plaza de toros. Seguramente los rusos que lo han visto, en su mayoría, estarán convencidos de que saben perfectamente bien lo que es torear. Un español se hubiera reido á carcajadas. Para mí esta es la imagen perfecta de las traducciones en general. *Ignoti nulla cupido!*

* * *

« No digo que en la segunda enseñanza argentina haya de establecerse cátedras de latín, pero sí creo que en esa nación debería haber, si es que no las hay ya, cátedras de gramática histórica castellana y de lingüística comparada de las lenguas neo-latinas». Cito textualmente este paso de Unamuno, porque me parece que aquí cae en una contradicción que seguramente no es más que un *lapsus calami*, pues para el mismo Unamuno deberían conocer el latín cuantos aspiren á manejar el castellano literariamente. Yo opino que la gramática histórica castellana queda forzosa-

Digitized by Google

mente trunca é imperfecta sin el latín, el que, como dije en otra ocasión, no es más que una fase más antigua del castellano.

En cuanto á la gramática comparativa neolatina, sin el latín nos faltaría el término principal de comparación, y no veo de qué modo se podría enseñar. La gramática comparativa aria nació solamente cuando se conoció el sanscrito que se creyó padre de los otros idiomas, aunque no era más que su hermano mayor, pero tan viejo, que bien pudo pasar por padre.

Todos estos estudios glotológicos y filológicos son poco menos que desconocidos entre nosotros, y creo que lo mismo sucede en los demás países de habla castellana. Eduardo de la Barra, profundo matemático y hablista, cuando era rector del colegio nacional de Rosario, dictó un curso de filología como complemento á su cátedra de lengua castellana, de lo cual habló más tarde en alguna de sus obras, citando también el nombre del autor de estas líneas. Pero quizá algún día se sienta la necesidad de inaugurar tales estudios en nuestra universidad, y, para esto, creo que nada vendría más á propósito que Unamuno aprovechara de las vacaciones de allá, para hacernos oir su palabra docta é inspirada en asignatura tan importante. Haría el papel que hizo Max Müller en Inglaterra, y el paso primero y más difícil ya estaría dado.

Sin duda, entre los muchos que irían á escucharle el que lo haría con más gusto y fruición sería el que suscribe.

LEPTIR.

Digitized by Google

MELANCÓLICAMENTE

No sé qué misteriosos atractivos
tenía aquella pálida doncella
con su doliente claridad de estrella
en sus tímidos ojos pensativos.

A las audacias de mi amor esquivos,
hablaban del rubor que había en ella,
como evocando la invisible huella
de lejiones de ensueños fujitivos.

Se extasiaba mi cándida ternura
con sus formas de mística escultura
y sus graves maneras de señora,

Cuando, envuelta en sus blancas muselinas,
cruzaba por mis tardes mortecinas,
melancólicamente soñadora...

LEOPOLDO VELASCO.

Digitized by Google

LAS DOS FUERZAS

—« 17 de Junio:

« Mi alma sigue invariablemente como ayer. Debo ser un « enfermo. Hoy he sentido verdadero prurito de matar. El crí- « men no me atráe solo por lo que tiene de estético. Si así fuese « me explicaría, quizá, mi actual estado psicológico. Me siento « arrastrado y tengo que resistir. Y resisto porque una fuerza, « tan extraña como la que me impele al crímen, opera en mi es- « píritu y me aleja de él. No sin motivo escribí en una de las pá- « ginas anteriores:

« CREO, COMO CREO EN EL SOL, QUE EN EL UNIVERSO SOY UN PRE- « CISO PUNTO DE CONJUNCIÓN DE DOS FUERZAS TERRIBLEMENTE ANTÍPO- « DAS: EL BIEN Y EL MAL, EN MI ALMA, COMO EN NINGUNA OTRA ALMA « DE VARÓN. ESTAS DOS FUERZAS LIBRAN COMBATES EXCEPCIONALES POR « LO BRUSCOS. POR LO TERRIBLES. POR LO BÁRBAROS...»

« Tal creencia, á ratos, hace luz sobre el por qué de mi ser « enigmático. Porque, yo lo sé, antes de un raro soy un loco, y « antes que un loco un enigma... Y acaso no estoy convencido de « ello?

« Quizá no siempre, en este asunto, me muestre su austero « rostro la verdad. Como quiera que sea, empero, mi convicción « está yá formada: Soy un enigma, y no por otra cosa que por « lo inexplicable de mi particular psicología.

« Dios tiene talento. Me hizo de una arcilla especial para que « mi alma tuviera verdaderas condiciones de laboratorio. No hay « duda: Yo estoy destinado á servir á una série de delicados ex

Digitized by Google

« perimentos que la Naturaleza tiene imperiosa necesidad de « efectuar. Porque, hasta ahora, no se han hecho esta clase de « ensayos. Y es indispensable que se hagan. Alguien quiere sa- « ber que efectos logra producir en el alma de un hombre la con- « junción de dos fuerzas que eternamente se repelen. Veremos lo « que sucede mañana.»

Así, textualmente así, rezaba la página, yá borrosa, que el doctor Rodríguez había dejado, dos noches antes, sobre mi mesa de trabajo.

—« Léala usted, me dijo al entregármela; léala y despues hablaremos del asunto. Para mi el autor de estas líneas es un caso especial de estudio. La hoja que dejo en su poder la recogí de entre los papeles de una persona de cuya privanza gozé. Según entiendo, pertenecía á un viejo libro de memorias escrito en la juventud, y posiblemente antes de un suceso estupendo que relataré á usted más adelante.»

Yo leí la página, la leí con fruición. Y tuve miedo....

Después pasaron ocho días. Al cabo de ellos volvió á visitarme el doctor Rodríguez.

Ninguno de los dos nos atrevimos á abordar el tema. Conversamos largo rato de cosas indiferentes. Al pasar, quizá llevado por la preocupación que me dominaba en ese momento, me referí á los hombres espiritualmente exóticos. El doctor Rodríguez creyó que mi intención era iniciar el debate del «*asunto*», y previo cierto gesto especial lleno de ceremonia, me dijo apoltronándose:

—« Voy á narrar á usted una historia que á mí me resulta no sé si terrible ó ridícula. Ella le explicará acabadamente lo que usted no haya podido descifrar en la página que hace algunos días confié á su estudio. Escúcheme usted:

Era yo todavía un niño cuando ví por primera vez al doctor Inchausti. Lo recuerdo, fué una mañana gris y triste, en la que la neblina era densa y hacía mucho frío. Parábamos en el mismo hotel. Cuando lo ví, su persona me causó verdadera impresión. Era alto y escuálido. Una larga y espesa barba le ocultaba

Digitized by Google

casi por completo el rostro, en cuyo fondo relampagueaban dos menudos ojos vivaces.

La casualidad quiso que la misma tarde del día en que lo ví por primera vez, entablásemos relación. Yo era el único niño mayorcito que había en el hotel. Quizá por eso se dió conmigo. Visiblemente le huía á los hombres, y sobre todo á los viejos...

En pocos dias Inchausti y yo, guardando las distancias que nos imponían nuestras respectivas edades, éramos yá dos antiguos camaradas.

El no tenía secretos para mí. Y á esto, precisamente, debo el conocimiento de todo el misterio de su vida. Oigalo usted:

Juan Carlos Inchausti nació en un rincón de América. Cuando estudiaba tercer año universitario en la ciudad capital de su patria, se enamoró de una aprendiz de modista, muy hermosa y por lo tanto demasiado mujer.

Margarita — así se llamaba la adorada — correspondió al amante el tiempo que lo suelen hacer todas las niñas: dos meses escasos. Despues entregó su corazón á un apuesto dependiente de almacen. No obstante, seguía aceptando las demostraciones de Inchausti...

El no sospechó nunca la traición: era demasiado hombre.

Un día notó que la frialdad que su amada había comenzado á demostrarle recrudecía asombrosamente. Quizá dominado por algo de eso que el léxico del vulgo apellida celos, inquirió una razón de ello á Margarita. Esta, por toda respuesta, se sonrió...

Hubo entonces un largo suspiro intensamente triste. Luego los dos amantes no se vieron más.

Inchausti, en esa hora, sintió poblarse de Holanda su cerebro. Amaba á Margarita, casta y sinceramente, como se ama á una flor. Su desprecio lo anonadaba. Cuando supo la verdadera causa que la movía, pensó vagamente en el suicidio. El había descendido hasta ella, desde el pináculo de su posición social y ella prefería las dotes demasiados clásicas de un vulgar acólito de mostrador, á su nombre, á su porvenir y á su cariño...

Desde entonces se iniciaron en el espíritu de Inchausti esos que él mismo llamaba *experimentos*. El Bien empezó á luchar con el Mal. ¡Y que luchas, amigo mío!

Digitized by Google

La página que he puesto en sus manos, y que sin duda habrá leído usted, es una prueba muy clara de ello.

Yo me estremezco de terror al solo recuerdo de uno de aquellos inverosimiles combates interiores.

Se lo voy á referir á usted con las mismas palabras con las que él me lo narró, desde su lecho de enfermo, muy pocos días antes de morir.

« No hacía un año aún — son los términos de Inchausti — que « me había recibido de médico. Mi fama de buen facultativo es- « taba entonces en formación, pero era ya lo bastante conocido « para que algunas familias de las más aristocráticas de mi ciu- « dad natal, pusieran en mis manos uno que otro de sus enfer- « mos.

« Pues bien. Cierto día fuí llamado con urgencia á casa de la « familia de B... — Lucía, una hermosa princesa de quince años, « se sentía gravemente indispuesta. Comparecí al llamado. La « examiné. No había duda: Se trataba de un caso de apendicitis.

« Iba á revelar la gravedad de la dolencia á la familia de Lu- « cía, cuando, de pronto, me acometió un terrible deseo de hacer « mal. Bien sabía yo que la más grave demora bastaba para ce- « gar aquella vida, tan pletórica de todo lo que le faltaba á la « mía. Y pensé en dejarla morir. En ese instante, supremo y te- « rrible, había en mi interior una como tormenta de sombras, « y el rostro de Voltaire, malignamente sonriente, parecía pro- « nunciarse sobre el mío.

« Quise deshacerme de aquel infernal pensamiento, mas todo « fué en balde.

« Si por un lado el agosto prematuro de esa flor, que nada sa- « bía del frío del invierno, tocaba rudamente las fibras delicadas « de mi espíritu, por el otro, los terribles insomnios de mi vida « nublada iban puntualizando en mi corazón un secreto prurito « de venganza.

« Yo tenía bien presente, en ese instante, el cuadro que epi- « lograría la muerte de la niña. Y en verdad me resultaba suges- « tivo.

« Ver tronchar esperanzas con vigores de robles, era para mi « algo que aguijoneaba mis placeres de esteta.

Digitized by Google

« El llorar de la madre que se enorgulleció tantas veces de los « elojios tributados á las prendas de su hija, la desesperación de « los allegados vanidosos que la presintieron triunfadora en « hiporbólicos salones de ensueños, la profunda tristeza de las « niñas coquetas que se jactaron de gozar de su privanza, y la « dantesca agonía, también, del secreto adorador predilecto, que « allá, en una tarde, escuchó una promesa que era un cielo: to- « do, todo, daba desmedidas ampulosidades á la fiereza de ese ti- « gre espiritual, que está rugiente siempre dentro de mi corazón « todo Siberia...

« Yo creí, ó quise creer entonces, en la universal comunidad « de las mujeres, y pretendí vengar con la muerte de Lucía la « ofensa que me hiciera su sexo en los crueles desprecios de « aquella otra hermosa cuyo recuerdo se ha identificado con mi « vida.

Y ahora oiga usted lo más terrible:

« La dejé morir, y pude presenciar el cuadro. Y gocé, gocé una « porción de placeres incontables...

« En medio de una sociedad que maldijo, y en medio del des- « moronamiento de mi fama reciente, fuí por algún tiempo fe- « liz. La venganza, así como yo la entendía, había echado un po- « co de sol en mi cerebro.

« Pasó el tiempo, y despues, tras el ocaso vino la noche. El « Mal fué descendiendo lentamente, como un telón en una escena « dramática de efecto. Y noté de improviso la presencia del Bien. « ¡Qué noches pasé entonces!. Mi desprestigio científico, que an- « tes había despreciado, me taladró como una daga. Debo confe- « sarlo. Yo tenía conciencia de mi propio valer. La muerte de la « niña no se la podía achacar, jamás, á mi impericia médica. ¡De- « masiado conocí desde el primer momento cual era la dolencia « que la aquejaba; y bien presente tuve también todos los pro- « cedimientos terapéuticos y clínicos que debieron emplearse pa- « ra salvarla. Se había muerto solo por que yo había querido que « se muriese. Fué un acto consciente. Sí, señor mío, perfectamen- « te consciente...

« Esto explica mi desesperación. Yo no podía defenderme sin « revelar el secreto de sombra que envolvía á mi espíritu. Me re-

Digitized by Google

« signé, y después, cuando mi situación se hizo imposible, emi-
« gré de mi patria.

« Desde entonces, varias veces, la muerte de Lucía me ha pro-
« vocado diversos é inexplicables sentimientos. A ratos he expe-
« rimentado placer, á ratos miedo, á ratos vergüenza, y á ratos,
« también, un profundo y terrible remordimiento. Pero hasta aho-
« ra ignoro si he hecho bien ó mal. Por eso he dicho alguna vez
« que soy un caso de estudio...»

Después hubo una pausa. El doctor Rodríguez, que á partir de la segunda mitad de su narración había dado á su tono una secreta tonalidad de música de *requiem*, concluyó como el epílogo evocador de un salmo triste, cuya última armonía se pierde en el conjunto de las notas finales, que agonizan bajo la pesadez del órgano cansado...

Ambos guardábamos silencio. Un silencio como el prologa siempre á la admiración de las cosas estupendas. Luego, mientras yo intentaba deshacerme de una enorme carga de meditaciones sobre cosas profundas, é imposibles, el doctor Rodríguez continuó su relato.

Yo oí muy poco del resto de la narración. Apoltronado en mi sofá, frente á mi interlocutor, soñé con los ojos abiertos. Estaba como nirvanizado de sombra...

Mientras el doctor Rodríguez habló, apenas si distinguí, confusamente, el acompasado movimiento de sus labios. Sobre lo que me relató nada sé. Lo ignoro todo. Solo recuerdo que después de estrechar la mano del doctor Rodríguez, cuando este creyó oportuno retirarse, me senté, cerré los ojos, y así permanecí,—entre dormido y despierto—hasta que rayó el alba.

Rodríguez acababa de abrirme, quizá sin saberlo, un campo nuevo á las especulaciones de mi espíritu...

Hace un año ya que conozco la historia misteriosa é íntima

Digitized by Google

del doctor Inchausti. Durante el año transcurrido he estudiado y analizado mucho su personalidad psicológica. Para mi, ya no es un enigma. Sencillamente es hombre...

¿No lo creeis? Pues bien. Consultad á vuestra propia conciencia. En todos nosotros hay gérmenes de eso que modeló el espíritu de Inchausti. Para hacer eclosión, no necesita más que 'a vida le brinde la oportunidad de ello. Y después, ¿quién puede asegurar que todos los hombres—más ó menos aparentemente correctos y sensatos—no obran á toda hora como Inchausti? ¿Conocemos, acaso, el obscuro misterio de todas las almas?

Para el que cree en lo Incognoscible de Spencer, lo que Inchausti llamaba *experimentos* no es otra cosa que la lucha necesaria entre el Bien y el Mal, cuyos resultados, al postre, determinan la suerte de ultratumba.

Por qué se inclinó Inchausti hacia l lado del mal, preguntádselo á los poetas enamorados que se suicidan, á los maridos celosos que matan, y á las novias soñadoras que se meten á monjas por que su paje azul se esfumó en los devaneos de una fiesta... A todos ellos, como á Inchausti, los arrastra una de las dos fuerzas que trabajan á todos los espíritus.

¿Son inocentes, son culpables?

Inquiríos á vosotros mismos la respuesta. Y después—serenamente—arrojad contra Inchausti vuestra piedra...

RÓMULO D. CÁRBIA.

Digitized by Google

EN MI ESTANCIA

Tarde invernal. La lluvia lentamente
cae fuera á través de los cristales.
Yo, pensando en Lucía,
escribo madrigales.

No lejos de mi mesa un gato blanco
engurruñido en el diván dormita.
El frío arrecia, y el gato,
dormitando, tirita.

En su retrato el rostro macilento
y grave de mi abuelo octogenario,
medita como un santo
de antiguo escapulario.

En sus azules ojos taciturnos
brilla el noble fulgor de sus hazañas,
que dicen los pastores
cantando en las montañas.

A su lado, en divina miniatura,
una dama gallarda y hechicera:
Mi abuela, gran señora
de rubia cabellera.

Digitized by Google

Más de un galán prendóse de ella al verla,
cuentan antiguas crónicas hispanas;
bailaba con donaire
gavotas y pavanas.

Algunos libros dentro de mi estante,
papeles y un velón sobre mi mesa;
en mi cerebro un mundo
y en mi alma... la tristeza!

Y más adentro, en lo íntimo del pecho,
donde todo es ternura y armonía,
un nombre dulce y vago,
tu nombre, mi Lucía.

ARTURO PINTO ESCALIER.

Digitized by Google

SEDUCCIÓN

(Escena de un drama)

(Va amaneciendo. Aparece Fernanda en la escalera y hace señas á Alberto de silencio; luego, acercándose á Blanca, le habla en voz baja. Esta manifiéstase sorprendida y se dirige presurosa hacia la bajada.)

BLANCA—*(Descendiendo)* Pobrecita ¿dónde estás?

FERNANDA—*(A Alberto, llevándoselo hacia las habitaciones)* La encontré llorando junto á la escalera, sin atreverse á subir. *(Ambos salen.)*

(Aparecen por la escalera Blanca y María Elena que se apoya en su brazo llorando. María Elena cubre su vestido de baile con un ligero tapado.)

BLANCA—Cálmate, querida, no llores.

MARÍA ELENA—¡Oh, tú eres una santa! ¡Y he podido ofenderte! ¡Oh, no me rechaces, Blanca, ten compasión!

BLANCA—¡Rechazarte! ¿no estás en mis brazos?

MARÍA ELENA—Oyeme, Blanca. Oyeme y tendrás compasión de esta desventurada..... *(Mirándola fijamente, con voz velada por la angustia)* Pero ¿no lo habías comprendido?.... ¿no lo habías comprendido, Blanca?.... Ay! le amaba!.... Aquí en Mar del Plata le conocí. Fué un sábado, en San Pedro. Eran las cinco. En la mística soledad del templo no se oían sino nuestras voces. Ensayábamos en el coro. Una penumbra crepuscular llenaba el recinto y un aire de santidad flotaba en el santuario desierto. Sólo allá en el fondo, junto

Digitized by Google

al altar mayor, una débil lámpara velaba al Señor Sacramentado, dormido en su sueño de inefable amor.... Oímos rumor de pasos y una joven pareja del pueblo, seguida de un pequeño cortejo, apareció. Iban á casarse. Guardamos silencio, tal era el encanto de esa sencillez que hacía más augusta la ceremonia. De pronto, sorprendida, creí divisarle entre el pequeño séquito. Sí, era él, era Alberto. El novio, pobre labriego protegido suyo, conociendo su llegada el día anterior, había ido á invitarle. Su presencia en la iglesia causó igual sorpresa en las que estaban á mi alrededor. Hablaron de él, luego de tí, oí tu nombre, y no sé quien dijo: «la habrá olvidado». Entonces comenzó mi culpa, sí, porque, si bien no ignoraba, por haberme tú á menudo hablado de él, que ustedes se querían, sin embargo esa frase me llenó de placer y llegué á desear que ese olvido fuera cierto. Y absorbida ya por mi culpable pensamiento, seguí contemplándole. ¿Qué fascinación ejerció en mí aquella figura noblemente varonil que se destacaba en medio de los sencillos labradores como un rayo de luz entre las sombras? Ah, no lo sé.... Un deseo intensísimo me acometió de seducirle, de hacer que volviera hacia mi sus ojos dirigidos hacia el altar. No me importó que me hallara en el templo. Tenía en mis manos el «Souvenez-vous, Vierge Marie», llamé á María Magdalena para que me acompañara en el órgano y canté... Apenas había comenzado cuando le ví volverse. Yo estaba radiante y canté como nunca. Todas me lo dijeron sorprendidas, sí, pero la dulcísima plegaría de Massenet no fué cantada para la Virgen, no fué cantada para los novios, no, la canté para él, sólo para él.... Cuando descendí del coro, los novios llorando me besaron las manos, y yo temblorosa uní por primera vez la mía á la que me tendía Alberto, al tiempo que murmuraba sus felicitaciones. «No tanto por su voz dulcísima, señorita — me dijo — —como por la bondad inmensa de su corazón, gracias por ellos.» Y salieron.... Yo quedé la última y al persignarme una visión terrible me paralizó de espanto. Al alzar los ojos creí ver en los de la Virgen una dura mirada de reproche, como si en medio de aquellas

Digitized by Google

alabanzas hubiera querido descubrirme la miseria de mi acción. No sé si aquello fué una alucinación, pero sé que me sentí culpable. Salí apresurada y desde aquel día no he vuelto más á la iglesia. ¡Ah, pero ya era tarde! Ya esa pasión desatinada se había apoderado de todo mi ser, sin que mi voluntad influyera, sin tener casi conciencia de ello. Tú llegaste en la hora terrible en que esa lucha desgarraba mi corazón. Debí ser fuerte, pero lejos de resistir, bastó una palabra de ese hombre ruin para que, como había profanado el templo, profanara la amistad, y entonces, dos veces culpable, ofuscáronse mis sentidos por la embriaguez de la fiebre, veláronse mis sentimientos hasta el punto de producirme un indefinible placer la vista de tu desamparo, pensé en mi delirio que te irías dejándolo libre, y esta idea que iba á estallar ya en un grito de irrefrenable alegría, ahogóse en mi garganta cuando ví que te alzaste como un fantasma vengador y clavando tus ojos en los míos me dijiste aquellas palabras que aun siento resonar en mis oídos: «Eres una pérfida, María Elena». Esas palabras me volvieron á la realidad. Sentí horror de mí misma y sin desplegar los labios me dejé arrastrar como una autómata por ese hombre.

BLANCA—¡Pobre María Elena, cuanto debiste sufrir! ¿Porqué me lo ocultaste? ¿porqué no tuviste confianza?

MARÍA ELENA—No, Blanca, debí ser fuerte, y en vez de resistir, cedí. *(Bajando la voz)* Tú ya me has perdonado, pero aun debo mi expiación á la Virgen. Esta tarde cuando de nuevo la penumbra crepuscular inunde el templo, iré como aquella tarde, sola, á cantar, pero esta vez la dulce plegaría será para ella, sólo para ella!....

. . . . . .

GASTÓN F. TOBAL.

Digitized by Google

LETRAS ESPAÑOLAS

POESÍAS DE MANUEL MACHADO

El nuevo volúmen de este poeta comprende, á más del grupo de composiciones que publicara antes con el título de *Alma*, dos nuevas partes: Son *Museo* y *Cantares*. Estrofas y sonetos antiguos matizan el libro que el señor Unamuno prologa. El rector de Salamanca elogia á Machado. Lo halla jugoso y lleno de gracia y al hacer el análisis de su obra, afirma que, siendo por la fórmula modernista é influido por la escuela francesa, está más cerca de los clásicos, como lo estaba de Esquilo, Victor Hugo á través de Dante y de Shakespeare. Considera también el señor Unamuno que Machado, como todo poeta auténtico, es una fuerza de la naturaleza pues su frescura, fuera de artificios pomposos, le da un aspecto de verdad profunda. Y en el mismo prefacio juzga en Machado al poeta más español.

Así es, en efecto. Sus paseos en las tardes galantes de Versalles, sus siluetas de porcelana, no le alejan del solar castellano ni le sacan del patio andaluz, bajo cuyas parras agobiadas de pesados racimos canta á la ágil morena en la copla vieja y sabrosa como los viejos vinos que sabían beber los enjutos hidalgos para sazonar empresas de gloria y lances de amor.

La España de los cantores ó de los caballeros aparece en su magnificencia en este libro, uno de los mejores que han venido de la península y cuyo autor es con Villaespesa, Zayas y Diez Ca-

Digitized by Google

nedo los que han dado un nuevo giro á la poesía española arrancándola de la vaciedad solemne de los académicos.

Pertenece Machado al grupo jóven que ha roto los moldes añejos que sirvieron á Nuñez de Arce para construir sus poemas somnolientos y al desventurado señor Emilio Ferrari sus estrofas sin vida á la sombra de las cuales floreciera el buen Federico Balart. Sus cantos, como los recitados musicales, son estudiados por todos los aficionados de las ruralidades que hallan en este flojo llorón, el ideal desbordante de su sentimentalismo.

A más de las cualidades intrínsecas de sus poesías, tiene Machado el mérito de haber contribuído á esa evolución iniciada en América por Rubén Darío. Dentro de esa misma evolución Machado resulta el más castizo de los poetas. No importa que describa la elegante trivialidad del *Dieciocho Francés* personificado en Florián:

Madrigalesco y eglógico
Y cortesano, sabía
Hacer la guerra entre encajes
Y enamorar entre rimas
Sonriendo... Entonces era
La religión la sonrisa;
La ley, ser cortés; la moda
Las pastoriles poesías...
Y Florián el mejor
De los cantores de Aminta...
Se sabe que Florián
Le pegaba á su querida.

Donde su vigor se manifiesta amplio y sin esfuerzo es en las poesías evocadoras de la España antigua, fuerte, soberbia y admirable. Hace entonces cuadros de Velázquez. Pruébalo este soneto titulado *Madrid Viejo:*

Una plaza tranquila. Sol... Más de mediodía.
La blanca tapia de un convento... Una
Fachada de palacio antiguo... Lerma... Osuna...
La seriedad del sitio corrige la alegría

Digitized by Google

De la luz. Vana hierba entre las piedras crece.
Rejas—las viejas lanzas de los antepasados—
Guardan los ventanales y balcones rodados
Del caserón antiguo que tranquilo envejece.

Llegan las horas y las horas... Suena
Una campana... Sale una mujer de luto.
Un mendigo la calle de un lado á otro pasa.

Es ciego. Su cayado en las losas resuena.
Un viejo de Ribera, avellanado, enjuto...
«Sea la paz de Dios en esta santa casa».

Es un magnífico lienzo, sobrio y preciso. Es en sus breves estrofas, en sus páginas fugaces, donde renace la España de los castillos y de los conquistadores, de la época en que la lanza del Cid no descansaba en el museo. Es Machado el poeta noble de ese tiempo que sabe condensar en el ritmo de sus versos preciosos el alma del rancio pasado y el espíritu de la Andalucía actual,—las dos bellezas de España, la extinguida y la viva—aquella en las referencias del Campeador, los óleos oscuros, las hazañas de Minaya Alvar-Fáñez, y ésta en los cantares chillones de sol y chorreantes de mosto. Es también el más completo. Junto al poema *Castilla*—«polvo, sudor y hierro»—tiene madrigales de exquisita finura. No son los gimoteos tan peninsulares que gustaban á la musa de don Antonio Grilo. Su originalidad puede apreciarse por esta estrofa:

Y no será una noche
Sublime de huracán, en que las olas
toquen los cielos... Tu barquilla leve
Naufragará de día, un día claro
En que el mar esté alegre.
Te matarán jugando. Es el destino
Terrible de los débiles...
Mientras un sol espléndido
Suba al zenit hermoso como siempre.

A Manuel Machado lo criticó sin mesura un grave académico. Rubén Darío le ha elogiado con entusiasmo.

Digitized by Google

«Estrofas», por RICARDO J. CATARINEU.

La poesía meditativa y filosófica tiene en Catarineu un cultor predilecto. Su antiguo abolengo se refresca en su pujante vigor. Catarineu, entregado á las mediocres tareas del periodismo, según su amable prologuista Manuel Bueno, encuentra energía aún para ocuparse en versos fluídos y bizarros de los males humanos. Su musa es buena. No tiene tiempo para acicalarse ante el espejo, ni rizarse la cabellera ni encubrir defectos sin remedio, con afeites externos. De ahí que á veces sorprendan en su lenguaje durezas é inelegancias de estilo. No es un poeta de forma. Se preocupa más de las ideas, generosas y dulces como su alma, que está diluída en todo el libro, fragante de bondad.

ALBERTO GERCHUNOFF.

Digitized by Google

LETRAS ARGENTINAS

Por más que el mérito de tal ó cual libro sólo sea escaso, sin embargo se impone en estas notas bibliográficas el elogio, la frase de aliento para su autor, si es que ese libro, en su valor meramente relativo, revela un digno esfuerzo ó una sana aspiración de arte. Y la razón es obvia.

Nuestra literatura — si es que existe — no tiene sino un valor relativo. Por lo tanto no se puede usar á su respecto el mismo criterio que se emplearía al juzgar una literatura europea. Es de desear, naturalmente, que la producción artística argentina sea de verdadero mérito, mas no han de exigirse imposibles. Por algo hay que empezar. Al lado de un Obligado, de un Groussac, de un Lugones, de un Ramos Mejía y de algunos otros hombres de letras que honrarían á cualquier país ¿cuántos, entre nosotros, cuya labor, que es considerada y es justo considerar con respeto, quedaría borrosa en otro medio?

En estas cosas como en todas, no puede haber criterios absolutos. Con ellos, verbigracia, debiera empezarse por excomulgar desde ya nuestro naciente teatro que, ni vale la pena decirlo, no resiste por cierto el parangón con ningún teatro europeo. Apenas si Sánchez, en alguna de sus obras, se acerca al tipo. Y sin embargo no es cosa de desdeñar la labor de los demás.

¿Y qué decir de nuestra entera literatura? Si á su respecto no se hicieran valer los mismos argumentos, á qué quedarían reducidos Echeverría, Marmol, Andrade ó Gutierrez, al lado de

Digitized by Google

Hugo, de Byron, de Zorrilla? Valuaciones distintas han de regir, no hay duda. Con criterios absolutos no se llega á ninguna parte.

Eso sí, guerra á la mediocridad, á la pereza, á la falta de honradez artística, en una palabra, á la grafomanía.

«Joyeles» por JUAN AYMERICH.

Este libro podría dar tema para volver á repetir todo cuanto se ha acostumbrado decir respecto de las dificultades que opónense al buen manejo del soneto, las que por otra parte han sido exageradas, y de las positivas ventajas que esa especie lírica ofrece para ciertos asuntos, cuando se ha logrado dominarla. Pero la materia está agotada y no vale la pena insistir.

Atento á lo dicho, los cien sonetos que *Joyeles* contiene, están trabajados con maestría suficiente como para merecer el respeto de todos los cultores del difícil arte en estas tierras.

Parnasiana podríase definir la estética del señor Aymerich, y su misma admiración por Heredia, del que nos da unas felices *adaptaciones* (apláudase la cautela) de algunos de sus sonetos, abona en favor de esta opinión. Mas no es el suyo un panasianismo completamente definido, si por tal cosa se entiende una absoluta impersonalidad artística. Su obra, en efecto, no es del todo impersonal, como dicho sea entre paréntesis, nunca he visto que lo fuera tampoco la de los parnasianos de primera fila, poniendo entre ellos al mismo Heredia. Ciertamente, fiel á la susodicha estética, el señor Aymerich ama la línea y el color con preferencia al sentimiento; sin que esto excluya de muchos de sus mejores sonetos esa interna vibración emocional que por ellos derrámase infundiéndoles alma.

Todo es cuestión de grados. Antepone, sí, el cuidado de la forma que trata de hacer luminosa y sonora, al contenido, lo que no significa que haya desterrado de sus versos todo elemento subjetivo.

Sus sonetos, endecasílabos y alejandrinos, (salvo dos de versos de diez y seis sílabas) desenvuélvense serenamente, sin tropiezos, encerrando con holgura la idea que los informa, que sabe siempre terminar en el último pié con un rasgo sintético y expresivo, que acertadamente redondea y cierra la composición.

Digitized by Google

Como defecto principal de esos sonetos puede señalarse la trivialidad de la rima, no siempre rica cuanto fuera de desear. Así los consonantes *oso*, *osa*, *ado*, *ada*, *io*, *ia*, *ante*, *ente*, y otros del mismo jaez, son repetidos en *Joyeles* con una lamentable frecuencia.

En cuanto al procedimiento descriptivo del señor Aymerich es sencillo y directo. Usa de las metáforas con sobriedad y buen gusto. Pero deben hacerse reservas respecto á su adjetivación Sus epítetos pecan á veces de poco novedosos, de manoseados, y en ocasiones también de impropios. «La dura piedra», «un invierno frío», «la palidez nevada de tu frente incolora», «heladas ráfagas de frío», y algunas otras expresiones que encuentro al azar, no se recomiendan por cierto por su propiedad. Pero no ha de darse á estos deslices sino la importancia que merecen, pues, si me he detenido en anotarlos, sólo ha sido porque se trata de un libro que sale de lo vulgar. Aplaudamos por consiguiente á este nuevo poeta cuya voz nos llega de la somnolienta Córdoba, y felicitémonos de que á la sombra de la doctoral ciudad, en el corazón de la República, trabajen y produzcan ya varios caballeros del ideal: al lado de Aymerich, ese otro poeta del color, José María Velez, y el ameno y sincero Martín Gil.

«Cavalcanti» por LUIS MARÍA JORDAN.

La Túnica de sol, el libro con que se estrenara el señor Jordan, nos daba derecho para esperar de él algo más de lo que en *Cavalcanti* nos brinda.

En este último libro se vé al autor luchar con la falta de tema. Es lógico creer que todo cuento ha de girar alrededor de algo. Y en verdad algunos de los del señor Jordan, por no decir la mayoría, están construidos sobre un asunto bien pobre, cuando no carecen por completo de él, limitándose á simples páginas descriptivas ó á estrofas truncas de hipotéticos poemas en prosa.

Esa misma narración final, *Venus Dolorosa*, que parece por unos instantes prometer mucho, termina lo más trivialmente posible, causando en el lector la natural decepción.

Sálvase el libro empero por el estilo. El señor Jordan es un

Digitized by Google

artista y un poeta. Su lengua es facil, su imaginación rica. Y abunda en delicadezas de expresión dignas de todo elogio.

Por estas mismas razones, porque el señor Jordan ya se ha conquistado un envidiable puesto entre los cultores del arte entre nosotros, y porque ya se halla en plena posesión de su estilo, que le permite expresar los más variados matices del sentimiento, débesele exigir lo que á un novicio podría perdonársele: un libro completo por el fondo y por la forma.

Cuando se nos prometen cuentos, justo es esperar cuentos.

«Vértigos de sol» por RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

Un prometedor librito que encierra seis breves cuentos, ingenuos é interesantes. Su autor no carece de inmaginación ni de sensibilidad, cualidades esenciales de todo artista. Tampoco fáltanle dotes de observador.

Sus páginas descriptivas son encomiables. También dialoga con desenvoltura. Nótanse, sí, en el libro algunas vacilaciones, consistentes en la repetición de ciertas palabras y frases predilectas ó en algunas incorrecciones de régimen, inexperiencias todas que sin duda salvará facilmente el señor Arrieta en su producción posterior.

Esperamos, pues.

ROBERTO F. GIUSTI.

Digitized by Google

TEATRO NACIONAL

Nacional.—«En el cepo» por *Don Félix Alberto de Zabalía.*—«Jaula de locos» por *Don José de Maturana.*

«En el cepo»—Con este título estrenóse el miércoles 16 de Octubre una comedia en tres actos de don Félix Alberto de Zabalía. Este autor había ya adquirido cierto merecido crédito por sus producciones anteriores. Por lo tanto, el público que asistió al estreno, acudió con la presunción de encontrarse con una obra que consagrara definitivamente al señor de Zabalía, como uno de nuestros autores de mérito; pero, le esperaba la decepción más grande.

Obra artificial en absoluto, «En el cepo» es falsa como pintura de costumbres, endeble en la descripción de caracteres, al punto de no haber uno solo que se destaque nítidamente en ese conjunto de tipos chirles y mediocres que circulan en la comedia.

Tan absurda va siendo la obra á medida que avanza en su desarrollo, que hubo momentos en que llegamos á creer que el señor Zabalía se hubiera propuesto, á sabiendas, especular sobre la vulgaridad intelectual de nuestro público. Pero si tal fué su objeto, este le salió errado, pues la indiferencia más aplastadora acogió esta tentativa fracasada. Y lo más lamentable del caso, es que parece que el autor se propuso hacer con esta obra, una obra de tesis. ¿Defensa del divorcio? Por ningún lado vemos que los matrimonios que nos presenta en la comedia, prueben algo en favor de tal ley. Lo único cierto es que «En el cepo», es una pieza

Digitized by Google

en cuyos tres actos se verifican una serie de peripecias cómicamente ridículas, y que el señor Zabalía hubiera hecho muy bien en no escribir.

¡Cuán lejos de la comedia emocionante y realista que teníamos el derecho de exigirle! Sin embargo, no desesperamos de poder en estas mismas páginas elogiar sin reticencias una futura obra que afirme todas sus cualidades y borre todos sus defectos.

«Jaula de locos»—El señor José de Maturana, otro autor apreciado, ha estrenado una obrita en un acto (y á la que llama comedia) con el título enunciado.

Si bien es cierto que sería una necedad tomar muy á lo serio las obras que, como esta, sólo se proponen divertir al auditorio, pensamos que las situaciones que en ellas se ofrecen, por más locas que sean, deben tener su grano de buen sentido, del que, á nuestro parecer, carecen las escenas que componen la obrita que nos ocupa.

Apolo.—«La conferencia de la Haya» por *Don Nicolás Granada.*

Nuestro teatro se halla indudablemente en un período de crisis. Surgió vigorosamente hará unos cinco años, casi como en un movimiento de reacción contra ese malhadado género chico que tan estragado tenía nuestro gusto. A pesar de que en el transcurso de estos años, se dieron muchas obras malas, casi todas eran tentativas más ó menos serias y por lo tanto dignas de estima. Pero, de un tiempo á esta parte, se nota en nuestros autores una evolución alarmante. La mayoría tiende á la fácil composición de sainetes y zarzuelas de fácil aplauso, pero con el agravante de ser estas piezas lo más antiartísticas y groseras. Siquiera, en aquel género chico tan combatido, se encontraba, de vez en cuando, una buena letra y una buena música.

Estas reflexiones nos surgen con motivo del estreno en el teatro Apolo de una *revista humorística cómico-lírica* titulada «La conferencia de la Haya», y cuyo autor es el conocido escritor don Nicolás Granada.

En absoluto desaprobamos este género de producciones teatrales. Ni el *vaudeville*, ni la zarzuela, están dentro de la literatura.

Digitized by Google

Y no se crea que estas observaciones son inaplicables á la obra que las origina.

«La conferencia de la Haya», es una sátira grosera é inconveniente, en la que se ponen en la picota del ridículo á naciones, que ahora menos que nunca nos conviene ridiculizar, si no queremos perder nuestra secular tradición de cultura.

Lo único bueno de «La conferencia de la Haya», fueron las decoraciones. Estas merecen una felicitación.

Aparte de esto, la interpretación de la revista fué bastante buena. Demasiado buena, como alguien dijo, dado el escaso valor de la última producción del señor Granada, quien debe volver á tentativas sanas y serias como «Al campo» y «La Gaviota», si desea ser aplaudido sin reticencias.

Marconi.—En este teatro no ha habido ningún estreno. Quizás sea mejor.

En cambio, con motivo del beneficio del estimable actor Pedro Gialdroni, volvió nuevamente al cartel «En familia», esa sencilla, sobria y hermosa comedia de Florencio Sanchez. En el rol de Eduardo, renovó el señor Gialdroni sus triunfos de hace dos años.

Verdaderamente el asistir á la representación de una obra de Florencio Sanchez, constituye un merecido reposo para el espíritu conturbado por tanta obra mediocre. Sin género alguno de duda, el señor Sanchez es el primero de los autores dramáticos argentinos.

ALFREDO A. BIANCHI.

Digitized by Google

NOTAS Y COMENTARIOS

Don Miguel de Unamuno—El ilustre rector de la Universidad de Salamanca, ha contestado, á nuestro pedido de colaboración, con la carta que, gustosos, á continuación insertamos:

Sr. Don Roberto Giusti.—Mi estimado señor: Llegó su carta á esta mi casa estando yo ausente de ella, de veraneo en mi país vasco, y hoy me llega el segundo número de «Nosotros»—el primero no lo he visto. El número éste que tengo delante me agrada; es de fisonomía simpática. Veo el esfuerzo á darle variedad y á conjuntar la amenidad con la seriedad. Porque las revistas ó suelen pecar de superficiales ó de inamenas.

Encuentro un trabajo de Carlos Octavio Bunge, mi buen amigo, y siento una punzada de reconvención porque aun no he dedicado el trabajo que debía, á exponer los méritos de ese trabajador infatigable que tanto hace por elevar el nivel de la cultura de su patria. Lo que más me gusta en Bunge es su ahinco por tratar las cosas en hondo y en vasto, la tendencia genuinamente filosófica de su pensamiento.

Algún otro conocido encuentro en el número.

Quisiera poder gozar pronto de un respiro en mis crecientes tareas para enviarles algo á «Nosotros», incluyéndome así—y muy honrado con ello—en ese pronombre titular de la revista

Creo que ahí, en la Argentina, lo mismo que aquí, en España, es de necesidad crear un núcleo de jóvenes atentos á las formas más elevadas, más puras, menos pragmáticas—aunque no por eso menos hondamente prácticas—de la cultura, á todo lo que siendo hoy un nuevo lujo espiritual para la colectividad en conjunto, llegará á ser mañana sustancia de la patria. Una nación necesita alma y alma duradera y fuerte, y ésta no puede encontrar ni duración ni fuerza sino en la visión de una elevada finalidad, que trascienda del bienestar y la riqueza de las generaciones actuales. La labor de ustedes tiene que ser dar personalidad espiritual á la patria argentina, y que tenga un signo y sello y un valor para los demás pueblos. Y esto es más necesario donde las continuas avenidas de gentes extrañas, de emigrantes, tienden á romper la unidad de caracter espiritual. La unidad de ustedes habrá de ser unidad de integración, no de homogeneidad, y por eso mas difícil.

Y basta de fáciles divagaciones.

Con ustedes, con «Nosotros, estoy en espíritu y en anhelos, y

Digitized by Google

¡ojalá su labor sirva á la vez que para enriquecer la cultura de esa tierra, para hermanarle más con los demás pueblos de lengua castellana!

Le saluda su affmo.—*Miguel de Unamuno.*—Salamanca, Octubre 10 de 1907.

«El Tiempo»—Nuestro colega ha festejado en este mes su 14º aniversario. Catorce años de vida durante los cuales dió siempre un saludable ejemplo de integridad y civismo, manteniendo enhiesta la bandera de los más sanos principios, en medio del turbio embate de las pasiones políticas.

Y ha sido además el protector de todos aquellos que han buscado donde ensayar sus primeros vuelos, donde hacer sus primeras armas; la palestra donde ejercitáronse muchos de los escritores que más han descollado luego entre los nuestros.

Llegue, pues, en esta fecha el saludo de NOSOTROS al noble colega cuya creciente ancianidad obliga al más profundo respeto; y alcáncele también el saludo á su director Carlos Vega Belgrano, merced á cuyos esfuerzos débese el que haya siempre navegado ese diario por aguas tan serenas.

«Josué Carducci» por *Francisco Capello*—«La Cultura Española», la importante revista madrileña trae una extensa y elogiosísima nota bibliográfica sobre la conferencia que el doctor Francisco Capello, profesor de literatura griega en nuestra Facultad de Filosofía y Letras, pronunció en ella en Abril del corriente año sobre el gran poeta italiano.

Regocijados anotamos este hecho, por lo mucho que sugiere, tanto porque nos dice que ya muchas de nuestras manifestaciones intelectuales, aun las más modestas al parecer, no pasan desapercibidas en Europa, como porque honra á nuestra Universidad en la persona de uno de sus maestros más eminentes.

Biblioteca Nacional «Nec Plus Ultra»—Bajo el título de *Corona Fúnebre* el señor Luis F. Suarez ha prologado y reunido en un volumen todas las composiciones que nuestros vates dedicáronle al general Mitre, en ocasión de su fallecimiento. Es un libro de pequeño formato en el que codéanse todas las escuelas literarias y todos los géneros poéticos, Calixto Oyuela con Rubén Darío, el soneto con la oda, los buenos con los malos poetas. El valor de esta colección es evidente. Felicitamos por lo tanto á la *Biblioteca Nacional «Nec Plus Ultra»* por su feliz iniciativa, que parece querer continuar, de dar al público, agradables y variados libros, editados elegante y económicamente.

NOSOTROS.

Digitized by Google

NOSOTROS

AZORIN

La sinceridad en arte, proclamada como única base y punto de apoyo exclusivo, sin correspondencia directa con ninguna otra causa emocional que pueda ser considerada como fuente estética, no ha tenido en el vasto desarrollo de que ha sido objeto en los tiempos presentes en que se realiza la bancarrota de las doctrinas, mayor defensor que el espíritu luminoso de Antonio Azorín, ese pequeño filósofo que en castizo lenguaje suele darnos las más sutiles y complicadas filosofías modernas, al par que hace vibrar con toda la intensidad de lo nuevo el viejo organismo adormecido por los narcóticos corruptores de las literaturas en boga.

Cuando Martínez Ruiz, padre y creador de ese tipo inimitable de Azorín, lanzó su primer folleto, nada dejaba esperar la obra reposada y original con que años más tarde habría de honrar la literatura española. Todo hacía suponer que ese joven atrevido, autor de *Anarquistas literarios*, fuese uno de tantos panfletistas políticos, uno de tantos guerrilleros de la literatura menuda, aunque ya muy luego esa opinión se desvaneciera cuando aquel ruidoso *Charivari*, piedra de escándalo en el charco de la España literaria, donde solo era permitido el *coax-coax* de los maestros reconocidos, vino á demostrar que Martínez Ruiz no luchaba por luchar, sino que bregaba para consolidar un ideal en el que venía

Digitized by Google

envuelto un temperamento nuevo y audaz, empleando para ello los medios que las circunstancias le sujerían.

No era posible esperar de un joven ardiente, cuya combatividad juvenil crecía por el convencimiento de su valer y de su fuerza, pasividad y calma sólo comprensibles en los que vencidos de antemano resígnanse íntimamente á la mediocridad de su destino. Los fuertes, los que aspiran á ser *porque ya son* presentan siempre recios caracteres de rebeldía, iconoclastas y destructores. Martínez Ruiz, viendo el campo acotado por viejos y por inútiles, cerradas todas las puertas, obstaculizadas todas las sendas, adoptó el partido único; el correspondiente á los que tienen la fuerza de una afirmación insustituible dándoles vida y marcándoles el camino: invadir el campo rompiendo puertas y destruyendo vallas, presentándose en lucha franca y leal contra todo lo juzgado pernicioso, por lo tanto inútil.

Ni el escándalo hecho en torno de su obra, ni la ignominia de que fué rodeado su nombre (porque los detentadores del movimiento literario conservadores por impotencia creadora, solo saben defenderse llenando de insultos el nombre del audaz aventurero), fueron bastantes para detenerle: Martínez Ruiz prosiguió su vida de labor obstinada y paciente, pidiendo al tiempo la confirmación de su bondad combativa.

Muchos fueron los que sobre él se engañaron, y aún aquel mismo clarovidente que era Clarín cometió el error de considerarlo «esperanza de la literatura satírica», sin acertar á descubrir el hombre serio y reposado que después vendría, cuando calmado el oleaje tempestuoso de *Charivari* apareciera el autor de *El alma castellana*, el padre de *Azorín*, hoy identificado á su manera de ser, de tal manera y en tan alto grado que la vida ideal de ese personaje ha llegado á convertirse, para quien pretende estudiarlo, en la vida misma del genial autor levantino.

Es lógico y natural, empero ,que de aquel combatiente audaz y terrible, considerado en su tiempo como escritor político de acerada y terrible pluma, temido por cronista demoledor, surjiera el sereno comentarista que ahora nos deleita con las sutilidades de su ingenio paradojal. Solitario, reflexivo, artista siempre, huyendo de las vanidades malsanas del llamado Todo el mundo, Martínez

Digitized by Google

Ruiz fué durante su época de lucha la representación vívida de aquellos hombres que por exceso de combatividad caen en el misticismo y que como Iñigo, el guerrero de Loyola, extreman su condición de lucha y caen en el ascetismo aniquilador.

El misticismo llevó á Martínez Ruiz á los límites de la sociología en brazos de Hamon y de Kropotkine, algunas de cuyas obras tradujo, inclinándose al socialismo anarquista, no con caracteres de batallador á que su espíritu es completamente ajeno, sino con los de íntimo convencimiento apasionado, que podían, con un leve esfuerzo, hacerle caer por completo dentro del campo sectarista El arte le salvó, porque al arte le ligaban ese personalismo que puso siempre en todo cuanto escribe, la espontaneidad de su pensamiento y la intransigencia con que supo proclamar la verdad en todo terreno y en todas las circunstancias.

Con esas condiciones érale imposible figurar dentro de un partido, dentro de una secta, dentro de cualquier dogma, político ó filósofico, social ó religioso. Esa fué su salvación, y si la Idea Nueva (con mayúsculas) perdió un propagandista, la literatura vió exclusivamente suyo el que debía llegar á ser el más notable escritor de las nuevas generaciones españolas.

Martínez Ruiz prueba una vez más lo que ya tuve ocasión de decir respecto de otro escritor: que todas las ideas avanzadas, todas las teorías radicales, no son de corrupción ni de duelo para los espíritus jóvenes, como se complacen en afirmar los viejos dómines; creólas por el contrario crisoles indispensables para la depuración de todas las nuevas inteligencias, piedra de toque de las voluntades jóvenes que se presentan á la liza con aspiraciones dominadoras. ¿Tal escritor joven pasa por el crisol radical y en él se deshace, se desvanece, cayendo por entero en el lugar reservado á la escoria? es porque en su espíritu no había nada, nada valía nada. ¿Tal otro pierde parte de su valor y lo poco que se salva vá á aumentar el montón de lo frágil, de lo quebradizo, de lo sospechoso? es porque su espíritu ha sido formado sin conciencia, sin mérito propio, sin valor personal. Otros hay, en cambio, que al calor del fuego adquieren más consistencia, petrifícanse, solidifícanse, tórnanse duros, brillantes, luminosos, demostrando que solamente vale lo que puede llegar á ser, á pesar

Digitized by Google

de todos los obstáculos, pese á todas las opiniones y contrariedades.

Y en nuestros días de lucha, de combate constante, monótono, feroz, solo puede triunfar é imponerse el espíritu que haya pasado por el crisol de los radicalismos á ultranza, sin dejarse imponer por el ambiente de secta, conquistando á su vez el libre exámen y la plena conciencia, característica de los espíritus libres.

«Azorín, á raíz de la muerte de Justina abandonó el pueblo y vino á Madrid. En Madrid su pesimismo instintivo se ha consolidado; su voluntad ha acabado de disgregarse en este espectáculo de vanidades y miserias. Ha sido periodista revolucionario, y ha visto á los revolucionarios en secreta y provechosa concordia con los explotadores. Ha tenido luego la humorada de escribir en periódicos reaccionarios, y ha visto que estos pobres reaccionarios tienen un horror invencible al arte y á la vida.»

Esta *humorada* empero, esta *humorada* que llevaba á Azorín á escribir en todas partes y á figurar en todos los círculos, llevado por su afán de conocerlo todo y de analizarlo todo; esta *humorada*, es la que no le perdonaron jamás los pobres sectarios de un ideal cualquiera que en serio toman su papel y bátense con el atrevido que tiene, para esos juegos de los niños grandes, amargas sonrisas, muy escépticas y muy amables. No le perdonaron jamás los progresistas, ni le perdonaron los reaccionarios, y en ese su juego paradojal con las pobres opiniones humanas no alcanzó más que el odio de unos y otros, atrayéndose la enemistad y desconfianza de todos.

En el fondo, el intelecto especulador y filosófico de Azorín no crée en nada; ya no es el combativo Martínez Ruiz, cada uno de cuyos artículos levantaba roncha; hoy es el pequeño filósofo Azorín, cuya vida «no se presta á complicaciones y lirismos», pero que, monótona y vulgar, sin accidentes de melodrama, sin catástrofes de folletín, transcurre serena y noble como la de un filósofo peripatético, cual la de un espíritu libre, descendiente del tem-

Digitized by Google

tón que proclamó la formula del vertiginoso pensar moderno: «los pensamientos que surgen andando son los únicos que valen».

Azorín anda; Azorín no tiene punto de reposo; y si su vida es sencilla, es, empero, bastante movimentada para que sus pensamientos valgan mucho.

Piensa como un moderno y dice como un antiguo. Su habla es lenta, suave, reposada, castiza; genuinamente, logicamente hija de su suelo y de su ambiente. Las raíces espirituales de ese noble tipo húndense en el terreno clásico y su conocimiento del mismo es profundo, intensivo *(Los hidalgos, El alma castellana)*; hurgando en él ha extraído la esencia de la raza, luego dada en libros como *La ruta de don Quijote*, como *Los pueblos*, donde alienta y vive el espíritu castellano con mayor intensidad que en los mismos artículos de costumbres de Larra y Mesonero Romanos.

Azorín dice lo que observa; pero todo lo que observa es por él comentado en disquisiciones sutiles, paradojales, contradictorias. Su perspicacia psicológica, aguijoneada por un deseo de lo mejor, le lleva á adoptar el temperamento ironista; no aquel usado por Anatole France, cuya ironía solo se reviste de piedad después de la disección; él es compasivo deliberadamente, conscientemente, ya antes de acometer la aventura observadora. Azorín pasa por sobre paisajes y hombres y cosas, desentrañando la oculta poesía que en todo se encierra, penetrando en el cerrado huerto de los interiores del alma, para cantar en un lirismo original y sugestivo la belleza de todo lo vivo.

Su frase evoca lejanías espirituales esfumadas en viejas brumas de añoranza, llenando el alma del lector de recuerdos propios, muy íntimos y muy sugestivos que dan la medida de todo su poder evocador. La prosa de Azorín, canta; canta con el ritmo de esas viejas canciones sin palabras que solo conocen las madres y á cuyo ritmo fueron mecidas nuestras cunas, en los largos crepúsculos morados de la infancia, repletos de las figuras trágicas de pueriles leyendas asustadoras. La prosa de Azorín mece el espíritu y le aduerme, como todo lo que hace sentir, como todo lo que conmueve. Hay en aquel «pequeño libro que trata de la vida del peregrino señor Antonio Azorín», capítulos de los que se desprende todo un vago é invisible zahumerio de añoranza, de fe,

Digitized by Google

de consolación; hay capítulos llenos de un lirismo cantante y emocionador, que hacen parpadear los ojos, temblando bajo el peso de lágrimas inmediatamente evaporadas; hay imágenes sentimentales que traen al recuerdo otras, amadas ó soñadas; hay frases rítmicas que dan la emoción de la poesía; hay palabras sugestionadoras, evocadoras, despertadoras de emociones.

Martínez Ruiz es algo más que un literato, más que un observador sagaz, cuando nos cuenta la vida de su alterego. La vida vulgar, pero trágica, de ese hombre sencillo y afable que es Antonio Azorín, adquiere el contorno definido y acabado de un mármol esculpido por el cincel brutal de un Rodin. La personalidad contradictoria de ese *specimen* de nuestro modo de ser contemporáneo, se destaca en un alto relieve magnífico, modelado con mano segura y firme.

Pensando mucho, Azorín no es un pensador de oficio; escribiendo, no es un literato; no es más que un hombre que vuelca sus pensares y sentires en una forma propia, en la *única forma* de que hablaba Flaubert, dejando, no «una fugitiva estela de gestos, gritos, indignaciones, paradojas,» como dice de sí mismo con notable injusticia, sino una acabada representación de un momento de la vida moderna, observada al través de un temperamento raro y original, quizá peligroso por no conformista, pero bravo, nuevo y ascendente por excelencia.

En todas sus obras, en todos sus escritos, aparece sintetizado, pero muy oculto, muy hondamente oculto, como buen filósofo que huye de la filosofía, el espíritu ascensional, de progreso, de mejoramiento «como un puente tendido al super-hombre». No habla así Azorín; él no emplea el tecnicismo pedagógico de los académicos y de los ateneistas; pero, de todo ese afán, nos dá la oculta y deseada sensación, tanto cuando habla discurriendo alrededor de la Vuelta Eterna, como cuando cualquiera de sus personajes, cualquier tío Juan de cualquier pueblucho manchego, se lamenta en castiza fabla de no haber en el lugar más que una fuente. Siempre dá la sensación exacta, definitiva, del momento descripto; y siempre, al través de la vívida pintura, ceñida estrictamente á la realidad, se ve el deseo y la fantasía del artista, pugnando por brotar en un desborde original y audaz de fuerzas vivas, exhu-

Digitized by Google

berantes, lozanas, tal como en las carnes torturadas, flácidas, carcomidas por ascetismos ó por martirios, de los lienzos de Ribera y Zurbarán, el observador vital acierta á ver la fantasía del pintor, cuyo era el deseo de hacer resaltar con más vivos colores y más lozanía de forma la belleza inmortal, que surjía como una llama en el corazón del espectador, angustiado por el desborde cruel de las paletas macabras.

Azorín describe hombres tristes, paisajes monótonos, complaciéndose en ello; así, también, cuando se ve forzado á decir de alegrías, de bellezas, de hermosura física ó espíritual lo hace aumentando su melancolía, haciendo más lenta su frase, más pesadas sus palabras, hasta conseguir que del fondo vivaz y reidor del paisaje, ó de los labios húmedos y sensuales de la amada Pepita, asome la tristeza, subiendo en espirales tan lentas, tan diáfanas, que contribuye á hacer más bella y agradable la visión prometida, ya por su talento asimilado á nuestro espíritu ó, más bien dicho, ya asimilado nuestro espíritu á la irradiación de su talento.

¿Novelas? ¿cuentos? ¿fantasías? Las obras de Azorín no se ajustan á ninguna clasificación de las existentes, y sólo como una muy leve, muy sutil ironía puede llegarse á comprender aquella primera denominación puesta á *Las confesiones de un pequeño filósofo*, donde la trama, el enredo, el argumento de la novela, tal como se entiende y se practica actualmente, no aparecen, siendo antes bien una colección sistematizada de impresiones, muy hondas y sugestivas, completamente personales, á guisa de libro de memorias.

Partes fragmentarias del gran todo de una obra que será su vida toda, podemos decir que esta será una gran novela cuyo argumento son las aventuras de Antonio Azorín con sus pensares audaces, con sus amistades, con sus rencores, con sus alegrías, con sus duelos, con sus amores, con sus amores sobre todo, con ese su grande y oculto amor por aquella visión delicada de Pepita que irrumpe como un claro de sol en una de

Digitized by Google

sus obras y en la mayor parte de sus cuentos, desvaneciendo otras figuras femeninas aunque aparentemente sean más acentuadas, tengan mayor relieve, y les sea dada mayor importancia en la colocación escénica, tales Justina, Iluminada y algunas otras que no alcanzan á las proporciones de la hermosa hija de Sarrió, tan rápidamente surjida como presto desvanecida. Todo ese conjunto toma la forma de una novela, pero tan leve, tan sutil, tan poco aparente que á muchos costará seguir la hilación de los personajes, en ese encadenamiento de filosofías, divagaciones, fantasías que surjen á cada momento, cortando la intensidad dramática de la fábula.

¿Por qué Azorín reniega del viejo molde novelesco y hace de lo que pudiera ser obra compacta y homogénea, un heterogéneo amasijo de impresiones, á veces discordantes, á veces contradictorias, siempre desiguales? Oid á Azorín; su prosa rancia, su prosa rítmica, establece en los siguientes términos su nueva concepción del arte de novelar:

«En la novela contemporánea hay algo más falso que las descripciones y son los diálogos... Y este defecto, (esta elocuencia y corrección de los diálogos, insoportables, falsos) va desde Cervantes hasta Galdós... Y en la vida no se habla así; se habla con incoherencias, con pausas, con párrafos breves, incorrectos... naturales... Dista mucho, dista mucho de haber llegado á su perfección la novela. Esta misma coherencia y corrección antiartísticas porque es cosa fría que se censura en el diálogo... se encuentra en la fábula toda... Ante todo no debe haber fábula... la vida no tiene fábula: es diversa, ondulante, multiforme, contradictoria... todo menos simétrica, geométrica, rijida, como aparece en las novelas... Y por eso los Goncourt, que son los que, á mi entender, se han acercado más al *desiderátum*, no dan *una vida*, sino fragmentos, sensaciones separadas...Y así el personaje, entre dos de esos fragmentos, hará su vida habitual, que no importa al artista, y este no se verá forzado, como en la novela del antiguo régimen, á contarnos tilde por tilde, desde por la mañana hasta por la noche, las obras y milagros de su protagonista... cosa absurda, puesto que *toda* la vida no puede encajar en un volumen, y bastante haremos si damos diez, veinte, cuarenta sensaciones...»

Digitized by Google

Ejecución práctica de esa noble y veraz teoría son todas las obras de Azorín; todas carecen de fábula en el sentido novelesco, teniendo la fábula variada, incoherente, multiforme, de la vida; en ellas los personajes no son rectilíneos, geométricos, hechos de una sola pieza, sino que viven la vida natural y ríen ó lloran, y penan ó gozan, como seres verdaderos, presentados por el autor en los momentos álgidos, heróicos de su vida, no en los cotidianos de la vida vulgar y sosa por los que se asemejan á todos los seres con estómago y sexo. El interés de sus obras es casi por entero cerebral y el goce está en las meditaciones que al lector sujieren.

No hay cuidado que Azorín olvide la enseñanza de Galdós, que este mismo—¡oh, viejo Vizcacha!—no sigue: «Las historias verdaderas no tienen desenlace... Los desenlaces son artificios inventados por los malos poetas...» Huyendo de la fábula no caerá Azorín en el peligro de los desenlaces, y así los tipos de sus obras desaparecen cuando se tornan inútiles para la intensidad del pensamiento, sin que esa misma necesidad sea óbice para que en otra obra resurjan y pasen, como visiones evocadoras de otros días, puentes de añoranza: así Sarrió, el epicúreo; así don Víctor, así Pepita la nunca bastante mentada Pepita, la del bello pelo rubio, abundante y sedoso, la de los ojos azules, la de la tez blanca y fina, la de las blancas, carnosas, transparentes y suaves manos que urden los encajes, mientras el dedo meñique enarcado vibra nerviosamente... Y con ellos todos los otros personajes, las buenas viejas de pueblo, vestidas de negro, apañadas, sencillas, suspirantes; los labradores atezados, rudos, humildes, de parco hablar y andar sosegado; los viejos hidalgos de pueblo «un poco echados á perder»—y con ellos los animales: los galgos, los grillos, hasta las arañas y los coleópteros, y más abajo las plantas, y más abajo aún, la misma tierra, esa amarilla, seca, brutal tierra manchega, que él ha hecho tan suya y que nadie ha pintado con tanta precisión, con tal vigor, con tan rigurosa y artística exactitud...

Digitized by Google

Aquel periodista político terrible, lleno de mala intención, que escribía sendos artículos furibundos comentando lo que no le interesaba y que por hacerlo friamente, calculadamente, resultaba más agresivo, más malo, es hoy, en toda su plenitud, el «hombre de recogimiento y de soledad, de meditación», que siempre ha sido intimamente; y por esto sus producciones van haciéndose cada vez más íntimas, más particulares y personales, llegando poco á poco á un exclusivismo egoista, que sería irritante sino obligara al perdón inmediato su manera de ser que no mueve contra él ningún rencor mezquino. Y ese gran cambio sufrido en la personalidad literaria de Martínez Ruiz, no siendo voluntario ni calculado, debe de haberse producido bajo el influjo de una de esas grandes y fatales emociones humanas, una de esas emociones que trastornan por completo el modo de ser, cambiando el prisma á cuyo través se suele contemplar la vida y la causa de ese cambio quizás pueda encontrarse en ese trágico *Diario de un enfermo*, libro de memoria, cuyo título no figura hoy en la lista de sus obras. Ese *Diario* puso punto á la parte combativa de su obra. En ella el estilo se transforma y la idea se aquieta. Señala un momento de transición,—como todos los grandes dolores.

En *La Voluntad*, en *Antonio Azorín*, este peregrino señor aparece como un ser que no tiene *autotelia*, que se deja llevar por sus impresiones del momento, por sus emociones del minuto; en *Las confesiones* se hace un tipo suave, recogido, algo desengañado, íntimamente desilusionado, viviendo agarrado á recuerdos que en vano tratan de asfixiar las olvidanzas que el mundo amontona en su incesante trajín; en *Los pueblos* surje como un observador paciente, perspicaz, que en momentos de aparente calma recuerda el ambiente cálido y sereno de los viejos pueblos, terminando con una sangrienta aunque apacible ironía; en *La ruta de Don Quijote* conviértese en un analista ducho y cruel, haciendo la disección de la raza en un momento preciso de su historia, mientras en su obra diaria, en sus cuentos, crónicas, impresiones y fantasías publicadas en las hojas diarias madrileñas, muéstrase el incansable trabajador que ha sido siempre, obstinado en una labor intensa, personalísima y elocuente.

Azorín, pensando claro y sintiendo hondo, libre de prejuicios,

Digitized by Google

exclusivo en su manera de ser, personal en su modo de decir, aparece hoy á la vista de quien vea y piense con precisión como el más pujante pensador de las nuevas generaciones literarias españolas, el más independiente y que por serlo dispone de la mayor autoridad para afirmar ó negar, opinando sobre una persona ó sobre un hecho... Además de que nunca dejará de ser el pequeño filósofo que al opinar hácelo conciente, deliberadamente, previo firme razonar sobre el pró y el contra.

Es Azorín la personalidad más interesante de la literatura española y la que, una vez aceptada como tal, más rapidamente hace camino en el corazón del lector, conquistando de golpe todas las simpatías. Lo difícil es, en este caso, que llegue á ser aceptado incondicionalmente, porque «su manera», tan especial y propia, aleja de su amistad á las personas que suelen correr detrás de la bullanga ruidosa, detrás del colorín de cromo, detrás de la brillazón del adjetivo y que por lo mismo huyen de los *raros*, esos hombres originales y audaces que tienen su estética y su moral.

En cambio, no le faltan los aplausos de los que en el arte quieren ver algo más que un simple pasatiempo, algo más que un modo de vivir. Van con él los que en el arte ven la exteriorización de la vida interna del artista y la intensificación de la vida universal, bajo formas bellas y útiles. Con él están los sensitivos, los emotivos, los románticos, (en el buen sentido de este desnaturalizado vocablo), los hombres de buena voluntad que aman la vida con la plenitud exhuberante de un epicúreo, aunque mezclando á todo su amor un leve tinte de tristeza crepuscular, propia á todo lo que por muy amado, por excesivamente amado, lleva consigo el amargor doloroso de lo condenado á irreparable pérdida; pues, por un doloroso complemento, la vida es más amarga para quienes más dulcemente la saborean, ya que á su placer se une el duelo de la pérdida próxima... Y he aquí por qué en los ojos de las mujeres más bellas pasan agoreras sombras de muerte; por qué los lábios que ríen forman al terminar la carcajada un rictus semejante al que precede al llanto; por qué en toda alegría, en todo placer, en todo espontáneo movimiento de con-

Digitized by Google

fianza hay un leve temblor de agonía, caído como una sombra del reino de lo invisible, de lo inenarrable...

Ver, observar, comentar todo esto; dar la síntesis dolorosa de ese *no se qué* he aquí la gran misión del arte á que ha llegado Emerson, á que Maeterlinck nos ha conducido muchas veces y á la que Azorín entre burlas y veras conduce todos sus tipos, comentando con ellos las grandes y obscuras páginas del Gran Libro.

JUAN MAS Y PÍ.

Digitized by Google

LA MESA [1]

I

Vestida está de lino,
como un altar, la mesa.
En la blancura del mantel, los iris
del cristal centellean.
—Sal y tesoro de policromía
por la munificencia
de nuestro amigo el sol, que nos regala
una sonrisa á cambio de un poema.—
Fresca en la jarra el agua, y rojo el vino,
á ser diamantes y rubies juegan,
y los claveles blancos
que te envió un poeta,
recuerdan desde el ánfora
con su fragancia intensa,
amistad, versos y palabrería
fragante como ellos. En la cesta
de mimbres, duerme el pan; duerme el silencio
en la estancia; en espera
de que tú le despiertes
con la vibración trémula

(1) Del libro titulado *«La casa de la primavera»*, que aparecerá en breve.

Digitized by Google

de tu reir, duerme también el aire
sobre la clara estrofa, que en la mesa
están ritmando pan, lino, claveles,
cristal, plata, fragancia y agua fresca.
Humilde estrofa de la cotidiana
felicidad, discreta
cómplice del vivir ilusionado,
ara de paz que, sonriendo, esperas
á que vengamos á gustar los dones
de tu pan y tu amor, ¡bendita seas!

II

—¿Sabes, poeta loco,
á qué saben las fresas?
—¿A cariño?
—No tanto!
—¿A gloria?
—No lo aciertas.
Saben al saboreo
de esa emoción secreta,
y ténue, y fugitiva,
que hace vibrar al alma cuando sueña
que las palabras que le están diciendo
con la más elegante indiferencia
llevan dentro un latido
cordial, y si pudieran
florecerían en claveles rojos
de honda y apasionada reverencia.
—¡Sutil estais, mi amiga!
—¿Te burlas?
—¡No por cierto! En primavera
están muy en su punto
las interpretaciones de la ciencia
sentimental, y plácenme tus pláticas
sobre textos de amor ¡dulce maestra!
—No hablábamos de amor!

Digitized by Google

—Dame el azúcar
Y la nata.
—¿No es cierto que las fresas
parecen corazones chiquititos,
y da miedo morderlas?
—¡Pero saben tan bien!
—¡Materialista!

... Así la charla va sobre la mesa
corriendo y desgranándose
con paz de arroyo sobre una pradera.
Hoy las fresas, mañana las naranjas;
la dorada corteza
del pan, que trae olor á jaramago
y evocación de aldea;
las guindas — ¡huerto á orillas
del río y su frescura mañanera!;—
la miel, en cuyos oros
está el runrunear de las abejas
entre las matas de romero y salvia,
bajo la calentura de la siesta;
las manzanas que cantan: ¡Romería!
Todo está en todo, y todo en el poema
del humilde vivir, es buena estrofa
si el alma emocionada lo comenta.
¡Ay, amada!, que ríes y comprendes:
por la emoción serena
con que la simpatía de tu gozo
perfuma y dora estas
humildes refacciones que tú llamas
«comidas de muñeca»;
por la felicidad, que se hace verso
sobre el blanco mantel de nuestra mesa;
por la gloria del agua,
por la gracia del pan, por la madeja
de ilusiones que enredan nuestros ojos
y que nuestro cariño desenreda,

Digitized by Google

por todo esto, quememos nuestro incienso
antes que pase nuestra primavera,
y recemos agradecidamente:
—¡Vida, bendita seas!

III

...Estos pocos amigos
han venido á sentarse á nuestra mesa.
Si la soledad es grata,
la compañía es buena;
si el silencio es amable,
inestimable es la funambulesca
perlería de la palabrería
que surte loca, llena
de entusiasmo, encendida, paradógica,
del fondo de estas almas de poeta,
como un florecimiento, como una
lluvia de primavera
que fanfarronamente desgranase
sobre la gloria de las frondas nuevas
todo su peregrino
diamantear de estrellas.
Como es noche de junio, las ventanas
del comedor están todas abiertas,
y el aire que ha pasado
sobre las ya floridas madreselvas,
nos trae el buen olor de los jardines
recién regados; y esta
caricia perfumada
con su misterio nuestra charla aquieta.
Desenvuelve el silencio
su espiral, y la vuelta de la rueca
de la vida hila un siglo ó un segundo
¡quién lo sabe! — Alguien reza
como si suspirara — ¡Hermosa noche!—
—¡Ay, amada!, en las lentas

Digitized by Google

nocturnas comuniones
con hostia de emoción, por la serena
fragancia del suspiro
que sube de la tierra,
¿á dónde van las almas de los cuerpos
que están en torno de la misma mesa?
¿por qué jardines vagan?
¿qué mieles saborean?
¿Cómo será la lumbre de los ojos
porque cada una de estas bocas tiembla
al decirle á la noche: — ¡Hermosa noche!?
¿Dónde estará dormida la quimera
de cada desvelado pensamiento?
Tú, callando, respetas
el misterioso instante, y cuando tornan
las almas á conciencia,
sonríes, recogiendo en las sonrisas
que á la tuya contestan
la rosa espiritual del enigmático
florecimiento. Amiga de poetas
eres, y confidente de locuras:
cuando partes el pan de nuestra cena,
tus manos pequeñitas
son aves mensajeras
de algún sereno prometer. Bien creo
que la noche te ha dado de su hermética
ciencia la clave, y sabes el secreto
de los luceros y de las estrellas,
y que por eso el pan que nos repartes
duerme las inquietudes y despierta
los sueños, y hay un florecer de rosas
y hay un rocío de palabras buenas
en las almas de estos pocos amigos
que han venido á sentarse á nuestra mesa.

G. MARTÍNEZ SIERRA.

Madrid, Noviembre de 1907

Digitized by Google

UNA HISTORIA INMORAL

—Les aseguro que la cosa es verdad, ó por lo menos me la juraron. ¿Qué interés iba á tener en contarla? Es grave, sin duda; pero al lado de aquella chica de cuatro años que se clavó tranquilamente un cuchillo de cocina en el vientre, porque estaba cansada de vivir, el viejo de mi historia no vale nada.

—Eh, qué? Una criatura?—gritó la señora de Canning.

—Qué horror!—declamó Elena, volviéndose de golpe—Dónde fué, dónde?

El joven médico levantó la cabeza, nada sorprendido. Todos lo miramos, pues su presencia era más que específica tratándose de tales cosas.

—Vd. cree, doctor?—titubeó la madre. El éxito de mi cuento dependía de lo que él dijera. Por ventura se encogió de hombros, con una leve sonrisa:

—Es tan natural!—dijo, condescendiendo con nosotros.

—Pero cuatro años!—insistió, dolida en el fondo de su alma, la gruesa señora.—Angel de Dios! Y en el vientre, qué horror! Eh, Elena, viste? En el vientre!

—¡Sí, mamá, basta!—clamó aquélla, achuchada, cruzándose el saco sobre el vientre, lleno ya de entrañable frío. Como era graciosa, quedó muy mona con su gesto de infantil defensa.

Tuve que contar en seguida qué era eso de la criatura. Efectivamente, el caso había pasado meses antes en el Salto Oriental. Se trataba de una criatura que vivía con su abuela en los alre-

Digitized by Google

dedores. La pequeña era inteligente y callada—demasiado para su edad. Ya la abuela había contado á los vecinos que no le gustaba el excesivo juicio de su nieta: «No tiene más que cuatro años! Preferiría tener que pegarle por alocada.» Una mañana, mientras comían, la abuela se levantó á ver quien llamaba, y cuando volvió halló á su nieta de pie, apretándose las manos sobre el vientre. Enseguida vió en el suelo el cuchillo de cocina ensangrentado. Corrió desesperada, le apartó las manos y los intestinos cayeron. A las ocho del otro día vivía aún, pero no quería hablar. La noche anterior había respondido que estaba cansada de vivir; fué lo único que se pudo obtener de ella. No se había quejado un solo momento. Estaba perfectamente tranquila. No tenía fiebre ninguna. A las diez se volvió á la pared y poco después murió.

Esto fué lo que conté.

—Ya ven Vds.—concluí—que la historia es un poco más extraña que la del viejo. Siento no haber conocido á la chica esa. ¡Qué curiosa madera! Indudablemente si alguna vez hubo en el mundo una persona que creyó estar de más, esa es mi chiquilina. Se acabó.

—¡Sí, se acabó, ya lo vemos!—me reprendió la madre. Su tierno corazón estaba alterado.—Y pensar... Y Vds. doctor, cómo no ven Vds. esas cosas!

—Qué hacer!...

—Pero Vds. saben eso!

—Qué cosa?

Lo miró sorprendida, como si no se le hubiera ocurrido que podrían preguntarle qué era justa y concretamente lo que ella pensaba. Al fin extendió los dos brazos demostrativos:

—¡Pero eso, esa criatura!

—Sí, señora, sabemos eso, pero no podemos impedir que haya cuatro degenerados como esa personita. ¿Se acuerda Vd. de lo que le conté hoy en la mesa? Es lo mismo. Aquí indudablemente se trata de algo más, quién sabe qué herencia sobrecargada. Sobre todo esa insensibilidad al dolor... en fin, estamos llenos de estas cosas.

Nuestra respetable amiga siguió atentamente la vaga disquisi-

Digitized by Google

ción científica. No entendió una palabra, eso no tiene duda; pero su alma respetuosa de todo lo profundo comprendió á su modo, y se hubiera tirado al agua con los ojos cerrados en apoyo de lo que afirmaba el joven y estudioso sabio.

Nos callamos un momento. La noche estaba oscura, y sobre el agua invisible iba marchando el vapor Tritón, con el golpear sordo y precipitado de sus palas. El río picado hamacaba pesadamente al buque. De cuando en cuando, una ola corría desde proa á romperse en las aletas, con un chasquido silbante que estremecía á la borda en que estaba recostada Elena.

Esta se volvió á mí:

—No sabe más?

—Nada más; apenas eso.

—Es bastante, ya lo creo!—ratificó la madre.—No es invento suyo, verdad? Ah, no me acordaba de que el doctor dijo que eso pasa... Sí, sí, no dé las gracias, podría haberlo inventado. ¡Pobre criatura! Y sin embargo, no sé qué! Sufro mucho, y me gusta oír. Hay tantas cosas que una no sabe! Vd. conocerá muchos casos, no doctor?—se dirigió á éste.—Pero no se deben poder oír, sus casos!

—No tanto! Algunos sí, bastantes. Pero no veo qué interés pueda tener eso. Para nosotros, todavía, porque estamos dentro de todo... Y aún así...—Se llevó la mano á la barba y recostó la cabeza en el sillón, en su alta indiferencia mental por nosotros.

—Y Vd. señor?—se volvió la madre á Broqua.

Este Broqua formaba parte del grupo en que nos habíamos unido desde la noche anterior, por simples razones de mayor ó menor cultura. Para la charla anecdótica y sentimental de todo viaje, no era menester un mutuo aprecio excesivo, y estábamos contentos.

Broqua era un muchacho de cara tosca, que hablaba muy poco. Como parecía carecer de galante malicia y de sentimiento artístico sobre los paisajes aclamados minuto á minuto, había despertado ya vaga idea de ridículo en madre é hija.

Esa noche antes de salir afuera, Elena había tocado el piano en el salón. Broqua, que estaba á su lado, no apartó un momento los ojos de las manos de Elena, indiscreción que la tenía muy nerviosa. Tocaba con gusto, pero la insistencia de ese caballero, que

Digitized by Google

muy bien podía ser un maestro, le pareció un poco grosera. Cuando concluyó la felicitamos efusivamente, pero no quiso continuar. No había quien lo hiciera.

—Y Vd. señor, no toca el piano?—se volvió á Broqua.

—No, señorita.

—Pero sabe música!...

—Tampoco, absolutamente nada.

Esta vez Elena lo miró con extrañeza bastante chocante.

—Como miraba tanto lo que yo hacía...

—No, admiraba la agilidad. Me parece muy difícil eso—respondió naturalmente.

Elena y la madre cruzaron una rápida mirada. El joven sabio, á su vez, lo miró sorprendido. De esa ingenuidad á la zoncera no había más que un paso, y el médico, en comienzo de flirt con Elena, cambió con madre é hija una sonrisa de festiva solidaridad sobre el sujeto. Elena hizo una escala corriendo el busto sobre las teclas y se levantó. Como no hacía frío fuimos á popa.

Al sentirse interpelado sobre las historias, Broqua respondió

—Sí, señora, sé una, pero es un poco fuerte.

Otra vez cruzó el terceto una fugitiva mirada entre sí. Elena, no obstante, al oír *un poco fuerte*, creyó deber ponerse en seguida seria.

—Muchas gracias, señor—respondió desdeñosamente la madre, volviendo apenas la cabeza á Broqua.

—No, se puede oír, solamente que el asunto no es común y asusta un poco.

—Veamos, señor: ¿se puede oír ó no?

—Creo que sí, por lo menos una señora.

¿Qué curiosidad no se despierta? Apenas entablado el diálogo. Elena se había apresurado á charlar con el médico, como para establecer bien claro que ella no podía oír lo que tampoco debía.

—Elena!

—Mamá?—se volvió aquélla, muy extrañada.

—Tráeme la peineta grande del neceser, á la izquierda. El viento me ha despeinado horriblemente. No revuelvas, por Dios!

Posiblemente Elena tuvo deseos de hallar un poco tardía la necesidad de la peineta; pero al verse observada por la mirada cu-

Digitized by Google

riosa de Broqua y de mí, se resignó á no oír aquello, virginalmente ajena al motivo de su destierro.

Broqua la siguió con los ojos. Cuando desapareció comenzó:

—La historia es corta y sobre todo rara. Tal vez...

—Que no sea de criaturas, señor—interrumpió la señora—porque me aflijo mucho. No sé qué me da verlas sufrir así. No lo puedo remediar, siento una compasión que lloraría. A mi edad, verdad...? Y es así. La vez pasada oí contar que un hombre de la vía del tren—guardabarreras, no sé...—había dejado que el tren destrozara á su hija, que estaba jugando sobre la vía, para evitar una catástrofe. No tenía más que mover un poquito la barra de cambiar, y el tren hubiera tomado otro camino, chocando con otro! ¡Dejar matar á su propia hija, qué horror! Estuve dos días pensando en eso. ¡Qué abnegación, mi Dios! No puedo, absolutamente no puedo! El suyo es así?

—No señora, es muy distinto. En dos palabras: cuando yo era médico de una sociedad ...

Hubiera sido imposible que siguiera. La señora abrió desmesuradamente los ojos:

—Pero Vd. es médico, señor ?

—Sí, señora.

—Pero no sabíamos—repuso, mirándonos al joven sicólogo y á mí en su apoyo.

—Es lo mismo—respondió Broqua, mirándola á su vez con una sonrisa que hubiera sido de la más ridícula ironía, si no fuera de la más indiferente naturalidad.

Su eminente colega le lanzó una fría y rápida mirada escudriñadora. Entonces intervine.

—Ahora cambia de aspecto, señora. Por arriesgado que sea el caso, tendrá forzosamente otro carácter por ser un médico quien lo cuenta y lo podría oír hasta una criatura. Vd. sabe bien que en las grandes ciudades las señoras van á los institutos científicos á escuchar cosas que no oirían en otra parte, sin gritar. La ciencia, señora. Tal vez sería bueno el llamar á la señorita Elena...—agregué con la más hipócrita gravedad que pude, mirando hacia los corredores.

—No se incomode, señor—me cortó seca y dignamente.—Yo

Digitized by Google

puedo oír porque soy vieja ya... sí, señor, vieja! y desgraciadamente la experiencia nos hace ver cosas más crueles que las que podría contar el señor... el doctor. Es cierto, vemos muchas cosas horribles, pero nos enseñan á compadecer á los desgraciados de esta vida y á tolerar tantas cosas!

Era, sin duda, un gran corazón la gruesa dama. Elena no volvía, lo que probaba su también vieja experiencia de esos destierros. Como ya estábamos en paz, Broqua reanudó su relato.

—Cuando yo era médico de una sociedad, aquélla me mandó una vez al consultorio una mujer humilde, joven aún, pero muy quebrantada. Al cabo de dos minutos perdidos en evasivas por su temor de tocar el tema, me contó que tenía un hijo que sufría de una enfermedad extraña. Paso por encima su manera de decir; no quería precisar nada. Instada por mí, supe al fin que su hijo, de 20 años, odiaba á las mujeres, pero se desvivía por los vestidos. Desde chico era así. Parece que á los nueve años estuvo colocado en un taller de modistas y allí comenzó su perversión. Tampoco había sido nunca un muchacho viril, sino todo lo contrario. Tenía una colección de muñecas que vestía y desvestía. El mismo se vestía de mujer. Recortaba las siluetas femeninas que veía en los diarios y se quedaba horas perdidas mirándolas. A las mujeres las odiaba; le daban asco, es la palabra. Economizaba todo lo que podía para comprar trajes de mujeres delgadas, bien cortados. Si el dinero no le alcanzaba, compraba sólo una pollera. Se acostaba con ellos, y demás está decir las emociones que sentiría. Completamente, señora.

La madre no sabía qué hacer. Era una pobre mujer tímida, que había sido muy desgraciada con su marido. Lo que le espantaba más en su hijo era que su padre había sido lo mismo. Muy joven aún, y llevando una vida sobrado libre, había sido solicitada para que tratara de que el desgraciado ser en cuestión, después su marido, cobrara gusto con ella á los placeres reales del amor; así cambiaría. Efectivamente, eso pasó, y la pobre muchacha concluyó por enamorarse y se casaron. Al principio todo fué bien; pero á los pocos años volvió á su manía, complicada con accesos de idiotez y furias horribles. No había día en que no la pateara. Este calvario duró un año, al cabo del cual quedó loco.

Digitized by Google

La pobre mujer, que había llevado Dios sabe qué vida con su marido, se desesperó cuando notó que en su hijo se reproducían las mismas cosas del padre. Hasta la adolescencia tuvo esperanzas, pero se resignó á perderlas. Ya no sabía qué hacer.

Le aconsejé lo único posible: que su hijo tuviera relaciones con mujeres. Movió un rato la cabeza, triste y desconsolada.

—Ya lo pensé—me respondió—pero no quiere...

Como yo insistiera, me contó—y esto es lo que yo llamo abnegación, señora, grandeza y comprensión del amor más grandes que todas las honradeces—me contó que una noche, desesperada de angustia al ver que su hijo acababa de tener el primer ataque de idiotez, se esforzó en que aquél se olvidara de que ella era su madre. Más bien, hizo todo lo posible. Un momento, señora. La pobre mujer no se daba cuenta de toda la sobrehumana compasión que significaba eso. Estaba muerta de dolor, y no quería por nada que su hijo fuera lo que había sido el padre. Otro momento, señora, y acabo. Tampoco había sutilizado su acción, ni había gestos de sacrificio. Estaba ahogada de ternura y lástima por su pobre hijo, y no había visto nada más. Esto es todo.

Nuestra respetable amiga, que durante la historia de Broqua había intentado varias veces interrumpirlo, resignóse al fin á oír todo, ofreciéndose á sí misma, hinchando el cuello indignado, el sacrificio de su dignidad. Al concluir Broqua, se levantó lentamente y lo midió de abajo á arriba.

—¡Pero eso es inmundo!—explotó con un asco que salía del fondo de su gordo corazón.

—Eso es exactamente lo que dijeron las señoras de la Beneficencia, cuando supieron el caso—observó Broqua inclinándose—Perdóneme, señora. Comprendo muy bien que le cause mala impresión, pero ya ve que hubiera sido imposible que la señorita Elena oyera esto.

La dama dió vuelta la cabeza á medias y lo midió de arriba á abajo esta vez:

—No faltaba más, señor!...—Y se fué, con el busto dignamente arqueado adelante.

El eminente sicólogo continuó con nosotros media hora aún, sin hablar una palabra. Tuvo veleidades de decir algo, sin duda,

Digitized by Google

en defensa de sus amigas ofendidas; pero el manifiesto espíritu agresivo de Broqua, al contar esa historia, contuvo su gentil paladinismo, indigno, además — por las violencias posibles — de un cerebro superior. Se fué y quedamos solos hasta la una de la mañana. Broqua se consideraba suficientemente vengado y estaba tranquilo. Indudablemente, se dejó llevar un poco y yo también. Pero ¡qué diablos!...

A la mañana siguiente, muy temprano, desembarcaron madre é hija. Broqua y yo estábamos recostados de codos en la borda, tomando el sol. La madre nos vió en seguida, pero apretó los labios, con un rápido tirón á la manga de Elena para que evitara vernos. No obstante, al alejarse por fin por el muelle, Elena dirigió á Broqua una fugitiva mirada de curiosidad. Me pareció por su expresión—Dios me perdone—que le habían contado la historia.

HORACIO QUIROGA.

Digitized by Google

LA POESÍA DEL PROGRESO

El cielo estaba hinchado de nubes, que descargaban sobre Madrid una lluvia fuerte y continua. Un poeta y yo paseábamos por la calle de Alcalá. En la acera abrillantada por la lluvia, el luminar de los tranvías se espejeaba temblorosamente, y de los arcos voltáicos brotaba una suerte de resplandor lunar, un cabrilleo de ópalos y esmeraldas y una refracción violácea, donde vibraban serpentinas de oro .

Un automóvil pasó raudamente, con sus pupilas radiantes, que le abrían, entre la lluvia, una senda de luz. El poeta y yo veíamos llegar y alejarse á los tranvías con los focos en sus topes y sus señales polícromas en lo alto que se redondeaban como piedras preciosas de una grandeza oriental. La lluvia, al empañar los cristales, llenaba de misterio el interior de los coches, y las figuras de los viajeros adquirían una imprecisión de ensueño. Los vestidos claros de las mujeres se apagaban en las obscuras siluetas de los hombres, y alguna mano infantil con sus dedos de rosa, hacía transparente un espacio del vidrio para atisbar por él. Los coches de punto cruzaban chorreando con sus caballos héticos y sus cocheros maldicientes en medio de los faroles lívidos.

Los tranvías transitaban, y sus ruedas sobre los rieles húmedos y brillantes, y sus trolleys recorriendo los cables, arrancaban chispas eléctricas, fulgurantes, rojas, violáceas; chispas de un iris, neurótico, de una luz cegadora y efímera, de una luz de vicio,

Digitized by Google

de locura y de magia; chispas crepitantes, musicales, con un ritmo violento y extraño, como el ritmo de un himno nocturno.

El poeta y yo, conmovidos, dejábamos caer la lluvia sobre nosotros. Contemplábamos á los viandantes que huían bajo el amparo inútil de sus paraguas, sobre cuyas cúpulas movedizas la lluvia y la luz hacían diamantinos juegos de claroscuro. Mirábamos á las mujeres: iban algunas ceñidas en sus mantones, negras, trágicas, como visiones de dolor y tristeza; otras, ligeras, ondulantes, con la gracia de la falda recogida, mostrando, entre sedas y encajes, una seducción...

Y seguían pasando, á toda prisa, los coches de punto. Se escuchaba el restallar de los látigos y se veía el esfuerzo de los jamelgos que, al herir con sus cascos al empedrado, hacían brotar chispas tristes y melancólicas, chispas rastreras y humildes que se rendían al portento luminoso del fluído eléctrico.

Caía, ya mansamente, la lluvia, y yo le dije al poeta:

—¿No crees tú que estas cosas, los tranvías y los automóviles, empiezan á hacerse románticas? ¿No crees tú que debemos comenzar á amarlas? Fíjate que han nacido con nosotros, que son de nuestra época y de nuestra vida. Tú dirás que tienen una pesadez mecánica y un aspecto ciudadano y burgués.—¡Y qué importa! Nosotros podemos quitarles esa pesadez y ese aspecto.—Tú eres poeta: ahora tus idilios no deberán desarrollarse en góndolas, en sillas de postas ni en vetustas diligencias. Deberán desarrollarse en automóvil. En automóvil van las Manon y los De Grieux de hoy... Podrás cantar al vértigo de la distancia y tendrás motivos para epitalamios y para elegías.—Podrás hacer raras estrofas de versos rápidos y de ritmos dislocados y relampagueantes.—Por tus versos nuevos pasarán reyes pálidos y espectrales hombres enterrados en pieles, damas rígidas, é impasibles, mujeres de placer y vírgenes de velos blancos que el viento de la carrera á la Nada pondrá, trágicamente, rígidos sobre el cielo de los crepúsculos... Si tú lo quieres, poeta, podemos matar al Progreso.—Vamos á quitarle lo que tiene de antipático y de intruso, y para esto comencemos á amar las cosas nuevas y á llenarlas de poesía, porque la poesía donde está es en los hombres y no en las cosas, ¿no es verdad?

Digitized by Google

—Es verdad, dijo el poeta.—Yo empiezo á sentir en mí el nacimiento de esa poesía, pero nace poco á poco y con dolor. Tengo el alma conquistada por las cosas lejanas, desconocidas que se apagan al exterior, con un apagamiento que yo respiro y que no es sino el alma temblorosa de la humana tristeza... Si; yo empiezo á sentir que en mí nace esta nueva poesía del Progreso, pero nace poco á poco y con dolor. Nace todavía sobre cenizas calientes...

La lluvia iba aplacándose y en lo alto comenzaban á brillar las estrellas. El tintinear de los tranvías, el chasquido de los látigos y el anuncio de los periódicos, cantaban el himno bullicioso de la ciudad. La gente cerrando sus paraguas, volvía á la calle, y el poeta y yo, después de darnos las manos, nos perdimos entre la multitud.

ALBERTO INSÚA.

Madrid, Noviembre de 1907.

Digitized by Google

LA COPLA EN EL CAMINO

Son las chumberas beatas cojas:
Moliendo están de tres en tres,
Por el cordón de encías rojas,
Los kiries..... *ite, missa est.*

La platanera es la nodriza,
Que era zagala en Portugal,
Con su cadera tan maciza
Y su parlar de pan sin sal.

El limonero... el limonero
Palmea el hombro al viento sud
Y hace sonetos al jilguero:
—Eres de plata y seda, tú...

Está pensando un consonante
Que tenga de ágata y de añil
Y tenga el ánima vagante
Como la tiene el mes de abril.

El fruto de oro se le hamaca
Cual seno blando de vestal,
Con ese aroma de alhahaca
Y corazón de pan candeal...

Digitized by Google

Vanidosillo es el cerezo
Que se dá tono de cuestor;
El sauce es un buen padre obeso
Que vá al entierro de un señor...

La enjuta vid es un asceta,
—Como el de Tours, como el de Assís,—
Cuando predica le oye inquieta
La mata tísica de anís.

La comelina vá á la escuela
Con su planilla, su abecé,
Y algunos huesos de ciruela
Bajo la blusa color té.

Los pajes rubios, los rosales
De quince octubres, pajes son,
Que hablan de heráldica, de briales
Y de historietas de centón.

La madreselva viste luna
Cuando se viene Navidad;
La madreselva triste es una
Hermanita de caridad.

La tapia en ruina de la huerta
De madreselva blanca está,
Y en la mañana se despierta
Como llovida de maná.

Hay un toronjo que es barquero
Sobre las rías del salmón...
—Barquero, rema más ligero,
—Daca, de prima, mi doblón.

—Tú que has hilado tanto lino
Dime del lino la color,
—El lino es claro como trino
De ruiseñor que tiene amor.

Digitized by Google

La malva es una señorita
De *five o'clock*, que lee á Verlaine
Y en la acuarela se ejercita
Para su edad bastante bien...

Y el roble joven... ah!, boyero
De las doncellas forzador,
Guarte no llegue el molinero
Más atrevido que un azor!.

La malva, toda de esmeralda,
Chilla si siente tu raigón:
—¡Ay!, ¡no me pise usted la falda!
—¡Me ha desprendido el cinturón!.

Para la grama menudita
El viento tiene una canción,
La grama ingénua y pequeñita
Novia es del viento volantón.

Copla del viento es copla suave
Como de brin que llueve y,
Como girar de vieja llave
En cerradura de rubí.

Copla del viento es todo dengue
De pisaverde ó de galán...
Copla del viento es de merengue
Con burbujeos de champan.

La ruda urgante porta cuentos
Desde el atajo hasta el lomar;
Esta infantil trotaconventos
Trajina solo por yantar.

¡Y quién la vé tan recogida!,
¡Tan alita de serafín...!
¡Si es esa ruda una perdida
Que anda por todo cafetín...!

Digitized by Google

¡Muy bien le está que los lagartos
Ruñan lo blando de su pie,
Y que la líe con espartos
El mercader de mala fé!.

¡Muy bien le está!... se deschabeta
La chismosilla de arrabal
Y hace llorar á la violeta
Contando tanto y tanto mal.

Una violeta es como un leve
Padrenuestro de boca en flor...
—Padrenuestro llueve, llueve
Que tengo miedo del calor...

El clavel doble tiene mucha
Canela y sangre musical...
Está bailando una cachucha
La macarena más sensual.

La moza baila y se fatiga:
¡Clavel! ¡Clavel entre la miés!...
Carne morena... media y liga...
Rosario... Pura... Gloria... Inés...

El pino dice agorerías
En el silencio matinal:
—Pino albar, ¿cuántos son mis días?
—La cuenta siempre fina mal...

—Pino que rezas en voz baja,
Pino agorero, pino albar,
De pino albar será la caja
En que me han de amortajar.

Caja de pino con retoño
Para enterrar á un rimador...
¡Ah!, que lo entierren en otoño...
Pongan también alguna flor...

Digitized by Google

El pino dice agorerías
Junto al molino rumiador,
Arriba están las Tres Marías
Oyendo al pino rezador.

El pino dice agorerías
Para el vientiño vesperal,
Los pobres van á romerías
Y el pino reza en su misal...

Trigo que medras en los llanos
Trigo moreno y bailarín,
Son tus espigas como manos
De algún enfermo querubín.

Eres igual á los de Hungría
Volatineros que se van
Rociando ensueño en la alquería
Para tener cecina y pan.

Eres igual á los donceles
Que quieren irse hasta París
Con sus sonetos y rondeles...
¡Pobres!... los pobres Glatignys!...

Ya se ha tornado á la aldehuela
Tanto hijo pródigo huidor,
Con ellos sé como una abuela
Trigo moreno y cimbrador.

Es una vieja avellanada
La zarza oscura del casal
Y pringa el pan en mermelada
Para su nieto el colegial.

La enredadera es morenucha
Novia que aguarda á su galán...
El mozo fuese con la hucha
Por una saya de fustán.

Digitized by Google

Los jazmineros de flor maja
Vuelan en potro montaraz.
Amantes son de Lindaraja,
¡Cómo galopa su alfaraz!.

El manzanal en la cancilla
Pregona el fruto tempranón:
—Hay tabardilla, tabardilla
Para guardar en el arcón.

Cebada, cáscara de oro,
Eres pastor del Norte... Oid
Cómo el pastor canta en el coro:
Simget dem Herrn ein neues lied.

.....

¡Ah!, si tuviera mano sabia
De artesano de madrigal,
Finder errante en la Moravia
Y en la Gascuña, menestral .

¡Ah!, si yo fuera algún coplero
De la Azucena de Jhessé,
De corazón cascabelero
En que ha llovido agua de fé.

Yo correría los caminos
En que hay cantáridas y hay sol
Y charcas verdes y molinos
Y aljofarados en la col.

(La mansuetud de la llanada
—Leche á la sombra y felpa al sol—
Es de basílica embrujada
Por una gárgara de oriol.

(Chozas de junco... salen perros
—Ojos de cuarzo con café—
Corre agua limpia entre los berros
Y se la siente y no se vé.

Digitized by Google

(En las cunetas secas suelen
Las lagartijas dormir y,
Arriba hay élitros que muelen
Una canción de güirirí.

(Van los rebaños corderinos
Paso, pasito, hasta el linar...
Es mes de enero... los caminos
Están borrachos de cantar...)

En los caminos danzarines
Como un alegre corazón
Pondría ritmos en las crines
Que alborotase mi canción.

Una canción por mis amigos,
Una canción por mi canción
Y otra canción para los trigos,
Para los frutos en sazón.

Para las novias que son ramas
Para los niños que son flor
Y los arbustos que son damas
Que se olvidaron del amor.

ENRIQUE J. BANCHS.

Digitized by Google

EUCARISTICA

Á DON CARLOS OCTAVIO BUNGE

Ah! le douceur de vivre indeciblement pur!

EDMOND HARANCOURT.

(L'âme nue)

Genuflexos, ante el altar del Santo Gonzaga, oraban en la gloria de la mañana de Mayo, bañados en polícroma fanfarria de luz, con que el Sol, filtrándose al través de las historiadas vidrieras, inundaba la capilla. En la iglesia, de ese risueño gótico, todo blanco y oro, típico de las residencias de la orden, la Santa Virgen María fulguraba envuelta en un nimbo de llamas. La cabeza de la imágen se inclinaba ambigua, sin que pudiese saberse si era fatigada por el peso de la corona empedrada de diamantes y zafiros—los heráldicos gules símbolo del amor y de la alegría celestiales—ó en un gesto amable de gran dama recibiendo un homenaje mientras con una mano sostenía un Jesús mofletudo y recojía con la otra su manto de rara magnificencia zodiacal. A sus pies la imágen andrógina del franco príncipe Luis, el Santo, alzaba hacia la bóveda tachonada de luceros sus ojos pintados de azul. En búcaros de irisado vidrio, azucenas litúrgicas erguían sus tallos y abrían el virginal enigma de sus flores mientras á entrambos lados del altar descendían como por la escala de Jacob, angélica procesión de concertantes.

Digitized by Google

Arrodillados en sus reclinatorios, Juan y Jesús, oraban en espera de la reconciliación con que sus almas puras hallaríanse dignas de recibir la visita de Dios hecho hombre. Cruzados los bracitos lazados de blanco, sobre el pecho, alzadas hacia la imágen las cabezas donde aún no anidara el ave siniestra de un mal pensamiento, eras las preces en sus labios como cándidas palomas que dejando el nido volaban hácia el trono de Dios.

Rubio, pálido, de doradas crenchas y pupilas de cielo, Jesús, moreno de rasgados ojos de sombra y ensortijados bucles, Juan—Murillo y Rafael—á la endeble elegancia del primero oponía el segundo la viril petulancia candorosa de sus doce años. Y sus figuras eran trasunto fiel de sus almas, toda ternura, temor y melancolía la de Jesús; toda resolución, apasionamiento y valor la de Juan.

Huérfano, rico, noble, enfermizo, confinado, por el egoismo de sus tutores, en aquel colegio, Jesús, duque de Nazareth, había hallado su defensa, en las luchas de educandos, en la adolescente energía de Juan Jordán, segundón de noble familia provinciana. Eran inseparables los dos amigos; fraternal afecto les unía y la vida deslizábase para ellos feliz, igual, monótona, llena por aquel cariño que les ayudaba á sobrellevar las contrariedades de la existencia de encierro, compartiendo estudios, recreos, devociones, venciendo Jesús la hostilidad de sus compañeros, gracias á la victoriosa y audaz simpatía de Juan, benévolos, á las travesuras de éste, los maestros, ante la intervención del de Nazareth. Asi al volar del tiempo llegó, insensiblemente, el día, deseado con fervor, de acercarse á la Sagrada Mesa.

Un débil llamamiento del Padre sacó á Jesús de su devoto rezar y llevóle á los pies del confesionario; el negro manteo abríase como dos alas negras, inmensas—alas que dicen servir para volar al cielo—aprisionando al Inocente. La mano enjuta, descarnada, dorada de tabaco posóse en la áurea guedeja y la voz pastosa tras breve musitar de oraciones comenzó las preguntas de rúbrica;

—A ver hijo si recuerdas algún otro pecadillo... Piensa que Dios Nuestro Señor que murió por nosotros te hace hoy la gran merced de venir á ti.

Digitized by Google

Tras un instante de pausa la voz pura negó:

—No, Padre.

—A ver—insistió el cura—Piensa bien... Alguna mentirilla... Alguna falta de respeto...

—No recuerdo, Padre — tornó á replicar.

El confesor se detuvo y miró al niño. La divina claridad que emanaba de sus ojos, ojos *de color de cielo* irradiaba sobre el rostro cándido prestándole un aura de luz.

—¿Papás no tienes, verdad hijo mio?

—No, Padre.

—¿Hermanitos?—interrogó nuevamente.

—Tampoco.

Calló el presbítero de nuevo. Vacilaba; aquel candor que lucía en el rostro infantil le imponía respeto. Sin embargo siguió:

—¿Amigos?... ¿Algún amigo á quien quieres mucho?

Con espontaneidad entusiasta replicó vivaz;

—Si, Padre, uno á quien quiero mucho, Jeck. Es como un hermano.

Los ojos sagaces, fríos, grises, que penetraban cortantes como navajas en la carne escudriñaron al penitente como si quisiesen leer hasta el fondo de su alma. Reflejaba inocencia tal que el jesuita vaciló. ¿Seríale permitido sondear abismos que tal vez no existían?

La pregunta infame detúvose en sus labios un instante y al fin surgió velada.

El niño con los ojos muy abiertos, llenos de temor y asombro denegó enérgico con la cabecita de querube, apretando los labios para no sollozar é inclinando la frente para recibir el exorcismo de aquella cruz que borraría el pecado pero no retornaría el candor perdido.

Nuevamente arrodillado ante el altar esperaba el supremo instante. De lo alto de la bóveda, el órgano dejaba caer sus notas graves, armoniosas; un coro de voces entonaban un Hosana á la gloria del Hacedor. Y el Sol, triunfal, rutilaba en los dorados y espolvoreaba con el iris de sus rayos el recinto Santo. Ante el eucarístico misterio, hasta una docena de niños arrodillados hacían ofrenda de sus vidas. Eran los unos frescos y rosados co-

Digitized by Google

mo plebeyos frutos, eran los otros pálidos y elegantes como infantes de un legendario país de ensueño. El oficiante revestido con fastuosa magnificencia avanzó hacia ellos sosteniendo en una mano el cáliz de oro incrustado de piedras preciosas y en la otra la hostia, cuerpo de Dios, mientras sus labios murmuraban las preces litúrgicas.

Juan y Jesús habían inclinado la frente entre sus manos y arrobados daban gracias por la alta merced. Pero tal vez la paz había huido de sus almas y algo que no era santo conturbaba su espíritu. Porque hay revelaciones que á semejanza de ciertos trágicos males, con su contacto mancillan una vida entera.

Acabó la misa y fueron á reunirse todos, alegres, locuaces, risueños, con los suyos que les aguardaban en las inmensas galerías.

Juan y Jesús también salieron. A ellos nadie les esperaba. Jordán más fuerte se encojió de hombros y en ademán adorablemente fraternal tendió sus brazos á Jesús. El niño le miró, rechazóle suavemente y se alejó llorando...

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT.

Madrid, Noviembre de 1907.

Digitized by Google

PROSAS PARA MARGOT

Á MARGOT

Prosas?... Sí, y todas para tí, mi inolvidable Margot. La primera la escribí cuando apenas empezaba á florecer nuestro cariño, y la última, ah!, la última, bien sabes tú que me ha costado muchas, pero muchas lágrimas! Hoy cuando nuestras miradas vuelven á encontrarse, hallamos en ellas una infinita tristeza; pero esta tristeza, ¿á qué negarlo?, nos es melancólicamente agradable. Después de tantas agitaciones como hemos experimentado, después de tantas y tantas recriminaciones como nos hemos dirijido, después de haber atravesado, como lo hemos hecho, triunfalmente, el peligroso bosque de nuestros amores, dejando entre sus zarzas muchas ilusiones, justo es que retorne hacia nosotros esa dulce pasividad que adormece las almas después de las grandes borrascas.

Porque nuestros amores, encantadora Margot, estuvieron llenos de peligros y de misterios. La luz resplandeciente del sol no iluminó jamás la pecaminosa sonrisa de tus labios y el beso que los míos depositaban en la rosa sangrienta de los tuyos, tenía siempre que buscar la enfermiza obscuridad de la alcoba. Fuímos criminales, lo confieso, pero no arrepentidos. Había algo de refinadamente perverso en nuestros deliquios carnales. Sabíamos que otro sufría mientras nosotros gozábamos y esto, acrecentaba y multiplicaba nuestras sensaciones. Muchas veces, en medio de la noche, abriendo desmesuradamente los ojos en las

Digitized by Google

tinieblas, solíamos contener nuestros suspiros para escuchar. Y oíamos, sí, oíamos pasos sigilosos deslizarse sobre las baldosas del patio; manos temblorosas que tocaban quedo, muy quedamente el pestillo de la puerta que nos resguardaba, al mismo tiempo que adivinábamos el roce de una oreja aplicada á la cerradura. Y nuestros labios, con un terror lleno de voluptuosidad, murmuraban, es él, sí, es él. Luego, el rumor producido por aquellas manos cesaba, los pasos iban, poco á poco, perdiéndose á la distancia, hasta que minutos después, una tos seca, vieja, lamentablemente cascada y decrépita, nos anunciaba que estábamos fuera de todo peligro. Y entonces, con esa brama de lujuria que azaetea y punza los nervios cuando el placer ha sido interrumpido; con esa rabia del deliquio que hace estremecer la carne y crujir los huesos; con esa tensión furiosa que obliga á los brazos á entrelazarse y á los muslos á estrujarse cual si quisieran fundirse los unos con los otros, el espasmo llegaba con toda su divina y luminosa cohorte de delicias.

Oh! Margot, nuestras noches han sido licensiosamente encantadoras. Hemos bebido todos los vinos en la copa de nuestra dicha. Nada, absolutamente nada se nos ha olvidado y el poema entonado por nosotros á la carne, con nuestra misma carne, no será jamás superado por nadie.

Justo es pues, que este libro sea para tí .En él hallarás relatada toda la odisea de nuestros delirios nocturnos, en él hallarás todo aquello que te fué grato y todo aquello que halagó, no mi espíritu, que siempre fué triste, sino mi cerebro. Porque á tí, bien te consta, jamas pude amarte con ese amor místico que Petrarca inmortalizó en sus versos luminosos...

* * *

Tus caricias, Margot inolvidable, fueron raras y complicadas. Días hubo en que sólo me besaste en la frente como si temieras mancharte con el contacto de mis labios. En esos momentos un ténue incomprensible rubor solía cubrir tus mejillas y más parecías una virgen temerosa del pecado que la mujer criminal que, en no lejanos tiempos, había llegado hasta el amor sacrílego.

Digitized by Google

Y ésta ductilidad amorosa que poseías para transformarte á tu antojo, era casualmente lo que más me agradaba en tí.

Mucho dudé al principio de la sinceridad de esos cambios repentinos, pero tuve que convencerme al fin. En el breve plazo señalado para nuestras relaciones fuiste siempre la misma. Si me engañaste no puedo menos que agradecerte ese engaño que me hizo tan feliz, tan feliz, que aun hoy, cuando mis ojos te miran creen hallar en los tuyos algo de esa virginidad y de esa lujuria que sabías ofrecerme cuando me besabas ...

José Pardo.

Digitized by Google

BAJO LA ANGUSTIA

Dijo anoche su canto de muerte
la canción de la tos, en tu pecho,
y al mojarse en las notas rojizas
mostró flores de sangre el pañuelo.
¡Pobrecitas las carnes fatales
consumidas por fiebres de fuego,
para ellas las buenas, las tristes,
tiene un blanco sudario el Invierno!
Mira: abrígate bien, hermanita,
mira: abrígate bien, yo no quiero
ver que cierre tus ojos la bruja
de los flacos y frígidos dedos.
Hermanita: me invade una pena
al oirte gemir, que presiento
las postreras, nocturnas heladas,
las temidas del árbol enfermo...
¡Si supieras!... blandones sombríos
me parecen tus ojos tan negros...
y tu lívida faz taciturna
un fatídico heraldo de duelo.
¡Si supieras! A veces me asaltan
tus visiones sangrientas; no duermo
al pensar, en mis ratos horribles,
que te pasas la noche tosiendo;

Digitized by Google

al pensar en tu vida deshecha,
cuando miro esfumarse en mi ensueño
tus nerviosos esguinces de insana,
y moverse y cruzar tu esqueleto...
... Hermanita: hace frío, ya es hora
de los suaves calores del lecho,
pero cambia la colcha... esa blanca
me recuerda el ajuar de los muertos!...

AL PASAR

Ella salía del taller, pensando
en la madre que enferma la esperaba
para alentar de nuevo á media noche
el monótono canto de la máquina.

El volvía del Club. Viejo vicioso,
á veces su senil ardor buscaba
con aire de sultán, aunque era eunuco,
los serrallos que ofrece la desgracia...

Y de pronto la vió. Con un incendio
de bestial delincuencia en la mirada
y como un usurero del deleite,
calculó el precio de esa carne aciaga.

La detuvo, y hablándola al oido,
temblando su deseo en las palabras,
¡quien sabe qué le dijo el miserable
que llena de asco le escupió en la cara!

EVARISTO CARRIEGO.

Digitized by Google

LA CORTE DE LOS MILAGROS

Peter Pardiggle is one of those men who cannot believe three and seven are ten.

TOM HOOD.

Peter Pardiggle miró las mesas del café, buscando á alguien.

—Chist!, Aquí!, gritó con apresuramiento una vocecita desgarrada, enferma.

Y Peter fué á sentarse junto á sus compañeros de la víspera, de hoy, de mañana, de siempre. Eran los inseparables. Un desprecio mútuo los ligaba. Esa inversión del evangelio tenía para ellos la fuerza de una necesidad. Debían sonreírse á horas determinadas, dejando serpentear frases sobre esfuerzos agenos. Debían calumniarse las restantes. El incidente, el detalle, había formado aquel grupo que el dicho de un bohemio borracho bautizara con el nombre de «Corte de los milagros». El dicho tuvo el éxito de lo prohibido; hízose patrimonio de muchos; quedó.

La «Corte de los Milagros» sesionaba cuotidianamente en algún café, en cualquier café. Exigían sus espíritus fuera en alguno muy concurrido. La ilusión de que ojos distraídos los seguían en sus gestos, hacía de aquella corte, una corte de autócratas.

—Mozo, un wisky!

—Te has mojado mucho?

—No, un poco.

—Es un tiempo perro, me revienta.

—El médico me ha recomendado me cuide mucho. Pero, quién

Digitized by Google

demonios hace caso á los médicos. Al fin y al cabo, ¿qué me importa? Debo morir una vez.

—Es verdad; sin embargo, morir desconocido es muy triste.

—Tienes razón, es muy triste, muy triste...

Azotó un *algo* el grupo. Sintieron el miedo de la nada, de no ser nada. Peter, encendiendo su pipa fué siguiendo con mirada indiferente una bocanada de humo que en giros siempre más extensos fué perdiéndose. Luego, por la indiscreción de un ancho vidrio vió cruzar la calle, esfuminados, borrosos, muchos cansancios, caras tal vez pálidas, curvas angulosas, incompletas. Sus compañeros sentían el silencio interior, el más terrible de los castigos. Las charlas de los demás eran insuficientes para despertarlos. Parecían unos perfectos egoístas.

Peter, mientras se servía con cuidado de químico su wisky, abarcó aquellos tipos de su obras posteriores. En una testa descubierta para que apreciaran sus cabellos de una rebeldía dorada, en una testa en perpétua agitación por fabricar frases que valdrían un ademán, veía un neurasténico que debía llenar un cuento extravagante, un cuento manchado de psiquiatrías. En un sombrero de anchas alas sombreando una vanidad y una corbata flotante, vaporosa, sirviendo de marco á un rostro que por haber dicho alguien recordaba á Zola, veía siempre retratado en los espejos del salón, analizaba recuerdos de páginas de Murger y evocaba París, sus hospitales, y muchas existencias más dolorosas que una maternidad trunca. En una mancha amarillenta de líneas bruscas que estereotipaban una risa enorme debajo unos ojos tan abiertos que parecían nunca alcanzaran á ver, reconocía un moralista, y moralista era porque siempre rezaba estupideces y lógicamente puro, un alma de destilaciones sucesivas, llena de los sanchismos que se escuchan con benevolencia y con benevolencia se les concede autoridad. Y por fin, en una barba rala, descuidada, una boca de cerco circunflejo, una vocecita desgarrada, enferma, lacras de vicios infames, unas espaldas arqueadas, estrechas que se ensanchaban en busca de una ruptura final, para vomitar una tos implacable, estaba el tema de un artículo, donde concluido iba á vivir el proceso de una enfermedad de la decadencia. Peter volvió á adivinar por el vidrio otras caras. Las del café,

Digitized by Google

como las de los *suyos*, eran casi todas nobles, hubieran honrado la corte de los milagros.

Irrumpió un pilluelo, una pincelada impresionista de arrabal, y gritó el nombre de un periódico, el título de un telegrama; interrogó con la mirada, una mirada de hartazgos precoces... Desapareció temiendo la total muerte del día y con ella, las indignaciones de algún artículo de fondo.

—Gavroche! sonrió el sombrero de anchas alas.

—La larva del crimen!, pontificó la testa rubia...

Habían roto el silencio.

—La larva del crimen! Esos chicos son de la especie de los sub-hombres. En su ambiente se llama amor el revolcar de carnes mugrientas, de carnes cansadas que la naturaleza ha privado de espíritu, como á la tierra para que se fecunden mejor, para que no comprendan más allá de la mecánica de la fecundación. No conocen el odio; obran á impulso. Esos chicos conocen todas las infamias porque las adivinan; la escuela, si la han cruzado, les deja al recuerdo del yugo; un maestro, y me pongo en el mejor de los casos, un verdadero maestro que no ha tenido la debilidad congénita de ser pedagogo, les ha enseñado á leer, á escribir, les ha hablado... Bah! la larva. Haré algún día la disociación de la larva, una psicología minuciosa y demostraré cómo se genera el crimen, un crimen completo. Cuando aparezca mi obra, donde se hermanarán sin obstruirse Verlaine, Ibsen, Sade y Mallarmé nadie se atreverá á discutir la existencia de la literatura nacional...

—Lo que vos debías hacer es concluir primero tu drama, insinuó la vocecita desgarrada.

—Mi drama? Había concluído un acto y lo rompí. He cambiado de tesis. La *otra* parecía copiada de *Fecondité*. La *nueva* es completamente contraria. Sostengo que todo matrimonio no debe tener más de un hijo para que educado con mayor suma de cariños y de cuidados, forme una ráza fuerte, superior. La despoblación consecuente de mi tésis, hará el mundo mejor, más apropiado para la felicidad. El reparto de medios será mucho más fácil. Un argumento no sé si original, pero digno de serlo. Si el niño muere, es porqué es débil, la educación estaba mal encaminada. Es

Digitized by Google

necesario reanudar de nuevo. Ni una escena para el público. Hablaré á cada espectador. Hay una madre que reclama la muerte del hijo que se agita en sus entrañas; ya tiene uno, es demasiado.

—Eso dará lugar á un escándalo!

—Mejor que mejor; el escándalo es lo que debemos ambicionar para abrirnos paso.

Es preciso que formemos el auditorio, que llamemos la atención. Cuando la espectativa exista, entonces hablaremos. Debemos preocuparnos de nosotros. Con dos ó tres dramas me pongo á la cabeza de los autores nacionales.

—Y si te silvan?

—Publico la obra.

—Y el editor?

—Ya lo encontraré. Una serie de artículos rajantes contra el público, me aseguran editor.

—Yo se lo mandaría á Zacconi.

—Magnífico. Peter me lo traduce al italiano y lo mando. Figúrate la sorpresa cuando salga en los diarios un telegrama: «Exito de un autor argentino». «La vita nuova», el título de mi drama y mi nombre intrigue á los periodistas y me busquen. Crónicas, interview, caricatura en *Caras y Caretas*, cabeza conocida en *Pulgarcito*. Y con ese triunfo á París, á la *cité lumière*, á conquistar aquéllo. Y modestia aparte, allí está nuestro puesto en el combate. Los cinco allí...

—Los cuatro: Exclúyanme á mí.

—Bueno, los cuatro, Peter no viene. *Les américains*, los rayos de la indiada. Hasta podríamos hacer libros para el *Mercure*.

—Sí, ché, Lugones y Rubén Darío se repiten. Hay que renovarlo todo. Nuevas formas, nuevas escuelas. Es la ley fatal, los nuevos deben luchar con los viejos. En literatura, un año da patente de vejez. Creo que debíamos empezar por una revista...

—Es una idea que tengo hace mucho tiempo y que debemos realizar. La llamaremos *Lumen*. Un nombre que á tasarsè bien se tasa en veintinueve dineros. *Lumen* será una bandera. Allí tendría cabida tu obra, Peter.

—Mi obra la publicarán los *otros*, se publicará sola... murmuró Peter. Su obra era *él*, no quería que la tocaran. La había escrito

Digitized by Google

viviéndola. Heredero de una fé católica había sido internado en una escuela donde los lobos negros le mataran la voluntad. Una rebeldía postrera hizo le expusaran. Escuchó muchos profesores, leyó cuantos libros pudo. Se hizo un negativo. La vida era solo una cosa curiosa, apenas digna de la curiosidad. Nada existía de más estúpido que la linterna de Diógenes. A los juicios que pretendían pesarlo, les hacía el desprecio de creerlos sinceros. Vivir una ilusión entre ilusiones, era un martirio infinito, un martirio místico que debía sufrirse para estudiar sus fases sucesivas que encierran un nuevo elemento propio para reforzar un sedimento que desconocemos, que desconoceremos, pero que integra un móvil también desconocido. Desde que adquirió la convicción de que las cosas tienen alma, quiso ser del alma de las cosas. La labor de los hombres nunca logrará ni una verdad, ni la verdad. Fabricará tal vez una lógica, es decir, lo exterior, el armazón, jamás el contenido. Por eso Tom Hood, lo definió: «Peter Pardiggle is one of those men, who cannot believe three and seven are ten». Su obra era una mole de dudas, una oración de creyente. El no quería que sus compañeros la manosearan, no quería darles el placer de elaborar una crítica. Daba valor á los críticos, porque como ciertos microbios transforman cuerpos primarios haciéndolos asimilables á la vida, pero los suponía los más pequeños de todos los indignados.

—Está bien, te los guardás. Los versos tuyos, César...

—Hoy los he aumentado con una salutación á una desconocida, se apresuró á decir la vocecita desgarrada.

Que los lea, reclamó el sombrero de alas anchas.

Y César, sin hacerse de rogar se preparó á leer á la corte las cuartillas. Peter se despidió, su esposa lo esperaba, era tarde. Encendió su pipa. Lentamente desapareció de la radiación que las luces del café proyectaban en la vereda. Sin apresurarse, sin incomodarse por la llovizna que le alfiletereaba el rostro, iba madurando párrafos del artículo sobre un vicio de la decadencia. Empezaba á amar la noche.

JUAN LUIS FERRAROTTI.

Digitized by Google

EL CANTO ERRANTE

DE

RUBÉN DARÍO

No alcanzo cómo en nota bibliográfica se pudiera informar sobre un libro de Darío.

Probar á transmitir esos secretos de alta melodía, me parece una crasitud tan deplorable, como la del yanky Edison cuando inventó su malhadada trampa para dar caza á músicas errantes.

Los de oido y alma finos, los que no tengan excesivas orejas académicas que sacudir bajo el susurro de «El Canto Errante»: alléguense á la nueva obra maestra.

Con figurar en ella cantos de antigua data, la emoción de frescura se sostiene en cada página. Gran prueba ésta á que Darío ha sometido las tempranadas de su canción. Sobre el bronce puro de las más recientes, ninguna de sus poesías remotas produce hoy timbre equívoco que pudiera desvalorar el oro primigenio. No hay duda sino que para ciertas alondras no transcurren los inviernos.

Yo iría á más y diría que la verdadera música es eterna, ya que jamás he podido concebir la diferencia de dulzura entre una nota recién nacida y otra de ancianidad inmemorial, como las dos sean de abolengo pitagórico.

Digitized by Google

Con que no siendo avenidero con mi horror al fonógrafo, el profanar en prosa las bellezas del verso, dejo de mano el detalle de las 47 poesías que forman «El Canto Errante»; y me quedo afuera con sandalias, dado á remirar en el prólogo las líneas majestuosas de ese pórtico.

Ante todo advertimos que bajo la gracia de esas frases, se impone la severidad de fórmulas que simbolizan el alto pensar contemporáneo sobre asunto de letras, cualesquiera que sean los paisajes y las almas cuya conjunción aspira á exteriorizarse en valores permanentes de arte.

Las declaraciones que Dario sintetiza en ese prólogo, traen el eco suave de una voz abrillantada por claridades de colina olímpica, adónde ya no llegan los ululatos de los caciques despojados de las tolderías de su retórica por el triunfo de la estética moderna.

En la hondonada ha chillado mucho gozque y los mastines guardianes del tesoro de la lengua quisieron desencadenarse tras los perturbadores de su modorra: pero sin que por todo ese berrinche perdieran una cuarta de avance hacia la cumbre los audaces forajidos.

Dario siguió su marcha. En su ascensión solo hizo rostro tres veces á sus críticos, «porque éstos se llamaban Max Nordau, Paul Groussac y Leopoldo Alas". Habló y siguió cantando: no sin tener antes el rasgo hidalgo de invitar á sus amigos á no seguirlo en el peligro. (Prólogo de «Prosas Profanas».—1897).

Hoy en el prólogo de «El Canto Errante» se afronta otra vez contra algunos reductos de *cierta especie de retórica;* pero su voz viene endulzada por cariñosa serenidad. Limpia de culpa de odios, se adivinan en ella los roces de los rasos suavizados en la opulencia del hombre hecho á respirar la soledad.

En la música de su visión, su palabra denuncia una mirada respetuosa ante el panteón de ilustres sagitarios españoles que le combatieron con nobleza. Luego mira de soslayo al crítico incidental, y en vez de darle cantaleta, lo deja en guardia ridícula, mientras él eleva sus pensares á una altura dominante de espacios y de tiempos.

Y si habla de la poesía amenazada por Gedeón, nos dice: «La

Digitized by Google

forma poética, es decir, la de la rosada rosa, la de la cola de pavo real, la de los lindos ojos y frescos lábios de las sabrosas mozas no desaparece bajo la gloria del sol..... Aplaudamos siempre lo sincero, lo consciente, y lo apasionado sobre todo..... Siempre habrá poesía y siempre habrá poetas. Lo que siempre faltará será la abundancia de los comprendedores.»

Y á los que le motejan por dogmático é impositor de formas personales, replica: «Aristos para mí, en este caso, significa, sobre todo, independientes. No hay mayor excelencia. ..... No gusto de *moldes* nuevos ni viejos..... Cuando dije que mi poesía *era mía en mí*, sostuve la primera condición de mi existir, sin pretensión ninguna de causar sectarismo en mente ó voluntad agena, y en un intenso amor á lo absoluto de la Belleza..... Ser sincero es ser potente..... Amador de la cultura clásica, me he nutrido de ella, mas siguiendo el paso de mis días.....Como hombre he vivido en lo cotidiano; como poeta, no he claudicado nunca, pues siempre he tendido á la eternidad.»

Y los que se andan por ahí á fuer de sobrios, que yo diría impotentes, haciendo alharacas porque se da coturno á las palabras y aderezos al estilo, vuelvan á su trailla y oigan ésto, ¡por Dios!:

«Jamás he manifestado el culto exclusivo de la palabra por la palabra..... La palabra nace juntamente con la idea, pues no podemos darnos cuenta de la una sin la otra..... La palabra no es en sí más que un signo, ó una combinación de signos; mas lo contiene todo por la virtud demiúrgica. Los que la usan mal serán los culpables si no saben manejar esos peligrosos y delicados medios. Y el arte de la ordenación de las palabras no deberá estar sujeto á imposición de yugos, puesto que acaba de nacer la verdad que dice: el arte no es un conjunto de reglas, sino una armonía de caprichos..... Yo no soy iconoclasta.—¿Para qué? Hace siempre falta á la creación el tiempo perdido en destruir..... Construir, hacer, ¡Oh juventud! juntos para el templo; solos para el culto.»

Muy de propósito he transcripto esas frases, porque vienen de perillas para la literatura sudamericana, donde el prejuicio aun ocupa reductos coloniales. El estado de nuestras letras puede partirse en dos bandos: los que siguen al clasicismo español in-

Digitized by Google

consciente y servilmente; y los que siguen á los innovadores sin comprenderlos, y también servilmente. Salvo contadas excepciones, los más se están á escribir mal lo que los demás han escrito muy bien, sean estos antiguos ó modernos.

Gran culpa de esto la tienen muchos profesores de literatura, quienes aún enseñan á sus discípulos á pensar según que se le ocurrió al señor don José Mamerto Gómez Hermosilla, y no más. Baste decir que en casi todas esas cátedras se concluye el año sin haber siquiera mencionado la estética.

Las modalidades del alma moderna no van en cuenta cuando se alza la férula de los preceptos para ordenar palabras y vestir ideas. En muchas de esas aulas no se inicia al discípulo en la divina equitación. Se le hace palafrenero de acémilas, pero no ginete de Pegaso.

Los desbarros dictatoriales del profesor no sufren contrarresto. Es verdad que algunos de los jóvenes que furtan el cráneo á ese casquete deformador, buscan amaño en filas insurrectas, pero sin atreverse á lanzar el pensamiento por la trochita única, por la trochita solitaria que á cada persona reserva su destino para asomarse á ver la vida.

A fuerza de sustos y aspavientos, los catedráticos enferman del corazón á la tímida pollez, hasta el punto de convertir en gansos los que pudieron ser cisnes.

Felizmente, en Sud América hay ya un buen núcleo de renegados que no llevan en paciencia dictaduras y se han resuelto á *tener el valor de tener talento* y pensar con la cabeza que llevan sobre los hombros .

Rubén Darío fué el iniciador de esas audacias; y tiene en abono de su gloria un mérito harto escaso en el gremio de redentores: redimir sin pretensiones de reesclavizar.

Mucho por egoismo—y conste que el egoismo es encomiable—y lo demás por despique del cargo de sectarismo hecho á Darío, no resisto á transcribir el admirable soneto con que el poeta se sirvió agraciarme. Este corto poema de ideal supremo, de ideal universal, dice bien adónde hay que ocurrir en busca de retórica, y en sus catorce líneas desenvuelve la única que hoy pudiera llamarse escala de Jacob:

Digitized by Google

Eduardo: está en el reino de nuestra fantasía
El pabellón azul de nuestro rey divino.
Saludemos al dios en el pan y en el vino,
Saludemos al dios en la noche y el día.

Todavía está Apolo triunfante, todavía
Gira bajo su lumbre la rueda del destino
Y viértense del carro en el diurno camino
Las ánforas de fuego, las urnas de armonía.

Hundámonos en ese mar vasto de éter puro
En que las almas libres del cautiverio obscuro
De la sombra, celebran el divino poder
De cantar. Tal será nuestra eterna retórica.
En tanto suena la música pitagórica
Y brilla en el celeste abismo Lucifer.

También me he complacido en reproducir algunos de los hermosos consejos de altivez que el prólogo contiene, á ver si cunde la tendencia de peregrinar sin lazarillos y no seguir haciendo fisga de rótulos agenos en todo autor que se resuelve á ser sincero con el sol.

Soy un gran convencido de que los sudamericanos, como pueblos que habrán de ser cosmopolitas, tenemos que estudiar muy á fondo las literaturas extranjeras, y en especial la clásica española: pero creo también que nunca haremos letras propias siguiendo escuelas importadas ni aborígenes, sino perseverando en el tesón de hacer y respetar la obra individual.

Los que estén bien hallados con la obediencia cadavérica, huélguense en ella; pero respeten nuestra convicción de que para llegar á la avenida de los laureles, es preciso ir cada cual *solo su alma* y cada cual por su senda.

EDUARDO TALERO.

Digitized by Google

LETRAS ARGENTINAS

«El Derecho» por CARLOS OCTAVIO BUNGE.

En esta misma sección me ocupé meses pasados de la obra extensa y variada del doctor Bunge. Formulé entonces ciertas reticencias sobre las que no es del caso insistir. Tócame ahora al contrario rendir cumplido homenaje á este nuevo libro del infatigable escritor, que así por su extensión como por su contenido impone el más franco respeto. Justo es que alabemos la laboriosidad intensa en esta tierra donde andan tan escasos los hombres de gabinete y tanto menudean los doctores poco menos que analfabetos. Cuando alguien como el señor Bunge se recluye espontáneamente para producir un libro como *El Derecho*, libro de doctrina y de pensamiento, que supone una ímproba labor de años, es menester abandonar la sonrisa irónica, arma perversa de quienes no pueden ni saben producir.

Esta última obra del señor Bunge, aunque en general de índole didáctica, aspira sin embargo, á un título más elevado: en ella el autor ha expuesto teorías personales que débense considerar como un bello esfuerzo de pensamiento, aunque presentaren puntos flacos á la crítica.

Mi propósito no obstante al trazar estas breves notas no es sinó el de ocuparme de un único capítulo del libro que más que ningún otro ha despertado mi interés. La índole especial de esta sección, consagrada exclusivamente á las letras me excusa de que no me detenga en un examen minucioso de la obra entera. Deseo sólo

Digitized by Google

ocuparme de una personal teoría del señor Bunge sobre la ética, á cuya concepción sin duda ha dedicado sus más largas vigilias. Me tomaré la libertad de juzgar esta teoría con el más superficial criterio de *literato* (en el sentido más despectivo de la palabra), sin citar textos ni apadrinarme con respetables autoridades: la erudición intempestiva embrolla las cuestiones é impide concretar el pensamiento en unas pocas ideas inteligibles.

El señor Bunge en el último capítulo de su libro, después de analizar brillantemente los dos principios antitéticos de la ética contemporánea, el ecualitario en occidente y el antiecualitario en oriente, funda sobre estas consideraciones preliminares su esbozo de un *sistema positivo de ética.*

El señor Bunge es incuestionablemente un espíritu sistemático, sin que esto envuelva una censura sino una sincera opinión sobre una especial característica de su mente. Gusta hasta con exceso de ordenarlo, de clasificarlo, de encasillarlo todo. A este respecto ha tenido varias veces en sus diversas obras aciertos admirables; pero en ocasiones ha incurrido también en el grave defecto de generalizar con extremada rapidez. Con este necesario precedente se comprende desde ya que la ética que paso á analizar está perfectamente sistematizada y ordenada en claros aforismos.

El primero de sus principios es el cristiano «amarás á tu hermano y semejante». De la semejanza específica nace la simpatía humana que vincula los intereses de los hombres y los grupos, formando ciclos: la familia, la clase, la patria. La simpatía estará pues en relación con la cohesión del ciclo y la mayor afinidad de sus miembros. Como se ve, nada nuevo por el momento. Pero el señor Bunge introduce en su moral un sentimiento desechado por la vieja moral igualitaria: introduce el odio como elemento útil y aún necesario. Hay mucha razón en ésto: «El amor al enemigo es una falsa orientación ética». Y de aquí parte otro principio: «Desconfiarás del extraño y odiarás al enemigo». El señor Bunge prevee la objeción: ¿cómo distinguir al extraño y al enemigo del hermano y el semejante?, y para ello nos dá varios criterios.

El señor Bunge está íntimamente convencido de la verdad de su

Digitized by Google

teoría y la formula en frases seguras y vigorosas. Escribe: «No desconfiar del enemigo, no poder odiarle es una prueba de debilidad y de decadencia: ¡he ahí lo que todo pueblo fuerte y grande debe decirse y predicarse! La gran obra moral de fines del siglo XX ó acaso del XXI será, según mi tema, dar un criterio y un regulador al Odio. En las escuelas europeas llegará á enseñarse á odiar como en las japonesas.»

Sinceramente confieso que todo esto me encanta. Cualquier idea novedosa aparte su valor como idea, tiene un valor artístico. Si se admira una hermosa frase, un verso sonoro, desprovistos de toda otra utilidad que no sea la del placer intelectual que reportan, ¿por qué no ha de admirarse una hermosa idea, aunque falsa? Toda bella paradoja, bien que llegue al absurdo, encierra siempre un mérito inapreciable como expresión de un no común esfuerzo de pensamiento. Es algo así como un bello gesto completamente estéril.

De los dos susodichos principios derivan algunos aforismos prácticos: los choques de intereses con los hermanos y semejantes se solucionarán por la paz, la lealtad y el amor; los con extraños, y enemigos en favor propio y en el modo que más convenga, por la razón ó la fuerza.

Que el señor Bunge me perdone, pero yo creo completamente inútiles estas construcciones sistemáticas. Una ética de esta índole podrá ser una constatación de hechos, acaso lo es la misma que tratamos, mas no una propulsora de acciones. ¿Qué eficacia moral han de tener esos principios abstractos: «ama al hermano; odia al enemigo»? Pero, ¿cuál es mi enemigo? Al señor Bunge no se le oculta que bien puede odiarse á un coasociado y amar á un extraño; pero resuelve la cuestión en una forma á mi ver inadmisible. «La ética, nos dice, debe enfrenar ó moderar la aversión al coasociado y la simpatía al extraño.»

El sistema evidentemente es de un intelectualismo exagerado y sin arraigo en la realidad. Nuestra moral depende de nuestra sensibilidad y no de nuestras ideas. No es por principios metafísicos que nos guiamos sino adaptándonos á las diarias contingencias de la vida. Ese mismo principio de amor universal incrustado desde siglos en nosotros no tiene ninguna eficacia moral cuando

Digitized by Google

choca con nuestros intereses. ¿Ha impedido tal vez que los franceses odiaran cordialmente á los alemanes después del 70? ¿E impedirá el principio del odio que el señor Bunge proclama, que mañana los japoneses, hoy adversos á los blancos, se inclinen á ellos determinados por motivos más poderosos que todas las enseñanzas que se les inculcan? Llegar como llega el señor Bunge á querer *graduar* el Amor y el Odio según casos y personas, escalonando una serie de valores afectivos que arranquen del cariño de los padres á los hijos para llegar al caso opuesto de la enemistad bélica, me hace el efecto de pretender trazar caracteres en el vacío.

El señor Bunge cree que nunca llegará á constituirse la obligación moral en una manera tan espontánea y orgánica de obrar, que pueda considerarse como una forma fatal de la actividad de todos y de cada uno. Pero como su ética no se detiene más que en fijarnos los dos polos de nuestra acción individual y colectiva, exigiéndonos para los unos el amor, para los otros el odio, paréceme que esos dos sentimientos tan humanos, tan primitivos, no necesitan de obligación moral alguna, pues radican en el fondo de cada cual y sí constituyen en nosotros «una manera orgánica de obrar».

Dejo esbozada la crítica en estos pocos rasgos generales, habiéndome únicamente movido el interés que me inspira la producción del señor Bunge, á detenerme más de lo usual sobre la teoría expuesta. Podría haberme limitado á algunas frases vagas de elogio: He preferido en vez abrigar algunas dudas sobre ciertos puntos, de lo que no ha de habérsela á mal seguramente el autor, cuyo interés, supongo, está en que se discutan sus opiniones, cosa que, justamente, no se acostumbra hacer aquí con libros de la índole de *El Derecho*. Esta obra seria é intensa, clara en la exposición, apreciable característica de todas las del mismo autor, segura en el método y original por sus ideas, representa un esfuerzo que, estoy seguro, no será apreciado como fuera de desear. ¿Cuántos son los que se leen 500 páginas que representan el pensamiento de un escritor de la tierra? Sin duda deberá venirnos una vez más del extranjero alguna voz de aplauso para este interesante removedor de ideas. Porque este es ciertamente

Digitized by Google

el mérito del señor Bunge, de quien ya es tiempo que se deje de alabar sólo su *laboriosidad*, fácil escapatoria que atestigua la pereza del crítico que dejó sin cortar las hojas del libro.

El señor Bunge piensa y trabaja. Si se ha equivocado alguna vez, también ha acertado á menudo, y esto último compensa aquello, mejor dicho, lo implica. *Nuestra América* y *La Educación* hablaban ya de un espíritu que se salía de lo común. Esta última obra *El Derecho* confirma la opinión. Invito á los verdaderos entendidos en la materia á decir su palabra.

«Borderland» por ATILIO M. CHIAPPORI

«Mi arte debía ser de una simplicidad natural en la descripción exterior, y el resultado de un análisis minucioso, de innumerables observaciones en lo espiritual..... Es decir: verista no sólo en las representaciones visibles,—escenas, actitudes, fisonomías, — sino también en las realidades de la vida interior — conflictos sentimentales ó morales; de suerte á dar, en una síntesis preponderante, la exactitud del momento dramático.»

Estas palabras puestas en boca de un personaje de *Borderland* resumen seguramente las aspiraciones artísticas del señor Chiappori. El ha tratado de darnos un libro que aunase la observación más prolija de los fenómenos objetivos á la de los más fugaces estados de conciencia, con el objeto de circunstanciar en cada instante el drama interior y exterior que viven sus personajes. Y casi siempre lo ha logrado. El señor Chiappori, con una probidad artística completa, nada descuida: ni las actitudes, los gestos, las expresiones, los incidentes triviales caracterizadores de toda una situación, ni el más escrupuloso análisis subjetivo cuando es menester.

Esas almas trágicas ó anormales que atraviesan el libro, abrumadas de misterio, las ha puesto al desnudo. Viven. Las vemos gesticular. A través del entrecejo que se frunce, del rostro que se contrae en una ambigua sonrisa, del ojo que echa una mirada aviesa, se nos perfilan, netos y claros, un pensamiento, una intención, un complejo estado espiritual.

El señor Chiappori ha arrancado sus tipos á los libros de psiquiatría. Los desequilibrados que ambulan por sus cuentos, son al-

Digitized by Google

mas llenas de sombra. Lindan con el más allá, con ese inmenso océano de misterio que bate á nuestras orillas. *Borderland*..... «Tierra de confín»..... Me atengo por un instante al titulado *Un libro imposible*. Es una extensa narración, casi una corta novela, obsesionante y extraña, hábilmente tramada, en la que gesticula sus rarezas de manicomio el protagonista, Augusto Caro. Obsesionante y extraña he dicho. En efecto el señor Chiappori con singular pericia ha sabido rodear su narración de un aire tal de horror que por momentos el relato adquiere matices verdaderamente poeianos.

Ciertamente esta clase de literatura no es nueva; pero sí lo es la forma altamente personal con que se nos presenta en *Borderland*. Personal sobre todo es el estilo del señor Chiappori, un estilo trabajado, sutil y preciso. Preciso en el epíteto, nunca vulgar y siempre usado con sobriedad: preciso en la arquitectura de la frase, delineada con esmero de artífice. En todo el libro campean unas nobles maneras de buen señor de las letras.

El señor Chiappori, inquiridor curioso de hechos mórbidos, ha puesto en alguno de sus mejores cuentos todo un caso científico, ocultando su triste aridez con el ropaje elegante de su fino arte. *Un libro imposible* por más que finalice con una inconvincente escena de una exageración de cuento fantástico—¡pero tan hermosa, tan original!—á ella llega empero por un ingenioso razonamiento lógico. Esa última escena remata el curioso desarrollo de una teoría en boga, sabiamente aprovechada, la teoría somática de las emociones, que, con una claridad en que el arte no daña á la exactitud científica, expone el señor Chiappori en unos pocos párrafos de un tecnicismo riguroso. Abundan además en el libro y en esa primer novela principalmente, mil peregrinas teorías, mil observaciones psicológicas de no escaso valor, que acreditan en el señor Chiappori un espíritu penetrante y reflexivo.

Más vulgar encuentro el caso relatado en *La corbata azul*, ya explotado otras veces. Sin embargo, el cuento, como todos los del libro, es una página bien hecha. Porque esa es precisamente otra de las encomiables características del señor Chiappori: su arte en componer los cuentos. Las partes en ellos están siempre sabiamente distribuidas: la presentación de los personajes, las cir-

Digitized by Google

cunstancias ocasionales, el diálogo, la acción culminante. Y á este propósito no quiero referirme sino al cuento de menor mérito del libro, al titulado *Mademoiselle Gavroche*, que en toda la insignificancia de su argumento, está construído con una maestría reveladora á las claras de la mano de un verdadero artista.

El señor Chiappori se ha estrenado con una obra aristocrática y refinada, por consiguiente poco accesible al vulgo, pero que ha de darle entre nuestros escritores la posición que bien merece. Este *Borderland* es una flor extraña: es un libro demasiado doloroso. Sobre sus páginas se cierne una atmósfera malsana. Por eso, expresando una opinión puramente personal, sin pretensiones de despacharla como receta, gustaríame que el señor Chiappori se apartara desde ya de esta literatura anormal, y nos diera con su estilo tan propio, tan inconfundible, algún otro libro,—como decirlo?—más sano, más *humano*.....

«Almafuerte» por JUAN MAS Y PI.

Siempre han sido descuidados en el país los estudios de aliento sobre tal ó cual escritor, sobre éste ó aquel aspecto de nuestras letras. Bien sé que en general ellas valen muy poco, mas no á tal punto de no presentar lados interesantes para la curiosa mirada de los que á tales estudios gustan de aplicarse. Ha tiempo que murió Juan María Gutiérrez, quien tanta luz arrojó sobre la poesía argentina de las primeras décadas del siglo, y nadie hasta la fecha lo ha sustituído. A lo más pueden citarse algunos estudios en libros ó en revistas, escasos los serios y en conjunto casi nada. (1).

En condiciones semejantes, bienvenido sea este ensayo crítico del señor Más y Pí, que aporta una no pequeña contribución al conocimiento de Almafuerte, ese lírico genial «á veces delirante, sonoro como Hugo y atrevido como Junqueiro».

Su obra atormentada y fuerte, no reunida aún sino en mínima parte, pedía desde tiempo atrás un estudio sereno y penetrante.

---

(1) **Los que han enriquecido nuestra bibliografía crítica, pueden contarse sobre los dedos: Mitre, Groussac, García Mérou Quesada, fray Otero, Saldías, Urien. Gez, Reynall O'Connor... Prescindo de la crítica militante de cualquier época y confieso que á alguno sólo lo he citado á título de curiosidad.**

Digitized by Google

Más y Pi nos lo ha dado. Se hallaba por otra parte en condiciones de dárnoslo. Poco, ya lo dije, se cultiva la crítica entre nosotros, aun la militante, pero entre aquellos que á tal género se dedican ya se había conquistado Más y Pi una honrosa reputación, á pesar de no frecuentar los círculos consagradores de los cafés. Su labor crítica no es escasa ni es mediocre. Algunos literatos extranjeros podrían hablar por mí y decir en qué estimación tienen el estudio que Más y Pi les consagrara. Es además un conocedor de literaturas para nosotros exóticas, malgrado la vecindad: la portuguesa, la brasileña y la catalana.

Su estudio sobre Almafuerte es serio y mesurado. A grandes rasgos, sin sutilizar demasiado, Más y Pi ha seguido la unidad del pensamiento siempre ascendiente del poeta, fijándola ingeniosamente en cuatro jalones, *La sombra de la patria*, *La inmortal*, *El Misionero* y *Trémolo*, esos cuatro enormes eslabones de la cadena de combates librados por Almafuerte en pro de la patria, de la humanidad, del hombre y del yo.

Más y Pi lo ha hecho con cariño de hijo y de discípulo; pero si alguien por esto mismo dudara de su imparcialidad, se le podría contestar que por el momento no es menester detenerse sobre los innegables defectos de la obra de Almafuerte. Cuando tan gran poeta no había tenido todavía su comentarista, injusto hubiera sido que el primer llegado se perdiera sobre todo en mostrarnos las humanas debilidades de su obra. Más y Pi ha hecho lo que ha debido, analizando con perpicacia la mentalidad robusta del poeta y mostrándonos el aspecto perdurable de sus cantos. La tonta y sin embargo tan humana tarea de poner al desnudo los defectos quede para los críticos posteriores.

Y justamente mis instintos de roedor me hostigan á hincar los dientes en este estudio crítico tan apreciable. No puedo resistir á la tentación de hacerle un reparo. ¿Por qué no nos ha presentado Más y Pi también la faz moral del poeta, su vida íntima? Los críticos futuros, él nos dice, para estudiar á Almafuerte deberán recurrir á los mil documentos de su vida, á las menudencias de la anécdota, á los detalles epistolares, á sus luchas por el bienestar ageno. ¿Por qué no haberlo él ya intentando someramente? Comprendo su resistencia á entrar en la vida íntima del

Digitized by Google

Padre y del amigo, pero no se exigía tanto. Más aún, soy de aquellos que repugnan de esa enfermiza y pseudocientífica curiosidad que arrastra la crítica moderna á escudriñar los más íntimos rincones de las vidas de quienes tuvieron la desgracia de ser grandes.

Pero hubiera bastado que Más y Pi perfilara á grandes pinceladas el alma compleja y amorosa y huraña del maestro, el alma exteriorizada en el diario ajetreo de la vida. Es tan hermoso todo lo que tiene olor de vida! Así, viendo al *hombre*, comprenderíamos sin duda mejor la obra del poeta. Una anécdota sola de Almafuerte acaso nos dijera más sobre él que cien páginas de sutiles divagaciones.

En fin, ya hinqué el diente.

Más y Pi debe quedar satisfecho. No sólo ha hecho una obra útil sino también una obra buena. Una nación que alberga á un lírico de la talla de Almafuerte y se olvida de él, no lo merece.

De alabar es que Más y Pi nos lo haya recordado. Verdad que nos hallamos en el bello país en que desde la tribuna parlamentaria cualquier Andrónico Castro se atreve á preguntar para que sirven los poetas; pero debemos recordar que nunca, y mucho menos hoy en día, ha sido el congreso el que dictara leyes en materia intelectual.

Ahora, á propósito de este libro una consideración final. ¿Cuando se publicará la obra dispersa de Almafuerte? De él no se ha editado más que ese pequeño volumen titulado *Lamentaciones*. Todos citan al autor de *El Misionero* con *ohes!* muy redondos, pero pocos, muy pocos lo conocen seriamente. Popularizando su obra se lograría tal vez que el «parche no fuera golpeado en favor de otros nombres más populares por una hábil combinación de ecos en la prensa y en el libro», que dice Más y Pi.

«Intención y voluntad» por MARIO A. CARRANZA.

El señor Mario A. Carranza no ha querido irse á Europa sin dejarnos un libro, fruto de su pensamiento y actuación de varios años. Es este un libro desconcertador: su lectura borra la pésima impresión que una recorrida general de él produce á primeras; sin embargo, algo de esa impresión perdura en el ánimo.

TxC

Digitized by Google

¿Se debe acaso á la falta de unidad de las materias que contiene, y á la índole especial de muchos, de la mayor parte de sus capítulos, simples alegatos jurídicos? Probablemente. Sin duda fastidia encontrarse en un libro que lleva un prometedor título filosófico y un lema de Nietzsche (en francés), con una media docena de alegatos de interés relativo y éste sólo para el jurisconsulto. Francamente eso produce el efecto de una emboscada que se nos hubiese tendido. Ahí estriba á mi parecer el error del señor Carranza: el haber pretendido dar á luz, *necesariamente*, un libro. Recogió su producción dispersa y heterógenea, y la publicó, siguiendo la criticable costumbre que se ha convertido en ley para nuestros intelectuales. Hablando familiarmente: el vino no alcanzaba y lo alargó con agua.

Sin embargo, si nos atenemos á los artículos de índole literaria ya cambian de aspecto las cosas. Esos primeros capítulos del libro, incluso el prólogo, son páginas bien intencionadas. El señor Carranza revélase un admirador y un discípulo de Anatole France. Véase: «La ironía y la piedad, pensé para mí mismo, nos enseñan á tolerar y á burlarnos de los malos y de los pobres de espíritu, sin lo cual se podría incurrir tal vez en la debilidad de odiar.» A pesar de esto el señor Carranza tiene convicciones, sólidas convicciones de las que carece el Maestro, ó mejor dicho, el France de la primera hora, que más tarde él tambien hubo de adquirirlas. Son fuertes y saludables las convicciones del señor Carranza. Tampoco fáltale audacia para pensar y criticar, y eso es bueno. En este sentido el libro merece un aplauso. Repito no obstante que no me entusiasma, aunque veo en él un millón de cosas de que generalmente carece nuestra producción. Creo por consiguiente que, sin necesidad de entonar prematuramente fanfarrias triunfales por este libro común, bien intencionado y mal compuesto, aún del punto de vista estilístico, puede esperarse de su autor alguna otra obra más uniforme á la que sin duda ni le faltará nervio ni utilidad. «Es tan triste convencerse inútil». Sí, tiene razón el señor Carranza, pero para alcanzar á ser útil no deben ahorrarse esfuerzos, se debe escribir y pensar con el sudor de la frente, y si es posible con la propia sangre.

ROBERTO F. GIUSTI.

Digitized by Google

TEATRO NACIONAL

Nuestro teatro se halla en un período de plena barbarie. Barbarie! la palabra puede parecer un poco dura, pero, sin embargo, es la única verdaderamente justa.

Un mal humillante, un mal contagioso ha invadido los escenarios: la inmoralidad y la grosería.

Al salir, después de haber asistido á la representación de algunas de las obras que hoy se estrenan, me preguntaba qué singular extravío podía haber guiado la mente del autor á concebir tal asunto y á entregarlo en manos de una compañía. Porque hemos visto cada obra!..... ah!, cada obra!!

Hoy en día ¿Dónde poder conducir una hija ó una hermana? Verdaderamente no se sabe. De vez en cuando, se ven en los carteles algunas de las buenas obras de épocas anteriores, pero, con todo, no hay un buen teatro, un teatro dónde, después de nobles emociones, después de sanas alegrías, se esté al abrigo de alguna pieza grosera, presentada brutalmente.

No pido como remedio esa cosa torpe, equívoca y sobre todo impotente, que se llama la censura. No, ese no es un remedio, pues nunca ha curado nada. La censura debe partir del mismo público, el cual, es necesario se decida de una vez por todas, á no tolerar la representación de obras que, poco á poco, van efectuando un lento trabajo de embrutecimiento popular. No debemos olvidar que el teatro influye singularmente sobre la marcha y la calidad de los hechos ambientes.

Digitized by Google

Hay que reaccionar. Lo menos que podemos exigirle á una obra es que sea moral. Llamo pieza moral, simplemente aquella que no daña las costumbres. El bien está en el arte natural. El arte es el bien mismo. Desembarazémosle de la concurrencia que el mal le hace por todos lados, y veremos cómo se afirmará.

¿Conoceis «*La piedra de escándalo*»? El suceso prodigioso de esta obra es un síntoma considerable. En pleno medio popular ha triunfado, tanto por los golpes escénicos que en ella se hallan, cuanto por ser una obra sana y moral. A pesar de sus defectos, tiene «La piedra de escandalo» un sello de distinción artística que puede presentarse como modelo á esta generación de escritores que acostumbran sonreír de los triunfos del poeta Martín Coronado, y nos dan en cambio productos incalificables.

Entre nosotros, se dice que hay como *cien* autores. Constituye la enfermedad del momento actual, esta necesidad infantil de producir y aparecer como autor. Seguramente la mediocridad vanidosa es vieja como el mundo, pero hasta hace poco era, por lo menos, una planta de jardín, mientras que ahora se cultiva por todos lados. Cada actor, músico ó portero de teatro, se considera en el deber de escribir *su obra*. Yo no sé si esto es progreso.

Ante tal bancarrota de inventiva, aconsejaríamos á nuestros autores, se dedicaran á la traducción de las obras de mérito de los repertorios extranjeros. Así hemos visto, con satisfacción, que el señor Nicolás Granada, antes que reeditar su «Conferencia de La Haya», ha preferido traducir un intenso drama de Ugo Ojetti. Este es un ejemplo que debiera ser imitado.

ALFREDO A. BIANCHI.

Digitized by Google

NOTAS Y COMENTARIOS

Palabras de aliento.—Desde el primer momento la dirección de esta revista pensó en extender su acción más allá de las fronteras de la patria, con el sano propósito de que ella fuese un medio más, acaso insignificante pero de todos modos eficaz, para robustecer los débiles lazos intelectuales que unen esta república con las restantes de la América Latina y con la madre patria.

Sus propósitos comienzan á realizarse. Después del artículo del fuerte escritor colombiano Max Grillo que tuvo ocasión de publicar meses pasados, publica en este número las producciones de tres conocidísimos literatos españoles, que gentilmente han respondido al pedido que la dirección les hiciera de colaborar en la revista.

Muchas palabras de aliento ha recibido la dirección de los más insignes escritores argentinos y extranjeros.

A las de don Miguel Unamuno insertadas en el número anterior, une hoy las no menos alentadoras de otro eminente escritor, el ilustre crítico uruguayo José Enrique Rodó, gloria de las letras americanas. Son éstas palabras siempre oportunas en un medio tan indiferente por lo común á todo lo que es establecer lazos y robustecer el espíritu americano.

La carta es la siguiente:

Señores directores de NOSOTROS.—Gracias, de corazón, por el amable envío de NOSOTROS.

Desde el primer día de su aparición estoy con ustedes y tengo hecho propósito de corresponder al pedido de colaboración. Ello será en breve. Entre tanto, quiero que sepan con cuánto íntimo placer veo desplegarse, gallardamente, en nuestro mar de indiferencia y de tedio, las velas de la valerosa revista, para una nueva expedición de arte, de idealidad, de belleza. Para estas aventuras, para estas búsquedas de fabulosos vellocinos, siento mi entusiasmo intacto y mí fé tan candorosa y eficaz como siempre. ¿Sobre que versará mi colaboración? No son los temas los que faltan.

Digitized by Google

Recuerdo, por ejemplo, que ha tiempo tengo contraído conmigo mismo el compromiso, muy grato, de escribir sobre las últimas obras de Angel de Estrada, ese espíritu de selección, de estudio y de arte que tanto realza al nuevo pensamiento argentino.

Entre los nombres que presenta el periódico de ustedes, reconozco con afecto á muchos de quienes de antiguo son mis amigos, y veo, con interés y simpatía, nombres nuevos que desde ahora, son para mí nombres de amigos también. Para todos, mis más cordiales sentimientos; y para ustedes, que llevan la mano en el timón, mis mejores aplausos y mis mejores votos.—*José Enrique Rodó.*—Montevideo, 30 de Noviembre de 1907.

Elysio de Carvalho.—Este insigne escritor brasileño se incorpora al cuerpo de redacción de la revista. Tendrá á su cargo la sección «Letras brasileñas», que desempeñara hasta ahora con tanta conciencia Juan Más y Pi, quien se ocupará en adelante de las letras catalanas.

Presentar á Elysio de Carvalho es inoficioso. Por poco que se conozca entre nosotros la literatura brasileña, su nombre ya nos es harto conocido. Además nos habló de él en el segundo número de NOSOTROS Más y Pi, á cuyos buenos oficios debe justamente la dirección de la revista la adquisición de tan inapreciable colaborador; y también nos ha hablado de su obra Rubén Darío en su última correspondencia á *La Nación.*

José A. Merediz.—No es un pensionado ni un primer premio de Academia. Pero es un artista.

Pertenece al número de aquellos que, llegados á la edad viril sin saber bien para qué son propios, se han buscado y se han encontrado, saliéndose del surco trazado para lanzarse en la aventura, en sus riesgos y peligros y, á fuerza de energía, se han hecho lo que querían ser, lo que se sentían hechos para ser.

En una edad en que ningún joven experimenta todavía preferencia bien marcada por ninguna profesión, le sedujo la idea de ser marino y entró á la Escuela Naval. Pero, una afición que desde muy niño tuvo, la del dibujo, se despertaba en él cada vez con más fuerza.

En su casa, como en la escuela, gustábale copiar, del natural, objetos y á veces á sus mismos compañeros. La vuelta alrededor del mundo, en la fragata «Sarmiento», le fué muy provechosa. Cuando regresó, traía sus álbums repletos de paisajes y tipos de los distintos países por los cuales había desfilado su mirada.

Vistos estos ensayos por algunos maestros, éstos creyeron ver en Merediz cualidades que les decidieron á aconsejarle se dedicara con exclusividad á ese arte para el que revelaba tan buenas disposiciones.

Entonces, en la seguridad de haber encontrado su camino, no dudó más. Abandonando patria y familia y truncando su carrera, se fué á Europa. Llegó á París con la obstinación de un

Digitized by Google

hombre joven que se ha formado por sí mismo y, probablemente también, con el orgullo inconsciente que acompaña las educaciones solitarias. Una vez allí, trabajó y no podemos dudar que trabajó con todas sus fuerzas. Sólo un año hace de su permanencia en París, y ya ha enviado á su familia una serie de treinta pequeños cuadros, resultado de su labor de doce meses.

Los hemos visto. Es una colección de paisajes y tipos de Bretaña. En estas sus primeras pinturas, el señor Merediz revela poseer un alma tierna, melancólica y hasta triste. Su hora preferida parece ser la hora vespertina, cuando el sol cae, cuando las brumas se agolpan y todo adquiere un aspecto vago é indeciso.

El señor Merediz no es un colorista á la Sorolla; su pincel no tiene nunca la nota cálida y brillante. En algunos de sus paisajes, por ejemplo, desearíamos sentir la intensidad de la luz que inunda la tierra y abraza la atmósfera; el aspecto general resulta, por esto, un poco frío y triste. Pero, á defecto de la intensidad de color, tiene la armonía, su ojo ve justo, en una tonalidad verdosa algo extinguida.

Llama la atención en el conjunto una tela que representa un tipo bretón. El alma seria y grave del paisano, con su aspecto de resignado, se retrata admirablemente en ese rostro. Es verdaderamente un paisano bretón, por el gesto, por la actitud, por el carácter de su figura.

El señor Merediz no piensa exponer estas sus primeras telas. Por ahora estudia. Asiste á la Academia, y recibe lecciones particulares de Henri Martín, pintor que ha obtenido este año el primer premio. Trabajando con firmeza, espera poder volver á su patria dentro de tres ó cuatro años y recién entonces exponer algunos de sus cuadros.

Con ambición, obstinación y fé en sí mismo, condiciones todas que posee el señor Merediz, se puede tener por cierto que se hará un lugar grande y honroso en el arte pictórico nacional.

Libros últimamente recibidos.—*Joyeles*, por Juan Aymerich; *Cavalcanti*, por Luis María Jordán; *Vértigos de Sol*, por Rafael A. Arrieta; *Liminares*, por Enrique Pellegatta; *El Derecho*, por Carlos O. Bunge; *Borderland*, por Atilio M. Chiapori; *Corazón*, por Ricardo Levene; *Almafuerte*, por Juan Más y Pi; *Intención y Voluntad*, por Mario A. Carranza; *El País de la Selva*, por Ricardo Rojas, (nos ocuparemos de él en el próximo número); *Algunas críticas*, por José H. Rosendi, (nos ocuparemos de él en el próximo número); *Bartolomé Mitre*, (Discurso conmemorativo), por el profesor Giov. B. Sivori; *Corona fúnebre*, por Luis F. Suárez; Biblioteca Nacional «Non plus ultra»; *Pensamientos*, por J. Martín Bernal.

NOSOTROS.

Digitized by Google

NOSOTROS

AÑO I — TOMO I

ÍNDICE

A

Arteaga Alfredo	Verlaine (versos)	37
" "	Oda á Rubén Darío (versos)	145
Arreguine Víctor	Los Orientales	81

B

Banchs Enrique J.	Cuatro Bocetos (versos)	29
" "	Página Vieja	91
" "	La copla en el camino (versos)	301
Becher Emilio.	Beltrán y Faustino (Fragmento de una crónica del siglo VI)	26
Bianchi Alfredo A.	Teatro Nacional	134-204-268-337
Bunge Carlos Octavio	Etica del Cristianismo	72

C

Capello Francisco	Historiografía Romana	20
" "	Leonardo de Vinci	209
Cárbia Rómulo D.	Las dos fuerzas	248
Carriego Evaristo	Cosas de Andresillo (versos)	164
" "	Bajo la angustia (versos)	315
" "	Al pasar (versos)	316
Chiappori Atilio M.	La Interlocutora.	35
" "	Letras Francesas	101
Cione Otto Miguel	Presente Griego (teatro)	168

D

Darío Rúbén	Introducción á "Nosotros"	7
Debenedetti Salvador	El Viejo Tucumán (versos)	226
Diaz Romero Eugenio	La Dama del Jardín (versos)	78

Digitized by Google

F

Friedrich Hans..... Divagaciones irreventes..... 45
" " ..... Descartes y el criterio de la verdad..... 185
Ferrarotti Juan Luis..... La corte de los milagros..... 317

G

Gerchunoff Alberto. ..... Letras Españolas..... 108, 260
Grillo Max..... Don Miguel de Unamuno..... 149
Gusti Roberto F..... Letras Argentinas 33, 115, 201, 264 327
" " ..... Teatro Nacional..... 58

H

Hoyos y Vinent Antonio de. Eucarística..... 308

I

Insúa Alberto..... La Poesía del Progreso..... 298
Ipiña Luis..... Escepticismo..... 191

J

Jordán Luis María..... El Sacristán..... 32

L

Lastra Juan Julian..... Lirios (versos)..... 240
Leptir..... Menudencias filológicas..... 242
Longhi Leopoldo..... La ermita..... 179

M

Manigot Raimundo..... Los ancianos..... 95
Martínez Sierra G..... La Mesa (versos)..... 285
Mas y Pi Juan..... Almafuerte..... 39
" " " ..... Letras Brasileñas..... 112
" " " ..... Azorín..... 273
Mastrogianni Miguel..... Música..... 129
Maturana José de..... Sonetos (versos)..... 182
Mazo Marcelo del..... Tarde..... 238
Mendez Evar..... Bajo el Rey Sol (versos)..... 51
Monteavaro Antonio..... Su sonrisa..... 162

N

"Nosotros"..... Notas y Comentarios. 63, 207, 271 339

O

Oria Salvador..... El Buen Viejo (versos)..... 98
Ortiz Grognet Emilio..... Bellas Artes..... 125 194

Digitized by Google

P

Pardo José..... Prosas para Margot..... 312
Payró Roberto J..... "Nosotros"..... 7, 65, 137
Pinto Escalier Arturo..... En mi estancia (versos)..... 255

Q

Quiroga Horacio..... Una historia inmoral..... 290

R

Rosendi José H..... Sociología..... 121

S

Sicardi Francisco A..... Un anónimo más..... 143

T

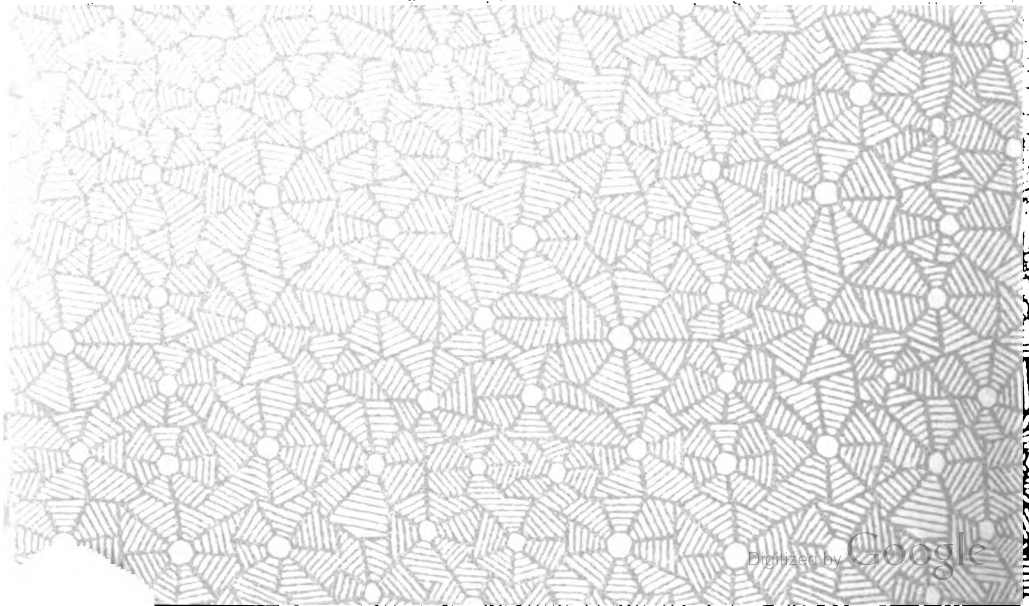
Tobal Federico..... Recuerdos del Pío Latino..... 230
Tobal Gastón F..... Seducción (teatro) 257
Talero Eduardo..... "El canto errante"..... 322

V

Velasco Leopoldo..... Melancólicamente (versos)..... 247

Digitized by Google

Digitized by Google


Digitized by Google

Digitized by Google

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS

3018080117

0 5917 3018080117